

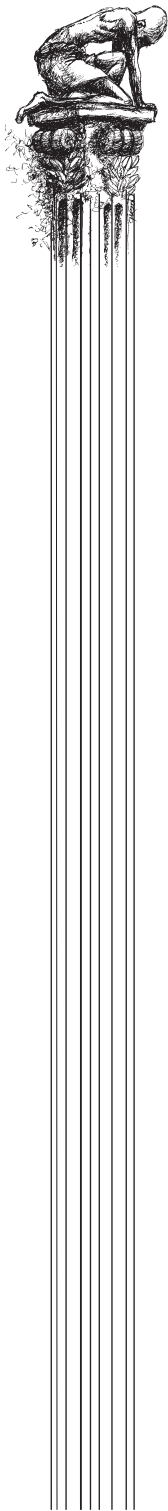
AÑO 102, No. 1-4, ENERO-DICIEMBRE 2011
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ



Año 102 / Cuarta Época
Enero-Diciembre, 2011
Número 1-4 ENERO-DICIEMBRE 2011
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ

Director: Eduardo Torres Cuevas

Consejo de honor In Memoriam:

Ramón de Armas, Salvador Bueno Menéndez, Eliseo Diego, María Teresa Freyre de Andrade, Josefina García Carranza Bassetti, René Méndez Capote, Manuel Moreno Friginals, Juan Pérez de la Riva, Francisco Pérez Guzmán, Cintio Vitier

Consejo de redacción:

Eliades Acosta Matos, Rafael Acosta de Arriba, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Fina García Marruz, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Jorge Ibarra Cuesta, Siomara Sánchez Roberts, Emilio Setién Quesada, Carmen Suárez León

Jefa de redacción: Araceli García Carranza

Edición: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Diseño: Marcos Jesús Urquiola González

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí
Avenida de Independencia y 20 de Mayo.
Plaza de la Revolución.
La Habana

email: araceli@bnjm.cu

email: elda@bnjm.cu

Internet: www.bnjm.cu

Primera época 1909-1913. Director fundador: Domingo Figarola Caneda

Segunda época 1949-1958. Directora: Lilia Castro de Morales

Tercera época 1959-1993. Directores: María Teresa Freyre de Andrade, Cintio Vitier, René Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva y Julio Le Riverend Brusone

Cuarta época

Directores: 1999-2007: Eliades Acosta Matos

2007-: Eduardo M. Torres Cuevas

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.
Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

ÍNDICE GENERAL

UMBRAL

- Nuestra Revista en el año 2011** 7
Araceli García Carranza

ANIVERSARIOS

RAMÓN MEZA (1861-1911)

- Dos corresponsales cubanos escriben sobre Canadá en *La Habana Elegante*: Ramón Meza y Héctor de Saavedra** 9
Carmen Suárez León

- El Canadá** 15
Ramón Meza

MEDITACIONES

- Una aproximación bibliográfica a las crónicas históricas de Alejo Carpentier** 32
Araceli García Carranza

- La crítica de arte de Octavio Paz** 41
Rafael Acosta de Arriba

- La conquista lingüística aruaca de Cuba** 54
Sergio Bernal Valdés

- Maceo, Martí y Gómez en la organización y financiamiento de la expedición de Costa Rica (1893-1895)** 82
Ibrahim Hidalgo

- Fuerza de trabajo esclava en la agricultura tabacalera: Vuelta Abajo y el Recôncavo bahiano. Notas para un estudio comparativo** 107
Enrique López Mesa

“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”	112
José Miguel Márquez Fariñas	
Dos hallazgos recientes sobre las primeras imprentas en La Habana	124
Kenneth C. Ward	
<i>El Año 2440, el sueño de los sueños, ¿lapsus o cambio intencional en <i>El siglo de las luces</i> de Alejo Carpentier?</i>	140
Rafael Rodríguez Beltrán	
El generalísimo Máximo Gómez y su lucha contra la injerencia del imperialismo de los Estados Unidos en Cuba	147
Carmen Gómez García	
Alejo Carpentier y la música	156
Rafael Lam	
Memoria en el tiempo a través del archivo personal de Harold Gramatges	161
Leonel F. Maza	
Regresando a Marinello	170
Mario Antonio Padilla Torres	
Evocación y nostalgia por la tierra del Mayor	175
Enrique Cirules	
<i>El vuelo del gato. Reflejo de la cultura cubana: mestizaje e idiosincrasia</i>	184
Denisse Delgado Vázquez	

CRÓNICAS

- Doctora Mercedes Santos Moray: pérdida irreparable para la cultura cubana** 188
Jesús Dueñas Becerra

DOCUMENTOS RAROS

- Dos descubridores de Cuba unidos en un libro raro y valioso** 192
Olga Vega García

LIBROS

- Vilma Espín, la flor más universal de la Revolución cubana** 198
Nydia Sarabia

- Marta Valdés, entre la literatura y la guitarra** 200
Mercedes Santos Moray

- La mirada de Hans-Otto Hill** 203
Yuri Rodríguez

- NORMAS DE PRESENTACIÓN DE LOS ARTÍCULOS** 205

- SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ** 206

Nuestra Revista en el año 2011*

Araceli García Carranza

*Bibliógrafa y jefa del Dpto.
de Investigaciones Culturales
de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*

En este año 2011, la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí ha estado sometida a una compleja renovación de su inmueble. Además, algunos de los que hacemos posible su Revista hemos sufrido embates de carácter personal. Lamentablemente, solo podemos ofrecer este número abarcador del año completo. Sin embargo, seguimos venciendo obstáculos y volvemos con paso firme a dar a conocer aspectos muy singulares de nuestra historia y de nuestra literatura. No olvidemos que desde su fundación, hace ya más de un siglo, la Revista ha logrado llevar a sus lectores estudios esclarecedores y enriquecedores que han llenado vacíos en la memoria del país. Con este número otra vez cumplimos y demostramos estos empeños.

En la sección “Aniversarios” recordamos a Ramón Meza y Suárez Inclán con motivo de los 150 años de su nacimiento y el centenario de su muerte. La poetisa y ensayista Carmen Suárez León nos da a conocer a este novelista,

crítico y periodista cubano como corresponsal de *La Habana Elegante*, una de las revistas más sobresalientes de su tiempo. Suárez León nos entrega cinco crónicas del autor de *Mi tío el empleado*, sobre Canadá, país que visitó en los años 1887 y 1889, y las enfrenta a una breve crónica de Héctor de Saavedra sobre este país del norte de América. Ambos corresponsales reflejan en sus crónicas sus intereses y personalidades. En los años 60 el sabio cubano Juan Pérez de la Riva publicaría en estas páginas una valiosa selección de textos de viajeros que nos visitaron en el siglo XIX, esta vez ofrecemos las impresiones de dos corresponsales cubanos sobre el Canadá de esos tiempos.

En “Meditaciones” aparecen estudios sobre ese gigante de las letras que fue y es nuestro Alejo Carpentier, entre otros autores, el profesor Rafael Rodríguez Beltrán se detiene en una novela de anticipación que leen los protagonistas de *El siglo de las luces* (1962). Con ello rendimos homenaje a esta novela inmensa en su aniversario 50.

Y como si nos hubiésemos propuesto una galería de grandes figuras de la historia y la literatura ofrecemos estudios sobre el Apóstol José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez; de nuestra historia más reciente acerca del arzobispo Oscar Arnulfo Romero y su significación política y social para El Salvador y para América Latina

* En el número pasado apareció un gran error en el texto “Vigencia y presencia de Antonio Guiteras” de Juan Nuiry. En la página 144 donde aparece lo que cual fue reconocido Debe decir: lo cual no fue reconocido. [N. de la E.]

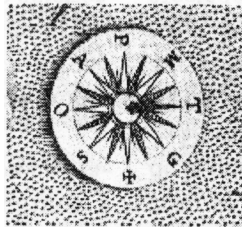
tras el monstruoso asesinato del que fuera víctima; y de nuestra literatura, críticas e interpretaciones de las obras de escritores contemporáneos como el mexicano Octavio Paz y los cubanos Harold Gramatges, Juan Marinello, Luis Suardíaz y Abel Prieto Jiménez. Otros estudios, no menos significativos, sobre la conquista lingüística aruaca de Cuba, la fuerza de trabajo esclava en la agricultura tabacalera, y las primeras imprentas en La Habana completan la sección.

Recordamos en “Crónicas” la irreparable pérdida para la cultura cubana y para nuestra Revista de la poetisa, novelista y periodista Mercedes Santos Moray.

En “Documentos raros” dos descubridores de Cuba, el barón Alejandro

de Humboldt y don Fernando Ortiz, aparecen unidos en una obra valiosa.

Y con reseñas de libros dedicados a la inolvidable presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas, Vilma Espín Guillois, a la obra martiana de Hans-Otto Hill, y a la de la compositora Marta Valdés, último artículo que Santos Moray nos entregara para su publicación, cerramos otro número de la Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba, la cual, fiel a su pasado y comprometida con su presente, vuelve a demostrar en este año 2011 que nuestra cultura no se detiene, crece real y maravillosa por encima de nosotros mismos.



Ramón Meza (1861-1911)

Dos corresponsales cubanos escriben sobre Canadá en *La Habana Elegante*: Ramón Meza y Héctor de Saavedra

Carmen Suárez León

Investigadora y ensayista

Durante la segunda mitad del siglo XIX el periodismo y la literatura se confunden en páginas de revistas y periódicos, en cuya escritura se conforma la nueva imagen del mundo industrial, urbano y moderno, uno de cuyos ejes típicos se encuentra en una visión espectacular de la realidad,¹ que con el decurso del siglo se agudiza en la mirada de corresponsales, escritores y viajeros, tres condiciones que también se enlazan con frecuencia para dejar en las páginas de esas publicaciones una enorme diversidad de “panoramas”, “cuadros”, “espectáculos” y “escenas” en forma de crónicas donde la visualización de las realidades de otros pueblos y culturas viene a enriquecer y actualizar el saber del hombre moderno. Esta operación adquiere los más diversos matices y sentidos según se

produzca en una u otra dirección, con una u otra perspectiva.

Tanto el “flâneur” francés, prototipo de esa manera de aprehender la realidad en la propias calles de París, como el europeo que visita países exóticos, o el hombre de países colonizados que se pasea y examina las grandes conquistas de las primeras potencias de la época, todos colaboran de distintos y hasta sorprendentes modos en el trabajo de textualización y representación del flamante mundo industrial y se hacen eco de esa aguda visualidad que entraña la modernidad.

En el caso de Cuba, desde su condición de rezagada colonia de España, algunos segmentos ilustrados —en algunos casos ilustradísimos— de la población, junto con una poderosa clase de criollos terratenientes y productores

de azúcar, cuyas familias se pasean por París y Nueva York, donde tienen grandes propiedades y en muchos casos residen gran parte del año, viven la experiencia de la modernización a su manera, y dirigen miradas diferentes sobre las ciudades que frecuentan. El telón de fondo, es La Habana, la propia ciudad capital de la isla, emporio comercial, en el que los comerciantes españoles se disputan el control de la riqueza a puras dentelladas con los productores criollos, mientras España ejerce un férreo poder metropolitano retrógrado, sobre un ambiente de conspiración patriótica por la independencia, estériles debates sobre una autonomía imposible, o sórdida complicidad urgida por los intereses materiales.

Poetas y hombres de letras sostienen en Cuba publicaciones de corte social, casi siempre dirigidas desde sus títulos a mujeres, obviamente como antídoto contra la censura española, ya que sus páginas encierran bajo cubierta de frivolidades artículos de fondo donde los problemas de la isla y la necesidad de autonomía o de independencia, según la tendencia política del autor, son debatidas sin mucho tapujo.

La Habana Elegante (1883-1891; 1893-1896) es una de las revistas mejor facturadas de la época, que llega a convertirse en vocero de los escritores modernistas de Cuba y del continente sudamericano, ya que sostiene una red interesante de relaciones con otras revistas modernistas, sobre todo con la *Revista Azul*, del poeta mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, y publica a escritores como Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Clemente Palma, Salvador Díaz Mirón y otros tantos poetas de Hispanoamérica.²

Con la mirada puesta en París, lo cual era ya un modo de volverle la espalda a España, nuestros cronistas escriben sobre personalidades francesas, dedican crónicas al arte europeo, o a temas exóticos, como Japón. Y se esfuerzan por dar una imagen cosmopolita, para lo cual se apoyan en escritores viajeros, o periodistas que envían sus correspondencias desde centros de veraneo como Saratoga, o desde Nueva York o París.

Los escritores modernistas hispanoamericanos comienzan un movimiento de relación entre los diversos focos literarios del continente. Pero desde el sur miran también continuamente al norte, el gran modelo de la democracia norteamericana, debatido por nuestros hombres de pensamiento y muchas veces propuesto como modelo para las repúblicas hispanoamericanas. Y está también el caso también de algunos cubanos que incursionan hasta el Canadá y transmiten su experiencia de viajeros.

Dos crónicas,³ una breve y la otra publicada en cinco partes, expresan una visión del extremo norte de América, y al mismo tiempo reflejan los intereses y personalidades de sus autores. La primera, es una de las habituales colaboraciones como corresponsal, de Héctor de Saavedra,⁴ corresponsal, y auténtico representante del cronista social, cuya visión describe epidérmicamente los sucesos de la alta sociedad, sus ires y venires, sus diversiones y sucesos sin otra pretensión que la de detenerse y reseñar excursiones y acontecimientos con despreocupación y algunas notas humorísticas. La segunda es una colaboración de Ramón Meza,⁵ novelista, crítico y periodista

de Cuba, que ha visitado el Canadá durante meses entre 1887 y 1889 y se concentra en analizar instituciones y modos de gobierno, oponiendo el modelo de colonización inglesa al modelo de colonización española. Toda la superficialidad de Saavedra al referir una excursión de terceros al Canadá es concentración, comparación y análisis en Meza.

En crónicas anteriores que Saavedra ha enviado desde Saratoga, donde veranea con sus amigos, adinerados hijos de criollos ricos, ya ha anunciado que algunos de ellos proyectan ir al Niágara y visitar Montréal y Québec.⁶ Su crónica, titulada precisamente “Montréal y Québec”, es el testimonio que obtiene de una de las mujeres excursionistas cuyo nombre no menciona. Con dos o tres preguntas triviales y sus respuestas, bien epidérmicas también, el corresponsal redacta su carta de Nueva York. Esta señora y sus amigos pasan los ojos por los famosos rápidos, por la ciudad de Montreal y la de Québec, y lo que miran es “bonito” o “feo”, o “pintoresco”, y no se hacen preguntas sobre el sistema de instituciones sociales, apenas algunas consideraciones estéticas sobre las iglesias, bastante vagas y la óptica “cosmopolita” que adoptan es para comparar lo que miran con París, apenas si una vaga comparación entre el parque de Montreal y algún parque de La Habana, que no sabemos cuál es. Por ejemplo, y como botón de muestra, del hotel de Montreal, nos refiere Saavedra:

Decía, que habíamos pasado los rápidos en los que el vapor parece por momentos que va a estrellarse contra las rocas, pero sin novedad

llegamos sanos y salvos, hospedándonos en el hotel *Windsor*, que es sin disputa el mejor de América, pues nunca vi en Nueva York uno que pudiera comparársele. Me recuerda el hotel *Continental* de París, que como Ud. sabe es de los mejores del mundo. Puede estarse en el *Windsor* bajo el plan americano o el europeo y la comida es enteramente francesa.

De estas consideraciones saldrán anécdotas terribles por comparación con el hotel en que se alojarán luego en Québec, donde se consideran mal tratados en un hotel inmundo llamado San Luis. Visitan Notre Dame y otras iglesias, contemplan panoramas de la ciudad y del río San Lorenzo, un asilo, el parque y luego en la visita a Québec, se pasean en altos carruajes por las calles empinadas, visitan las fortalezas, vuelve la dama a mencionar el “bonito panorama” que se ve desde todas partes sobre el San Lorenzo, pero sin otras explicaciones. Admiran el monumento al general Wolfe, la cárcel pública a distancia prudencial y las cataratas de Montmorency, que describen negativamente por comparación con el Niágara que acaban de contemplar. En fin, es una crónica que ya anuncia la banalidad turística a la cual llegará el siglo xx.

Lo que nos escribe Ramón Meza son cinco crónicas en el más puro estilo decimonónico según las corresponsalías al uso. Desde los títulos, estas cartas son típicas. Veamos:

El Canadá I

[ilegible].- Las mil islas.-El San Lorenzo.- Los rápidos.

El Canadá II

Montreal.-El Parque.-Panorama de la ciudad.-Los ciudadanos.-Las Iglesias.-

El Canadá III

Montreal.—Plazas y calles.- Bancos y sociedades.- El muelle.-El mercado Bonsecours.- Jacques Cartier.-Dos estaciones soberbias.-

El Canadá IV

La cascada de Montmorency.- Québec.-El Parlamento.-La Ciudadela.-Edificios.-Las Terraces.- Wolfe y Montcalm.-Una puesta de sol.

El Canadá (1) [V]

Aspecto general de las ciudades y los campos.-El ferrocarril canadiense del Pacífico.-De Montreal a Québec.- Agricultura y comercio.-Población y producciones.-Conclusión: Cuba y Canadá.

Como podemos apreciar el sistema de títulos desplegado por Ramón Meza se corresponde con el sistema acostumbrado de las cartas de corresponsales a los directores de periódicos que podemos apreciar en la mayoría de los periódicos y revistas del siglo XIX. En el caso de un lector cubano recordará de inmediato las cartas de José Martí al periódico *La Opinión Nacional* de Caracas o a *La Nación* de Buenos Aires, en sus famosas “Escenas norteamericanas”, donde Canadá es tratada en algunas ocasiones, sobre todo en relación con los intentos anexionistas de Estados Unidos.⁷

La extensión y los detalles sobre los tópicos desarrollados en la crónica nos

permiten apreciar la variedad de temas a los que se refiere. Por supuesto, no se trata aquí de un grupo de excursionistas que posan una divertida mirada sobre una realidad otra mientras juegan y hacen chistes entre ellos a propósito de cualquier cosa. Es un viajero que ha permanecido en la zona durante meses, y que ha estudiado al otro para establecer diferencias con su medio natal —la colonizada isla de Cuba. No me puedo extender aquí en un largo análisis de estas crónicas, que lo merecen desde todo punto de vista, en tanto aquí sí hay una densa reflexión que construye una imagen crítica del otro para profundizar en lo que entonces éramos y establecer diferencias. Es un verdadero trabajo de mediación intercultural con objetivos precisos: desautorizar el modelo colonial español exaltando el modelo colonial inglés, que, según Ramón Meza, supo dar a los canadienses la autonomía suficiente para desarrollarse en condiciones climáticas tan difíciles.

Por esta época Ramón Meza es aún un hombre de ideas autonomistas, y junto a otros jóvenes que se llaman a sí mismos “La joven Cuba”, se nuclean alrededor de *La Habana Elegante* con el propósito de escribir una nueva literatura y debatir ideas de modernización para la Isla. En 1895, al estallar la guerra, Ramón Meza abrazará la causa independentista al igual que lo han hecho ya desde antes otros jóvenes de este grupo de escritores.

El autor, siempre desde una perspectiva comparativa con sus compatriotas, anota del pueblo de Montreal, tomando como señal de la diferencia al pueblo estadounidense:

La cortesía del ciudadano y del empleado público convencen asi-

mismo al viajero que trata con gente distinta de la del otro lado de la frontera. A estar poco fuertes en geografía creeríase que el ferrocarril invirtió su ruta y se lanzó al sur. Las miradas de aquellos ojos negros son más investigadoras, más vivas, más curiosas. El buen humor es más expresivo; sostienense largos diálogos en voz alta; suéltanse sonoras carcajadas; la mímica entra como parte importante en la conversación; desde muy de mañana oye el repicar de las iglesias: y en las calles y plazas, tras los cristales de las librerías, se encuentran V. Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Daudet, Julio Verne, Flammarion y otros antiguos conocidos. El Canadá, pues, se halla, por este lado, más cerca de nosotros que los Estados Unidos.

Analiza, como un liberal decimonónico, la presencia de la Iglesia, deslindando entre religión y fanatismo, y dedica largas tiradas descriptivas al paisaje de otoño, a las cascadas de Montmorency, a edificios públicos, calles y parques, siempre anotando sus funciones y modos de gobernación. De Québec, anota esta hermosa perspectiva:

A ocho millas de la cascada se halla Québec. La calzada que a la ciudad conduce es el mejor punto que puede escogerse para dominar el extraño conjunto que presenta. Québec, desde allí, semeja un acorazado colosal que rompe con la quebrada línea de su proa la extensa y tranquila superficie del agua.

Anota también los trabajos de urbanización y de construcción de diques que van a transformar a Québec, y compara las dos ciudades, anotando la

gran cantidad de instituciones públicas de instrucción que ambas presentan, su desarrollo notable y su visible acumulación de riqueza debidos a una buena administración y adecuada forma de gobierno. Dedicar espacio a la agricultura y al comercio, a los modernos medios de transporte, se detiene en los puertos y el movimiento de los vapores por el río San Lorenzo y especial atención le merecen los ferrocarriles así como dos estaciones de trenes lujosas y modernas. En la última crónica se detendrá largamente en la comparación de las formas coloniales de gobierno de Canadá y Cuba.

El fragmento final se titula: “Ahora; breves consideraciones sobre aquel admirable florecimiento y nuestra tristísima decadencia” y en él despliega toda la adversidad del nórdico clima canadiense y toda la bonanza de nuestra isla en el Caribe, para subrayar la torpeza de España en su manera de gobernar la isla, su fisco agresivo, su negativa a toda modernización y forma de autonomía para los criollos. En fin, el autonomista aún quiere demostrarle a España las ventajas del régimen colonial inglés con Canadá en inútil intento por obtener para Cuba reformas liberales.

Ya estamos por entonces en 1890, y ya el pensamiento independentista ganaba a muchos miembros de la redacción de *La Habana Elegante*. Se conspira en La Habana y comienzan los trabajos para una guerra necesaria que desde Estados Unidos, José Martí, comienza a organizar desde la emigración. Sin embargo, Ramón Meza pone ante los ojos de sus lectores el espectáculo de ciudades canadienses en pleno auge económico y contribuye,

sin dudas, con su pluma, a representar en la mente de los cubanos de la isla la visión de un mundo que se moderniza, con sistemas de instituciones inéditas en su medio y libertades impensables bajo la garra de una España decrepita.

Notas

¹ Schwartz, Vanesa R. *Spectacular realities. Early Mass Culture in Fin-de-Siècle*, University of California Press, París, Berkeley, Los Ángeles, London, 1998.

² Cairo, Ana. “Manuel de la Cruz, “La Joven Cuba” y José Martí”, *Universidad de La Habana*, La Habana, No. 246, en.-dic. 1996, pp. 203-209.

³ Héctor Saavedra. “Montréal y Québec”, *La Habana Elegante*, No. 40, año 5, 1887 ; Ramón Meza. “El Canadá I, II, III, IV y V” *La Habana Elegante*, Año 7, Nos. 47, 48, 49, 51, 1889, y Año 8, No. 43, 1890.

⁴ Saavedra, Héctor [seudónimo de Anselmo Rovira] (1862-1949). Periodista y abogado cubano. Se desempeñó como cronista social en *La Habana Elegante*, *El Figaro*, *La Discusión* y el *Diario de la Marina*.

⁵ Meza, Ramón (1861-1911). Narrador, ensayista y crítico literario cubano. Escribió, entre otras, la novela *Mi tío el empleado*, y según algunos críticos nuestra novela más notable de la segunda mitad del siglo XIX, donde realizó un vívido retrato de la corrupción de la colonia española de Cuba tanto en los métodos de gobierno como en las relaciones sociales imperantes.

⁶ Escribe en su crónica del número 36 de 1887 de *La Habana Elegante*, desde Saratoga: “Hay el proyecto de pasar ocho o diez días visitando las Mil islas. Forman la expedición Juancito Pedro, Rosa Blanca Varona y Conchita Escardó; Oscar y Alfredo Coffigny, y Leopoldo Goicochea con su esposa Angelina Abreu”.

⁷ Cf. Rodríguez, Pedro Pablo. “Canadá en la mirada de José Martí” *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, No. 21, 1998, pp. 129-143; 1998.

El Canadá

Ramón Meza

Escritor

El Canadá

I

Sugestiones.—Las Mil Islas.—El San Lorenzo.—Los Rápidos.

No pocas veces una laminilla que adorna la tapa de una caja de abanico o de pañuelos ocasiona en nuestro ánimo una impresión tan duradera que influye en todo un orden de ideas. Aquel detalle nimio, insignificante, que se ha adquirido no se sabe cuándo, no se sabe dónde, se adhiere a nuestros pensamientos haciéndoles marchar por rumbo opuesto a lo cierto. Luego, al contemplar la realidad, todo aquel edificio fantasmagórico, que tuvo por cimientito humilde dibujillo, se desvanece como un soplo y por más esfuerzos que hagamos, ya no lograremos reconstruirlo jamás.

Algo de esto resulta con monumentos, ciudades, con paisajes que anhelamos ver. Del Canadá tanto se ha hablado que curioso sería escudriñar las imaginaciones para conocer el modo como se ha presentado en cada una. Sin duda que lo más frecuente fue dar un fondo blanco a la inmensa perspectiva, blancura deslumbrante que correspondía de una parte al suelo cubierto de espesa capa de nieve y de otra parte, al cielo, un cielo como bóveda de porcelana a través de cuya masa se infiltraba trabajosamente y pocas horas al día la luz del sol cuyo disco, apenas

se mostraba. Bosques de abetos con sus ramas curvas abrumadas por los copos de nieve y tan blancas como el suelo. Acá, cazadores, leñadores, cubiertos de pieles de oso, sentados en torno de las hogueras. Acullá rápidos trineos, arrasados por enormes perros, deslizándose silenciosos por la llanura interminable y medio ocultos por los torbellinos de nieve. Más allá, errantes tribus de iroqueses armados de hachas y cubiertos de abigarradas mantas y sombreros de plumas.

Oh, no! No es este el Canadá que se presenta al viajero. Los bosques vírgenes, los pequeños y grandes esquimales, comedores de peces crudos y habitantes de miserables chozas, la tribu feroz de los chipewyanos, los asibinianos, hábiles tiradores de flechas, los trineos, los leñadores y cazadores semisalvajes, todo eso se halla muy al norte, donde no llega, ni con mucho, el ferrocarril, poco distante siempre de la frontera americana.

Las tierras del septentrión, que recortan trabajosamente sus orillas en los hielos del océano Ártico, despobladas, incultas, llenas de brumas espesas, de pantanos, de marismas, habitadas tan solo por el triste esquimal, son muy distintas de los fértiles valles que al sur, en las orillas de los grandes lagos y del majestuoso San Lorenzo forman la zona civilizada, relativamente pequeña, que constituye el verdadero Canadá, cuyas instituciones y costumbres tanto interés nos despiertan.

Al atravesar la frontera todavía se cree estar en un estado de La Unión: también es aquella una comarca que libremente atiende a sus asuntos propios, si bien algo más pobre y despoblada. Impresión que se muestra más viva si al Canadá se llega luego de recorrer

el rico y floreciente estado de New York. Y esta es por lo común, la ruta del *touriste*. Una vez admirado el Niágara, el caudaloso San Lorenzo, esa otra maravilla de la naturaleza, se halla muy cerca para resistir la tentación de admirarle también.

Atravesando el Ontario, el último de los grandes lagos, esos océanos de agua dulce, al este, se hallan Kingston, en un tiempo capital del alto Canadá, y casi frente, Clyton, pequeña ciudad americana. De ambas poblaciones, colocadas a la entrada del San Lorenzo, sale muy de mañana, y como rompiendo penosamente las espesas nieblas blanquecinas, el vapor que recorre el inmenso río. Los primeros rayos del sol iluminan el cauce anchuroso, colosal, que más que cauce parece lago interminable sembrado de islillas de todos tamaños y de contornos caprichosos. En una hay terreno para levantar un hotel rodeado de su parque de césped; en otras solo el trípode de madera que señala a los buques el escollo. Tal isla parece un peñasco árido, tal otra un montón de tierra que flota artificialmente con sus bosquecillos y sus *cottages* pintados de color más alegre, más chillón que los americanos. De esta parte, las orillas del San Lorenzo, a pesar de hallarse más al norte, es decir, más constantemente visitadas por las brumas que todo lo entristecen, son más risueñas que las del Hudson. En éste, las grandes ciudades entregadas con ardor febril a la industria, el largo murallón de las Palisades, las altas montañas de Catskille y las Highlands interesan e imponen, en aquel los lindos pabellones de madera, semejantes en su construcción a los americanos, pero en los que algunos adornos más en las

ventanas, aleros y remates, parecen indicar algo del gusto francés, asoman las cúpulas, las agujas de sus pararrayos y sus astas de bandera por entre los árboles cuyas copas desiguales y pobres de hojas accidentan la línea de su silueta trazada sobre el fondo gris blanquecino del cielo.

Todas las islas, lo mismo de tierras fértiles y florecidas como jardincillos, que las de roca desnuda y oprimida por la raíz de grandes árboles que solo se nutren con la humedad del río; tienen puesto con grandes letras, su nombre.

Enormes trozos de madera, principal ramo de comercio del Canadá, atados unos con otros, formando enormes balsas, verdaderos islotes insumergibles, sobre los cuales andan entregados a sus labores de sierra y barreno grupos de obreros, son remolcados por vapores, o simplemente impulsados por velas sujetas a mástiles plantados en medio del flotante maderamen. Y así día tras día sigue la mole el curso de la corriente inquieta del ancho río, semejante en todo al océano, con oleadas, con terribles tempestades, con emanaciones no acres, ni salinas, pero sí tibias, húmedas, fatigosas como bocanadas que salieran de desmedido estanque de aguas represadas.

Sin haber tempestades en los más hermosos días del verano, cuando el sol logra derramar sus rayos sobre aquella agua verdeada por la misma inmensidad de su masa, se la ve, por algunos puntos, retroceder, bramar, toda ella sometida al imponente vaivén de locas oleadas que entrechocan y se rompen con furia indecible. Esos puntos son los rápidos. Unas veces, como sucede frente a las poblaciones de Morristown y Brookville, esto es, en el término de

las Mil Islas, este movimiento lo producen dos corrientes de igual fuerza que vuelven a reunirse en el mismo cauce, luego de haber estado como divididas en dos canales por la cadena de islas colocadas en mitad del río. Otras veces, una corriente es mayor en su masa que la otra, y al reunirse ambas, se ve retroceder por algunas millas, río arriba, la más débil formando a su paso peligrosos remolinos. Luego, como triunfante, ensancha su cauce tranquilamente el San Lorenzo, hasta cinco y nueve millas, por espacio de veinte o veinticinco, y forma lo que llaman impropriamente lagos de San Francisco y de San Pedro.

En el Gran Salto, o sea los más prolongados rápidos, el cauce del río sigue el descenso del terreno. Las esclusas de salida del canal Cornwall, a orillas del Gran Salto, de once millas y destinado a los vapores que suben el río, tienen cerca de cincuenta pies de altura.

Al soltar las aguas se ven desaparecer por completo los vapores que navegaban muy alto, sepultados en la zanja profunda que se abre.

Frente a Montreal una brusca cortadura del fondo del río, especie de gigantesco escalón, comba la masa del agua. Sobre aquel peligroso y cristalino lomo, entre dos escollos, cruzan los vapores tambaleándose como en alta mar y arrastrados por la misma fuerza de la corriente.

Pasadas las Mil Islas, el viaje por el San Lorenzo, ese magnífico espejo donde pueden contemplar con orgullos dos naciones florecientes y poderosas, los destellos de su civilización, vuélvese un tanto monótono. Ambas orillas son bajas. El río fertiliza un valle tan extenso, que no se ve la más

leve silueta de apartada montaña. Las poblaciones se hallan en la lejana orilla y muy distantes: solo se distinguen a veces las agujas de sus iglesias cubiertas de placas metálicas como elevados prismas de plata y de oro pulidísimos. Valle inacabable, quizá primitivo lecho del río, según lo evidencia la orilla, casi toda formada por bancos de arena que las lluvias y el mismo río socavan volviendo a precipitar al fondo del cauce esas sílices, fragmentos de peñas desprendidos de remotas montañas, rodados por los grandes lagos, triturados por las cataratas del Niágara, esféricas, pulidas por el roce constante a que las obliga la corriente y que abandonan ahora su lecho de tierra para volver a ver, con edad de fósiles, la luz del día.

RAMÓN MEZA

La Habana Elegante, La Habana, Año 7, No. 47, nov. 1889, p. 4.

El Canadá II

Montreal.—El Parque.—Panorama de la ciudad.—Los ciudadanos.—Las Iglesias.

Mr. Ampère, en sus impresiones de viaje sobre América, apuntó esta observación: “cada ciudad tiene su color, Constantinopla es roja, Malta es blanca, Londres es negro, Montreal es gris”. Algo le queda a Montreal de este tinte, pero sin duda que ha variado mucho desde que la conoció Mr. Ampère. El Montreal antiguo, edificado en la misma orilla del río, con sus toscos muelles

de madera, sus calles polvorientas y estrechas, sus edificios de granito con fachada sin adornos y ennegrecidas por el humo de las locomotoras y vapores, tiene un aspecto monótono, desagradable, sombrío.

Pero el Montreal que se domina desde las alturas de Mount Royal, es otro: verde y rojo. Verde, por la magnífica selva de su elevado parque y por el arbolado de sus calles. Rojo por sus fábricas y casas de ladrillo que marcan la línea del regular trazado de la ciudad entre el ramaje, al cual sobrepasan las góticas agujas de la catedral inglesa, San Patricio, San Andrés, las torres almenadas de Nôtre Dame y las cúpulas del Mercado y de San Pedro.

Mount Royal es a la vez el parque y el cementerio de la ciudad. El cementerio abre su portada de granito hacia la parte Norte y nada tiene digno de mención. El parque, por el contrario, es espléndido. Al entrar, o mejor, al ascender por el cómodo zic-zac de su calzada, admírase primero aquella selva natural en todo su vivir agreste que de un lado del camino trepa y del otro se precipita siguiendo la inclinación de la soberbia roca; luego, en lo alto de una parte está el campo de juegos, de otra el jardín en que se ostentan las flores con un color tan vivo y brillante, que al pintarlo resultaría inverosímil porque habría que emplear los más oscuros colores de la paleta. ¡Lo que ha hecho un jardinero canadiense con las flores desterradas de nuestros parques, jardines y paseos! Círculos, fuentes, cuadros, letreros, cojines, todo luce admirablemente sobre el verde tapiz que forma la mullida y recortada yerba.

Ni una hoja seca, ni un claro, ni el más leve descuido [...]ra parece que

sea en países que se hallan muchos grados al norte donde logre adquirirse idea del efecto verdaderamente mágico que produce la bella disposición de nuestras flores y arbustos tropicales! Y cuenta que allí las plantas requieren penosísimo cuidado y que solo viven los cortos días del verano.

Más allá del jardín, hállase un extenso colgadero rústico construido en aquel altivo monte para que se contemple cómodamente uno de los más hermosos panoramas. Domínase por completo el plano de la ciudad con sus árboles y casas repartidas por igual como un espejo, rodeado por la selva de la montaña y a gran altura, luce el magnífico depósito de las aguas.

El San Lorenzo semeja prolongado puerto cuyos términos se pierden a uno y otro lado, allá, donde no alcanza la vista. Cruzan los grandes vapores que vienen y van directamente a Liverpool y otros puertos del mundo, cargado de hierro, pieles, madera, granos, bálsamo; pero teniendo que andar más de seiscientas millas por las aguas del río antes de mecer su casco sobre las olas del océano. El puente Victoria, esa obra de moderno arte que une las dos lejanas orillas, hunde sus formidables espuelas de granito en las aguas cruzadas también por otro puente de carril más sencillo, más aéreo, pero quizá más largo y peligroso que el Victoria, pues hace sobre sus parales una curva al lado del amable pueblecillo indio de Cagnawaga. Una islilla con un fuerte en medio del río; el campanario del vecino pueblo de Longueil; las curas de Vermont; la embocadura del Ottawa, afluente del San Lorenzo; los rápidos y las exclusas del Lachine, completan el inmenso cuadro que las brumas em-

pañan aún en los más claros días del verano.

A pesar de sus brumas durante el día y la oscuridad y silencio que reina en las calles desde las primeras horas de la noche, Montreal, es una ciudad más bulliciosa que las de la Unión, con ser estas más pobladas. No es el bullicio imponente de los grandes centros de la industria y del comercio, es otro bulli- ción más grato, más alegre. No hay que olvidar que Montreal encierra, como toda población canadiense, gentes que proceden del medio día, gentes de san- gre ligera, de sangre latina, que sacude las nostalgias y rigores del invierno construyendo palacios con el hielo, llenándolo de músicas, de luces y en- tregándose con animación febril a los placeres de la danza.

La cortesía del ciudadano y del em- pleado público convencen asimismo al viajero que trata con gente distinta de la del otro lado de la frontera. A estar poco fuertes en geografía creeríase que el ferrocarril invirtió su ruta y se lanzó al sur. Las miradas de aquellos ojos negros son más investigadoras, más vivas, más curiosas. El buen hu- mor más expresivo; sostienen largos diálogos en voz alta; suéltanse sonoras carcajadas; la mímica entra como parte importante en la conversación; desde muy de mañana oye el repicar de las iglesias: y en las calles y plazas, tras los cristales de las librerías, se encuentran V. Hugo, Chateaubriand, Lamartine, Daudet, Julio Verne, Flam- marion y otros antiguos conocidos. El Canadá, pues, se halla, por este lado, más cerca de nosotros que los Estados Unidos.

La religión predominante, con sus inconvenientes y ventajas, es la nuestra.

Montreal es la ciudad de las iglesias. Actualmente, a las muchas y famosas con que cuenta, añade otras, entre ellas San Pedro; edificio de oscuro granito, que aunque notable, pierde mucho en su intento de imitar al que en Roma trazó el genio de Miguel Ángel. Nôtre Dame, la catedral, es otra pobre copia de su homónima la de París. Interior- mente semeja Nôtre Dame, una extraña Alambra de madera y de hierro por los relieves, colorines y dorados de que se halla cargada en demasía. San Patricio aloja en los retablos de sus altares, en las pinturas de su techo, en las repisas, huecos y capiteles de sus columnas toda la corte celestial. En un convento de monjas de la Adoración Perpetua hay una procesión a las doce todos los días. El Seminario, los Jesuitas, el Ho- tel Dios, el Monasterio Gris...

Por las calles circulan clérigos, con extraños hábitos. Algunos con sotana, sin esclavina, con paraguas verdes y rojos y sombreros de copa ornados de negra gasa.

Mucho hay de religión ciertamente, mas no poco de fanatismo. El clero percibe pingües rentas y posee pro- piedades cuyo valor pasa de cientos de millones de pesos. Numerosas son las congregaciones; pero entre ellas la del Camino de la Cruz, que aprovecha a difuntos y vivientes, según su pro- grama, parece ser la más extendida. En los anuncios colgados de casi todas las naves de las iglesias las cifras de la estadística de sus rosarios, indulgen- cias, comuniones y jubileos se elevan a centenas de millar. Altares, donde arte fuego perpetuo, están destinados a la reparación de blasfemias y sacrilegios. Al terrible recuerdo de los muertos se unen imperiosos apóstrofes de ¡Salvad

vuestra alma! en francés y en inglés por todos los rincones.

No obstante, en el Canadá predomina el buen sentido, y como se gobierna libremente y no paga ejército ni marina, cuatro quintas partes de la riqueza pública se salva, empleándose en cosas más útiles y positivas. Montreal como casi todas las posesiones de aquel país, se ensancha, se embellece, prospera y atiende con predilección el ramo de la enseñanza pública. Además de su universidad de leyes, artes, ciencias y medicina, hay dos escuelas normales, numerosas escuelas privadas y públicas, academias, el colegio teológico-católico-romano, el de Jesuitas. Y dos colegios médicos en los pueblos de Lennoxville y Cobourg, incorporados a la universidad de la capital de la provincia.

Los edificios públicos revelan asimismo la creciente prosperidad de Montreal, centro del comercio exterior del Dominio. El Palacio del Ayuntamiento de estilo francés moderno, la Casa de Correos, el Banco de Montreal, el Consejo de Justicia, La Sociedad Cristiana de jóvenes, los colegios de Mc. Gil, Presbiteriano y de Montreal, son, sin apuntar otras privadas, construcciones muy notables, tanto por su amplitud, como por su belleza arquitectónica.

RAMÓN MEZA

La Habana Elegante, La Habana, Año 7, No. 48, 1889, p. 4.

El Canadá
III

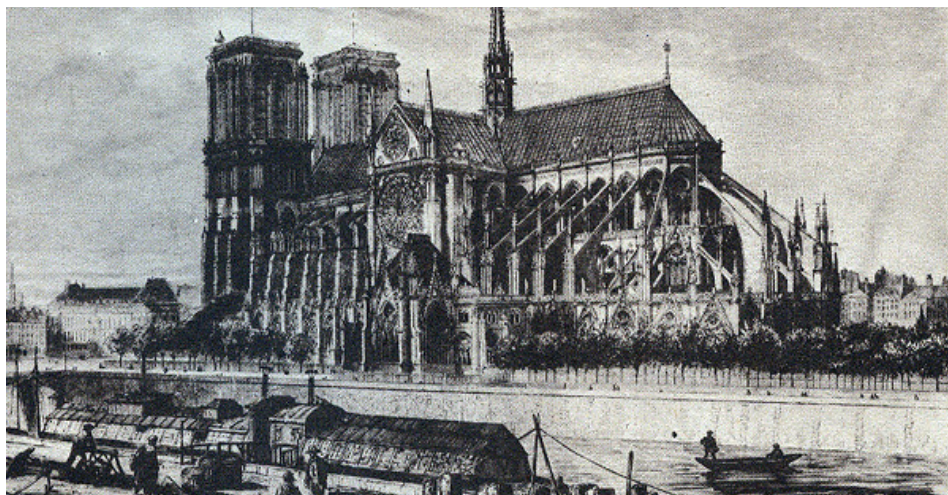
Montreal.—Plazas y calles—Barrios y sociedades.—El muelle.—El mercado Bonsecours.—Jacques Cartier.—Dos estaciones soberbias.

Aunque hay en Montreal varias plazas, todas quedan como eclipsadas ante la magnificencia de su parque, aquella selva tan frondosa en los días de verano y que cubre la enorme roca elevada bruscamente al norte de la ciudad. Además, el ornato de las plazas es bien pobre. En la de Victoria hay una estatua en bronce de la respetable soberana. En la de Armas una pequeña fuente de Neptuno. Y el campo de Marte es un espacio rodeado de árboles y piso arenoso. Una cortadura del terreno hace que, de un lado, queden los techos de la acera opuesta al nivel del terreno de esta plaza, donde hacen ejercicio, o más bien movimientos gimnásticos, escaso número de jóvenes reclutas.

Si se comparan las calles de Montreal con las de las modernas ciudades americanas resultan, por lo general, estrechas, irregulares y no muy limpias, sobre todo en la parte antigua, afeada así mismo por los edificios de mezquina apariencia. De noche úsase el alumbrado eléctrico; pero tan distantes se hallan las luces, que la oscuridad reina casi por completo; apenas se ve una casa abierta, ni un alma que transite por las calles. Todo parece indicar que hay allí un pueblo sobrio, trabajador, que se acuesta y se levanta muy temprano. Sin embargo, las aceras son amplias, el arbolado frecuente, la línea de casas recta, la seguridad completa y el suelo de aquella ciudad se pisa con satisfacción y firmeza.

Al transitar por todas esas poblaciones norte-americanas tan bien administradas, llega a infiltrarse, por manera sutil en el espíritu, no sabemos que orgulloso desembarazo. En ellas no existen ruinas de cárceles, ni castillos tal vez testimonios vivos de leyendas forjadas en la enferma fantasía de generaciones aterradas por los ayes de las víctimas inocentes; en sus muros no se dibujó, a la pálida luz de los cirios, la silueta repugnante de los sicarios del Santo Oficio; en sus calles, ni en sus plazas, dirimió la daga del matón asalariado intrigas palaciegas, la espalda del bravo engreído ocultos dramas de familia. En ellas no hay memorias de fantasmas que clamen venganza, ni de ánimas en pena que supliquen oraciones. No; no hay historias que inspiren prudentes temores ni cobardes recelos, todo alienta, todo fortalece, todo brinda confianza y franqueza, porque todo habla elocuentemente de libertad y de trabajo.

Basta internarse si no por las calles como las de San Jaime y Notre Dame, dos de las más comerciales. De cierto que allí serán emociones fortificadoras las que allí se reciban al ver surgir unas tras otras, con profusión notable en una ciudad relativamente pequeña, construcciones costosas, pruebas irrecusables de la riqueza y bienestar que logran acumularse en países gobernados con talento y honradez. Álzanse, a un lado y otro de la calle el Palacio de Mecánicos que posee magnífica librería, el Banco de los Mercaderes, la Logia Oddfellows, el Banco Molsons, el de Ahorros del Distrito, el de Montreal, de Toronto, Inglés, Americano, el Banco de la ciudad, numerosas compañías aseguradoras de vida y de mercaderías, oficinas de ricas empresas navieras y de ferrocarril, las de la histórica Compañía de la Bahía de Hudson, refinerías de azúcar y tantas otras empresas en fin, cada una con su edificio propio, suntuosa, que indican



Iglesia Notre Dame

a las claras el creciente desarrollo de estas nuevas poblaciones canadienses cuya vigorosa vida data desde la implantación del gobierno propio, concedido por la sabia y previsora metrópoli.

Chicago, Búffalo, New York, centros populosos, cercanos, dotados de la fuerza expansiva que les da su actividad incomparable, han reflejado intensamente en Montreal algo de su estructura propia. Las calles y casas de la parte nueva de Montreal, aunque es más pequeña escala, ofrecen el mismo aspecto de las calles y casas de las ciudades americanas. El ladrillo y el granito son los más abundantes materiales de fabricación. El piso de las calles, por lo común es de asfalto. Y las tiendas parecen trasplantadas de la 8va Avenida de New York. Hasta el ridículo mascarón del indio ornado con taparrabo y sombrero de plumas que avanza sobre ruedas por la acera, ante las tiendas de “Havana cigar’s”, se halla también volviendo las espaldas a los letreros “Havana cigar factory”, “Cuban tabac manufacturing Co.” u otros semejantes. En vez del eterno “Lager beer”, “Ales potter”, “Lonthier bodega”, “Richelieu bodega”, “All pure wines”. Y como estas simple diferencia de detalles. Porque con pretexto de que el tabaco es de (sic) legítimo de vegas cubanas y el vino auténtico de bodegas españolas, lucra a sus anchas el vendedor y queda inocente del engaño el comprador.

En el muelle el movimiento que producen los carros que a él bajan por las estrechas calles, los vagones [sic] del ferro-carril Canadiense del Pacífico que lo cruza en toda su extensión, los grandes vapores ingleses y franceses

que cambian por madera, hulla y otros productos naturales valiosos artefactos, atestiguan el extenso y rico comercio de la ciudad.

En uno de los tramos más concurridos del muelle llama la atención un prolongado edificio de tres pisos, de cúpula elevada y de estilo clásico. Es el magnífico mercado de Bonsecours. Su interior cómodo y espacioso, hállase atravesado por una ancha vía central a la que quedan de ambos lados, las casillas de carne, legumbres, aves y las truchas y salmones del San Lorenzo. Es un mercado francés, lleno de la voluble e inacabable charla de mercaderes y criados. A las horas en que la venta cesa los tipos y actitudes que al paso se hallan, recuerdan, en todos sus detalles, esos adornos de *terracotte* modelados por el artista parisiense. En un grupo se charla; en otros se discute. En el de acá se lee; en el de allá se fuma. Y de todos forma parte la gruesa choricera de baja estatura, anchas espaldas, nariz roma sembrada de verrugas; los vendedores de queso con saya de lana azul, zuecos amarillos levantados de punta y blanca cofia; el panadero con su gorra de aventado rollete; el carnicero de robustos puños y blanco delantal; el pollero cuya camisa arremangada descubre la roja camiseta; y el viejo mercader, de rostro muy surcado, de blanca barba, que fuma silencioso, pensando con tristeza que sus sueños de burgués adinerado se le han ido disipando con el humo de la pipa.

Mas, el verdadero mercado, durante los meses de verano, se halla en la Plaza de Jacques Cartier, más bien una calle ancha, de corta extensión, que comienza en el muelle y termina al pie de una columna de granito de escaso

mérito, sobre la cual se ve una pequeña estatua de Cartier, primer visitador del territorio. Atraviesa la plaza una ancha acera de tablas y por ambos lados de ella se colocan carros cargados de hermosísimas viandas cuyo vario color contribuye a dar animación al cuadro original que presenta aquel vasto mercado al aire libre. Algo de lo que allí pasa nos es conocido, nos es familiar. Aquellas escenas, aquellos detalles nos los han trasmitido en brillantes y frecuentes descripciones los novelistas franceses. Aquel modo de hablar, de gesticular, los tipos que por allí pululan, el aspecto general, en fin, es un reflejo fiel, aunque en pequeña escala, de los mercados de Francia. Las criadas con sus trajes de merino, los cocineros con sus cestos, sus sombreros abollados y la levita abrochada de arriba abajo para resguardarse del frío de la mañana; el empleado de escaso sueldo; la dueña de la tienda, todos circulan por entre los carros repletos de coles, remolachas, escarolas, zanahorias, preguntando, discutiendo precios a gritos, con viveza, hasta las nueve o diez de la mañana en que la venta cesa y el mercado desaparece como por ensalmo.

Seis distintas vías férreas salen de Montreal, dos de ellas el “Gran Trunk” y el “Canadian Pacific” poseen estaciones cuya magnificencia admira. La del “Canadian Pacific”, frente al lujosísimo Hotel Windsor, es un alto edificio de granito que quiere imitar antiguo castillo. Interiormente cuatro gruesas columnas de pórfido sostienen la cuádruple y maciza arquería central de granito rojo. La arquitectura, en verdad, es de mal gusto, pero impone por su mole y abruma por su costo. La del “Gran Trunk” es de ladrillo, más

aérea, más alegre. Sus vidrieras son coloreadas, sus paredes de mármol y estuco, su suelo de mosaico, todas las dependencias destinadas a desahogo y comodidad del viajero aseadísimas, de un lujo extraordinario, quizá no superada en esto por ninguna de los estados de La Unión. Ocho dobles líneas de rieles con sus locomotoras seguidas de elegantes vagones (sic), forman una férrea calzada que se divide en varias ramas a lo lejos. Son, estas admirables estaciones, como templos donde el alma se llena de unción y consagra ardientes y sinceros votos al progreso humano.

RAMÓN MEZA

La Habana Elegante, La Habana, No. 49, 8 dic. 1889, p. 4.

El Canadá IV

La cascada de Montmorency.—
Quebec.—El Parlamento.—La
Ciudadela.—Edificios.—Las
terraceas.—Wolfe y Montcalm.—
Una puesta de sol.

Las inspiradas lamentaciones del Tetrarca han dado celebridad a las áridas rocas de la fuente Valdusa. A la cascada de Montmorency fáltale que algún poeta lo elija por asilo solitario, le dedique magníficas leyendas, o bien que el cincel de moderno Fidias, rompiendo bloque de blanquísimo mármol, esculpa las náyades y ninfas que sin duda por allí vagaron. Así tendría aquel primoroso rincón de la naturaleza la fama que merece.

El agua, en su gigantesca labor de épocas remotas debió precipitarse por todo aquel anfiteatro formando allí otro Niágara, cuya herradura, seca hoy, deja ver de un lado las superpuestas capas de arena y de otro, la roca áspera, cortada a pico, cubierta de arbustos, entre las cuales, figurando inmenso velo de blanca gasa se desliza, desde más de ochenta metros de altura la bellísima cascada.

Cuando el sol de las primeras mañanas del otoño traza, con su débil luz dorada, una faja oblicua en uno de los lados de la profunda cima, llenando de claridad la negra roca, la cascada espumante y los arbustos cubiertos de hojas rojizas y amarillentas, pocos lugares habrá tan bellos como aquél. Una débil escalerilla de madera conduce al fondo de inmenso hueco cuyas paredes casi perpendiculares, se alzan alrededor a más de doscientos cincuenta pies. La mole del agua que se rompe entre las rocas agita el viento, flota pulverizada como nubes y comunica a la atmósfera una frescura húmeda como la que en sus baños disfrutaron las náyades. El silencio del lugar, entonces solitario, lo interrumpe solo el rumor leve del agua, a lo lejos, más allá de la ruinosa boca del enjuto cauce, espacíanse las aguas del San Lorenzo.

A ocho millas de la cascada se halla Quebec. La calzada que a la ciudad conduce es el mejor punto que puede escogerse para dominar el extraño conjunto que presenta. Quebec, desde allí, semeja un acorazado colosal que rompe con la quebrada línea de su proa la extensa y tranquila superficie del agua. La capital del Bajo Canadá está edificada en un promontorio de trescientos pies de altura y cuyo extremo se aguza en la confluencia del San Carlos con el San

Lorenzo dándole esa silueta de enorme buque: las murallas escalonadas de la ciudadela, los cañones y el pabellón que flamea, como en lo alto de la proa, completan esta primera ilusión. Luego, más cerca, no se ve sino confuso hacinamiento de edificaciones encaramados unos sobre los otros; agujas de iglesias, trozos de murallas, chimeneas de estufas y de fábricas, techos de casas. Sobre todas estas construcciones descuella una de cuatro pisos, elegante, hermosa: es el Palacio del Parlamento cuya mole altiva, de severísimas líneas, parece simbolizar dignamente la fortaleza, la majestad de la ley. Hállase situada, fuera del amurallado y antigua circuito de la ciudad, en la principal calle de Quebec, la de San Luis. Rodeándolo parques y jardines e interiormente está repartido con el mayor orden. En la planta baja, en el gran cuadro que forma la vasta galería que lo rodea están el despacho de los ministerios, sus secretarías y la tesorería. Y en el centro el salón donde resuelven con envidiable libertad los asuntos propios del país sus más idóneos representantes.

El Parlamento de la ciudad de Ottawa, elegida en 1858 como capital de todo el Dominio, es un edificio aún más grave y más suntuoso que el de Quebec. En este todo es sencillo, severo, nuevo; las paredes interiores están blanqueadas y el suelo también es de mármol blanco.

Pocas ciudades se habrán construido en un terreno tan accidentado como el de Quebec; pero pocas veces se habrán afanado tanto otros ciudadanos para sacar el mejor partido posible a posición tan desventajosa. Los coches van y vienen de lo alto a lo bajo de la ciudad por vías cuidadas y cómodas. El

visitante que llega y ve calles como la de Champlain, formada exclusivamente de escalones, otras que llevan por un elevador a la siguiente muy alta, cree que habrá necesidad de echar pie a tierra; y sin embargo, el coche asciende sin peligro ni accidente hasta penetrar por los estrechos y tortuosos pasillos abiertos entre imponentes murallones defendidos por rejas, en la ciudadela, punto el más elevado y estratégico del promontorio.

La ciudadela es el corazón de aquellas fortificaciones que han dado a Quebec el título de Gibraltar de América. Un corto destacamento, acaso veinte hombres tienen por principal oficio el cuidado de los polvorines y piezas de artillería. Más que soldados, con sus blusas rojas, su blanco pantalón, su invisible armamento y su sombrero de hongo blanco, parecen policías de los Estados Unidos, que visten algún traje [sic] de gala. Fuera de la fortaleza, en calles que a manera de pretil bordean el peñón, hay prolongadas líneas de cañones, sin que los vigilen, ni de día ni de noche, amenazadores centinelas, sirven de cómodo apoyo a los paseantes que se detienen a oír los alegres *hurras* de los armadores, que prueban las condiciones de algún nuevo navío.

Quebec se transforma. Proyéctanse grandes diques, obra de colosos, que borrarán los contornos irregulares que al pie del promontorio se han entretenido en ir dibujando las aguas de los dos ríos; mas no por eso variará la extraña disposición de todas sus fábricas, que parecen levantadas en tres inmensos escalones; el primero, la parte que en seco dejó, al estrechar su cauce, el San Carlos; otro las laderas del peñón; y el

tercero la meseta que se extiende en su parte alta. En la parte baja, el nuevo barrio de San Salvador ha dado la pauta al futuro ensanche de la ciudad que lo hará con un trazado uniforme, regular. En la meseta, se hallan las mejores construcciones, generalmente de dos o tres pisos.

Y que recuerdan las de Montreal. La calle de San Juan, cruzada por un tranvía, es bien recta y le da nombre una magnífica iglesia de granito de estilo gótico. La calle de San Luis, gran avenida, pavimentada de madera, ancha, hermosa, que corre por el centro de la meseta, es la principal de la ciudad. Un esbelto arco de granito que forma la entrada, en la cortadura de la antigua muralla, la Audiencia, el Ayuntamiento, el Salón de Música, el Parlamento, y manzanas enteras de casas que se fabrican actualmente, realzan esta vía pública.

Si de notarse es que Montreal, ciudad de 150 000 habitantes, cuente crecido número de instituciones públicas de instrucción, admirará, sin duda, que los 70 000 habitantes de Quebec, cuenten con una universidad; tres escuelas principales, la Modelo, la Alta escuela y la Normal; dos institutos, el de San Patricio y el de Mecánicos, una importante Sociedad Literaria e Histórica, Biblioteca de Abogados, el Colegio Morri y además otras academias y escuelas públicas y privadas.

Como en Montreal, abundan las iglesias: y algunas como la Basílica Menor, la de San Patricio y la catedral Inglesa, compiten en suntuosidad, interior o exteriormente, con las de aquella población. El Asilo de Dementes, magnífico edificio rodeado de amplio parque en el camino de la cascada, el Hospital de Marina, la Penitenciaría,

ña Universidad Laval, son hermosas y recientes construcciones.

El paseo de Quebec son las *terraces* de Durhan y de Dufferin, paseo original, anchas calles pavimentadas de asfalto, cavadas en la roca, cuyas sinuosidades siguen avanzando o retrocediendo en zig-zacs y a las que más bien pudiera llamárseles balcones de una ciudad. Cerca de las *terraces* de Durhan se halla el obelisco de Wolfe y de Montcalm, monumento tal vez único en la historia y que proclama muy alto la magnanimidad de una nación. En la batalla que en los Llanos de Abraham o sea las alturas de Quebec dieron las tropas inglesas y francesas que se disputaban la posesión del territorio, perecieron los jefes de ambos ejércitos. Wolfe, general inglés, iluminado por las aureolas del triunfador, Montcalm, general francés envuelto en las sombras de sus derrotas. Inglaterra perpetuó generosamente la victoria de los dos héroes enemigos con un solo monumento que ostenta la siguiente inscripción: “Murieron virtuosos, común les es la fama de la historia y la posteridad les dedica este monumento”.

Con todo, Quebec, más al norte que Montreal, tiene más brumas, es más triste. En las primeras tardes del otoño, cuando desde algún ángulo saliente de la *terrace* se asiste al espectáculo, siempre bello en nuestros climas, de una puesta de sol, siéntese invadido el espíritu por nostalgias invencibles. Es aquel un sol rojo, grande, poco brillante, extraño, que más que el sol semeja un disco de vidrio transparentado por las vislumbres lejanas de casi extinguida hoguera. Su descenso hacia las aguas del río entre las cuales se apoya bajo el cielo gris de la tarde sin crepúscu-

lo, sin arreboles, es lento, es penoso; las brumas absorben sus agonizantes reflejos y pronto se enseñorean del espacio, soberbias, compactas, aunque la luna pálida, turbia, intente vanamente rasgarla del lado opuesto. Quebec, recibiendo la débil claridad del astro de la noche en sus muros almenados, en las agujas de sus iglesias, en los techos de su abigarrado caserío, dejando ver acá y acullá oculta los puntos de luz que marcan vivamente escasos mecheros, parece el gigantesco esbozo de alguna ciudad fantástica.

Entonces se adivina por qué se presentan preferentemente en nuestra imaginación, con fondo blanco las escenas características de aquel lejano país del Norte, en que la nieve que cae durante aquel invierno de seis meses sobre los muros, sobre los techos, sobre los pinos de hojas encorvadas hacia el suelo hace reverberar con su blancura la luz y que las líneas de cada objeto, se fijen bien en el espacio, libre de brumas barridas ya por los vientos glaciales, disueltas por el mismo frío de la atmósfera. La actividad de las estufas corona de chispas y de humo las chimeneas. Y por la llanura helada que forma el San Lorenzo, en vez de barcos, cruzan hombres arrebujados en sus pieles y velocísimos trineos.

RAMÓN MEZA

La Habana Elegante, La Habana, Año 7, No. 51, 22 dic. 1889, p. 5.
El Canadá *

Aspecto general de las ciudades y los campos.—El ferrocarril canadiense del Pacífico.—De Montreal a Quebec.—Agricultura

y comercio.—Población y producciones.—Conclusión: Cuba y Canadá.

Si la construcción de suntuosos edificios públicos destinados a alojar las distintas dependencias del estado y del municipio, universidades, colegios, bancos, museos y bibliotecas, revela al visitante de las ciudades canadienses la honradez y noble celo con que se administran los caudales públicos; si las empresas mercantiles e industriales, con sus edificios propios de mármol y granito, decorados con lujo en su interior y que exteriormente ostentan rasgos de determinado estilo arquitectónico, parecen confirmar el estado seguro y próspero de los negocios; si los grandes hoteles y barrios enteros que aún tienen blanda y húmeda la argamasa que une las piedras de sus paredes y torres, demuestran el aumento rápido de población, también los vastísimos campos revelan la prosperidad creciente de un país nuevo que se levanta vigoroso con sus recursos propios, al lado de otro incomparablemente más rico y más poblado.

Una línea de ferrocarril, más prolongada aún, que la de New York a San Francisco que corre paralela a ella en los Estados Unidos, une las apartadas costas de los dos océanos. Comienza en Yarmouth y Halifax, puertos del Atlántico, orilla el San Lorenzo, los grandes lagos, atraviesa bosques vírgenes, grandes desiertos, las montañas Roquizas [Rocosas] y termina en Vancouver, puerto del Pacífico. Esta empresa, en la que se han invertido cuantiosos capitales sin propósito deliberado de un lucro inmediato, es la obra colosal

de un pueblo que tiene fe en sus altos destinos y se prepara a cumplirlos por los medios que la civilización brinda a cuantos quieran y sepan aprovecharlos. Esa inmensa vía férrea que une los puertos de mar más comerciales y extremos del Dominio, enlaza, directamente, sus ciudades principales, Quebec, Tres-Ríos, Montreal, Ottawa, Kingston, Toronto, Hamilton, Londres, por medio de ramales, otras secundarias, y ha hecho que, en las praderas del oeste, desiertas y salvajes ayer, surjan con maravillosa rapidez centenares de pueblecillos que tienen hoy su existencia asegurada y tendrán mañana puesto honroso en la historia. Disfrutan de un medio ambiente abierto y libre a toda actividad material y moral. Los ferrocarriles que son, como se ha repetido, las arterias que vigorizan el organismo de las naciones, hacen circular por esos pueblecillos del Canadá la rica sabiduría que Chicago, Minneapolis, Búffalo, Boston, New-York y Detroit, grandes centros propulsores donde anuda la red de hierro extendida por el territorio de la Unión y que parecen contaminar todo cuanto a su alcance se pone febril de febril y fecunda actividad.

Mucho debe el Canadá a su metrópoli, con deberle la libertad y verdadera protección; pero mucho debe también a su situación vecina a esa admirable democracia cuya influencia mercantil y social, cada día se va sintiendo más hondamente hasta en la lejana Europa. Ambas ventajas aprovechadas por un gobierno eficaz. A quien guía con fidelidad la opinión pública incapacitada de todo falseamiento pues que atentaría de un modo directo a su propio bienestar, se manifiestan por esas admirables obras que guardan

en sus recintos las ciudades, por esos pueblecillos esparcidos por los campos despoblados ha poco y harán del Canadá lo que debe ser; y no menos, y no más. Actualmente tiene el país múltiples elementos que contribuyen a su bullente desarrollo.

El camino de Montreal a Quebec, ciento setenta y dos millas, no es más que una pequeña parte de la gran vía férrea central que atraviesa a todo el territorio; pero cruza la provincia de Quebec, la más poblada del Dominio, ocupada por franco-canadienses, de origen latino, amantes de sus viejas tradiciones y por tanto, es, donde con más fruto pueden estudiarse los rasgos de esta civilización naciente. Recorre la locomotora el hermoso y fértil valle que forma la orilla del San Lorenzo, llanura extensísima, nivel medio del grandioso río, cuyos márgenes prehistóricos quizás marcan, en el lejano fondo, una serie de colinas o más bien continuado muro de piedras. Los extensos cuadros de heno, de trigo, manzanos y otros cultivos alternan con las praderas donde pastan numerosos ganados. Ciertamente que las viviendas espaciadas por los campos, en su mayor parte de madera, sin portal, sin barandaje, capiteles, vidrieras ni pintura, desprovistas del ornato que tanto realce dan a las mismas viviendas de los campos de los Estados Unidos, son más bien pobres chozas, algunas de las cuales con sus techos de paja y de dos aguas, muy aisladas, y teñidos de gris por la intemperie, recuerdan nuestros bohíos, pero en cambio, gran número de pueblecillos, de nombre católico, San Martín, San Enrique, Santa Julieta, San Félix de Valois, San José, San Gabriel, Santa Ana, San Basilio,

situados, por término medio a cuatro millas unos de otros, levantan a uno y otro lado de la vía férrea las elevadas agujas y cúpulas de sus iglesias revestidas de placas de cobre y estaño que reflejan fuertemente la luz del sol. Entre esos pueblecillos descuella La Estefanía, que posee una elegante Iglesia de mármol y granito y de estilo gótico y San Bartolomé, soberbia catedral de doble torre que agrupa en torno suyo un centenar de casitas cuyas paredes muy blancas denotan su población reciente.

Y así prosigue esta vía férrea, cuyos kilómetros en explotación exceden en dos veces a los que poseen las colonias españolas sumados con los de su metrópoli, esparciendo por todo el territorio colonizado las riquezas industriales de la provincia de Quebec, las agrícolas y fabriles de la provincia de Ontario y Monitova; ligando por tres líneas de vapores, la cercana y poblada isla del Príncipe Eduardo, con las comerciales Nueva Brunswick y Nueva Escocia; haciendo que surjan pueblos y más pueblos de los desiertos que ocupan las comarcas de la Assibuania, Alberta y Colombia Británica y cambiando, cada día con más facilidad, con menos trabas arancelarias, a través del San Lorenzo, de los grandes lagos y de las fronteras del oeste rotas por la veloz locomotora, los productos de sus campos, de sus minas, de sus bosques, de sus mares, con el mercado natural e inmediato que tiene en su vecina, la poderosa república americana.

Todo este desarrollo progresivo se debe a cinco millones de hombres libres, que ocupan un territorio comparable por su extensión con Europa, poblada por más de trescientos mi-

llones, y a los Estados Unidos, que en menor espacio encierran sesenta y cuatro millones de habitantes. Y cuenta que no poseen los canadienses ningún producto privilegiado. Las pesquerías de Noruega compiten ventajosamente con las suyas tan afamadas, y la grandiosa nación vecina explota en mayor escala las maderas de sus bosques, el hierro y la hulla de sus minas, las pieles y carnes de sus ganados y los granos y frutos de sus campos. La población canadiense civilizada, se halla reconcentrada en el sur, lugar menos ingrato de aquella tierra frigidísima y nebulosa, cubierta, durante mucha parte del año, por las nieves de su invierno riguroso y por las sombras de sus noches prolongadas. Pero ellos llevarán, a pesar de las hostilidades de la naturaleza, el progreso y la civilización hacia el norte: por sus venas corre de sangre de aquellas razas que combatieron contra tribus feroces y salvajes y animales fieros en las brumosas selvas y pantanos de las Galias, de Bretaña y de Normandía y triunfantes luego vigorizaron, con los esfuerzos de su cerebro y de su brazo, la cultura universal.—El pueblo canadiense goza de la sana vida que le la plena posesión de las ventajas que el derecho colonial moderno dicta a las metrópolis; y así marcha, a pasos acelerados, disponiendo ya de una riqueza fabulosa, hacia un ideal de segura grandeza, de alta gloria.

Ahora; breves consideraciones sobre aquel admirable florecimiento y nuestra tristísima decadencia.

No puede decirse que los canadienses disfrutaran de una tierra naturalmente privilegiada; por el contrario, la cru-

deza de los inviernos parece que se obstina en amortiguar la actividad y la vida haciendo más apetecible el calor del hogar que las rachas heladas de los desiertos campos. Los mares, los ríos y los lagos se petrifican borrando el contorno de las tierras; los puertos se obstruyen ante buques que a ellos llegan esquivando, con trabajos inauditos, el peligrosos choque de los témpanos; las noches prolongadas y los días nebulosos llenan de nostalgias el espíritu que no puede esparcarse [sic] ante el fortificante espectáculo de campos fértiles y risueños porque todo en él duerme silenciosamente bajo el manto blanco de las nieves.

La población es escasísima: se calcula en 0,6 por kilómetro cuadrado. Razas salvajes feroces y valientes, como los chipeoyanos y los knistinoers, diríanse conjurados con el clima para hostilizar la colonización que crece de maravilloso modo no obstante circunstancias tan desfavorables.

En tanto Cuba situada ventajosamente con tierras de una fertilidad incomparable que puede rendir, sin cansancio, dos cosechas al año; con mares siempre azules y tranquilos y ríos que son canales naturales para facilitar el acarreo de los productos; con un sol que no se nubla y frescas brisas que mitigan los rigores de un eterno verano; con puertos recortados muy próximamente en sus extensas costas; con llanos, casi nivelados ya para extender en ellos extensa red de rieles; con dos productos privilegiados, el azúcar y el tabaco, base un día de ganancias fabulosas y perenne fuente de riqueza siempre; sin animales dañinos ni feroces razas en sus bosques de variadísimas maderas, decae, se despuebla,

se arruina, gracias a una incalificable obstinación, que por salvar ideales mezquinos y rastreros intereses, desdén, desprecia, tantas circunstancias favorables.

Al paso que en el Canadá pueden verse las pruebas materiales de su creciente progreso, muestras de las enormes sumas empleadas en el fomento de la riqueza del país, en Cuba sucede lo contrario. Y no se hable de su poca población: escede [sic] en mucho, con relación a su territorio, a la del Canadá. Según el censo de 1877, correspondían a la población cubana, 12 habitantes por kilómetro cuadrado; según datos posteriores puede calcularse, actualmente, en 11 habitantes por kilómetro cuadrado; lo cual no es extraño: trescientos colonos, ya establecidos en una población que gozaba de relativo bienestar, han emigrado por efecto de las últimas leyes de relaciones comerciales.

Nuestras poblaciones no avanzan; hállanse en un estado deplorable de abandono y de miseria. La codicia del fisco mantiene cerrados al comercio seguros puertos y su desidia impide la navegación por hermosísimos ríos obstruidos en su embocadura por barreras de fango. Si algo de viso hay en algunas ciudades principales, como La Habana, Cienfuegos, Cárdenas, débese a la iniciativa particular. Las dos chimeneas más altas y más sólidas, cuyos penachos de humo llaman primeramente la atención del viajero que arriba al puerto de la capital, son de la Maestranza y San Nazario: dos grandes fábricas de balas. Los municipios agonizan cargados de deudas y descrédito; y el estado, agobia con sus desmedidas exigencias. Van pasadas dos o más generaciones en

la Isla sin que ninguna recuerde haber presenciado la inauguración o apertura de ningún edificio dedicado por el estado a instrucción pública o fomento de las riquezas del país. Los principales centro de enseñanza, la Universidad y el Instituto, ocupan en la capital un ruinoso convento; y otro convento agrietado, ennegrecido por los años, de una arquitectura abominable, es el almacén de Aduana, fuente de pingües rentas para el estado. En los pueblos, los cuarteles, y las cárceles gozan de más espaciosos y cómodos edificios que las escuelas públicas atendidas en sus gastos con menos puntualidad que aquellos. No existe en toda la Isla una sola biblioteca pública o museo del Estado o Municipio. No se levanta, con rentas públicas, una buena iglesia; y las que hay, sin estilo arquitectónico o muestras de uno de mal gusto y decadente, se deterioran faltas de todo recurso. Por evitar los tributos que pesan sobre fincas desalquiladas e improductivas se destechan, si están en las poblaciones, son abandonadas, si están en los campos, desprovistas de carreteras y de puentes. Las instituciones de crédito, los bancos, desaparecen inicuaamente absorbidos por desahogadas ambiciones o por la quiebra. No hay un solo banco de depósito de ahorros. Los ferrocarriles, con útiles desechados ya por los adelantos modernos, pagan onerosa contribución al estado. En vez de lograr que se estrechen las relaciones comerciales con el mercado natural y rico de la nación vecina, a ejemplo de la próspera colonia inglesa y con ventajas superiores a las que ella aprovecha, se han conseguido disposiciones mercantiles que decretan nuestra ruina... Y no nos fijemos en

más detalles de cuadro tan triste y tan negro. Volvamos la vista a parte en que se fortalezca más la fe en los destinos humanos.

Amparado por un régimen liberal, el Canadá ha aumentado cinco veces, en los treinta últimos años, su población. Si causa asombro el reciente y rápido progreso de las poblaciones americanas, todavía lo causa mayor el de las poblaciones canadienses que no cuentan, por cierto, con los elementos poderosos de aquellas. Toronto, que en 1830 contaba con 8 000 habitantes, en el censo de 1885 tenía 100 000, excluyendo la población de sus suburbios formados por los bellos y apacibles pueblecillos de Parkdale, Brakton, Cork-Ville, Rosedale y otros, que son como barrios cercanos y que duplican el número de habitantes apuntado. Toronto es una de las ciudades más hermosas y comerciales del Dominio: cuenta dos teatros de ópera; un jardín de horticultura y otro zoológico, ambos públicos, doce bancos de depósitos o ahorros (*savings banks*) entre ellos algunos de gobierno; catorce bancos de comercio; Universidad, escuela normal, galería de pinturas, biblioteca pública con 30 000 volúmenes de obras modernas, una penitenciaría, un observatorio, un edificio para la exhibición periódica

de sus productos fabriles, agrícolas: industriales y comerciales y además ciento veinte iglesias erigidas y mantenidas suntuosamente bajo la sincera fe que nace en medio de la más completa libertad de cultos.

No pueden ser más elocuentes ni más visibles las ventajas del régimen que con liberalidad magnánima ha concedido la civilizadora Inglaterra a sus colonos, los hijos del Canadá, para que intervengan en sus negocios propios y los dirijan, que al cabo son intereses de que responde, ante la cultura universal, quien los administra provechosamente o quien con torpeza los detenta. Tampoco pueden ser más elocuentes ni más visibles las consecuencias del régimen colonial a que se halla sometida la hermosa tierra que mereció tan espontánea exclamación de su sabio visitador el barón de Humboldt: “La Isla de Cuba vale tanto como un Reino”.

RAMÓN MEZA

La Habana Elegante, La Habana, Año 8, No. 43, 1890, p. 7.

Este artículo es el V y último de la serie que con el mismo título publicó el autor, hace algunos meses, en las columnas de nuestro semanario. N de la R.

Una aproximación bibliográfica a las crónicas históricas de Alejo Carpentier

Araceli García Carranza

Bibliógrafa y jefa del Dpto. de Investigaciones Culturales de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

Desde 1972 compilo la bibliografía de Alejo Carpentier en medio de otras tareas similares y otras no tan similares. En ese año, el autor de *El siglo de las luces* decidió donar su colección a la Biblioteca Nacional. Cada verano la visitaba junto a su esposa Lilia, hasta poco antes de su muerte, y en cada una de estas ocasiones depositaba manuscritos, mecanuscritos, recortes y otros documentos en el tesoro de la nación cubana. Disfruté por esos años de sus amenas y eruditas conversaciones. Es justo recordar a Lilia Carpentier, quien siguió enriqueciendo la colección de la Biblioteca a partir de 1980 hasta pocos años antes de su fallecimiento.

Los materiales publicados, activos y pasivos, que compilé, y sigo compilando, en la Fundación Alejo Carpentier, la cual posee también una inmensa colección que incluye nada menos que la biblioteca personal del escritor, resultan una sola colección. En cuanto a la papelería desde que la recibí de manos de Carpentier la procesé según los requerimientos de la Biblioteca Nacional de Cuba y construí un catálogo diccionario que permite el acceso a la colección.

Con ambos repertorios he satisfecho la demanda de cientos de investigadores, pero con estos repertorios he ido más allá, pues he podido compilar también bibliografías más específicas sobre sus grandes novelas y algunos estudios temáticos de la creación carpenteriana que constituyen también obras de consulta.

Pero ¿por qué Carpentier dona su papelería a la Biblioteca Nacional? No solo por mi insistencia de aquella época por compilar su bibliografía, sino porque en carta al señor Howard B. Gotlieb, director de colecciones especiales de la Universidad de Boston fechada en París el 4 de abril de 1977 podemos leer:

Soy cubano y como tal quise que toda documentación relativa a mi vida y obra que pueda solicitar un estudioso pueda encontrarse en la Biblioteca Nacional de Cuba.

Por lo tanto, cuando algún estudioso se dirija a esa Biblioteca, en busca de datos acerca de mí, le ruego que le haga saber donde se hallan las fuentes más completas de una información que incluye, los manuscritos de dos novelas inéditas

y que no llegué nunca a publicar por haberlas juzgado como fallecidas en su planteamiento estructural” Se refería entonces a “El clan disperso” y a “El año 59”, la primera habría de evocar la creación y actividades del Grupo Minorista y algunos elementos de ella pasaron a distintos pasajes de *El siglo de las luces* y de *El recurso del método*.

El primer capítulo, “La conjura de Parsifal” fue publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* en 1975. Fragmentos de “El año 59” aparecieron en *Casa de las Américas* (1964) y en *Bohemia* (1965), en esta última bajo el título de “Los convidados de plata”. Los acontecimientos de esta novela se volverían actos determinativos de posibilidades colectivas en *La consagración de la primavera*.

En este trabajo me quiero aproximar en particular a las crónicas históricas de Alejo Carpentier.

Arte, música, cultura e historia son los grandes temas de las crónicas carpenterianas, sin embargo, las de carácter histórico, político y social han resultado las menos afortunadas dentro de su bibliografía pasiva. De lo cual se desprende la utilidad de una aproximación bibliográfica a ellas, que puede precisar qué ideas, hechos y obras privilegió el autor de *El siglo de las luces*, desde su juventud hasta poco antes de su muerte. De manera que los investigadores y estudiosos, a través del hilo conductor que transita por este registro particular de su bibliografía activa, puedan lograr un mayor y mejor conocimiento de la obra periodística de este gigante de las letras.

Los datos y hechos históricos no solo aparecen directamente en algunas

crónicas de manera puntual, sino también se abordan en reseñas de libros, y en forma indirecta o tangencial en el resto de sus artículos y crónicas. O sea, que la historia recorre la obra de Alejo Carpentier desde que comenta el texto de Pompeyo Gener sobre el fisiólogo español Miguel Servet en *La Discusión*, el 23 de noviembre de 1922, en su sección “Obras Famosas”. Carpentier inicia allí su periodismo de carácter histórico, político y social comentando nada menos que un libro sobre historia de la medicina. Recordemos que el investigador Sergio Chaple demostró que este fue el primer artículo, firmado por Alejo Carpentier, pues su primer artículo apareció bajo la firma de su madre Lina Valmont: una leyenda sobre el Convento de Santa Clara publicada bajo el título “Las dos cruces de madera”, en el periódico *El País*, el 5 de noviembre de 1922.

Meses después de haber publicado su primer comentario sobre una obra histórica, el 3 de abril de 1923 muestra en *La Discusión* un relato sobre un anciano profeta llamado Rogerio da Rogia bajo el título “Aquellos días”. En él da fe de las implicaciones de la doctrina del anciano de Vestella quien, a pesar de su falsedad, tuvo admirables mártires. Haya existido o no este personaje en el artículo aparecen referencias a la certeza histórica del cristianismo.

En los años 1928-1934, después de su fuga de La Habana, escribe crónicas en francés para importantes revistas parisinas: *Revolution Surréaliste*, *Le Cahier*, *Bifur*, *Documents* y *Comoedia*. En especial en *Le Cahier* publica tres textos sobre México, dos dedicados a Diego Rivera y otro a la revolución

mexicana.¹ El dedicado a esta revolución de 1910 no solo es el más importante de los tres, sino el de mayor significación como crónica histórica. Carpentier ofrece una visión de las causas y consecuencias remontándose a los tiempos de Cortés y Moctezuma, para luego analizar el fin del régimen de Porfirio Díaz y el comienzo de la revolución mexicana.

Las ideas expuestas en esta crónica aparecerían años después en su novela *El recurso del método*. La mayoría de los artículos que posee la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí de esta etapa del periodismo de Alejo Carpentier, así como los relacionados con la revolución mexicana se los debemos a la prestigiosa investigadora Carmen Vásquez, quien publicó en la revista puertorriqueña *La Torre* (julio-diciembre, 1993) su esclarecedor ensayo “Alejo Carpentier: Los artículos de *Le Cahier*”.

Unos años antes, en noviembre de 1923, Carpentier había empezado a escribir para *Carteles* y en junio de 1924 para *Social*; ambas revistas no fueron ajenas al acontecer político. *Carteles*, fundada en 1919 por Conrado y Oscar Massaguer como revista de espectáculos y deportes pronto se convierte en un semanario nacional destinado a un público más heterogéneo, mientras *Social* creada en 1916, por Conrado Massager, fue evolucionando hasta convertirse en vocero de las más avanzadas ideas artísticas y en órgano del Grupo Minorista. En *Social*, Carpentier se desempeña como crítico de arte y en *Carteles* logra crónicas de interés histórico, político y social. Crónicas más analíticas en las que a veces alcanza la maestría del ensayo. Pero es

a partir de 1929, ya instalado en la capital francesa después de su fuga de La Habana en 1928, donde había sufrido cárcel acusado de comunista, cuando escribe para *Carteles*, en la sección “Desde París”, crónicas de carácter histórico, político y social en donde se propone dar a conocer Europa en América. En carta personal a José Antonio Portuondo, a raíz de la compilación de sus crónicas en 1976, Carpentier le dice que no olvide que Alfredo T. Quilez, quien como director de *Carteles*, lo envió de corresponsal a París, era furibundo enemigo del arte moderno, de la literatura moderna, y de cuanto oliera a comunismo. Sin embargo, durante cerca de 10 años él había conseguido pasarle artículos que no le gustaban con la complicidad del periodista Luis Gómez Wangüemert.

En estas crónicas da a conocer la otra cara de París, la cara de las sombras, la de las casuchas infectas en las cuales vivía una multitud mugrienta y miserable en medio de los desechos de la más bella ciudad del mundo;² así como las aldeas y las costumbres de la ciudad luz.³ En 1930 denuncia el malestar de Europa cuando este continente vive bajo el signo del descontento y la angustia ideológica surcada por grandes corrientes de religiosidad, antecedentes de convulsiones definitivas,⁴ y describe las historias verídicas de terror que hacían palidecer las puestas en escena del Grand Guignol (teatro francés de terror).⁵ En 1931 se refiere a los raros de una capital moderna: los vagabundos que merodeaban las calles de París;⁶ y también a los pasajes parisienses con su ausencia de sol, con sus comercios increíbles y su aspecto de miseria decente que los

hacían propicios a las más raras aventuras.⁷ En estos años 30 se preocupa por que los jóvenes de América⁸ conozcan a fondo los valores representativos del arte y la literatura europea no para imitar ni copiar, sino para traducir con mayor fuerza nuestros pensamientos y sensibilidades como latinoamericanos.

En otras crónicas califica el año 1900 como representante de toda una época, año de escepticismo y malicia que incubó los derramamientos de sangre de la guerra de 1914⁹ y da a conocer tenebrosas figuras como el magnate Hugenberg, el primero en desfilarse a la cabeza de los Cosacos de Acero de Hitler;¹⁰ Basil Zaharoff y su fabuloso negocio de armas durante la primera guerra mundial;¹¹ sir H. Deterding, el Napoleón del petróleo;¹² Henry Ford y su ideología, gran promotor de la era agonizante que todavía vivimos;¹³ los Rothschild, dinastía israelita bancaria y prestamista;¹⁴ lord Kitchener, quien perdió la vida a bordo del *Hampshire*, navío que lo conducía a Rusia donde debía reorganizar el ejército eslavo;¹⁵ y recuerda a John Law, economista y tahúr que revolucionó la vida bancaria y financiera del siglo XVIII,¹⁶ entre otros personajes ajenos al progreso de la humanidad.

No faltan en estas crónicas de interés político y social sus impresiones sobre eventos como la conferencia del desarme en Ginebra, la cual califica como la comedia del año 1932;¹⁷ la caída de Gerardo Machado en Cuba, explosión de alegría en Madrid y París que no olvidaría nunca;¹⁸ la muerte de Alberto I, el más democrático de los jefes de Estado de Europa;¹⁹ el caso de Sergio Stavisky, estafador de altos vuelos en París y la posible complicidad con él

del gobierno de Chautemps;²⁰ la férrea oposición en Alemania dirigida por el Frente Negro, sociales demócratas, comunistas y anarquistas;²¹ la guerra de Abisinia, la más grave aventura imperialista hasta su tiempo,²² y la guerra civil española.

En 1937 Carpentier asiste como delegado de Cuba al Congreso Internacional de Escritores reunidos en Valencia, Madrid y Barcelona, junto a Juan Marinello, Nicolás Guillén, Félix Pita Rodríguez y Leonardo Fernández Sánchez.

Las experiencias de la guerra en la península ibérica radicalizaron su posición antifascista y bajo el título “España bajo las bombas”²³ escribe cuatro crónicas que alcanzan la categoría de ensayo. El drama de la conflagración y la voluntad de resistencia del pueblo español reafirman en el periodista Alejo Carpentier su ideología progresista.

En este mismo año publica en la revista habanera *Mediodía* “Apelación desde Madrid”,²⁴ dirigida a los escritores latinoamericanos en solidaridad con la guerra civil española, y su conocida crónica “¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!”²⁵ a favor de la justeza de esta guerra, grito inolvidable del general José Millán-Astray y Terreros, que define todos los fascismos del mundo con este grito de impotencia de quien sabía que la inteligencia del pueblo español estaba en la república. Carpentier se declara antifranquista y admirador de la España real, auténtica, creadora y profunda que creyó siempre y cree en la inteligencia, la España que publicó bajo las bombas millares de libros, esa España que enseñó a leer a sus milicianos en las trincheras llenas de lodo y nieve.

Unos meses antes, Carpentier había entregado al *Repertorio Americano* de Costa Rica “Los defensores de la cultura”,²⁶ en defensa del patriotismo cultural del pueblo español.

Regresa a La Habana en 1939 y continúa su sección “Desde París” en la revista *Carteles*. En estas páginas da a conocer la noticia de la muerte del poeta Miguel Hernández, tal como se divulgó en ese año.²⁷ Realmente el milagro de Orihuela, como le llama el cronista, muere después en la cárcel. En los capítulos iniciales de *La consagración de la primavera* se advierte la cercanía a estas crónicas al referirse a la guerra civil española.

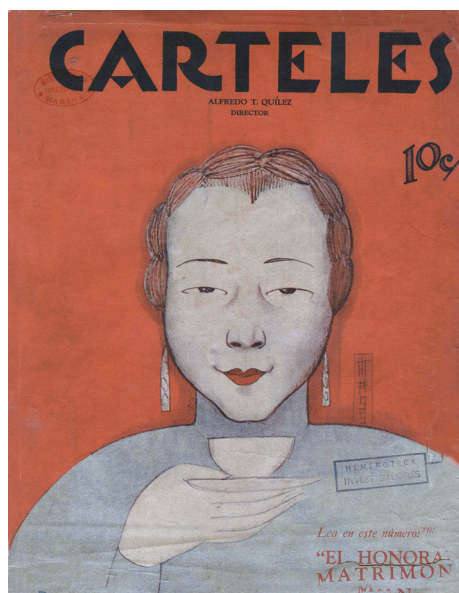
Ya radicado en La Habana rastrea lugares y costumbres, decide indagar y descubrir su ciudad con elementos de comparación y referencias. El retorno le facilita hacer historia, con nuevos

ojos y sin prejuicios, en cuatro crónicas que publica bajo el título “La Habana... vista por un turista cubano”.²⁸ Recuérdese la entrada de Enrique a La Habana en *La consagración de la primavera*.

Pero la pluma del periodista vuelve sobre Europa para denunciar a Hitler, erigido en Parsifal de la Alemania contemporánea²⁹ y para proyectar su expresión latinoamericanista en los cinco reportajes que conforman “El ocaso de Europa”.³⁰ Manifiesta en esos textos la hecatombe económica y espiritual en que se debate el Viejo Continente con el propósito de inspirar confianza en el mundo americano.

Insiste en aunar fuerzas para impulsar la creación y el sentir de nuestros pueblos, donde todo está por hacer, pero donde no hay esfuerzo estéril y toda labor es necesaria porque donde no hay cultura hay que crearla y donde hay tierra inculta hay que ararla. Es innegable la agudeza del cronista al interpretar las posibilidades del hombre americano. En estos cinco artículos ya está fraguando la concepción de lo real maravilloso y busca meridianos americanos para realizarse del todo. Carpentier ha regresado convencido de que “[...] la mayor virtud de una larga estancia en Europa debe ser la de aprender a ver nuestros propios países para laborar más acertadamente en ellos y para ellos. El famoso vino agrio nuestro puede transformarse, a fuerza de trabajo, en un excelentísimo vino del Rhin”.³¹ Analogías y observaciones de estos reportajes aparecen también en *La consagración de la primavera*.

Durante la década del 40 escribe para *Tiempo Nuevo*, *Conservatorio*, *Orígenes* y *Gaceta del Caribe*, pero



Portada de *Carteles* de abril-junio de 1929

es en el periódico *Información*, en 1944, donde logra breves y dinámicas crónicas de interés histórico, político y social. Critica el individualismo entre intelectuales y escritores de Europa, tan nefasto en América, y llama la atención sobre cierta solidaridad tan necesaria para enfrentar las grandes empresas que esperan a la cultura latinoamericana.³² Recuerda a León Blum, ex premier francés y defensor del socialismo en su país, en especial el momento de pánico, cuando se supo que este había decidido implantar la semana de 40 horas y una nueva escala de salarios,³³ y comenta la liberación de París, “[...] tierra asolada por veinte invasiones que se deja cubrir, a veces, por hierbas malas, pero acaba siempre por dorarse con los trigos que son el marco constante de su poesía, desde Ronsard hasta Claudel”.³⁴

En otras crónicas rescata nuestra autoctonía, expone y describe costumbres y tradiciones habaneras; hace historia de La Habana de los años 40.

Pero Carpentier marcha a Caracas en 1945. La corrupción y la violencia que vivía Cuba bajo el régimen de Ramón Grau San Martín no favorecían a escritores e intelectuales. Un contrato como redactor de textos en una publicitaria sería el pretexto para luego continuar su carrera periodística esta vez en *El Nacional* de Caracas, donde publica en 1947 sus cinco artículos de “Visión de América” reproducidos en *Carteles* de febrero a marzo de 1948. En ellos expone elementos que luego utiliza en el prólogo de *El reino de este mundo* sobre “lo real maravilloso americano”. Estas crónicas inspiradas en sus viajes a la Gran Sabana y al Alto Orinoco resultarían bibliografía complementaria e

imprescindible en su prodigiosa novela *Los pasos perdidos*. Allí se encuentran sus preocupaciones como escritor en torno al tiempo y al hombre en su contexto histórico. El hombre moderno que recorre la historia desde su tiempo hasta sus orígenes.

En 1951 iniciaría su sección “Letra y Solfa”, la cual mantuvo con éxito hasta su definitivo retorno a Cuba. Literatura y música fueron la intención primera de esta sección. En ella reseñaría, en unas 1 800 crónicas, las obras literarias más significativas de la literatura universal, la historiografía de la música y el arte en el siglo xx, inventos de la época, vida y obra de grandes figuras, ballet, danza, cine, mito e historia. Hoy dan fe de ello los 10 volúmenes publicados por la Editorial Letras Cubanas con dichos textos. En “Letra y Solfa” no solo descubrimos una espléndida bibliografía americana, la simiente de la nueva novela latinoamericana e innumerables elementos definitorios de su obra posterior, sino que en ellas subyace y yace la historia. Véase en este caso el volumen cinco de *Letra y Solfa: mito e historia*, prologado por el investigador Raimundo Respall. En más de 100 crónicas Carpentier hace historia de Europa y de América, revela hallazgos del hombre, reseña expediciones exitosas, y expone en cada texto sus preocupaciones del pasado y del presente como parte de la historia. Uno de estos trabajos, titulado “El oficio de historiador”,³⁵ tema antes tratado “Se solicitan historiadores”,³⁶ resume su concepción acerca del papel del historiador, concepción que recorre sus crónicas.

Porque el oficio del historiador “[...] se va haciendo tremendamente difícil [...] la historia contemporánea,

al desarrollarse en escala mundial, impone al historiador un enfoque múltiple”, y explica por qué el historiador de nuestros días podría retroceder ante una tarea que ya rebasa la capacidad de trabajo de un solo hombre, y de qué manera disciplinas como la economía, la demografía, la etnografía, la sociología, la filosofía y otras se han metido en la historia de manera que un libro sin ellas ya resultaría incompleto. Y en apretada síntesis, Carpentier hace historia en decenas de crónicas precedidas por un trabajo de documentación previo, que ya por estos años le había exigido más de 30 años de labor. Entre otras, “La independencia de Haití”,³⁷ brevísimo bosquejo histórico, que descansa sobre una voluminosa documentación manejada y estudiada desde fines de los años 20, cuando se percató en París que nada podía añadir al surrealismo y vuelve sus ojos a América obsesionándose con el conocimiento de nuestro continente.

En 1959, después del triunfo de la Revolución, regresa a su país donde organiza tres Festivales del Libro, es electo vicepresidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) y dirige la Editorial Nacional de Cuba. En esta nueva etapa colabora en revistas y periódicos cubanos y extranjeros, pero sus crónicas de mayor interés las escribe para el periódico *El Mundo*, en el cual comenta obras de importancia histórica publicadas por la Imprenta Nacional de Cuba, hace historia del surrealismo³⁸ y del movimiento Dadá,³⁹ y recuerda la aparición de la revista *Social*.⁴⁰ En sus impresiones de viaje por los países socialistas admira la cultura de estos pueblos. Se trata de crónicas

que le sirvieron de fuente para una nueva versión de su ensayo *De lo real maravilloso americano*, con un estilo que las acerca a “Letra y Solfa” por su agilidad, claridad y solidez en los conocimientos históricos que transmite directamente o en forma tangencial.

Su partida a París como ministro consejero de nuestra Embajada no lo aleja del periodismo y en estos últimos años sus colaboraciones en *Granma* y en *Revolución y Cultura* dan fe de su obra como periodista e historiador. El periódico *Granma* le publica “La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del mar Caribe”,⁴¹ conferencia que ofreciera a través de la televisión cubana y, por su parte, *Revolución y Cultura* saca a la luz su “Viaje a los frutos”, donde hace constar el significado del 26 de julio de 1953, cuando se produce “[...] el fluir de la nueva corriente que esperábamos desde el día en que sonara y se hiciese carne entre nosotros, el verbo de José Martí”.⁴²

Hasta el final de su vida estuvo siempre atento al suceso o a la conmemoración trascendente. En una de las entrevistas concedidas con motivo de su 70 cumpleaños declara al periódico *Granma* que “El periodista es en sí un historiador, él es el cronista de su tiempo; y el que anima con sus crónicas la gran novela del futuro”.⁴³

La Revolución cubana representó para Alejo Carpentier la culminación de su ideología política, en construcción desde los días de su juventud, inconforme siempre con la situación social y política de su país.

Referencias y elementos más o menos textuales de su obra periodística los utiliza en su narrativa para la cual también requirió de una sólida forma-

ción histórica y cultural, así como de la utilización de una muy amplia bibliografía desde *¡Ecué-Yamba-Ó!* hasta *La consagración de la primavera*, aunque al decir de la investigadora norteamericana Speratti Piñero en su libro *Pasos hallados en El reino de este mundo*, en el caso de nuestro primer novelista el uso de fuentes bibliográficas, la imaginación, el talento y la sabiduría se entremezclan y amalgaman y de esta conjunción brota como manantial la obra literaria.

En una de sus crónicas de “Letra y Solfa”, “La novela y la historia”,⁴⁴ se pregunta si los grandes acontecimientos históricos constituyen una buena materia para alimentar novelas y se contesta que a primera vista debiera ser así:

Las guerras, las revoluciones, las conmociones colectivas, sitúan al hombre en un clima dramático, propicio a la exteriorización de sus virtudes más hondas. Por ellas, lo cotidiano se alza al plano de la tragedia. Se barajan las castas, clases y categorías. Los personajes más inesperados irrumpen en primeros planos, sacados de la oscuridad —de un anonimato acaso irremediable en otras circunstancias— por el poder aglutinante de los acontecimientos. Hay escenario y hay acción; hay situaciones insólitas y hay conflictos en los que pueden ponerse de manifiesto la grandeza y la bajeza humanas.

Y es que acaso los grandes acontecimientos tienen el poder de diluir demasiado la personalidad del hombre en la vastedad del acontecer histórico.

Innegablemente lo histórico de sus crónicas trasciende a su novelística. Por

tanto, la bibliografía complementaria y paralela que Carpentier utilizó para su periodismo y para cada una de sus grandes novelas fue un instrumento imprescindible para lograr su obra imperecedera.

Notas

¹ *Le Cahier*, París, No. 2, février 1932.

² “Una visita a la Feria de las Pulgas”, *Carteles*, La Habana, Año 13, No. 14, pp. 28, 41, 46, 7 abr. 1929, il. (Desde París)

³ “Las aldeas de París”, *Ibidem*, Año 15, No. 20, p. 16, 60, 18 mayo 1930. il. (Desde París)

⁴ “El gran malestar de Europa en 1930”, *Ibidem*, Año 15, No. 21, pp. 16, 69-70, 25 mayo 1930. (Desde París)

⁵ “El espanto en el teatro y el espanto en la realidad”, *Ibidem*, Año 16, No. 52, pp. 34, 56; 28 dic. 1930, il. (Desde París)

⁶ “Los raros de una capital moderna”, *Ibidem*, Año 17, No. 8, pp. 14, 74, 26 abr. 1931, il. (Desde París)

⁷ “Los pasajes de París”, *Ibidem*, Año 17, No. 41, pp. 16, 80, 13 dic. 1931, il. (Desde París)

⁸ “América ante la joven literatura europea”, *Ibidem*, Año 17, No. 17, pp. 30, 51, 54, 28 jun. 1931.

⁹ “1900”, *Ibidem*, Año 17, No. 18, pp. 22, 36-37, 5 jul. 1931, il. (Desde París)

¹⁰ “Vida y milagros de un emperador de la época”, *Ibidem*, Año 17, No. 42, pp. 20, 61, 20 dic. 1931, il. (Desde París)

¹¹ “Basil Zaharoff o el trust de la muerte”, *Ibidem*, Año 18, No. 19, pp. 14, 66, 8 mayo 1932. (Desde París)

¹² “Sir H. Deterding, el Napoleón del petróleo”, *Ibidem*, Año 18, No. 10, pp. 16, 57, 15 mayo 1932, il. (Desde París)

¹³ “Henry Ford y la racionalización”, *Ibidem*, Año 18, No. 21, pp. 14, 59, 62, 74, 22 mayo 1932.

- ¹⁴ “Origen de la fortuna de los Rothschild”, *Ibíd.*, Año 18, No. 26, pp. 16, 56-57, 26 jun. 1932. (Desde París)
- ¹⁵ “El misterio de la muerte de Lord Kitchner”, *Ibíd.*, Año 18, No. 31, pp. 26, 46, 31 jul. 1932, il.
- ¹⁶ “John Law y la calle de los millonarios”, *Ibíd.*, Año 19, No. 24, pp. 14, 54, 11 jun. 1933, il. (Desde París)
- ¹⁷ “La comedia del año: la conferencia del desarme”, *Ibíd.*, Año 18, No. 33, pp. 14, 54, 59, 14 ag. 1932, il. (Desde París)
- ¹⁸ “La revolución de Cuba y el público europeo”, *Ibíd.*, Año 20, No. 7, pp. 14, 51-52, 18 febr. 1934, il. (Desde París)
- ¹⁹ “La vida y la muerte de un rey demócrata”, *Ibíd.*, Año 20, No. 11, pp. 16, 60; 1 abr. 1934, il. (Desde París)
- ²⁰ “¡Sangre en las calles de París!: en una semana París ha conocido dos noches de guerra civil, una de disturbios y una de huelga general”, *Ibíd.*, Año 21, No. 12, pp. 14, 56-57, 8 abr. 1934. (Desde París)
- ²¹ “La oposición en Alemania”, *Ibíd.*, Año 22, No. 41, pp. 14, 48, 28 oct. 1934. il. No. 42, pp. 14, 62, 4 nov. 1934, il. (Desde París)
- ²² “Al margen de la guerra de Abina”, *Ibíd.*, Año 25, No. 11, pp. 30, 52, 54, 15 mar. 1936, il. (Desde París)
- ²³ *Ibíd.*, Año 30, No. 37, pp. 32, 52, 15 sept. 1937. No. 39, pp. 32, 54, 26 sept. 1937. No. 41, pp. 15, 62-63, 73, 10 oct. 1937. No. 43, pp. 13; 54, 73, 31 oct. 1937.
- ²⁴ *Mediodía*, La Habana, Año 2, No. 37, p. 9, 11 oct., 1937, il.
- ²⁵ *Ibíd.*, Año 3, No. 77, pp. 14, 26, 18 jul. 1938.
- ²⁶ *Repertorio Americano*, Costa Rica, No. 334, 5 jun. 1937.
- ²⁷ *Carteles*, La Habana, Año 34, No. 32, p. 61, 6 ag. 1939, il.
- ²⁸ *Ibíd.*, Año 34, No. 41, pp. 16-17, 8 oct. 1939. No. 43, pp. 18-19, 22 oct. 1939. No. 45, pp. 34-35, 5 nov. 1939. No. 49, pp. 48-49, 3 dic. 1939. No. 50, pp. 30-31, 17 dic. 1939, il.
- ²⁹ *Ibíd.*, Año 34, No. 44, pp. 30-31, 29 oct. 1939, il.
- ³⁰ *Ibíd.*, Año 22, No. 46, pp. 74-75, 16 nov. 1941. No. 47, pp. 36-37, 23 nov. 1941. No. 48, pp. 44-45, 30 nov. 1941. No. 49, pp. 44-45, 7 dic. 1941. No. 50, pp. 36-37, 14 dic. 1941. No. 51, pp. 36-38, 21 dic. 1941, il.
- ³¹ “Lecciones de una ausencia”, *Ibíd.*, Año 21, No. 1, pp. 32-33, 7 en. 1940.
- ³² “Dispersión peligrosa”, *Información*, La Habana, 12 ag. 1944, pp. 14, il.
- ³³ “La sombra de León Blum”, *Ibíd.*, 16 ag. 1944, pp. 14, il.
- ³⁴ “La ciudad liberada”, *Ibíd.*, 26 ag. 1944, pp. 14, il.
- ³⁵ *El Nacional*, Caracas, 5 jun. 1956. (Letra y Solfa)
- ³⁶ *Ibíd.*, 30 ag. 1951. (Letra y Solfa)
- ³⁷ *Ibíd.*, 18 dic. 1952. (Letra y Solfa)
- ³⁸ *El Mundo*, La Habana, 24 sept. 1964, p. 4.
- ³⁹ *Ibíd.*, 20 mar. 1966, pp. 1, 8.
- ⁴⁰ *Ibíd.*, 24 jul. 1966, pp. 1, 11.
- ⁴¹ *Granma*, La Habana, 8 ag. 1979, p. 4. 9 ag. 1979, p. 4. 10 ag. 1979, p. 2, il.
- ⁴² *Revolución y Cultura*, La Habana, Año 12, pp. 90-[91], [dic. 1973], il.
- ⁴³ *Granma*, La Habana, 16 en. 1975, p. 5, il.
- ⁴⁴ *El Nacional*, Caracas, 18 mar. 1956. (Letra y Solfa)

La crítica de arte de Octavio Paz

Rafael Acosta de Arriba

Investigador, ensayista y poeta

En 1985 en un debate¹ sobre el asunto, refutando criterios de John Barth, Paz expresó, a modo de rápido recuento, sus tempranas y frecuentes meditaciones sobre la postmodernidad, las que concluyó, de manera definitiva, en su discurso de aceptación del Premio Nobel, en 1990. Sin lugar a dudas, puede considerársele un adelantado en la participación de un debate que como se sabe se hizo muy intenso en las últimas tres décadas del siglo xx. Iniciada la denominada postmodernidad en los 60 (para Habermas en 1967, para Lyotard a finales de los años 50), el debate concitó y concentró las opiniones de las voces intelectuales más importantes de su tiempo. Sería muy difícil, aún a la relativa distancia de una década—hoy se considera *demodé* este debate—elaborar un criterio aproximadamente resumen de la extensa bibliografía que generó dicha discusión, dadas las disímiles interpretaciones de que fue objeto la postmodernidad tanto por sus apasionados defensores como por sus escépticos críticos.

En la América Latina la polémica se hizo aún más compleja debido a las confusiones que introdujeron los términos de modernismo y postmodernismo, y a la asimilación, muchas veces acrítica, de teorías provenientes de los países

capitalistas más desarrollados las que, como era natural, dominaron el escenario de las discusiones.

Probablemente sea Nelly Richard, en nuestro hemisferio, quien haya situado con mejor precisión la problematización de tal asunto cuando expresó que las relaciones de encuentro y desencuentro entre Latinoamérica y la postmodernidad fueron muy complejas debido a lo esquivo de los rasgos del concepto, una mezcolanza de *modos y modas*, y por lo disparejo de la trama cultural continental que integra procesos histórico-culturales no equivalentes en cada país. Con singular concisión la Richard se preguntó: “¿Cómo hablar lo propio si el repertorio es de nombres prestados?”² y nos dice: “Quizás el contrapunto más ejemplar sea el que ilustra la tensión irresuelta entre modernidad y tradición”, y analiza en profundidad como la modernidad europea y su paradigma secularizante censuró y aplastó la ritualidad de una cultura mestiza, el *ethos* latinoamericano.

Paz entra en la liza de la mano de sus lecturas baudelaireanas (Baudelaire había planteado en 1863, que la modernidad “es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente”, delineando una estética del arte moderno desde la perspectiva de la ruptura y la continuidad), y reformula la visión del francés para crear la suya propia. Como dice Hugo J. Verani “apela a la ruptura como categoría histórica para esclarecer las condiciones del cambio en el itinerario temporal de las artes”.³ Pero el abordaje que hace Paz de este tema desborda, como es natural, lo propiamente artístico.

Vale la pena pues intentar una valoración integral de la interpretación de Paz acerca de la modernidad y la

postmodernidad, cuestión que hemos citado hasta ahora fragmentariamente. Sus opiniones acerca de estos temas abarcan toda la historia humana, dándole al arte un lugar preferencial sin pretender nunca historiarlo, pero sí demostrando un profundo dominio de su decurso y momentos trascendentes. Su convicción de que el concepto de ruptura marcó la Edad Moderna desde el Renacimiento lo expresa de esta forma:

[...] hace ya más de quinientos años que vivimos la discordia entre las ideas y las creencias, la filosofía y la tradición, la ciencia y la fe. La modernidad es el producto de la escisión [...]. Nuestro tiempo es el de la conciencia escindida y el de la conciencia de la escisión [...]. La separación comenzó como un fenómeno colectivo; a partir de la segunda mitad del siglo XIX, según lo advirtió Nietzsche primero que nadie, se interiorizó y dividió a cada conciencia.⁴

Ese sentimiento del ser escindido, como podrá comprenderse bien a esta altura del libro, acompañó al poeta mexicano desde que tuvo conciencia del mundo y comenzó su vida intelectual, y pudiera decirse que más que una conclusión teórica, en su caso fue vivencialidad de todos los días.

La importancia de la participación de Paz en el debate de la postmodernidad puede colegirse, entre otros datos, del hecho de que Jürgen Habermas lo citase en más de una ocasión⁵ en sus frecuentes ataques a los defensores de lo postmoderno, y Roberto Hozven llegó más lejos al afirmar que Habermas se sirvió de criterios pacianos para definir la modernidad.⁶ A la distancia

de más de diez años se va haciendo más claro que entre las diferentes posturas asumidas por los participantes de aquella discusión acerca de la postmodernidad, Paz representó una de las voces más enérgicas de la tendencia que la enfrentó y cuestionó como válida, o simplemente que no aceptó su existencia. En su concepción reiterativa de la cuestión —cuando en algunas ocasiones aceptaba el debate, reconociéndole a duras penas a la postmodernidad el derecho de existir como teoría— Paz denunció este pensamiento como una invasión de discursos eurocentristas y angloamericanos que no debían ser asimilados en nuestras tierras americanas, al menos acriticamente, o en el menor de los casos como moda absurda que no merecía recepción. Enfatizó en no confundir términos involucrados en el debate que establecían desórdenes mayúsculos como los citados del *modernism* anglófono que ignoraba a conciencia el modernismo de Hispanoamérica (y el de Cataluña) y el de vanguardia, apenas utilizado en los países de habla inglesa.

Al final de su vida establece conexiones entre conclusiones de libros fundamentales de los setenta, *Los hijos del limo* (1974) básicamente, y los de casi dos décadas más tarde como *La otra voz*, de 1990, y *Convergencias*, de 1991, intentando dar coherencia a sus planteamientos acerca del tema. El fin de la estética de la ruptura —dice— que inspiró a las poderosas vanguardias del primer tercio del xx, se había convertido al final del siglo en pura nostalgia. Como ha precisado Miguel Gomes, “Lo que Paz denomina fin de las metahistorias, el fracaso al menos aparente de los grandes discursos teleológicos

nacidos en el siglo XVIII y XIX, fundamenta la insistencia en que el estadio posvanguardista de la modernidad supone una individualización de los proyectos que antes eran colectivos”.⁷ Por este camino se llega de manera directa a las mordaces referencias de Paz a la postmodernidad, a la que llama, en su forma más dura, “palabra hueca”, o en términos más teóricos: “Desde 1850 la modernidad ha sido nuestra diosa y nuestro demonio. En los últimos años se ha pretendido exorcizarla y se habla mucho de *postmodernidad*. ¿Pero qué es la postmodernidad sino una modernidad aún más moderna?”.⁸ Paz equipara la postmodernidad con la posibilidad que tiene la juventud finisecular de servirse de todos los estilos del arte, advirtiendo que esto es un error ya que “la pluralidad de estilos equivale a la ausencia de estilo”. Cuando Paz se pregunta cuál es el lenguaje y el estilo de nuestro tiempo concluye: “El lenguaje de nuestras sociedades es el de la publicidad”, alentando así a los jóvenes a luchar contra ese lenguaje que al cabo no es de nadie, con el fin de encontrar el verdadero lenguaje de nuestra época. De esta forma, y como bien señala Gomes, el curso del análisis de Paz conduce a la equiparación del arte postmoderno con la mercantilización de la obra de arte posvanguardista, punto absolutamente lógico que el poeta mexicano no se cansó de reiterar.

Es curioso como en estos debates las opiniones de Paz acerca de los vericuetos teóricos de la postmodernidad lo aproximan, de cierta manera –sólo en algunos postulados– a un intelectual marxista como Frederic Jameson, lo que denota –es un elemento más en esta dirección– que sus antiguas lectu-

ras del marxismo (el de Marx y Engels) se mantuvieron vivas hasta el final de sus días.⁹ Pero fue con Habermas, entre todos los pensadores que se enfrascaron en el extenso debate –una polémica no exenta de bizantinismos– con el que más proximidad alcanzó el pensamiento proteico de Paz acerca del tema. Sus afirmaciones de la modernidad como proyecto inconcluso lo ubican junto al pensador alemán en cuanto a profundizar en una modernidad necesitada de mayores debates y estudios. Los otros, Rosalind Krauss, Douglas Crimp, Gregory Ulmer, Edward Said, Jean Baudrillard, Craig Owens, Kenneth Frampton, Hal Foster, Jameson, y otros, se lanzaron a una defensa apasionada de la postmodernidad.

Analizaré ahora su discurso de recepción del Premio Nobel, resumen de sus opiniones sobre la modernidad y la postmodernidad. Paz inicia con dos afirmaciones: uno, que el término de modernidad es equívoco dado que existen tantas modernidades como sociedades, es un término arbitrario y relativo como lo es el de Edad Media; dos, que la modernidad es una palabra en busca de su significado, un típico recurso paciano que permite cualquier variación o desplazamiento retórico y, en consecuencia, se pregunta: “¿Es una idea, un espejismo, un momento de la historia? ¿Somos hijos de la modernidad o ella es nuestra creación?”.¹⁰ De ahí se mueve a la otra pregunta con la cual cuestiona el nuevo concepto: “¿Pero qué es la postmodernidad sino una modernidad aún más moderna?”.¹¹

La versatilidad analítica de Paz lo llevó a decir que la búsqueda de la modernidad (no de la postmodernidad que acaba de descalificar en una línea)

lo condujo a descubrir la antigüedad mexicana olvidando su primera creencia de que lo moderno se asociaba al presente, y arriba a una conclusión sorprendente, la modernidad poética es un linaje más que un espejismo o un haz de reflejos, que también lo es. Paz sigue profundizando en el tema y se aproxima a conclusiones de pensadores que no menciona nunca (fiel a su costumbre de no revelar fuentes), pero que ha leído a profundidad. La idea de modernidad –nos dice– es consecuencia de entender la historia como proceso lineal y sucesivo, pero es también, y aquí residen las afinidades, un proyecto inacabado. Para Paz el hombre moderno sustituyó a Dios por la Historia, una herejía que lo define en tanto el Ser es reemplazado por la idea del Cambio, y este debe conducir a la humanidad hacia el espejeante Futuro o, dicho con las palabras que lo identifican como el gran mito de Occidente, el Progreso.

La clave de la cuestión (sigo acomodando el pensamiento de nuestro autor a una síntesis que responde al espacio del artículo), nos dice, es que asistimos al crepúsculo del futuro, a la crisis de “las ideas básicas que han movido a los hombres desde hace más de dos siglos”.¹² La supuesta racionalidad de la historia se evaporó y hasta en el dominio de las ciencias exactas –la física principalmente– renacieron las viejas nociones de accidente y catástrofe. No menos pesimista es el paisaje que sintetiza en las ciencias sociales cuando manifiesta, “la ruina de todas esas hipótesis filosóficas e históricas que pretendían conocer las leyes de desarrollo histórico. Sus creyentes, confiados en que eran dueños de las llaves de la historia, edificaron poderosos estados

sobre pirámides de cadáveres [...]. El determinismo histórico ha sido una costosa y sangrienta fantasía. La historia es imprevisible porque su agente, el hombre, es la indeterminación en persona”.¹³

Paz conduce su análisis a preguntarse si estamos ante el fin o en plena mutación de la Edad Moderna y se responde que es difícil una respuesta sensata; diagnostica que el hombre está viviendo una suerte de intemperie espiritual sin disfrutar de la anterior sombra protectora de los sistemas religiosos y políticos que lo oprimían y consolaban a un tiempo, sin una doctrina metahistórica que lo guíe hacia delante. Vuelve a darle un toque crítico al mercado: “Todo se vuelve cosa que se compra, se usa y se tira al basurero. Ninguna sociedad había producido tantos desechos como la nuestra. Desechos materiales y morales”,¹⁴ y de nuevo otro de sus temas recurrentes, la ponderación del ahora, del presente como el lugar de encuentro de los tres tiempos. Paz concluye con su recurso de análisis preferido, la reversión del tiempo que le permite cualquier tipo de análisis en la dirección más dúctil: “En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está afuera sino adentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer”.¹⁵ La palabra del poeta resume lo que muchos teóricos necesitaron para explicarlo en decenas de cuartillas, para exponer sus tesis sobre la postmodernidad, aunque sea sin las demostraciones debidas, como han señalado críticamente algunos

estudiosos (Jorge Aguilar Mora¹⁶ en primerísimo lugar).

Un dato que enfatiza ese desinterés tiene que ver con los análisis de contenido de la muy avanzada revista *Vuelta*, donde es constatable la poca presencia y beligerancia que le dedicó Paz al tema. En 1981 publica un texto de Jürgen Habermas y, dos años después, uno de Jean Clair. Y en las palabras de presentación de un *dossier* sobre el tema en el número 127, de junio de 1987, dice que la crítica mexicana apenas ha reparado en el asunto (menciona como las excepciones a dos jóvenes críticos). El *dossier* incluye textos de Daniel Bell, Cornelius Castoriadis y, por supuesto, uno de su autoría.

Pero aunque el discurso de recepción del Premio Nobel se presente como su más acabada reflexión sobre estos temas, en cuanto al arte hay que buscar las referencias en sus diferentes libros publicados desde los sesenta —es decir, tres décadas de meditaciones—; ahí encontraremos los pensamientos más sustanciosos e interesantes. En aras de ofrecer una suerte de síntesis de los mismos, enumeraré en un grupo de tópicos generales, las ideas que considero cardinales del pensamiento de Paz sobre arte. A saber:

—Desde el desmembramiento del catolicismo en la Edad Media, el arte se separó de lo social, convirtiéndose gradualmente en una religión individual y en culto privado de sectas. Nació entonces “la obra de arte” y la correspondiente “contemplación estética.”

—Posteriormente, la ironía romántica y el humor surrealista se fundieron en el programa surrealista que postuló transformar la vida

en poesía y hacer la revolución con el arte, lo que se daba la mano con el proyecto de Schlegel y sus amigos de hacer poética la vida y la sociedad. Paz se encargó de definir que la conciencia histórica de los surrealistas fue más clara y profunda que la de los románticos, así como su relación con la vida más práctica y decidida.

—El gesto de Duchamp fue un acto subversivo que mostró la inanidad de las obras de arte en tanto que objetos. El francés revalorizó al arte como gesto y sus *ready-made* dejaron de ser objetos anónimos para transformarse en signos de la decisión libre del artista. La postmodernidad después los internó, en un simbolismo aún más poderoso, en los recintos museales.

—La Edad Moderna hizo la crítica de las mitologías, la tierra perdió su condición de santidad y se abrió a la acción de la técnica la que, a su vez, ha venido destruyendo la imagen que la modernidad se había hecho del mundo. El tiempo concebido como historia, y la historia como progresividad sin fin, se agotaron.

—Lo nuevo no equivale a lo moderno salvo si es portador de la negación del pasado y afirmación de algo distinto. Ese algo ha cambiado de nombre y de forma en los tiempos más recientes, desde la sensibilidad de los románticos a la metaironía de Duchamp.

—La noción de razón crítica (también de pasión crítica) define el culto a lo moderno y se identifica con el cambio. La tradición de lo moderno contiene una paradoja

mayor que lo dejaba entrever la contradicción entre lo antiguo y lo nuevo, puesto que ha limado todas esas diferencias temporales hasta hacerlas desvanecer casi del todo. La aceleración del tiempo ha colocado en situación de igualdad lo pasado y lo actual. La aceleración es fusión de todos los tiempos y todos los espacios.

—Mirar no es una expresión neutral sino una complicidad con el objeto mirado. Baudelaire primero y Duchamp después, nos mostraron la función creadora de la mirada y, al mismo tiempo, su carácter relativo e inocuo. Con Duchamp se cierra el período iniciado por la ironía romántica y se abrió otro que no se detiene, más bien se amplía y complejiza en disímiles pluralidades, sin saber a ciencia cierta a dónde irá a parar.

—La oposición arte/vida en cualquiera de sus manifestaciones es insoluble, lo que fue demostrado por la operatoria burlesca de Duchamp y sus epígonos: la solución es la no-solución, el arte es la crítica del objeto artístico y del ojo que lo contempla.

—La oposición a la modernidad opera dentro de ella misma, criticarla es una de las formas del espíritu moderno. El arte moderno es moderno porque es crítico, cada movimiento negó al precedente y a través de esas negaciones sucesivas el arte se perpetuó. Hoy el arte moderno ha perdido sus poderes de negación, convertidos en repeticiones rituales. Se vive por lo tanto la idea del fin del arte moderno. Las debilidades y anulaciones de los

poderes del cambio y la ruptura son la manifestación de la crisis de la modernidad.

—Duchamp y Mallarmé cuestionaron la modernidad abriendo una brecha más moderna aún, eso que algunos posteriormente bautizaron como postmodernidad. Finalmente, el eje del mecanismo analítico de Paz sobre este complejo asunto teórico residió en su convicción sencilla, pero no menos efectiva, de que llamarse postmoderno era seguir siendo prisionero de la concepción del tiempo sucesivo y lineal, o lo que es igual, mantenerse atado al mito del Progreso, con lo cual, evidentemente, no se cambiaba mucho la condición de moderno.

Paz se percató de que ninguna otra época de la humanidad ha tenido tanta dificultad en pensarse a sí misma como la convulsa y caótica que le tocó vivir. Si volvemos a su repercusión en los campos de la crítica de arte, hay que convenir en que Paz dejó establecido una forma de valorar el arte, su lenguaje, hitos y sus *ismos*, que no tiene mucho en común con los críticos que lo antecedieron, salvo las excepciones ya mencionadas (Baudelaire, José Martí, Cardoza y Aragón, y Lezama Lima). Lo que no admite discusión alguna es que en la conformación de un código crítico de la artes visuales en el continente, nuestro autor ejerció un papel *sui generis* dado el tipo de literatura crítica que gestó, y la influencia que la misma ejerció, al margen de los estilos académicos y teóricos más específicos, pero entregando una obra que devino canónica precisamente por sus altos valores literarios y estéticos.

De cualquier forma siempre es oportuno considerar que fue una obra gestada desde la idea de crear una literatura sobre arte, desenfadada y libre de las ataduras academicistas y, por lo tanto, llena de carencias sobre aspectos teóricos y metodológicos a plena conciencia. Sobre estas carencias, por ejemplo, Pablo Helguera notó con acierto que mientras que Paz no le dedicó una línea a los artistas más importantes de los últimos años, escribió con profusión y encomio sobre creadores que no tuvieron la menor repercusión en la renovación del arte y se preguntó con razón: “¿Por qué celebrar sólo la continuación de las variaciones de un modernismo pictórico y no la experimentación de algo nuevo?” Y respondiéndose él mismo: “Esta pregunta podía parecer injusta al recordar que Paz sólo escribió en artes visuales sobre lo que le apasionaba, por razones subjetivas y como buen diletante. Sin embargo, fue esta actitud la que contribuyó a generar el vacío en torno a las nuevas tendencias, y por ello no se puede ignorar”.¹⁷ Es decir, por un lado creó un tipo de crítica que generó multitud de epígonos, por el otro dejó de opinar sobre creadores que merecían una reflexión por su papel en el desarrollo del arte contemporáneo, aspecto que se le critica como carencia evidente pero que, analizado con justeza, no encajó nunca en su tentativa personal de un *corpus* crítico sobre el arte.

De cualquier manera, los textos de Paz sobre arte son atendibles por muchas razones; primero porque se trata de una mirada que condensa un entramado intelectual cuyos referentes teóricos y filosóficos sobrepasan a los que puedan exhibir la mayoría de los

profesionales de la crítica de arte. Añadiendo, eso sí, que están escritos exaltando algo tan necesario y, a la vez, difícil de conseguir en materia de literatura como es el placer de la lectura: prosa poética, mirada inspirada, pasión crítica.

Sin dudas, la propia existencia de Paz, que vivió con una intensidad intelectual poco común, como verdadero ciudadano del mundo, y su infinita curiosidad, ayudaron a larvar una visión multicultural, una mirada plural que se introdujo en disímiles vericuetos de la rica y compleja historia que le tocó vivir. Sus relaciones con otros creadores de valía, en particular artistas como Duchamp, Lam, Matta, Cuevas, Gironella, Tamayo, Leonora Carrington, Remedios Varo; intelectuales como Ortega y Gasset, Breton, Sartre, Cage, Cioran, Serge, Reyes, Neruda y Alberti, por citar sólo algunos, contribuyeron a vincular conocimientos, enfoques y puntos de vista que luego fueron a parar con lucidez a sus escritos sobre arte.

Helguera, compatriota de Paz, tiene sobradas razones para afirmar que: “Comprender el pensamiento de Paz en torno a las artes visuales es fundamental para captar la relación conflictiva actual entre escritores y artistas en México, porque después de Paz, ningún poeta o escritor mexicano ha conseguido enteramente escapar de su manera de ejercer la crítica de las artes visuales”.¹⁸ Es decir, y en esto sí coincidimos, Paz ha jugado un papel de innegable proselitismo entre los poetas y escritores mexicanos en cuanto a la voluntad de reflexionar sobre el hecho artístico nacional.

Sin dudas, el modo crítico de Paz (el modo, no el método) parte del cruce de múltiples asociaciones y enlazamientos

de saberes, filtrados a través de la prosa poética y adobados con un puñado de generalizaciones provenientes todas de su enorme erudición, de su mirada afilada y, sobre todo, de la sensibilidad que es consustancial a la poesía. Las teorías, las modas críticas y las corrientes o vertientes de la historia del arte no juegan para él un papel esencial, más bien son referentes a los cuales acude en casos extremos. Importan más la impresión ante la obra, la personalidad del artista, sus influencias y sus puntos de contacto con las grandes conclusiones que ya el poeta ha extraído de sus estudios culturales y sus investigaciones sobre crítica literaria y el devenir del pensamiento filosófico de la humanidad. Y la duda, siempre la duda. Tales fueron, a mi juicio, las herramientas utilizadas por Paz.

En el presente, o quizá desde hace poco menos de una veintena de años, la realidad del paisaje del arte contemporáneo se caracteriza por una expansión y proliferación de prácticas artísticas, así como un predominio del mercado, de una manera no vista nunca antes. Se ha producido la entrada en el denominado arte contemporáneo de países como los asiáticos, que han saltado por completo la etapa de modernización. Ya París, Nueva York y Berlín (que le fue arrebatando a la Gran Manzana el centro del *show* del arte, al menos del más experimental, a inicios del nuevo siglo) no constituyen eje mundial del arte como antes lo fueron; ahora la descentralización es el rasgo principal. El mercado, con su crítica subordinada, y la moda también dependiente, son los rectores del rumbo.

Para finalizar, me detendré en su texto sobre el arte tántrico,¹⁸ un trabajo

breve que interesa citar no tanto por su exposición del arte basado y surgido en el tantrismo (en realidad no es lo que nos importa ahora), sino por las ideas condensadas que nos brinda, iniciando la década de los setenta, acerca de los temas medulares que hemos estado analizando del pensamiento sobre arte de Octavio Paz.

Se pregunta y responde el poeta mexicano,

¿Otro arte alborea? En algunas partes, especialmente en los Estados Unidos, asistimos a distintas tentativas de resurrección de la Fiesta. Estas tentativas, ¿expresan una nostalgia por un pasado irre recuperable o son la prefiguración de los ritos futuros de una sociedad apenas en gestación y que, si no más feliz, quizá será, al menos más libre que la nuestra? No lo sé. En todo caso reconozco en ellas al antiguo sueño romántico, recogido y transmitido por los surrealistas a la juventud actual: borrar las fronteras entre la vida y la poesía.¹⁹

De nuevo estamos ante la operatoria que he descrito como el espacio situado entre la metáfora crítica y la epistemológica, el eterno retorno y reciclaje de los tiempos en que todo es posible de mezclar y digerir, y ser convertido en un nuevo conocimiento por la voracidad de la razón y la imaginación pacianas.

Prosigue en su análisis y nos dice que el nuevo arte posible no sería nunca “una recaída en la idolatría de la cosa artística de los últimos doscientos años; tampoco sería un arte de la destrucción del objeto sino que vería en el cuadro, la escultura o el poema, un punto de partida. ¿Hacia dónde? Hacia la presencia, hacia allá”.²⁰ Es decir,

del pasado nos movemos de nuevo hacia el enigmático futuro utópico, un “hacia allá” absolutamente quimérico, un espacio en el que el arte no será restaurado sino que se convertirá en un signo inaugural que abrirá un camino, el tiempo más allá del linde del tiempo. A la reincidencia de su fórmula crítica añadiré el párrafo con que inicia este texto; en él vuelve sobre conclusiones extraídas con anterioridad y desplegadas en textos ya repasados en nuestra investigación, pero me veo en la obligación de citarlo:

Vivimos el fin del tiempo lineal, el tiempo de la sucesión: historia, progreso, modernidad. En la esfera del arte la forma más virulenta de la crisis de la modernidad ha sido la crítica del objeto; iniciada por Dadá, hoy culmina en la destrucción (o autodestrucción) de la *cosa artística*, cuadro o escultura, en aras del acto, la ceremonia, el acontecimiento, el gesto. La crisis del objeto es apenas una manifestación (negativa) del fin del tiempo. La idea de arte moderno es una consecuencia de la idea de historia del arte; ambas fueron invenciones de la modernidad y ambas mueren con ella. La sobrevaloración de la novedad se inscribe dentro de una concepción historicista: el arte es una historia, una sucesión de obras y estilos regida por ciertas leyes. La expresión más inmediata de lo nuevo es el arte instantáneo pero asimismo es su refutación: en el instante se conjugan todos los tiempos sólo para anquilarse y desaparecer.²¹

Ha volcado Paz en este extenso párrafo los extremos a los que llegó su pensa-

miento acerca del arte, siente que no puede penetrar más hacia el futuro y lo deja abierto en forma de interrogación, el arte nuevo se configurará en un “signo inaugural”.

No es una limitación, es una muestra de inteligencia. Si leemos a Danto, de Dube, Perniola, Baudrillard, Vattimo, Michaud y otros pensadores y filósofos ocupados en meditar sobre estos temas, encontraremos similares límites a sus búsquedas. Se trata, no es ocioso repetirlo, de que después de las intervenciones de Duchamp, Warhol, Beuys y Kosuth, el arte llegó a un punto en que es muy difícil, diría que imposible, pronosticar su rumbo futuro. La idea del fin del arte no es otra cosa que uno de los tantos mitos postmodernos. Las limitaciones de Paz estuvieron centradas en la imposibilidad, al igual que en Greenberg y Gombrich, de encontrar una fórmula crítica que le permitiera estudiar el arte después de que este se convirtió en gesto, en experiencia sociológica, es decir, después del período comenzado con Duchamp en que toda la realidad se fuera convirtiendo en materia susceptible de estetizarse, como ha sucedido de los *ready-made* a esta parte.

Al final de sus días estuvo convencido de que lo comenzado en el siglo xx como una rebelión, había sido domado y asimilado al finalizar la centuria por la industria de la cultura, degradadas y convertidas las obras en mercancía, en cosas. Solo excluyó la poesía de esa situación de enfermedad terminal al decir que esta, como no pudo ser reducida, ha sido entonces aislada al *guetto* académico o a las catacumbas, sentencia totalmente discutible y que parte de su consideración

de salvar la poesía por todos los medios intelectuales a su alcance.

Paz penetró los vericuetos principales del devenir de las artes visuales del siglo xx aunque haya dejado pasar por alto argumentos, obras y artistas que no le interesó abordar. Todo este peregrinar por el arte moderno, lo hizo, como ya hemos argumentado en la tesis, desde la mirada inspirada y encarnada en la poesía, desde la fruición o el erotismo del mirar asentado en verdades instruidas, confirmado por su vasta cultura.

En su crítica de arte hubo una premisa clave que lo distingue de la mayoría de los críticos y especialistas de su tiempo: todas las artes, incluyendo la literatura, emanan del instante poético, un destello en el cual se vislumbra la médula del acto creador y de la obra misma; instante de revelación que va a parar o termina en la significación o, utilizando sus palabras, en *un ir hacia*. En Paz la traducción de una cualidad a otra entre los diferentes lenguajes, la analogía baudelaireana o su equivalente sistema de correspondencias, permiten ver toda su obra como un accionar permanente de la mente del poeta, que todo lo observa y devora, albergando un deseo anhelante e insaciable por las formas.

Si por un lado quedó claro (al menos para mí), que estuvo poseído por la pasión crítica —recordemos que según su credo, desde el romanticismo el arte no podía comprenderse por fuera de la noción de crítica—, por el otro siempre afirmó y practicó que esa crítica debía ejercerse desde el centro de la obra de arte, desde la sustancia de su lenguaje.

No es difícil apreciar entonces que por su vena crítica sobre arte, corrieron dos líneas paralelas (ya sabemos que

se unirán en algún punto): la vocación de convertir la impresión que le produjeron las obras examinadas en literatura de alto vuelo, y la necesidad apremiante de tomarle el pulso al arte, seguirlo en tiempo real y reinventarlo como proceso vivo, latente. En esta aventura intelectual Paz se sintió en la obligación de desafiar la estética tradicional, la estética como ideología, considerando siempre al arte como un vehículo revolucionario en busca de nuevas sensibilidades.

La lectura, eminentemente surrealista, que hizo Paz de Duchamp, queda como manifestación del límite de una mirada que a partir de este punto comenzó a extraviarse en los terrenos irregulares de un arte que, como expresó Thierry de Duve en su espléndido *Kant after Duchamp*,²² había desplazado el “esto es bello” por el “esto es arte”, lo que representó la más profunda y novedosa reinterpretación de la crítica del juicio hecha por Kant desde el romanticismo. De cualquier forma, la incursión de Paz por el universo duchampiano supone la mayor tentativa de nuestro autor por comprender el arte post *ready-made*, lo que incluso expresó cuando advirtió que había finalizado un arte y otro alboreaba. Sospecho que a partir de este momento, es decir del surgimiento de una nueva forma de encarar el arte y de pensarlo, Paz dejó de sentir el mismo interés, o experimentó cierta aprehensión sobre ese arte, al punto de no escribir sobre los nuevos artistas conceptuales, salvo algunas generalidades.

El hecho de que Damián Bayón avalase que el discurso de Paz sobre tendencias, escuelas, artistas y obras de todo tiempo y lugar, fue absoluta-

mente coherente aunque no pretendiese convertirse en un *corpus* racional intocable, es aval a respetar en el mundo de la crítica especializada. Quizá la verdadera y única conclusión posible en el recorrido del pensamiento de Paz sobre arte, resida en una expresión de su libro sobre Duchamp, acabado de salir a la superficie de su inmersión en el universo irónico, delirante y críptico del francés: “El fin de la actividad artística no es la obra sino la libertad”. Filosofía del arte como experiencia, viaje infinito por la aventura de la creación, libertad absoluta para escribir con pertinencia sobre estos complejos temas.

La conclusión más abarcadora de toda la reflexión paciana sobre arte se puede encontrar, como ya apunté, en sus análisis sobre el fin de la modernidad. La idea de que *lo moderno* en el arte consistía en una tradición hecha de rupturas (las de los románticos y surrealistas como las más importantes) que había llegado a su fin. Según sus palabras, “la rebelión de las vanguardias se volvió pasatiempo”, es decir, la extinción o agotamiento de la idea de cambio y ruptura. El ocaso de las vanguardias como advertencia de que ya no era posible creer en el tiempo lineal y progresivo, en fin, la crisis de la idea de lo moderno.

Paz fue de los primeros en hablar de la idea del fin del arte moderno (Spengler primero que nadie) a partir de su reflexión del agotamiento de lo nuevo a expensas de lo negado, o lo que es lo mismo, del fin de los avances continuos e incesantes. En tal sentido y como ya vimos, consideró inexacto el concepto de postmodernidad al expresar: “Estamos en una nueva época que no sabemos cómo se va a llamar,

y no sabemos cómo se va a llamar porque las civilizaciones nunca saben cómo se llaman [...]. Nos bautizan en el momento de nuestro entierro, por eso no sabemos nuestro nombre verdadero. Le llamamos postmodernidad. Es una palabra hueca”.²³

La crítica de arte de Octavio Paz creó un extenso tejido de ideas en el que el estudioso puede ponerse en relación con el ambiente intelectual y artístico del siglo xx, en particular desde los años 40 hasta su final. Varios de los grandes debates sobre el arte de su tiempo recibieron mención o cabida plena en su ensayística.²⁴ Fue un gestor de ideas que no buscó nunca ofrecer soluciones fáciles a los problemas enfocados sino que se dirigió siempre a las cotas más altas del pensamiento humanista a la hora de dilucidar sus textos. Estas consideraciones lo condujeron, de acuerdo al camino trazado por Baudelaire y los románticos alemanes (no olvidar las tempranas lecciones de sus coterráneos Carlos Pellicer, Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia), a considerar la crítica de arte como un acto igualmente delirante y apasionado; pintar con el corazón (Chardín) o pensar con los ojos (Bayón) fueron recursos motores de esta práctica. El vasto recorrido que hizo Paz por las artes visuales hay que verlo en paralelo con toda su andadura por la cultura moderna.

Para Octavio Paz el mundo resultó ser un enorme texto, imperfecto, disperso, sin límites, poblado por innumerables culturas, etnias, idiomas y lenguajes en los que se empeñó, como pocos en su siglo, en establecer o detectar las relaciones de afinidad, correspondencia y oposición entre los signos. Uno de estos signos, el arte,

también fue apreciado como un amplio texto sobre el cual hizo sustanciales reflexiones. La aventura de seguir el pensamiento sobre arte de Octavio Paz²⁵ ofrece el incomparable placer de la inmersión en las aguas oceánicas de un profundo conocedor de las más sustanciosas densidades de la historia del arte, vistas, no desde una cartografía académica, sino en las más prolijas combinaciones con el pensamiento humanista y la literatura a lo largo de la historia de la cultura universal.

Notas

¹ Paz, Octavio. “La querrela del modernismo”, *La Jornada*, México, 20 oct. 1985, pp. 1-3.

² Richard, Nelly. “Latinoamérica y la postmodernidad”, *Revista de Crítica Cultural*, Stgo de Chile, Año 2, No. 3, abr. 1991, pp. 15-19.

³ Verani, Hugo J. *Octavio Paz y el equívoco de la postmodernidad, Siglo XX/20th Century*, Universidad de Colorado, Estados Unidos, 1992, pp. 33-45.

⁴ Paz, Octavio. *Itinerario, México*, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 43.

⁵ Haberlas, Jürgen. *La modernidad, un proyecto incompleto, la posmodernidad*, Selección y prólogo Hal Foster, Editorial Kairós, México, 1988.

También publicado como *Modernity versus postmodernity*.

⁶ Hozven, Roberto. *Octavio Paz: viajero del presente*, El Colegio Nacional, México, 1994.

⁷ Gomes, Miguel. “Modernidad, presencia de estilo y capital simbólico en Convergencias”, En Paz, Octavio. *La dimensión estética del ensayo*, Siglo XXI editores, México, 2004.

⁸ Paz, Octavio. *Convergencias*, Seix Barral, México, 1991, p. 14.

⁹ Acerca de este particular, es conveniente leer entrevistas hechas a Paz al final de sus días y textos de intelectuales mexicanos como Carlos Monsiváis.

¹⁰ Paz, Octavio. *Op. cit.* (8), p. 14.

¹¹ Ídem.

¹² *Ibidem*, p. 18.

¹³ *Ibidem*, p. 19.

¹⁴ *Ibidem* p. 21.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Aguilar Mora, Jorge. *La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*, Ediciones ERA, México, 1978.

¹⁷ Helguera, Pablo. “Los caminos de la crítica poética en Latinoamérica”, *Boletín digital Arte al Día*, La Habana, Nos. 80 y 81, Consejo Nacional de las Artes Plásticas, 2003, En www.cnap.cult.cu

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Paz, Octavio. “El pensamiento en blanco”, prefacio a exposición de arte tántrico en París, febrero de 1970, En *Obras completas*, Edición del Autor, Círculo de Lectores, México D.F., FCE, 1997, t. 6, pp. 56-62.

²⁰ Ídem.

²¹ Ídem.

²² *Ibidem*.

²³ Duve, Thierry de. *Kant after Duchamp*, MIT Press, Cambridge, MA, 1996.

²⁴ Entrevista con Héctor Tajonar, de abril de 1998. Localizada en <http://mtvla.yahoo.com/>, p. 6.

²⁵ El surrealismo artístico, las aportaciones de Duchamp y Warhol, el abstraccionismo, la trasvanguardia italiana, la desmaterialización de la obra de arte (Lippard), la antifirma, el arte de la tierra o land art, el body art, el performance, el arte povera, el arte conceptual, el interés por la realización del objeto, el dogma formalista de Greco, el minimalismo, el post estructuralismo de Barthes (la muerte del

autor), el arte cinético, el psicoanálisis de Lacan, la reconstrucción de Derrida, las teorías de Danto sobre el fin del arte y sobre lo “indiscernible perceptivo” de las Cajas de Brillo de Warhol, las aportaciones de Beuys, el debate de la postmodernidad (desde finales de los 60 hasta los 90) o postmodernidades, el hiperrealismo de los 70, el neoexpresionismo de los 80, el apropiacionismo de Nueva York (Douglas Crimp), la teoría de “lo abyecto” de la Kristeva, la teoría del simulacro de Baudrillard (crítica de la representación), la fotografía reconocida con plenos derechos como arte y en pleno y constante ascenso, lo multicultural de los 90, lo informe de Bataille (prácticas corporales), la cultura de la herida (prácticas corporales) o *wound culture*, el *posthuman*, etcétera, etcétera. Todos estos temas de debate, movimientos, momentos del arte del siglo xx fueron contemporáneos con Paz, muchos de ellos recibieron su mirada dentro de su ensayística sobre arte.

Raros & Valiosos

colección · facsimilar

Esta colección pretende rescatar a partir de ediciones facsimilares la colección de Raros y Valiosos perteneciente a la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CUBA
JOSÉ MARTÍ

La conquista lingüística aruaca de Cuba

Sergio Bernal Valdés

Investigador y lingüista

Tras arriesgada navegación a través del desconocido *Ōcēānus*¹ o *Atlantĭcum māre*² de los romanos, del tenebroso *al-Bahr al-Zulumāt*, “Mar de las Tinieblas”, como lo llamaban los árabes, las carabelas comandadas por Cristóbal Colón avistaron el 12 de octubre de 1492 unas islas que posteriormente serían denominadas Bahamas³ o Lacayas.⁴

Días después, comunicándose mediante el lenguaje gestual con sus moradores, Colón entendió y anotó el 21 de octubre en su *Diario de navegación* que más al sur había “Otra isla⁵ grande mucho, que creo que debe ser Cipango,⁶ según las señas que me dan estos indios que yo traigo,⁷ a la cual ellos llaman Colba”. Después, el 23 de octubre registró la correcta denominación de Cuba,⁸ a la que arribó en la lluviosa noche del 27 de octubre, por lo que el desembarco fue pospuesto para el siguiente día. Aunque esta isla no fue el tan ansiado Cipango o Japón de las crónicas de Marco Polo, al menos causó en Colón tal impresión por su rica y variada naturaleza, que no pudo menos que escribir estas elogiosas palabras: “La tierra más fermosa que ojos humanos vieran”, feliz frase que ha sido acertadamente explotada por nuestra industria turística.

El origen y significado del nombre de nuestro país fueron dados a conocer por José Juan Arrom en su discurso de ingreso en la Academia Cubana de la Lengua el 23 de abril, Día del Idioma, de 1964. Para estas deducciones se basó en el libro de Claudius Henricus de Goeje *The Arawak languages of Guiana* (1928), quien documentó en lokono,⁹ lengua aruaca de la Guayana, el uso de la voz *koba/kuba* con el significado de “campo”, “terreno”, y en investigaciones posteriores recogió otras variantes con prefijos posesivos o que anuncian el carácter general de la palabra, todas con el significado señalado. Arrom¹⁰ explicó que “*Koba* o *Kuba* debió ser, por consiguiente, la voz que Colón oiría. Y eso vendría a explicar la vacilación del Almirante al registrarla, abriendo o cortando la vocal de la primera sílaba, como *Colba*, y luego como *Cuba*”.¹¹

Nosotros confirmamos las deducciones de Arrom mediante la consulta de Sixto Perea y Alonso y su *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*, de 1942, en la que se realiza un pormenorizado estudio lingüístico de un catecismo traducido del español al lokono. A esto sumamos el *Arawak-English dictionary with an English word-list* de 1989, de John Peter Bennett, trabajos a los cuales no tuvo acceso Arrom, y en los cuales se documenta el uso del vocablo *kuba*.¹² Interesante es resaltar que en las traducciones de la *Biblia* y de catecismos al lokono, los traductores utilizaron el vocablo *kuba*, para referirse al Edén o al Paraíso de los cristianos, pues no pudieron recurrir a las voces *konoko*, que en esa lengua significa “bosque, selva”,¹³ de donde procede nuestro

conuco,¹⁴ o *kabuya*, que significa “terreno para cultivo”.¹⁵

Si desde el punto de vista morfológico¹⁶ Daniel Garrison Brinton ha podido establecer que el nombre de las Lucayas es de origen aruaco, de *luku*, “ser humano” y *cayo*, “islote”, y si Arrom ha demostrado que el nombre de Cuba tiene el mismo origen, cabe preguntarse si también serían aruacas las lenguas que hablaban las comunidades indígenas identificadas por los españoles con las denominaciones de *taínos*, *ciboneyes* y *guanahatabeyes* cuando se llevó a cabo la colonización del archipiélago cubano a partir de 1510.

Pero antes de continuar, debemos aclarar el origen y significado del término *aruaco*¹⁷ utilizado como denominación de esta familia de lenguas amazónicas, la de mayor expansión territorial en Suramérica.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, en la villa de Maipure, ubicada en el territorio colombiano de Vichada, el monje italiano Filippo Salvatore Gilij se dedicó al estudio de varias lenguas indígenas suramericanas con fines catequizadores. Entre algunas de ellas encontró interesantes similitudes en cuanto a su léxico y morfología, las que agrupó bajo la denominación de “lenguas maipures” en el tercer volumen de su trascendental obra *Saggio di storia americana*, editado de 1780 a 1784. Después, otro monje italiano, Petro Marietti, en su *Oratio Dominica*, de 1870, estudió un número mayor de lenguas e hizo suya la denominación debida a Gilij.

La labor de lingüística comparada iniciada por Gilij y continuada por Marietti, fue ampliada por William Henry Brett (1858), el ya mencionado Brinton

y Karl von den Steinen (1886). Estos autores decimonónicos reconocieron el lokono como la lengua representativa de esta familia, a la que la llamaron *Arawak*, en inglés, o *Aruak*, en alemán, en lugar del nombre propuesto por Gilij y retomado por Marietti.

Sobre el origen y significado del vocablo *aruaco* existen dos interpretaciones. Según Brinton,¹⁸ los caribes de las Guayanas llamaban *aruak* (“comedores de harina”) a los lokonos debido a que parte de su dieta se basaba en la harina hecha de la médula de la palma *Mauritia flexuosa* y de la yuca o mandioca (*Manihot utilissima*). Perea y Alonso,¹⁹ por su parte, explicó que el verdadero significado de la palabra *Arawak* se deriva de *arua*, *aruwa*, que en la lengua de los lokonos es el nombre aplicado al jaguar. Brett (1858) apoyó el uso de esta denominación étnica –si se debe a sus vecinos–, o etnónimo –si es que así se autodenominan–, cuyo significado sería ‘los del clan o tótem del jaguar’, ya que la partícula *-ka*, según este autor, en la lengua de los lokonos funge como indicador de origen totémico. Así fue como se acuñó este término. Pero lo cierto es que, como explicó el propio Brett y confirmó posteriormente Bennett,²⁰ hablante nativo y estudioso de esta lengua, el término *Arawak* o *aruaco* fue impuesto a los lokonos, quienes terminaron aceptando esta denominación étnica en períodos posteriores a la colonización europea de la zona.

Los límites de la familia de lenguas aruacas fueron establecidos a principios del siglo XX. Si bien no existen dudas respecto de la filiación de estas lenguas, todavía subsisten deficiencias relacionadas con los vínculos genéticos

internos dentro de la propia familia y con otras lenguas. En la actualidad, la mayoría de los estudiosos suramericanos utiliza el término *aruaco* para referirse a un grupo de lenguas sin dudas relacionadas y reconocibles mediante pronombres prefijales como *nu-* o *ta-* para la primera persona del singular, *pi-* para la segunda, el prefijo relativo *ka-* y el negativo *ma-*. Por el contrario, otros especialistas, sobre todo estadounidenses, prefieren utilizar el término *Arawak* o *Arawakan* para referirse a lenguas genéticamente emparentadas a un nivel taxonómico superior, y reservan el término *Maipure* o *Maipurean* para el grupo de lenguas más afines, acota Terence S. Kaufman (1990). Nosotros preferimos la práctica de los suramericanos, y en este trabajo utilizamos la denominación de *aruaco* para referirnos a las lenguas definidas como tales por su afinidad morfofonológica y léxico básico, siguiendo a Ayron Dall'Igna Rodrigues (1986) y Alexandra Y. Aikhenwald (1999).

Dentro del conjunto de lenguas pertenecientes a la inmensa familia aruaca, podemos identificar el grupo caribeño septentrional constituido por el taíno o aruaco insular de las Antillas Mayores, como preferimos llamarlo, extinguido entre los siglos *xvi* y *xvii*; el iñeri o caribe insular, extinguido en Dominica a principios del siglo *xx*; el garífuna²¹ o caribe negro, en la actualidad hablado en el litoral de Honduras, Belice, Guatemala y Nicaragua, derivación del caribe insular antillano y lengua comunitaria de estas poblaciones afroamerindias originarias de las Antillas Menores, de donde fueron deportadas por los británicos en el siglo *xviii*; el lokono de las Guayanas y el oriente

venezolano; el caquetio, hablado en el litoral venezolano y extinguido en el siglo *xvi*; el shebayo, hablado en la costa venezolana y extinguido a finales del siglo *xix*; el goajiro o wayú de la península de la Goajira, con gran vitalidad hoy; y el paraujano o añú del estado de Zulia y el lago Maracaibo, casi extinguido.

El primero en demostrar el nexo existente entre las lenguas de las Bahamas y de las Antillas Mayores con el lokono de las Guayanas fue Brinton en su extenso artículo "The Arawak language of Guiana and its linguistic and ethnological relations". Por otra parte, el primero en adjudicar un origen aruaco a la lengua de los llamados "caribes insulares" de las Antillas Menores fue Lucien Adam con su impactante estudio "Du parler des hommes et du parler des femmes dans la langue Caraïbe" (1879), para lo que se basó en las observaciones de los cronistas Jean Baptiste Labat (1772), César de Rochefort (1658) y, básicamente, en el diccionario caribe-francés de Raymond Breton (1664-1666). En un ulterior estudio de 1939, De Goeje apoyó las conclusiones de Adam y estableció que en las Antillas Menores coexistieron dos lenguas: una caribe, impuesta por supuestos invasores kalininas y preservada entre los hombres, y otra aruaca, común entre las mujeres tomadas de los aruacos eyeris,²² cuya población masculina era eliminada por los caribes durante sus invasiones. Incluso Čestmír Loukotka, en su casi imprescindible *Classification of South American Indian languages* (1968), llegó a distinguir entre el *caliponau* o aruaco hablado por las mujeres en poder de los caribes antillanos, y el *ca-*

linago o caribe insular de los hombres, denominaciones que significan “pueblo comedor de yuca”, según Douglas Taylor.²³

El supuesto bilingüismo aruaco-caribe fue aceptado por unanimidad hasta mediados del siglo xx, cuando Taylor comenzó a poner en tela de juicio esta idea en una serie de artículos a partir de sus estudios de lingüística comparada entre el llamado “caribe insular”, el garífuna, el taíno o aruaco insular de las Antillas Mayores, el lokono, el goajiro y el paraujano, entre otras lenguas aruacas continentales, y el kalina o caribe. Como resultado de este estudio de lingüística comparada, Taylor²⁴ resaltó que “A pesar de la denominación, el caribe insular es una lengua aruaca no muy lejana del aruaco o lokono, que estuvo bajo el influjo y los préstamos del caribe (karina), español, francés e inglés, en ese orden de sucesión e importancia”. Por ello, Antonio M. Stevens-Arroyo, en su libro *Cave of the Jagua*,²⁵ prefiere la denominación “Island Kalina” a la de “Island Carib” para describir a los descendientes de los hablantes de caribe en las Antillas en el siglo xvi. Pero resalta que “Es necesario añadir inmediatamente que esta denominación es más cultural que lingüística”. Y en esto tiene razón, pues Samuel M. Wilson²⁶ puntualiza que los arqueólogos no han sido capaces de identificar un tipo de cerámica vinculable a los caribes invasores, lo que pudiera servir de evidencia migratoria.

Por el contrario, se ha demostrado un proceso de continuidad, como es el de la cerámica hallada en las islas de barlovento a partir del año 1000 y llamada *suazeyana-troumassoide* por Rouse a partir del sitio llamado Savannah Sua-

zey en Granada (L. Allaire, 1991). Por tanto, deduce Wilson, lo que ocurrió fue un profuso intercambio comercial entre los antiguos habitantes de las Antillas Menores y los del continente, lo que, a través de las generaciones, generó la síntesis cultural que originó una nueva identidad que los misioneros franceses describieron como caribe o caribe insular, pero que en sí era predominantemente aruaca.

John Alden Mason,²⁷ apoyándose en estudios lingüísticos y arqueológicos, consideró que el punto original de difusión de las tribus aruacas fue la región comprendida entre el Orinoco y el Río Negro, donde convergen las actuales fronteras de Venezuela, Surinam y Brasil. Pero para Donald W. Lathrap (1970) y José R. Oliver (1989), la zona etnohistórica original radicaba en el Alto Amazonas, lo que corrobora Aikhenvald,²⁸ pues en esta región está concentrada la mayor divergencia estructural interna de las lenguas aruacas, a diferencia de otras áreas en que se hablan.

I. Rouse (1985, 1989a, 1989b, 1992), quien se apoyó en evidencia sobre todo arqueológica, consideró que hubo una sola entrada de hablantes de lenguas aruacas en las Antillas, lo cual apoyó Alberta Zucchi (1991 y 1992) a partir de los trabajos de Lathrap (1970), John Kingsley Noble (1965), Fred Olsen (1974) y del propio Rouse, enriqueciendo esa visión con la tradición oral recopilada entre aruacohablantes amazónicos.

Según Rouse (1989a y 1992), hacia el segundo milenio a.n.e. portadores de la cultura *ronquinoide*²⁹-*salaloide*,³⁰ originarios de una región comprendida entre la confluencia de los ríos Apure

y Orinoco y el delta de la desembocadura del Orinoco, hablantes de una lengua aruaca proto-septentrional, se expandieron hacia las Guayanas. El medio de comunicación de los proto-septentrionales que permanecieron en las Guayanas evolucionó hasta dar origen a la lengua que hoy llamamos lokono. Durante este proceso, los *ronquinoides-salaloides* devinieron *cedrosanos*³¹-*salaloides* y parte de ellos, alrededor del primer milenio a.n.e., se dirigió hacia el norte a través de las Antillas Menores hasta Puerto Rico y La Española, donde su avance fue detenido por los no ceramistas. Esta presencia aruaca en la región dio origen al llamado “pre-taíno” o “pre-aruaico insular”, como preferimos llamarlo.

A partir del año 500, un nuevo elemento se sumó al estilo *cedrosano-salaloide*: una innovadora técnica decorativa derivada de la tradición *barrancoide*³² de la región venezolana del delta del Orinoco. Rouse³³ describió este cambio como *salaloide* con influjo *barrancoide*, mientras que Louis Allaire³⁴ sugirió que mejor debiera ser caracterizado como *barrancoide* de tradición *salaloide*, ya que las islas de sotavento, es decir Montserrat, Antigua, Barbuda, Saint Kitts, Nevis, San Eustaquio, San Bartelemí, San Martín, Saba e Islas Vírgenes, devinieron *barrancoides*.

Entre los años 600 y 1000, los *salaloides* en las Antillas Menores se dividieron en dos grupos. En un breve período de tiempo, entre los años 500 y 600, en las islas de barlovento, o sea Granada, Barbados, San Vicente, Granadinas, Santa Lucía, Martinica, Dominica y Guadalupe, los *cedrosanos-salaloides* se fusionaron con los *barrancoides-salaloides*

y dieron origen al estilo de cerámica *troumassoide*,³⁵ que no se extendió por las islas de sotavento. Mientras, otro grupo dio origen a un nuevo estilo llamado *ostionoide*,³⁶ cuyos restos evidencian un proceso migratorio hacia el norte y su penetración en las Antillas Mayores y las Bahamas alrededor del año 600. Posteriormente, otro estilo más elaborado e identificado como *chicano*³⁷-*ostionoide*³⁸ fue creado por los grupos ceramistas más evolucionados de las Antillas. Los arqueólogos asocian este tipo de cerámica con los llamados “taínos”, diferenciándola de la de los *ostionanos-ostionoides* o “subtaínos”, este último término creado por Mark R. Harrington (1921) para identificar las comunidades que en Cuba produjeron una cerámica menos trabajada y a los primeros pobladores de Jamaica.³⁹

Dicha diferencia en los estilos de cerámica confirman diversos movimientos migratorios hacia el norte antillano, y ello también sirvió de apoyo a la teoría de que la lengua aruaca proto-septentrional en el sur diera origen a lo que se llamó “eyeri”, después devenido “caribe insular”, mientras que en el norte se constituyó en lo que fue el “taíno” o “aruaco insular”.

Finalmente, en la porción occidental de La Española, lo que hoy es Haití, surgió otro estilo de cerámica llamado *meillacano*⁴⁰-*ostionoide* en el siglo v, que comenzó a producirse casi al mismo tiempo que la *ostionoide*. Los *meillacanos* se expandieron por el septentrión occidental dominicano, avanzaron hacia el occidente y se internaron en Jamaica y Cuba hacia el siglo viii, donde, en esta última, devinieron las comunidades fronterizas con los

aborígenes no ceramistas. Otro grupo de *meillacanos* reabrieron nuevas rutas para el avance de los ceramistas alrededor del 800 hacia las Bahamas, donde esta cerámica degeneró en un tipo tosco y frágil llamado *palmito*. Sus elaboradores fueron identificados como *lucayos* por los cronistas y hablaban una variante regional de lengua aruaca de los taínos, con quienes mantenían estrechos lazos de todo tipo.

En la actualidad, según Julian Granberry y Gary S. Vescelius,⁴¹ la mayoría de los arqueólogos estudiosos del Caribe precolombino ha identificado las etnias indoantillanas y las unidades arqueológicas de la siguiente forma. Los *palmitanos-ostionoides* de las Bahamas y los *meillacanos-ostionoides* de Cuba, Jamaica, Península de Tiburón, isla de Gonave, extremo noroccidental de Haití y norte dominicano son identificados culturalmente como “taínos occidentales”. Por otra parte, los *chicanos-ostionoides* de las islas Turcos y Caicos, llamados por algunos “taínos lucayos”, y los del extremo oriental de Cuba, de la porción central, meridional y oriental de La Española, los de Puerto Rico, Vieques y Culebra, son denominados “taínos clásicos”. El término de “taínos orientales” se aplica a los *chicanos/elenanos*⁴²-*ostionoides* de las Islas Vírgenes y de las islas de sotavento, con la excepción de Guadalupe, mientras que el de “eyeris, kalífunas o caribes insulares” se utiliza para los *suazoides*⁴³ y *cayoides*,⁴⁴ quienes habitaban en Guadalupe, en las islas de sotavento, y en todas las islas de barlovento, desde Dominica hasta Granada.

No queremos pasar por alto en esta exposición a los macorijes y ciguayos, asentados en la costa norte de Repúbli-

ca Dominicana. No existen evidencias que demuestren que los macorijes fuesen un grupo etnolingüístico diferente, por lo que su lengua, calificada por Ramón Pané en su *Relación acerca de las antigüedades de los indios*⁴⁵ como “una lengua bárbara extranjera”, debió ser una variante local del taíno o aruaco insular, como concuerdan Taylor,⁴⁶ Manuel Álvarez Nazario⁴⁷ y Stevens-Arroyo.⁴⁸ Amerita la pena señalar que en la Cuba colonial fueron introducidos algunos macorijes como esclavos, ya que se ha preservado su nombre en la toponimia cubana postcolombina, pero escrito con *u*: *Macurijes*.⁴⁹

Los ciguayos también vivían en la costa nororiental dominicana y ocupaban toda la península de Samaná. Fernández de Oviedo, en su *Historia general*⁵⁰ explicó que los ciguayos procedían de algunas de las “islas cercanas a los flecheros” o caribes insulares y que habían olvidado su lengua materna, el eyeri, y aceptado “la lengua general [taína] de la isla”.

En fin, lo que nos interesa destacar aquí es que lucayos, ciboneyes, taínos, macorijes, ciguayos y caribes insulares hablaban lenguas aruacas, como se desprende de las anotaciones de los cronistas y otros documentos, como lo evidencia la rica toponimia prehispánica preservada hasta el presente, y como destacan los lingüistas y arqueólogos que se dedican al estudio del pasado precolombino antillano y bahamense.

No obstante esto, Granberry y Vescelius, en su libro *Languages of the pre-Columbian Antilles*, de 2004, a diferencia de Rouse (1985, 1989a, 1989b, 1997), Zucchi (1991, 1992) y otros, consideran que hubo una segunda oleada migratoria aruaca

representada por los *barrancoides*. En fin, según estos autores, los *barrancoides* sustituyeron en las Antillas Menores el pre-taíno, más afín con el goajiro y el paraujano de Colombia y Venezuela, por el eyeri, más cercano al lokono de las Guayanas. Por otra parte, consideran que los ciguayos hablaban una lengua centroamericana, el tol o jicaque, en vías de extinción en Honduras, a partir del análisis de un solo vocablo, *tuob*, como llamaban al oro, palabra que se diferencia considerablemente del *caona* de los taínos y del *karokuri* en lokono. Además, identifican a los macorijes como hablantes de guaraúno o warao,⁵¹ lengua independiente, es decir no relacionada con otras de la región, hablada en la actualidad en el delta del Amazonas y áreas adyacentes de la Guayana y en los estados venezolanos de Bolívar, Monagas y Sucre. Para ello se basaron en que los macorijes llamaban al oro *baesa*.

Lo cierto es que los waraos han recibido gran influjo de los lokonos en su cultura y lengua, así como de los aruacos antillanos. Por ejemplo, cuando alguien visita una familia warao, esta le ofrece de asiento una caja de madera llamada *duhunoko*. Además, al referirse a la toma de posesión de algún cargo de jefe a nivel regional o nacional, los waraos utilizan la voz *duhukitane*, fusión de las palabras *duho* y *capitán*. Dieter Heinen⁵² acota que “*duhu*, voz arawak de las Antillas simboliza entre los Warao un cargo político-religioso de importancia”. Pero aquí cabe la posibilidad de que los waraos tomaron la palabra *duho*, originaria del aruaco insular y con el significado de “asiento”,⁵³ del habla de los colonizadores españoles que, procedentes de

La Española y Cuba, se asentaron en Venezuela. Esto nos demuestra cuán compleja es la problemática lingüística. Por otra parte, en warao los jóvenes son llamados *neboto*, y cuando participan en los trabajos de los hombres adultos, pasan a ser llamados *neburatu*, vocablo afín con el *naboría* del aruaco insular,⁵⁴ que en documentos cubanos coloniales se utilizó con el significado de “esclavo doméstico”, afín con el *nabúyu* del caribe insular (donde también podía significar “compañero”, “camarada”, según Breton,⁵⁵ y con el garífuna *nabuyu*, “sirviente”).⁵⁶ O sea, apreciamos gran influjo aruaco en el warao, al menos en el nivel léxico, lo que contradice lo expuesto por Granberry y Vescelius.

Nosotros consideramos en sumo arriesgado achacar origen etnolingüístico no aruaco, es decir jicaque para los ciguayos y warao para los macorijes, a partir del análisis de un vocablo en cada caso. Además, coincidimos plenamente con Rouse, quien tras intercambiar opiniones con Douglas Taylor y José Juan Arrom, arribó a las siguientes conclusiones publicadas en su artículo “Arawakan phylogeny, Caribbean chronology, and their implications for the study of population movement”:

La revisión de la filogenia de Noble ha resuelto mis dudas. Ahora parece que indudablemente hubo un solo movimiento de entrada en las Indias Occidentales de hablantes de aruaco y de ceramistas salaloides, y que esto fue seguido de un desarrollo local en las Antillas Menores y Mayores, creando divergencia de lengua y estilos ceramistas entre ambos grupos insulares. El influjo barrancoide en la cerámica salaloi-

de no debe ser ahora visto como el resultado de la interacción con una inmigración desde el continente, por lo que no hay que pretender un segundo movimiento de poblamiento.⁵⁷

Caso aparte es el de las comunidades pescadoras, cazadoras y recolectoras no ceramistas, arcaicas, preagroalfareras o apropiadoras, el más complejo de los grupos de nuestro pasado precolombino, al decir de Ramón Dacal Mouré y Manuel Rivero de la Calle.⁵⁸ Cuando Colón entró en contacto con los no ceramistas durante su segundo viaje en 1494, estos ocupaban el occidente de Cuba, ya que en el resto del país habían sido asimilados por los ceramistas o se habían extinguido. Su intérprete lucayo Diego Colón no pudo comunicarse con ellos hablando, a diferencia de lo acontecido en los contactos con los pobladores de otras regiones de la isla. Por Diego Velázquez, primer gobernador de Cuba, y el cronista Las Casas,⁵⁹ sabemos que estos indios no tenían trato con otros y que se llamaban *guanahatabeyes*.⁶⁰

El primero en postular la presencia de una cultura no ceramista en el extremo occidental de Cuba fue Jesse Walter Fewkes,⁶¹ pero quien demostró la existencia de ella fue Mark R. Harrington (1921), llamada por él *ciboney*,⁶² para lo que acaso se basó en el comentario hecho por Las Casas⁶³ respecto de que “Esta es la natural y nativa de aquella isla [Cuba], y llamábanse en su lengua cibuneyes, la penúltima sílaba luenga”. El término *ciboney*, al igual que el de *guanahatabey*, han sido utilizados de forma incoherente. Cornelius Osgood (1942), siguiendo a Harrington, lo utilizó para identificar esta cultura no ceramista, una entidad etnohistórica

equiparable a la *guanahatabey*, como lo interpretó Sven Lovén (1935), con una lengua presumiblemente no aruaca, como acotó Mason (1950). Por mucho tiempo se consideró a *ciboneyes* y *guanahatabeyes* como no ceramistas y no aruacos. Así las cosas, Osgood y Rouse dividieron la cultura por ellos llamada *ciboney* en dos períodos: Guayabo Blanco, nombre del residuario tipo hallado en la Ciénaga de Zapata, provincia de Matanzas, caracterizado por una industria lítica tosca y predominio de la industria de la concha, con una antigüedad de 4 000 años a.n.e., y Cayo Redondo, nombre del residuario tipo de Pinar del Río, con una tipología muy definida y característica en cuanto a la industria lítica, con un antigüedad de 2 000 años a.n.e. (U. M. González Herrera, 2009; A. Rangel Rivero, 2003). Pero, luego, Rouse,⁶⁴ en un trabajo de 1989, alertó respecto de que “Los guanahatabeyes erróneamente han sido llamados ciboneyes, denominación que actualmente se refiere a un subgrupo taíno”, o sea, ceramista y aruacohablante.

La barrera idiomática señalada por los cronistas y el desconocimiento de la cerámica y la agricultura, entre otros aspectos, sirvieron de base para identificar a los guanahatabeyes como comunidades cultural y lingüísticamente diferentes respecto de los restantes aborígenes cubanos, pues los arqueólogos coinciden en asignar solo origen aruaco a los ceramistas que desde el septentrión suramericano penetraron en las Antillas. Esto obedece a que las diversas series a las que hemos hecho alusión, derivadas del estilo cerámico introducido en las Antillas e identificado como *salaloide*, se originó

en zonas de la Amazonia venezolana y las Guayanas ocupadas por comunidades hablantes de lenguas aruacas antes de la llegada de los europeos. En la actualidad, sus sobrevivientes son los lokonos, palikures⁶⁵ y *wapishanas*.⁶⁶ De ahí que, como apuntaron Ramón Dacal y Rivero de la Calle (1984), la mayoría de los arqueólogos cubanos considera a los guanahatabeyes como un grupo cultural del todo diferente, cuyo origen pudiera encontrarse en Centroamérica, entre Belice y Yucatán, o en Norteamérica, en la Florida meridional, idea que persiste en el presente, como acotaron también en su momento Lourdes Domínguez, Jorge Febles y Alexis Rodríguez (1994).

Pero a las teorías migratorias centroamericana y floridana se oponen la fuerza y orientación de la corriente del Golfo, así como la distancia entre Cuba y Centroamérica, incluso de su porción más cercana, Yucatán. Si bien existen evidencias de que hace más de 5 000 años el nivel de las aguas era mucho más bajo que en la actualidad, por lo que emergieron porciones terrestres que hacían menores las distancias a recorrer por mar, lo cierto es que esto triplicó la fuerza de la corriente del Golfo y la convirtió en una barrera infranqueable para migraciones desde Centroamérica y la Florida, según comunicación personal de Ernesto Tabío y Rivero de la Calle. Esta idea también la sustentan Marcio Veloz Maggiolo⁶⁷ y Enrique M. Alonso.⁶⁸ La orientación de las corrientes marítimas del Golfo, por el contrario, propiciarían más bien presencia de indoantillanos en la Florida.⁶⁹ Por otra parte, en un reciente trabajo sobre el poblamiento antiguo del Caribe a partir del análisis del ADN

mitocondrial en no ceramistas de la región occidental de Cuba, Antonio Martínez Fuentes *et al.* arribaron a la siguiente conclusión:

Las secuencias de los preagroalfareros, así como las de los taínos estudiados anteriormente, hacen pensar que estos grupos tienen una relación ancestral con las poblaciones suramericanas, en lugar de con las poblaciones de Centroamérica. La evidencia presente sugiere que la colonización del Caribe fue debida principalmente a sucesivos movimientos de migración de América del Sur en diferentes períodos de tiempo, quizá relacionados con horizontes arqueológicos diferentes y diferentes grupos étnicos. Lo más probable es que en el momento del encuentro de las dos culturas, todos los grupos caribeños descritos por los españoles (ciboneyes, taínos y caribes) pertenecieran desde el punto de vista genético al mismo grupo ancestral.⁷⁰

Como no se ha preservado por escrito ninguna evidencia de la lengua que hablaban los guanahatabeyes, a diferencia de la gran cantidad de voces recogidas por los cronistas en la descripción del entorno y la cultura de los aborígenes del resto del país, así como en otros documentos coloniales, el único recurso con que podemos contar para tratar de deducir la posible filiación lingüística de los guanahatabeyes es recurrir al estudio de los nombres del lugar de su asentamiento comprobado por las investigaciones arqueológicas. Para ello, nos ceñimos sobre todo a los topónimos de la provincia de Pinar del Río, ya que en esta provincia no se hallaron yacimientos asignables a los agroalfareros,

como constatan Jorge Calvera *et al.*⁷¹ Como fuente de información básica recurrimos al *Nomenclátor geográfico y toponímico de Cuba (1860-1872)*, elaborado por Ernesto de los Ríos (1970) a partir de la *Carta topográfica de la Isla de Cuba* confeccionada por Esteban Pichardo y Tapia y publicada en 1875, así como al *Atlas nacional de Cuba* (1970), al *Diccionario geográfico de Cuba* (2000a) y al *Nomenclátor de nombres geográficos normalizados de Cuba* (2000b).

Debemos destacar que a la región del guanahatabey no llegaron las comunidades ceramistas que subyugaron a los no ceramistas que habían ocupado todo el archipiélago cubano con mucha anterioridad. Durante la conquista de Cuba (1510-1519), tampoco se introdujeron indios foráneos en la región, por no haber sido esta de interés para la colonización, ni los españoles por largo rato crearon asentamientos en ella, ni esta zona fue refugio de piratas y bucaneros debido a su desventajosa posición. Por tanto, no hubo retoponimización debido a la irrupción de indios procedentes de otras regiones de la isla. Además, todavía en el siglo xvii existían bandas de guanahatabeyes dispersas por la zona, cuando los españoles comenzaron a construir los primeros asentamientos hispanos: Guane en 1600, San Juan y Martínez y Las Pozas en 1685, Pinar del Río y Consolación en 1690. En realidad lo que hubo fue una retoponimización posterior, impuesta por los españoles.

Pero, ¿cómo podemos diferenciar un topónimo de procedencia precolombina de otro impuesto por los españoles o sus descendientes a partir de una voz indígena apropiada por ellos? Por ejemplo,

los topónimos *Caimán*,⁷² *Barbacoas*,⁷³ *Guasimal*⁷⁴ y otros que identifican lugares en Pinar del Río y diversas regiones de Cuba, traslucen que fueron impuestos por hispanohablantes, ya que entendemos su significado, o sea, son “transparentes”,⁷⁵ pues están constituidos por préstamos léxicos tomados de las lenguas aborígenes de Cuba para denotar la existencia o abundancia de esos referentes u objetos a los que remite el topónimo. Los nombres de lugar prehispánicos retomados por los españoles, por el contrario, constituyen denominaciones “oscuras”,⁷⁶ “no transparentes”, formadas mediante morfemas léxicos y gramaticales que desconocemos, como son los siguientes: *Bacunagua*,⁷⁷ *Casiguas*,⁷⁸ *Cucaya*,⁷⁹ *Cuyaguajeje*,⁸⁰ *Dayanigua*,⁸¹ *Guajaibón*,⁸² *Guanahacabibes*,⁸³ *Guane*,⁸⁴ *Guaniguanico*,⁸⁵ *Jaimanita(s)*,⁸⁶ *Jaimiquí*,⁸⁷ *Manacao*,⁸⁸ y *Mani Mani*.⁸⁹

El análisis morfofonológico de los topónimos oscuros de la zona del guanahatabey nos demuestra su plena coincidencia estructural y fónica con los topónimos oscuros del resto del país, lo que evidencia una similitud que trasluce un mismo origen lingüístico, además de que a simple vista se diferencian considerablemente por sus componentes y estructura de los de Centroamérica y la Florida.

El destacado arqueólogo e historiador Felipe Pichardo Moya, sin haber realizado un estudio pormenorizado de la toponimia precolombina cubana, llegó a manifestar que

La toponimia geográfica cubana parece corresponder a una misma familia lingüística, y si bien hay referencias históricas de que

los indios del extremo occidental cubano –los guanahatabeyes– hablaban un idioma distinto del de los restantes indios de la isla –que se entendían con los de la Española y no con aquéllos–, es cierto que de tal idioma occidental no parece haber huellas en la indonomenclatura geográfica de la región, que es semejante a la del centro y el oriente cubanos, y en algunos casos repite los mismos nombres.⁹⁰

A este señalamiento, Alina Camps Iglesias⁹¹ en su reciente estudio sobre la toponimia indígena cubana añadió: “En resumen, no existen diferencias regionales en cuanto al esquema toponímico indígena, por lo que las observaciones de Pichardo Moya⁹² y Valdés Bernal⁹³ de que no se perciben diferencias marcadas en la toponimia que hicieran pensar en la existencia de lenguas diferentes son válidas”.⁹⁴

Pero, ¿por qué el intérprete lucayo de Colón no pudo entenderse con los guanahatabeyes y sí con el resto de la población nativa? Según nuestra opinión, esta barrera idiomática se debió al factor cronológico, o sea, divergencia entre una lengua aruaca mucho más arcaica que la otra, y no al factor etnológico representado por elementos alógenos procedentes de Norteamérica o Centroamérica. Si tomamos en consideración los fechados de poblamiento de las Bahamas por *ostionoides* procedentes del nordeste de Cuba a partir del 600 d.n.e., según Mary Jane Berman y Perry L. Gnivecki (1990), y por elaboradores *meillacanos-ostionoides* a partir del 800 d.n.e., según Rouse (1992), se puede inferir que la lengua aruaca del lucayo Diego Colón a finales del siglo xv sería un medio de

comunicación más cercano en su evolución a la hablada por los ceramistas cubanos o sería la misma debido a que mantenían un estable contacto, pero muy diferente de la de los aislados no ceramistas, preagroalfareros, arcaicos o apropiadores de Cuba, cuyos fechados de poblamiento son muy tempranos en comparación con los de los lucayos, o sea, de 4 000 años a.n.e. para el guanahatabey o ciboney Guayabo Blanco y de 2 000 años a.n.e. para el ciboney Cayo Redondo.

Notas

¹ Según la mitología greco-latina, *Ōcēānus* es el nombre del dios del agua que, en forma de río, rodeaba la tierra plana. Es hijo del Cielo y de la Tierra, esposo de Tetis y padre de todas las deidades fluviales y de las ninfas acuáticas de la tierra (W. Smith, s.f., pp. 274-275).

² *Atlānticum māre* es el nombre aplicado también al *Ōcēānus*, epíteto aplicado por la posición mítica de Atlas en sus costas (W. Smith, s.f., pp. 274-275).

³ *Bahamas* es la alteración en inglés de la voz española *bajamar*, de *baja* y *mar*, ‘fin o término del reflujo del mar’ (Real Academia Española, 2001, t. 1, p. 272).

⁴ Denominación geográfica a partir del etnónimo aruaco de sus habitantes, los *lucayos*, de *luku* “ser humano” + *cayo* “islote”= “habitante de los cayos” (D. G. Brinton, 1871).

⁵ El *Diario de navegación* de Cristóbal Colón de 1492 se preservó gracias a la versión de Bartolomé de las Casas, quien en el texto que reproducimos sustituyó la palabra “tierra” por “isla”.

⁶ Antiguo nombre de Japón.

⁷ Aquí se refiere Colón a los indios de Guanahani que tomó como guías, uno de los cuales llegó a ser conocido por su labor de intérprete, Diego Colón, nombre con que lo bautizaron en España. Este indio llegó a hablar fluidamente el español y se convirtió,

además, en el más importante informante sobre las lenguas y culturas de las Antillas Mayores.

⁸ “*Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo debe ser Cipango*” (anotación del 23 de octubre de 1492).

⁹ Lokono es el nombre de la lengua aruaca que hablan diversas comunidades que habitan actualmente en las Guayanas (100 individuos en la Guayana Francesa, 1 500 en la Guyana y 700 en Surinam, según W. F. H. Adelaar, 1991) y en territorios adyacentes de Venezuela (391 individuos, según M. C. Mattei, 2006, p. 290).

¹⁰ Arrom, José Juan. *Estudios de lexicología antillana*, Casa de las Américas, La Habana, p. 12.

¹¹ Debemos aclarar que en las lenguas aruacas insulares se registró la vacilación en el uso de la /o/ y la /u/.

¹² Para mayor información al respecto, ver. S. Valdés Bernal (2007).

¹³ “**konoko**, n. forest, jungle, an extensive wood, a stretch of land covered with trees” (Bennett, J. P., 1989, p. 26).

¹⁴ “**conuco**. 1 *hist.* Pequeña porción de terreno que los dueños de fincas concedían a sus esclavos para que cultivaran en beneficio propio. // 2. *rur.* Pequeña porción de terreno en la que se cultivan frutos menores” (Cárdenas, G. *et al.*, 2000, p. 159).

¹⁵ “**kabuya**, n. a field, a piece of land used for agricultural purposes” (Bennett, J. P., 1989, p. 19).

¹⁶ Especialidad de suma importancia para los estudios de lingüística comparada, la *morfología* es la parte de la gramática que se ocupa de la relación entre la morfología o disciplina que describe la estructura de las palabras y la fonología, rama de la lingüística que estudia los elementos fónicos, atendiendo a su valor distintivo y funcional.

¹⁷ En la literatura especializada en lengua española se ha generalizado el uso de este término con *h*: *arahuaco*, *ca*, lo que apoya la Real Academia Española (2001, t. 1, pp. 192-193). Pero debemos recordar que en el español moderno la *h* es muda, no así

en el español del período colonial, cuando se pronunciaba como una aspiración. Por tanto, en las voces indígenas antillanas recogidas en los documentos coloniales esta *h* indica una leve aspiración propia del lenguaje de los indios, como señaló en su momento el cronista P. M. de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*. Por tanto, *hamaca*, *huracán*, *haba*, *henequén*, *hicaco*, *hutía* se escribieron con *h* para resaltar esa “leve aspiración en lengua de indios”. Por otra parte, esta denominación procede del aruaco *aruwa*, *arwa*, sin aspiración.

¹⁸ Brinton, Daniel Garrison. “The Arawak language of Guiana and its linguistic and ethnological relations”. En *Transactions of the American Ethnological Society*. Nueva York, No. 14, 1871, p. 1.

¹⁹ Perea y Alonso, Sixto. *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*, Imprenta A. Montverde, Montevideo, 1942, p. xxxii.

²⁰ Bennet, John Peter. *Arawak-English dictionary with an English word-list*, Walter Roth Museum of Anthropology, Georgetown, 1989, p. iv

²¹ En la actualidad, la morfología y la sintaxis de esta lengua es predominantemente aruaca, mientras que la estructura de su léxico arroja un 70% de palabras de origen eyeri-kalina, un 15% del francés y un 10% del inglés. El restante 5% está constituido por préstamos del español. Para mayor información sobre los garífunas, ver: R. Coelho (1995), A. Ghiddinelly y P. Massajoli (1984), Ch. J. M. R. Gullick (1976), S. Suazo (1991, 1997a, 1997b), D. Taylor (1951, 1972).

²² La denominación étnica *ignerí* aparece documentada por primera vez en 1516, en las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, aunque después se generalizaron las formas *iñeri*, *eyeri*, *ieri*, procedentes del aruaco insular *ieri*, ‘ser humano’, como ellos se llamaban a sí mismos (Álvarez, M., 1975, p. 32; I. Rouse y B. Waters, 1983).

²³ Taylor, Douglas. *Languages of the West Indies*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1977, p. 25.

²⁴ *Ibidem*, p. 15.

²⁵ Stevens-Arroyo, Antonio M. *Cave of the Jagua. The mythological world of the Tainos*, University of Scranton Press, Scranton, 2006, p. xliv.

²⁶ Wilson, Samuel M. *The archaeology of the Caribbean*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, p. 148.

²⁷ Mason, John Alden. "The languages of South American Indians". En Steward, J. H., Ed. *Handbook of South American Indians*, Bureau of American Ethnology. Smithsonian Institution, Washington D.C., Año 6, No. 143, 1950, p. 208.

²⁸ Aikhenvald, Alexandra Y. "The Arawak language family". En Dixon, R. M. y Alexandra Y. Aikhenvald, Eds. *Amazonian languages*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 75.

²⁹ Denominación creada a partir de la cerámica tipo hallada en el residuario de Ronquín, Venezuela.

³⁰ De Saladero, nombre del residuario tipo hallado en Venezuela. El estilo de cerámica *salaloide* se caracteriza por ser delgada, dura y de excelente manufactura (la de mejor terminación en el área caribeña). Consta de vasijas acampanadas con diseños geométricos pintados en blanco sobre rojo, o entrecruzados en pintura roja, simples curvilíneos e incisos y asas tabulares en forma de D; con elementos modelados. Sus orígenes han sido determinados por el área media e inferior del río Orinoco. Los sitios tipos son Ronquín y Saladero, ubicados casi sobre el delta de dicho río (González, U. M. Herrera, 2009, p. 17).

³¹ El término *cedrosoide* se deriva del nombre de sitio tipo hallado en Trinidad, Cedros (Rouse, I. 1992, p. 75; Zucchi, A., K. Table y J. E. Vaz, 1984).

³² Estilo de cerámica encontrado en el sitio tipo de Barrancas, Venezuela. Este estilo de cerámica se caracteriza por ser gruesa, pesada y tosca. Las paredes y asas de las vasijas exponen rebordes gruesos (González Herrera, U. M., 2009, p. 17).

³³ Rouse, Irving. *The Tainos. Rise and decline of the people who greeted Columbus*. Yale University Press, New Haven, 1992, p. 85.

³⁴ Allaire, Louis. "The Lesser Antilles before Columbus". En Wilson, Samuel M., Ed. *The indigenous people of the Caribbean*, University Press of Florida, Gainesville, 1997, p. 25.

³⁵ A partir del nombre del residuario tipo hallado en Santa Lucía, Troumass, cuyas características se difundieron por Barbados, Granada, San Vicente, Martinica, Dominica y Guadalupe, pero no penetraron en las islas de sotavento (Rouse, I., 1992, pp. 127-129; Allaire, L., 1997, pp. 25-26).

³⁶ El estilo ostionoiide se caracteriza por el abandono de la calidad tecnológica y decorativa *salaloide* y por no utilizar pintura blanca en su decoración, a la que recurrieron los *salaloide*s, sino al rojo-rosado con ocasionales bandas en negro. Esta denominación se deriva del nombre del residuario tipo encontrado en Punta Ostiones, Puerto Rico (Bark, L. A. Chanlatte, 1986; García Arévalo, M., 1982).

³⁷ "**Chicoide**: Conjunto de la industria cerámica que fue detectado en el sitio de Boca Chica, en el sureste de La Española. Corresponde esta industria a los grupos agroalfareros más desarrollados de las Antillas" (Dacal Mouré, R. y M. Rivero de la Calle, 1984, p. 161).

³⁸ "**Ostionoiide**: Conjunto de la industria cerámica que se origina en el sitio Ostiones, en Puerto Rico. Este estilo cerámico pasó posteriormente a La Española y Jamaica. En Cuba se a observado la presencia de esta cerámica en pequeñas cantidades" (R. Dacal Mouré y M. Rivero de la Calle, 1984, p. 163).

³⁹ C. Osgood (1942) e I. Rouse (1942 y 1947), al percatarse también de estas diferencias dentro de la cerámica de los taínos en Cuba, propusieron mantener la división debida a Harrington (Rangel Rivero, A., 2003, p. 27).

⁴⁰ Denominación a partir del sitio tipo encontrado en República Dominicana: Meillac. Es un tipo de cerámica que se caracteriza por vasijas simples y de poca variedad, con escasa aplicación de pintura y engobe, decoraciones incisas o aplicadas, con diseños lineales o entrecruzados, con

asas simples (González Herrera, U. M., 2009, p. 17).

⁴¹ Granberry, Julian y Gary S. Vescelius. *Languages of the pre-Columbian Antilles*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2004, p. 36.

⁴² Denominación a partir del sitio tipo hallado en Santa Elena, oriente de Puerto Rico (Rouse, I., 1986, pp. 134-143; 1992, pp. 90-96, 123-127).

⁴³ Denominación a partir del sitio tipo hallado en Savanne Suazey, Granada (Bullen, R. P., 1964). La cerámica *suazoide* es considerada como una derivación de la *troumassoide*, o sea, elaborada por las mismas personas, además de que se aprecia cierto influjo en ella de las series *ostionoide-chicoide* y *elenoide*. Este estilo de cerámica está limitado a las islas de barlovento.

⁴⁴ Se documenta un rápido cambio en los registros de los ceramistas a partir de 1450, ya que la serie *suazoide* de los eyeris desaparece y es remplazada por otra serie cuyo sitio tipo fue hallado en San Vicente, en una localidad llamada Cayo (Boomert, A., 1985). I. Rouse (1992, pp. 130-133) asocia este cambio con el arribo de los kalinagos o kalípunas, una migración de caribes procedente de las Guayanas. D. Taylor (1977, p. 25) explica que el significado de esta denominación es “pueblo comedor de yuca o mandioca”.

⁴⁵ Pané, Ramón. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Siglo XXI, México D. F., 1974, pp. 49-50.

⁴⁶ Taylor, Douglas. “El taíno en relación con el caribe insular y el lokono”, *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, San Juan, No. 11, 1961, p. 25.

⁴⁷ Álvarez Nazario, Manuel. *El influjo indígena en el español de Puerto Rico*, Editorial Universitaria, Río Piedras, 1977, pp. 19-29.

⁴⁸ Stevens-Arroyo, Antonio M. *Cave of the Jagua. The mythological world of the Tainos*, University of Scranton Press, Scranton, 2006, p. 76.

⁴⁹ Nombre de un río y del curso superior del río Los Palacios en la provincia de Pinar del Río, y de una punta en la

costa sur, en el golfo de Ana María, en Camagüey; *Guira de Macurijes*: pueblo en Matanzas (Comisión Nacional de Nombres Geográficos, 2000b).

⁵⁰ Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias islas y tierra firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-1855, Lib. 3.

⁵¹ Etnónimo a partir de *wa-* “canoa” + *-arao*, “gente” = “pueblo de la canoa”.

⁵² Heinen, Dieter. “Los warrao”, En Coppens, Walter y Bernarda Escalante, Eds. *Los aborígenes de Venezuela*, Fundación La Salle y Monte Ávila Editores, Caracas, Vol. 3, 1988, p. 661.

⁵³ En warao *dujoquitana* significa “sentarse”, *dehenoko*, “silla, asiento”.

⁵⁴ “Estos se llamaban *naborías*, que quiere decir en la lengua desta isla [La Española], criados [...]”, afirmó Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, Imprenta de M. Ginestras, Madrid, 1875-1876, t. 2, Cap. I.

⁵⁵ Breton, Raymond. *Dictionnaire française-caribe*, B. F. Teubner, Leipzig, 1892, p. 20.

⁵⁶ Suazo, Salvador. “De caribe a garífuna. Un estudio comparativo de la lengua caribe del siglo xvii y del garífuna actual”. Suplemento de *Amerindia*, París, Año 25, No. 1, 2001, p. 4.

⁵⁷ Rouse, Irving. “Arawakan phylogeny, Caribbean chronology, and their implications for the study of population movement”. *Antropologica*, Nos. 63-64, 1985, p. 19.

⁵⁸ Dacal Mouré, Ramón y Manuel Rivero de la Calle. *Arqueología aborígen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1984, p. 75.

⁵⁹ Casas, Bartolomé de las Casas. “Memorial sobre los remedios de las Indias”. En *Colección de documentos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, Academia de la Historia, 2ª Serie, Isla de Cuba, Madrid, 1885, t. 3, Doc. 290, p. 70.

⁶⁰ Desconocemos si *guanahatabey* es un etnónimo o una denominación étnica,

pero lo cierto es que se trata una voz de indudable morfología aruaca. Su significado es desconocido, pero su estructura guarda relación con el antropónimo *Guanahatabecheña*, nombre de una de las más bellas concubinas del hermano del cacique Behequio, “rey de Jaraguá”, cacicazgo de La Española, como recoge P. M. de Anglería (1892: Déc. III. Lib. IX. Cap. II). Además, el morfema final, *-ey*, en el *aruaco insular* y en el *eyeri* significa “ser humano”.

⁶¹ Fewkes, Jesse Walter. (1904): “The prehistoric culture of Cuba”. *American Anthropologist*, Nueva Serie, Lancaster, Vol. 6, No. 5, p. 585.

⁶² Alegría, Ricardo. “La tradición cultural arcaica antillana”. En *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, Úcar García S.A., La Habana, 1955, Vol. I, p. 48.

⁶³ Casas, Bartolomé de las. *Historia de las Indias*, Imprenta de M. Ginestras, Madrid, 1875-1876, t. 3, Cap. XXI.

⁶⁴ Rouse, Irving. “Peopling and re-peopling of the West Indies”. *Biogeography of the West Indies*, New Haven, 1989, Nos. 63-64, p. 120.

⁶⁵ Los palikures, también conocidos como aukwayene, aukuyene o paliku'ene, constituyen actualmente unos 918 individuos que viven en el territorio brasileño de Amapá y en la vecina Guayana francesa, donde son unos 600 (K. Stenzel, 2006, p. 108)

⁶⁶ En la actualidad, los wapishanas están concentrados en el estado de Roraima, Brasil, y la porción cercana de Guyana, donde representan una comunidad de unos 6 500 individuos, entre los cuales quedan escasísimos hablantes de la lengua original (K. Stenzel, 2006, p. 110).

⁶⁷ Veloz Maggiolo, Marcio. “Las Antillas precolombinas: ecología y población”. *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, Santo Domingo, 1971-1972, Año 2, Vol. 2, Nos. 2-3, p. 167.

⁶⁸ Alonso, Enrique M. *Fundamentos para la historia del guanahatabey*, Editorial Academia, La Habana, 1995, p. 128.

⁶⁹ H. Escalante de Fontaneda (1885) documentó un posible poblamiento precolombino del sur de la Florida por antillanos o lucayos, a lo que se suman las evidencias arqueológicas mencionadas por J. W. Fewkes (1922), A. Hrdlička (1922), S. Lovén (1935), I. Rouse (1949) en su momento, y más recientemente por J. T. Milanich (1994) y J. Wilkinson (2004).

⁷⁰ Martínez Fuentes, Antonio *et al.* “El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba”, *Catauro*, La Habana, 2003, Año 5, No. 8, p. 72.

⁷¹ Calvera, Jorge *et al.* “El sitio arqueológico de los Buchillones”. *El Caribe Arqueológico*, La Habana, 2003, No. 1, p. 60.

⁷² *Caimán* es el nombre de un estero en el municipio de San Luis y de una punta en el municipio de Chambas, provincia de Pinar del Río. En Cuba se aplica este nombre a una especie de cocodrilo, *Crocodylus rhombifer*, ya que el *C. acutus* es conocido popularmente como *cocodrilo*. En un principio, este saurio fue identificado por los españoles como “lagarto”, pero después hicieron suya la denominación indígena, documentada por primera vez en los escritos de Nuño de Guzmán en 1530 (Real Academia de Historia, 1885). Podemos apreciar un nexo entre esta denominación y los participios adjetivados *c-a-ima-ti*, “perverso”, *c-a-ima-n*, ‘ser malo’, en lokono (ver: S. Perea, 1942, p. 39 y 56). J. P. Bennett (1989, p. 20) recoge en lokono las voces *kaima* (“adj. angry, enraged, full of anger”), *kaimáchina* (“adj., exasperating, provocative, irritating”) y *kaimahü* (“anger, resentment, ire, a passion of the mind, indignation”), en las que se encuentra el étimo compartido con *caimán*. El vocabulario lokono que reproduce M. Veloz Maggiolo (1973) recoge *arara* como “cayman”; mientras que J. P. Bennett (1989, p. 11) documenta en lokono “dürüdü, n. a crocodile, cayman”.

⁷³ *Barbacoas*: nombre de un canalizo en el municipio Minas de Matahambre. B. de las Casas (1875-1876, t. 2, Cap. LXIII) recoge la voz en lengua española y explica su significado: “[...] *Barbacoa* ó casas

sobre los árboles que estaban en el agua”. G. Fernández de Oviedo (1851-1855, t. 24, Cap. XXVIII) comenta lo observado: “Duermen en barbacoas, que son bancos hechos de caña, ó en otro armadijo que está dos ó tres palmos altos ó más de tierra [...]”. J. A. Perea y S. Perea (1941, p. 78-79) coinciden con E. von Nordenskjöld (1912, p. 175) en que las barbacoas, con sus pisos en alto, son reminiscencias de épocas palafíticas, en que los indígenas vivían en casas construidas sobre las aguas del mar o de los bajos o en terrenos pantanosos. D. G. Brinton (1871, p. 11) la deriva del lokono *barrabakoa*. J. P. Bennett (1989, p. 6) recoge en lokono *bara* con el significado de ‘mar’, y *barabakua* como “low platform for storing anything in a house, in the yard or in a boat. From this word comes ‘barbecue’”.

⁷⁴ *Guasimal*, variante *Guacimal*: nombre de dos esteros en el municipio Los Palacios. La denominación alude a la abundancia de la *guásima* en el área, vocablo indígena que identifica un árbol silvestre. Se conocen varias especies (*guácima amarilla* o *Xylopia aromatica*, *guácima cereza* o *Muntiga calabura*, *guácima de caballo* o *Guazuma tomentosa*). G. Fernández de Oviedo (1851-1855, t. 8, Cap. VII) documenta *guazuma* “en lengua de indios”, mientras que B. de las Casas (1909, Cap. XIII) escribe *guácima*.

⁷⁵ *Transparente* es el término utilizado en la toponomástica o especialidad lingüística dedicada al estudio de los nombres de lugar para calificar a los topónimos que son comprensibles en un determinado código lingüístico, en este caso el español.

⁷⁶ *Oscuro* es otro término utilizado en la toponomástica para calificar los nombres de lugar cuyo significado es desconocido por proceder de lenguas que no conocemos o cuya motivación no es evidente.

⁷⁷ *Bacunagua*: nombre de un río, ensenada y embalse en el municipio Los Palacios. La estructura de este topónimo (*Ba-cu-na-gua*) guarda relación con otros: *Ba-cu-na-ya-gua* (río y cañón en Matanzas y ensenada en La Habana), *Ba-cu-ra-nao* (nombre de ensenada, abra, río, playa y embalse en Ciudad de La Habana).

⁷⁸ *Casiguas*: nombre de un cayo en el municipio La Palma. La estructura morfológica de la denominación (*Ca-si-gua/s/*) recuerda otros topónimos y vocablos de procedencia indígena. El morfema *ca-* es usual en diversos topónimos indígenas como *Ca-co-cum* (poblado en Holguín), *Ca-co-yu-güín* (río en Holguín). Además, el lexema *sigua* o *cigua* (molusco, *Livonna picta*; D. Taylor –1961–: “Taino *cigua*, Island-Carib *chicua*”; G. Fernández de Oviedo –1851-1855, t. 9, Cap. XX– documenta esta voz en “lengua de indios”) forma parte del topónimo *Siguanea* (ensenada y sierra en Isla de la Juventud), del nombre de un ave (*cigua-pa* o *Asio stygius*) y de un arbusto (*sigua-ra-ya* o *Trichilia havanensis*).

⁷⁹ *Cucaya*: cayo y punta del municipio Pinar del Río. Su estructura (*Cu-ca-ya*) recuerda la de otros topónimos: *Cu-cu-bao* (laguna en Camagüey), *Cu-ma-na-yagua* (pueblo y cañón en Matanzas), *Cu-na-gua* (ensenada y loma en Ciego de Ávila, loma en Isla de la Juventud y playa en Ciego de Ávila), *Cu-nu-cu-nú* (estero en Villa Clara; pasa en Camagüey), *Cu-ya-gua-teje* (boca, río y embalse en Pinar del Río), *Cuba*. Además, la sílaba *cu-* forma parte de otros indigenismos, como *cu-aba* (planta silvestre, *Amyris elemifera*; G. Fernández de Oviedo, 1851-1855, t. 9, Cap. I: “Llaman los indios desta Isla Española á este árbol ó pino cuaba”), *cu-aja-ní* (planta, *Prunus occidentalis*), *cu-cu-bá* (ave de rapiña, *Gymnoglaux lawrencii*), *cu-je* (tallo de cualquier vegetal, desnudo de hojas, largo y flexible; pértigas de madera muy resistentes para colocar las hojas de tabaco, que se ponen a secar y curar en las construcciones creadas para ese fin), *cu-ji* (especie de aroma, *Acacia farnesiana*), *cu-n-ya-ya* (nombre que se aplica en las provincias orientales a una especie de hormiga, según E. Rodríguez Herrera, 1958-1959, t. I, p. 406; el vocablo es más conocido como el nombre de una clase de trapiche rústico que se utilizó para extraer el jugo de las frutas y la caña, hoy casi desaparecido –F. Ortiz, 1963, p. 67) reconoce el origen indio del vocablo en la expresión “El ingenio sería una india cunyaya”), *cu-ra-maguey*

(enredadera de la familia Apocynaceae), *cú-r-bana* (árbol, *Canella winterana*), *cu-r-iel* (hispanización del vocablo *cori* nombre aplicado a un roedor—*Cavia aperea porcellus*— que era muy común en las Antillas—conejillo de Indias—, sobre el que G. Fernández de Oviedo [1851-1855, t. 12, Cap. V] ofrece una detallada descripción), *cu-rri-cán* (cordel resistente para pescar que, se utilizaba amarrándolo a una rémora, que al adherirse a otros peces, era halada para apropiarse de la presa), *cu-ru-jey* (planta, Fam. *Bromeliaceae*), *cu-sia* (paleta hecha de yagua o tejido fibroso que cubre la parte superior del tronco de la palma, con la que se esparce y voltea la masa de yuca que se pone a tostar sobre el burén con la finalidad de fabricar casabe), *cu-su-bé* (dulce en forma de panecillo hecho a base de harina de yuca, azúcar, mantequilla, vino seco y huevo), *cut-ara* (chancleta: localismo de la zona oriental de Cuba), *cuti-perí* (planta, *Cordia sebestena*: localismo en Trinidad), *cu-ya* (árbol, *Dipholis salicifolia*), *cu-yu-jí* (variedad de sílice extremadamente duro, pero quebradizo).

⁸⁰ *Cuyaguaje*: boca, río y embalse de la provincia de Pinar del Río. La estructura morfológica de este topónimo coincide con otros nombres de lugar (*Cu-ca-ya*, *Cu-ma-na-yagua*, *Cu-na-gua*, *Cu-un-cu-nú*, *Cu-yu-jí*) arriba mencionados. Además, los indigenismos *cuyá* (nombre de un árbol maderable, *Dipholis salicifolia*) y *ateje* (nombre de un árbol, *Cordia colococca*) parecen formar parte de esta denominación geográfica, a lo que se suma la sílaba *gua* tan común en las voces indígenas.

⁸¹ *Dayanigua*: nombre de una ensenada en la provincia de Pinar del Río. El morfema *da-* forma parte de otros topónimos como *Da-ma-jay-abo* (ensenada y playa en Santiago de Cuba), *Da-mu-jí* (río, laguna y embalse en Cienfuegos), *Da-rié-n* (punta en Guantánamo), además de estar presente en la denominación de una planta (*dágame* o *Calcyophyllum candidissimum*), de un pez (*dajao* o *Agonostomus monticola*). Por último, el indigenismo *nigua* (B. de las Casas, 1909, Cap. XIX: “Lo otro, que afligió algunos españoles á los principios, fue lo

que llaman los indios niguas; como pulgas, y son tan chiquitas que apenas pueden ser vistas”) identifica a un insecto afaníptero chupador (*Tunga penetrans*).

⁸² *Guajaibón*: es el nombre de una loma en la provincia de Pinar del Río, así como de una playa y de una punta en la La Habana. La estructura de este topónimo coincide morfológicamente con otros topónimos de procedencia indígena, como *Gua-jay* (municipio y pueblo en La Habana; E. Pichardo y Tapia—1875— se quejaba que se escribía con W, *wajay*, por influjo de la lengua), además de que gran cantidad de nombres de lugar de origen indígena comienzan con el morfema *gua-*: *Gua-ba-jan-ey* (río de Holguín), *Gua-ba-si-abo* (río en las Las Tunas y Holguín), *Gua-i-ca-n-a-mar* (punta, en Trinidad, sierra en Camagüey, y ensenada en Cienfuegos), *Guá-i-ma-ro* (río en Las Tunas y pueblo en Camagüey), *Gua-isí* (punta en Villa Clara), *Gua-ja-ba* (cayo, pasa y boca en Camagüey), *Gua-ja-ba-na* (loma en Villa Clara), *Gua-ja-kabo* (río en Granma), *Gua-ji-mico* (ensenada y caserío en Cienfuegos), *Gua-ma-caró* (sierra y valle en Matanzas), entre muchos otros.

⁸³ *Guanahacabibes* es uno de los nombres de lugar más emblemáticos de la toponimia pinareña, recogido en la carta que envió Diego Velázquez, primer gobernador de Cuba, al rey, en la que cuenta el proceso de conquista de la isla. Este es el nombre de un golfo, de una llanura y de una península. La documentación del topónimo por Velázquez (“Dos provincias de indios, que en el cabo desta isla a la vanda del Poniente estan, que la una se llama Guaniguanico é la otra los Guanahatabibes [...]”). y la similitud que este guarda con la denominación étnica *guanahatabey*. no dan lugar a dudas respecto de su origen indígena. Además de que su estructura recuerda la de otros de idéntico origen: *Gua-na-ba-coa* (poblado y valle de La Habana), *Gua-n-abo* (playa, río y abra en Ciudad de La Habana), *Gua-na-jay* (ciudad en La Habana), *Gua-n-an-yú* (río en Las Tunas), *Gua-na-ro-ca* (laguna, cañón y caserío en Cienfuegos), *Gua-n-ey* (punta, playa, laguna y loma en Camagüey),

Gua-na-jay (ciudad en La Habana), entre muchos otros.

⁸⁴ *Guane*: nombre de un río, una sierra y un pueblo. El topónimo indígena que más se le parece por su forma es *Gua-n-ey*, arriba mencionado. Su estructura trasluce su origen indígena.

⁸⁵ *Guaniguanico* es otro nombre emblemático de la provincia de Pinar del Río. Denomina un sistema montañoso. Documentado en época temprana por Diego Velázquez, su estructura trasluce su origen indígena, además de deducirse formas similares en otros topónimos como *Guani-ni-cum* (río en Santiago de Cuba) y otros documentados por E. Pichardo (ver: E. de los Ríos, 1970) y que no han trascendido hasta el presente (*Gua-ní*, *Gua-niguas*). Por otra parte, el fitónimo indígena *guaniquiqui* (*Trichostigma octandrum*) recuerda en algo este topónimo.

⁸⁶ *Jaimanitas*: nombre de una playa en la costa sur. Aunque no es un topónimo con una estructura típicamente aborígen, todos los lexicógrafos lo consideran de procedencia indígena. Por su forma, nos recuerda otra denominación geográfica indígena, *Jai-mi-quí*, que a continuación analizamos.

⁸⁷ *Jaimiquí*: nombre de un estero. Por su forma recuerda el anterior, *Jai-ma-n-itas*, así como el nombre de un crustáceo, *jaiba* (*Callinectes sapidus*), documentado por B. de las Casas (1909, Cap. VI): “Hay en los arroyos también unos cangrejos que sus cuevas tienen dentro del agua, que los indios llaman xaibas [...]”.

⁸⁸ *Manacao*: nombre de un río. Su estructura (*Ma-na-ca*) recuerda en algo otros topónimos indígenas, *Ma-na-gua-ca* (punta y zanja en La Habana) y su variante *Ma-na-gua-co* (ciénaga en Granma, playa en Guantánamo, caserío en Holguín y poblado en La Habana.), así como *Ma-na-ja-n-abo* (poblado en Villa Clara). Por otra parte, tenemos voces indígenas semejantes, como *ma-na-ca*, nombre de una especie de palma (*Calyptranthes occidentalis*) que ha devenido topónimo en boca de los españoles (*Manacas*: río y poblado en Villa Clara y

ensenada en Cienfuegos; M. de Civrieux y R. Lichy (1950, p. 124) documentan *manaca* en baré, *manaja* en baniva, *manaka* en guarekena, y *manaka* en kurútano para el mismo referente, todas lenguas de la familia aruaca). También nos recuerda su estructura el fitónimo indígena *ma-na-jú* (*Rhedia aristata*).

⁸⁹ *Mani Mani* es la denominación indígena de un (i) río y de un (ii) quebrado en Pinar del Río. Su estructura coincide con la de otros topónimos de ese mismo origen: *Maniabón* (alturas del Holguín; pueblo en Las Tunas), *Manicaragua* (ciudad en Villa Clara). Además, *mani* es el nombre aruaco insular (documentado por Las Casas, 1909, Cap. X; y Oviedo, 1851-1855, t. 7, Cap. VII) de una planta (*Arachis hypogea*) cuyo fruto contiene semillas comestibles, además de formar parte de la voz *manigua*, ‘conjunto espeso de hierbas y arbustos tropicales’.

⁹⁰ Pichardo Moya, Felipe. *Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología y sociología*. Jesús Montero, La Habana. 1945.

⁹¹ Camps Iglesias, Alina. *Caracterización de la toponimia indígena cubana*, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 2003, (Inédito)

⁹² Pichardo Moya, F. *Op. cit.* (91), pp. 48-49.

⁹³ Valdés Bernal, Sergio. “Visión lingüística del Caribe insular precolombino”. *Catauro*, La Habana, 2003, Año 5, No. 8, p. 163.

⁹⁴ Camps Iglesias, Alina. *Caracterización de la toponimia indígena cubana*, Instituto de Literatura y Lingüística, La Habana, 2003, p. 52, (Inédito)

Bibliografía

- ADAM, LUCIEN. “Du parler des hommes et du parler des femmes dans la langue Caraïbe”, En *Extrait des mémoires de l'Académie de Stanislas pour 1878*, París, 1879.
- ADELAAR, WILLEM F. H. “The endangered language problem: South America”. En Robins, Robert H. y Eugenius

- M. Uhlenbeck, Eds. *Endangered languages*, Billing & Sons Ltd. Worcester, 1991, pp. 45-92.
- AIKHENVALD, ALEXANDRA Y. "Areal diffusion in Northwest Amazonia: the case of Tariana". *Anthropological Linguistics*, Bloomington, 1996, No. 38, pp. 73-116.
- _____. "The Arawak language family". En Dixon, R. M. y Alexandra Y. Aikhenvald, Eds. *Amazonian languages*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, pp. 65-106.
- ALEGRÍA, RICARDO. "La tradición cultural arcaica antillana", En *Miscelánea de estudios dedicados a Fernando Ortiz*, Úcar García S.A, La Habana, 1955, t. 1, p. 42-62.
- _____. *El uso de la terminología etno-histórica para designar culturas aborígenes de las Antillas*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1981.
- ALONSO, ENRIQUE M. *Fundamentos para la historia del guanahatabey*, Editorial Academia, La Habana, 1995.
- ALLAIRE, LOUIS. "Understanding Suazey", En *Proceedings of the Thirteenth International Congress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, Reports of the Archaeological and Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curacao, 1991, No. 9. pp. 715-728.
- _____. "The Lesser Antilles before Columbus", En Wilson, Samuel M., Ed. *The indigenous people of the Caribbean*, University Press of Florida, Gainesville, 1997, pp. 20-28.
- _____. "The Caribs of the Lesser Antilles", En Wilson, Samuel M., Ed. *The indigenous people of the Caribbean*, University Press of Florida, Gainesville, 1997, pp. 179-185.
- _____. "On the historicity of Carib migrations in the Lesser Antilles", *American Antiquity*, Washington, 1980, Vol. 45, No. 2, pp. 238-245.
- _____. "The archaeology of the Caribbean". En Fond, Christine, Ed. *The world atlas of archaeology*, G. K. Hall and Co, Boston, 1985, pp. 370-371.
- ALVARADO, LISANDRO. *Glosario de voces indígenas de Venezuela. Obras completas*, Gobierno Nacional, Caracas, 1953, t. 3.
- ÁLVAREZ NAZARIO, MANUEL. "El influjo del arahuaco insular: sustrato lingüístico de las Antillas Mayores y Menores", En *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, Editorial Gredos, Madrid, 1975, t. 3, pp. 29-42.
- _____. *El influjo indígena en el español de Puerto Rico*, Editorial Universitaria, Río Piedras, 1977.
- ANGLERÍA, PEDRO MÁRTIR. *Fuentes históricas sobre Colón y América*, Imprenta de la S. E. de San Francisco de Sales, Madrid, 1892 [1532], 3 t.
- ARROM, JOSÉ JUAN. *Relación acerca de las antigüedades de los indios de Ramón Pané*, Siglo XXI, México D. F., 1974.
- _____. *Estudios de lexicología antillana*, Casa de las Américas, La Habana, 1980.
- BENNETT, JOHN PETER. *Arawak-English dictionary with an English word-list*, Walter Roth Museum of Anthropology, Georgetown, 1989.
- BERMAN, MARY JANE y PERRY L. Gnivecki. "The colonization of the Bahamas Archipiélago: A view from the Three Dog Site, San Salvador Island", En Cummins, A. y P. King, Eds. *Proceedings of the Fourteenth*

- International Congress for Caribbean Archaeology*, International Association for Caribbean Archaeology, Barbados, 1991, pp. 170-186.
- _____. "The colonization of the Bahama Archipelago: A reappraisal", *World Archaeology*, 1995, Vol. 26, No. 3, pp. 421-441.
- BOOMERT, AAD. *The Cayo complex of St. Vincent an its mainland region*, Ponencia presentada en el 11th International Congress for Caribbean Archaeology, San Juan, 1985.
- Citado por J. Granberry y G. S. Vesce-lius, 2004.
- BRETON, RAYMOND. *Dictionnaire française-caribe*, B. F. Teubner, Leipzig, 1892.
- BRETT, WILLIAM HENRY. *The Indian tribes of Guiana: their costoms, conditions and habits with researces into their past history, superstitions, legends, antiquities, languages, etc.*, Bell and Daldy Londres, 1858.
- _____. *A short grammar of the language of the Arawak Indians*, *British Guiana*, Guiana Diocesan Magazine, Georgetown, 1900-1902.
- BRINTON, DANIEL GARRISON. "The Arawak language of Guiana and its linguistic and ethnological relations", En *Transactions of the American Ethnological Society*, Nueva York, 1871, Vol. 14, Parte 3a., Art. 4, pp. 427-444.
- BULLEN, RIPLEY P. *The archaeology of Grenada, West Indies*, Contributions of the Florida State Museum. Social Sciences. No. 11. Florida State Museum, Gainesville, 1964.
- CALVERA, JORGE, EVA SERRANO, MANUEL REY, IRÁN PERDOMO y YUDELSY YPARAGUIRRE. "El sitio arqueológico de los Buchillones", *El Caribe Arqueológico*, La Habana, 1996, No. 1, pp. 59-67.
- CÁRDENAS MOLINA, GISELA, ANTONIA MARÍA TRISTÁ PÉREZ y REINHOLD WERNER. *Diccionario del español de Cuba*, Gredos, Madrid, 2000.
- CASAS, BARTOLOMÉ DE LAS. *Historia de las Indias*, Imprenta de M. Ginestras, Madrid, 1875-1876, 4 t.
- _____. "Memorial sobre los remedios de las Indias", En *Colección de documentos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, Academia de la Historia, 2^a Serie. Isla de Cuba, Madrid, 1885, t. III, p. 70.
- _____. *Historia de las Indias*, Imprenta de M. Ginestra, Madrid, 1875-1876.
- _____. *Apologética historia de las Indias*, Bailly, Baillier e Hijos, Madrid, 1909.
- CASSÁ, ROBERTO. *Los taínos de La Española*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1974.
- CHANLATTE BARK, LUIS A. *Cultura ositionoide: un desarrollo agroalfarero antillano*, Alina Franbos-Buxeda, San Juan, 1986.
- COELHO, RUY. *Los caribes de Honduras*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1955.
- COLÓN, CRISTÓBAL. *Diario de navegación*, Oficina Regional para América Latina y el Caribe de la UNESCO, La Habana, 1961.
- COMISIÓN NACIONAL DE NOMBRES GEOGRÁFICOS. *Diccionario geográfico de Cuba*, Oficina de Hidrografía y Geodesia, La Habana, 2000.
- _____. *Nomenclátor de nombres geográficos normalizados de Cuba*,

- Oficina de Hidrografía y Geodesia, La Habana, 2000.
- COSCULLUELA, JUAN A. *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, La Universal, La Habana, 1918.
- DACAL MOURÉ, RAMÓN. *Introducción a la arqueología de la península de Guanahacabibes, Cuba*, Academia de Ciencias, La Habana, 1968.
- _____ y MANUEL RIVERO DE LA CALLE. *Arqueología aborigen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1984.
- DELGADO CEBALLOS, LEONEL, SILVIA MIGELBELLO IZQUIERDO y SANTIAGO SILVA GARCÍA. "Primer reporte de semillas quemadas de maní en el residuario Birama", *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 2000, No. 4, pp. 40-44.
- DOMÍNGUEZ, LOURDES, JORGE FEBLES y ALEXIS RIVES. "Las comunidades aborígenes de Cuba", En *Historia de Cuba. La colonia*, Editora Política, La Habana, 1994, pp. 5-57.
- ESCALANTE DE FONTANEDA, HERNANDO. "Memorias de las cosas, indios y costas de la Florida", En Real Academia de la Historia. *Colección de documentos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1885, t. I, pp. 532-534.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, Imprenta Real, Madrid, 1825-1837, 3 t.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, GONZALO. *Historia general y natural de las Indias islas y tierra firme del Mar Océano*, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851-1855, 4 t.
- FEWKES, JESSE WALTER. "The prehistoric culture of Cuba", *American Anthropologist*, Nueva Serie, Lancaster, 1904, Vol. 6, No. 5, pp. 585-598.
- _____. "A prehistoric island culture of America", En *Bureau of American Ethnology*, Smithsonian Institution. Government Printing Office, Washington D.C., 1922, Vol. 34, pp. 49-273.
- FIGUEREDO, ALFREDO. "The Virgin Islands as an historical frontier between the Tainos and the Caribs", *Revista Interamericana*, 1979, Vol. 8, No. 3, pp. 383-390.
- _____. "Brief introduction to the prehistory of St. Croix, from earliest times to 1493", *Society of Virgin Island Historians Bulletin*, Charlotte-Amalie, 1987, Vol. I, No. 1, pp. 4-10.
- GARCÍA ARÉVALO, MANUEL. *Museo Arqueológico de Chavón. Catálogo conmemorativo V Centenario*, Fundación Centro Cultural Altos de Chavón, La Romana, 1992.
- GARCÍA VALDÉS, PEDRO. "The ethnography of the Ciboney". En *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution. Government Printing Office, Washington D.C., 1948, Vol. IV, pp. 503-505.
- GHIDDINELLY, AZZO y PIERLEONI MASSAJOLI. "Resumen etnográfico de los caribes negros (garífunas) de Honduras", *América Indígena*, México D.F., 1984, Vol. 44, No. 3, pp. 58-72.
- GILIJ, FILIPPO SALVATORE. *Saggio di storia Americana; o sia, Storia naturale, civile e sacra dei regni, e delle provincia spagnouole di Terra-Ferma nell'America Meridionale descritto*

- dall'abate F. S. FILIJ, Roma, 1780-1784, 4 t.
- GOEJE, CLAUDIUS HENRICUS DE. "The Arawak languages of Guiana". *Verhandelingen van de Koninklijke Akademie van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde*, Amsterdam, 1928, Vol. 28, No. 2.
- _____. "Nouvel examen des langues des Antilles, avec notes sur les langues Arawak-Maipure et Caribe et vocabulaires Shebayo et Guayana", *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Paris, 1939, Vol. 31, pp. 1-120.
- GONZÁLEZ HERRERA, ULISES M. "Cultura e identidad en la sociedad tribal prehispánica de Cuba", *Catauro*, La Habana, 2009, Año 11, No. 20, pp. 14-26.
- GRANBERRY, JULIAN. "West Indian languages: a review and commentary", *Journal of the Virgin Islands Archaeological Society*, Charlotte Amalie, 1986, No. 10, pp. 51-56.
- _____. y GARY S. VESCELIUS. *Languages of the pre-Columbian Antilles*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2004.
- GUARCH DELMONTE, J. M. *El taíno de Cuba*, Dirección de Publicaciones de la Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1978.
- _____. *Estructuras para las comunidades aborígenes de Cuba*, Ediciones Holguín, Holguín, 1990.
- GUERRERO, JOSÉ G. "El contacto temprano indohispánico en Santo Domingo: una cultura histórica y arqueológica", *El Caribe Arqueológico*, La Habana, 1979, No. 3, pp. 101-112.
- GULLICK, CHARLES J. R. M. *The exiled from St. Vincent: the development of Black Carib culture in Central America up to 1945*, Malta Progress, 1976.
- _____. "Island Carib traditions about their arrival in the Lesser Antilles", En Lowenstein, M., Ed. *Proceedings of the Eighth International Congress for the Study of the pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles*, Arizona State University, Tempe, 1980.
- GUS PANTEL, AGAMENÓN. "Orígenes y definiciones de la cultura taína: sus antecedentes tecnológicos en el precerámico", En *Las culturas de América en la época del descubrimiento*, T. G. Forma, Madrid, 1983, pp. 10-14.
- HAHN, PAUL G. *The Cayo Redondo culture and its chronology*, Departamento de Antropología, Yale University, New Haven, 1960.
- HARRINGTON, MARK RAYMOND. *Cuba before Columbus*, Museum of the American Indian, Nueva York, 1921.
- HEINEN, DIETER. "Los warrao", En Coppens, Walter y Bernarda Escalante, Eds. *Los aborígenes de Venezuela*, Fundación La Salle y Monte Ávila Editores, Caracas, 1988, Vol. 3, pp. 585-692.
- HOFF, JACOB. *The Carib language*, N. V. De Nederlandische Bock-en Steendrukkerij V/H. H. L. Suits, Gravenhage, 1968.
- HRDLIČKA, ALOIS. *The anthropology of Florida*, Florida State Historical Society, Deland, 1922.
- IZQUIERDO, GERARDO y ULISES GONZÁLEZ. "Las comunidades aborígenes de cazadores-recolectores de Cuba, problemas y posibilidades de estudio", *Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 2007, No. 10, pp. 23-30.

- KAUFMAN, TERENCE. "Language history in South America: what we know and how to know more", En Payne, Doris L., Ed. *Amazonian linguistics. Studies in lowland South American languages*, University of Texas Press, Austin, 1990, pp. 13-73.
- KEEGAN, WILLIAM F. "West Indian archaeology. Volume 3: Ceramic age", *Journal of Archaeological Research*, Mona, 2000, No. 8, pp. 135-167.
- _____ y REINEL RODRÍGUEZ RAMOS. "Sin rodeos", *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 2005, No. 8, pp. 8-13.
- KOZŁOWSKI, JANUSZ K. "Preceramic cultures in the Caribbean", *Zeszyty Naukowe Uniwersytetu Jagelonskiego*, Cracovia, 1975, No. 366.
- _____. "In search of the evolutionary pattern of the preceramic cultures of the Caribbean", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, 1980, No. 13, pp. 93-98.
- LABAT, JEAN BAPTISTE. *Viaje a las islas de la América*, Casa de las Américas, La Habana, 1980.
- LATHRAP, D. W. *The Upper Amazon*, Preager Publishers, Nueva York, 1970.
- LOUKOTKA, ČESTMÍR. *Classification of South American Indian languages*, University of California, Los Ángeles, 1969.
- LOVÉN, SVEN. *Origins of the Tainan culture, West Indies*, E. B. Aktiebolag, Goteborg, 1935.
- MARIETTI, PETRO. *Oratio Dominica in CCL linguas versa et CLXXX characterum formis, vel nostratibus vel peregrinis expressa*, Curante Pietro Maretti, Roma, 1870.
- MARTÍNEZ FUENTES, ANTONIO J. *et. al.* "El poblamiento antiguo del Caribe. Análisis del ADN mitocondrial en preagroalfareros de la región occidental de Cuba", *Catauro*, La Habana, 2003, Año 5, No. 8, pp. 62-74.
- MARTIUS, KARL FRIEDRICH PHILIPP VON. *Beiträge zur Ethnographie und Sprachkunde Amerikas, zumal Brasiliens*, Leipzig, 1867.
- MASON, JOHN ALDEN "The languages of South American Indians", En Steward, J. H., Ed. *Handbook of Soth American Indians*, Bureau of American Ethnology. Smithsonian Institution, Washington D.C., 1950, Boletín 143, Vol. 6, pp. 137-317.
- MATTEI, MARIE-CLAUDE. "Lenguas indígenas de Venezuela en peligro de extinción", En Vacheron, Frédéric y Gilda Betancourt, Eds. *Lenguas y tradiciones orales en la Amazonía. ¿Diversidad en peligro?*, Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO / Casa de las Américas, La Habana, 2006, pp. 281-312.
- MILANICH, GERALD T. *Archaeology of pre-Columbian Florida*, University of Florida Press, Gainesville, 1994.
- MONTANÉ DARDÉ, LUIS. "El indio cubano de la Ciénaga de Zapata", En Cosculluela, J. A. *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, Imprenta y Papelería La Universal de Ruiz y Cía., La Habana, 1918, pp. 115-146.
- MOREIRA DE LIMA, LILLIÁN J. *La sociedad comunitaria de Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana, 1999.
- _____. "Metodología, nomenclatura y teoría en torno a los antiguos pobladores del archipiélago cubano",

- Catauro*, La Habana, 2009, Año 11, No. 20, pp. 27-34.
- MOSONYI, ESTEBAN EMILIO. "Elementos de lingüística arahuaca", En *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas. (1968): Año X, No. 3, pp. 77-85.
- NOBLE, J. KINGSLEY. "Proto-Arawakan and its descendants", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1951, 2ª parte, Vol. 31, No. 3, pp. 1-23.
- _____. *Proto-Arawakan and its descendants*. Indiana University Press. Bloomington.
- OLIVER, J. R. "The archaeological, linguistic, and ethnohistorical evidence for the expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia", Tesis de Ph.D. Universidad de Illinois, 1989.
- Citado por A. Y. Aikhenwald, 1999.
- OLSEN, FRED. *On the trail of the Arawaks. The civilization of the American Indian*, University of Oklahoma Press, Norman, 1974.
- ORTIZ, FERNANDO. *Las cuatro culturas indias de Cuba*, Arellano y Cía., La Habana, 1943.
- OSGOOD, CORNELIUS. *The Ciboney culture of Cayo Redondo, Cuba*, Yale University Press, New Haven, 1942.
- PANÉ, RAMÓN. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, Siglo XXI, México D. F., 1974.
- PANTEL, A. GUS. *Pre-Columbian flaked stone assemblages in the West Indies*, Tesis de Ph.D. no publicada, Departamento de Antropología. Universidad de Tennessee, Knoxville, 1988.
- Citada por J. Granberry y G. S. Vesce-lius, 2004.
- PAYNE, DAVID L. "A classification of Maipuran (Arawakan) languages based on shared lexical retentions". En Derbyshire, D. C. y G. K. Pillum, Eds. *Handbook of Amazonian languages*, Mouton de Gruyter, Berlín, 1991, Vol. 3, pp. 355-499.
- PELÁEZ, ORFILIO. "Mil años más antiguos", *Granma*, La Habana, 6 mar. 2010, p. 6.
- PEREA, J. A. Y S. PEREA. *Glosario etimológico taíno-español*, Tipografía Mayagüez, San Juan, 1941.
- PEREA Y ALONSO, SIXTO. *Filología comparada de las lenguas y dialectos arawak*, Imprenta A. Montverde, Montevideo, 1942.
- PETERSEN, J., C. HOFFMAN y A. CURET. "Time and culture: chronology and taxonomy in the Eastern Caribbean and the Guianas". En *Late ceramic age societies in the Eastern Caribbean*, Monographs in American Archaeology, Oxford, 2004, pp. 17-32.
- PICHARDO MOYA, FELIPE. *Caverna, costa y meseta. Interpretaciones de arqueología y sociología*, Jesús Montero, La Habana, 1945.
- PICHARDO Y TAPIA, ESTEBAN. *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas*, 1a. ed., Imprenta de la Real Marina, Matanzas, 1836.
- RANGEL RIVERO, ARMANDO. "El Museo Antropológico Montané y el desarrollo de la arqueología en Cuba entre 1900 y 1960", *Catauro*, La Habana, 2003, Año 5, No. 8, pp. 19-35.
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar*, 2da. serie, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1885, 3 t.

- REAL ACADEMIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*, 22a. ed., Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2001, 2 t.
- RÍOS, ERNESTO DE LOS. *Nomenclátor geográfico y toponímico de Cuba. 1860-1872*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1970.
- RIVERO DE LA CALLE, MANUEL. *Las culturas aborígenes de Cuba*, Editorial Universitaria, La Habana, 1996.
- ROCHFORT, CÉSAR DE. *Histoire naturelle et morale des Iles Antilles de l'Amérique*, Arnould Leers, Róterdam, 1658.
- RODRIGUES, AYRON DALL'IGNA. *Línguas brasileiras. Para o conhecimento das línguas indígenas*, Edições Loyola, Sao Paulo, 1986.
- RODRÍGUEZ FERRER, M. *Naturaleza y civilización de la grandiosa Isla de Cuba*, Imprenta de J. Noguera, La Habana, 1887, 2 t.
- ROUSE, IRVING. *Anthropology of the Maniabon Hills, Cuba*, Yale University Press, New Haven, 1942.
- _____. "Ciboney artifacts from Île-à-Vache, Haiti". En *Bureau d'Ethnologie de la République d'Haiti*, Puerto Príncipe, 1947, Serie II, No. 2, pp. 16-21; No. 3, pp. 62-66.
- _____. "The Arawak", En *Handbook of South American Indians*, Smithsonian Institution. Government Printing Office, Washington D.C., 1948, Vol. IV, p. 507-546.
- _____. "The Southeast and the West Indies", En Griffin, John W., Ed. *The Florida Indian and their neighbors*, Inter-American Center. Rolling Center, Winter Park, 1949, p. 101-116.
- _____. "The Southeast and the West Indies", *Sciences*, Cambridge, 1962, No. 154, pp. 499-573.
- _____. "Ceramic and religious development in the Greater Antilles", *Journal of New World Archaeology*, 1982, Vol. 5, No. 2, pp. 45-55.
- _____. "La frontera taína: su prehistoria y sus precursores". En *Las culturas de América en la época del descubrimiento*, T. G. Forma, Madrid, 1983, pp. 23-35.
- _____. "Arawakan phylogeny, Caribbean chronology, and their implications for the study of population movement", *Antropologica*, 1985, Nos. 63-64, pp. 9-21.
- _____. *Migrations in prehistory: Inferring population movement from cultural remains*, Yale University Press, New Haven, 1986.
- _____. "Peopling and re-peopling of the West Indies", *Biogeography of the West Indies*, New Haven, 1989, Nos. 63-64, pp. 119-136.
- _____. "Ancestors of the Tainos: Amazonian or Circum-Caribbean?". En *13th. International Congress for Caribbean Archaeology*, Willemstad, Curacao, 1989, (Separata)
- _____. *The Tainos. Rise and decline of the people who greeted Columbus*, Yale University Press, New Haven, 1992.
- ROUSE, IRVING y BENJAMIN WATERS. "Environmental diversity and maritime adaptation". En *Paper to Annual of the Society for American Archaeology*, Pennsylvania, 1983.
- _____. y LOUIS ALLAIRE. "Cronología del Caribe", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, 1979, No. 12, pp. 59-117.
- SMITH, WILLIAM. *A smaller classical dictionary of biography, mythology, and geography*, American Book

- Company, Nueva York / Cincinnati / Chicago, [s.f.].
- STEINEN, KARL VON DEN. *Durch Zentralbrasilien. Expedition zur Erforschung der Schingu Jahre*, F. A. Brochhaus, Leipzig, 1886.
- STENZEL, KRISTINE. "Lenguas y tradiciones orales en la Amazonia brasileña", En Vacheron, Frédéric y Gilda Betancourt, Eds. *Lenguas y tradiciones orales en la Amazonía. ¿Diversidad en peligro?*, Oficina Regional de Cultura para América Latina y el Caribe de la UNESCO / Casa de las Américas, La Habana, 2006, pp. 69-122.
- STEVENS-ARROYO, ANTONIO M. *Cave of the Jagua. The mytological world of the Tainos*, University of Scranton Press, Scranton, 2006.
- SUAZO, SALVADOR *Conversemos en garífuna: gramática y manual de conversación*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1991.
- _____. *De Saint Vincent a Roatan*, Editorial López, Tegucigalpa, 1997.
- _____. *Los deportados de San Vicente*, Editorial Guaymuras, Tegucigalpa, 1997.
- _____. *De caribe a garífuna. Un estudio comparativo de la lengua caribe del siglo XVII y del garífuna actual*, Suplemento No. 1, Año 25, de Amerindia, París, 2001.
- TABÍO, ERNESTO. "Nueva periodización para el estudio de las comunidades aborígenes de Cuba", *Islas*, Santa Clara, 1984, No. 78, pp. 37-51.
- _____. y Estrella Rey *Prehistoria de Cuba*, 2da. ed., Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1979.
- TABÍO PALMA, ERNESTO, JOSÉ M. GUARCH y LOURDES DOMÍNGUEZ. "Antigüedad del hombre preagroalfarero temprano en Cuba", En *Cuba Arqueológica*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1978, pp. 233-242.
- TAYLOR, DOUGLAS. *The Black Caribs of British Honduras*, Viking Fund Publications, Nueva York, 1951.
- _____. "A note on some Arawak-Carib lexical resemblances", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1953, Vol. 19, No. 4, pp. 316-317.
- _____. "Diachronic note on the Carib contribution to Island Carib", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1954, Vol. 20, No. 2, pp. 28-33.
- _____. "Languages and ghost languages of the West Indies", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1956, Vol. 22, No. 2, pp. 180-183.
- _____. "Spanish huracan and its congeners". *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1957, Vol. 23, No. 2, pp. 113-114.
- _____. "Morpheme mergers in Island Carib". *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1959, Vol. 25, No. 3, pp. 190-195.
- _____. "El taíno en relación con el caribe insular y el lokono", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, San Juan, 1961, No. 11, pp. 22-25.
- _____. *Aspects of Dominican history*, Government Printing Division, Dominica, 1972.
- _____. *Languages of the West Indies*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1977.
- _____. y BEREND J. HOFF. "The linguistic repertory of the Island-Carib in the seventeenth century: The

- men's language (A Carib pidgin?)", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1980, Vol. 46, No. 4, pp. 301-312.
- _____. e IRVING ROUSE. "Linguistic and archaeological time depth in the West Indies", *International Journal of American Linguistics*, Baltimore, 1955, Vol. 21, No. 1, pp. 105-115.
- ULLOA HUNG, JOSÉ. "Migración en el Caribe precolombino", *El Caribe Arqueológico*, Santiago de Cuba, 2000, No. 4, pp. 14-19.
- VALDÉS BERNAL, SERGIO. "Las lenguas indoamericanas y el español de Cuba", *América Indígena*, México D.F., 1989, Vol. 48, No. 2, pp. 403-417.
- _____. "En torno a las lenguas aborígenes de Cuba del período colonial", *Langue et linguistique*, Québec, 1994, No. 20, pp. 153-172.
- _____. "Visión lingüística del Caribe insular precolombino", *Catauro*, La Habana, 2003, Año 5, No. 8, pp. 159-177.
- _____. "El nombre de Cuba", *Opus Habana*, La Habana, 2007, Vol. 10, No. 3, pp. 28-35.
- VEGA, BERNARDO. *Los cacicazgos de la Hispaniola*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1988.
- VELÁZQUEZ, DIEGO. *Carta de relación de la conquista de Cuba*, Publicaciones del Instituto de La Habana, La Habana, [s. a.].
- VELOZ MAGGIOLO, MARCIO. *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, Megeaw Hill Far Eastern Publishers, Singapur, 1972.
- _____. "Las Antillas precolombinas: ecología y población", *Revista Dominicana de Arqueología y Antropología*, Santo Domingo, 1971-1972, Año 2, Vol. 2, Nos. 2-3, pp. 165-168.
- _____. (*Medioambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*, Editorial de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1976.
- _____. *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo*, Museo del Hombre Dominicano / Fundación García Arévalo, Santo Domingo, 1980.
- _____. "Orígenes y definiciones de la cultura taína: sus antecedentes tecnológicos en el precerámico". En *Las culturas de América en la época del descubrimiento*, T. G. Forma, Madrid, 1983, pp. 15-21.
- _____. "Un vocabulario arawaco del siglo XVIII", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, Santo Domingo, 1983, oct., pp. 332-347.
- _____. y ELPIDIO ORTEGA. "The preceramic of the Dominican Republic: Some new finds and their possible relationships". En Robinson, Linda S., Ed. *Proceedings of the First Puerto Rican Symposium on Archaeology*, Fundación Arqueológica, Antropológica e Histórica de Puerto Rico, San Juan, 1976, pp. 142-201.
- _____. ELPIDIO ORTEGA y ÁNGEL CABA FUENTES. *Los modos de vida meillacoides y sus posibles orígenes*, Museo del Hombre Dominicano, Santo Domingo, 1981.
- _____. y GUS PIMENTEL. "El modo de vida de los recolectores en la arqueología del Caribe (II parte)", *Boletín de Antropología Americana*, México D.F., 1990, No. 19, pp. 83-118.
- VESCELIUS, GARY S. "A cultural taxonomy of West Indian archaeology", *Journal of the Virgin Islands Archaeo-*

- logical Society*, Charlotte Amalie, 1980, No. 10, pp. 36-39.
- WILKINSON, JERRY. *History of Florida*, 2004, En <http://www.keyhistory.org/FL.Fla-Ind.html>
- WILSON, SAMUEL M. *The archaeology of the Caribbean*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
- ZUCCHI, ALBERTA. "Prehistoric connections between the Orinoco Amazon and the Caribbean Area", En *Proceedings of the 13th. International Congress of Caribbean Archaeology*, Archaeological-Anthropological Institute of Netherlands Antilles, Curacao, 1991, Parte 1, No. 9, pp. 202-220.
- _____. "Lingüística, etnografía, arqueología y cambios de los aruacos en el noroeste amazónico", En Ortiz-Troncoso, O. R. y Thomas van der Haminnen, Eds. *Archaeology and Environment in Latin America. Proceedings of the 46th. International Congress of Americanists*, Universidad de Amsterdam, Amsterdam, 1992, p. 223-252.
- _____. y K. TABLE. "Los cedrosoides: un nuevo grupo prehispánico del Orinoco Medio", En *Acta Científica Venezolana*. Caracas, 1984, No. 35. pp. 292-309.
- _____. K. TABLE y J. E. VAZ. "The ceramic sequence and new TL and C14 dates for the Agüerite site of the Middle Orinoco". *Journal of Field Archaeology*, Nebraska, 1984, Vol. 2, No. 2, pp. 155-180.



Maceo, Martí y Gómez en la organización y financiamiento de la expedición de Costa Rica (1893-1895)*

Ibrahim Hidalgo

Investigador y ensayista del Centro de Estudios Martianos

Primer viaje del Delegado a Costa Rica. Resultados

Los vínculos entre Antonio Maceo, José Martí y Máximo Gómez se estrecharon desde la primera visita del Delegado a Costa Rica. El Apóstol había concebido junto con el General en Jefe el proyecto de la nueva etapa preparatoria de la guerra independentista durante los encuentros de ambos en Montecristi y La Reforma, República Dominicana, del 11 al 15 de septiembre de 1892, y la participación del experimentado militar estuvo presente en todo momento como un elemento de importancia decisiva. Las labores organizativas de aquellos meses impusieron a Martí la posposición de su viaje, decidido para fines de abril de 1893 y entorpecido por el alzamiento armado de Purnio y Velazco, en la región de Holguín. Finalmente, anunció la visita para junio.¹

El último día de este mes llegó a Puerto Limón, en la costa atlántica del

país centroamericano, y al siguiente se encontró con el general Antonio en San José. El objetivo principal del encuentro era poner en conocimiento de este las instrucciones de Gómez para garantizar la parte de la obra asignada a quien poseía la experiencia política y militar, así como los vínculos dentro y fuera de la isla, indispensables para la incorporación a la lucha insurreccional de la vasta zona oriental. Martí recibió pruebas de la plena y sincera aceptación por el Titán de Bronce de las instrucciones del General en Jefe, y de la disposición similar de parte de José Maceo, Flor Crombet, Agustín Cebreco y otros, con quienes no pudo tratar personalmente, pero cuyos recados verbales o escritos lo confirmaban.

Por su parte, Maceo expuso a Martí las características del plan concebido para los aprestos de los patriotas radicados en Costa Rica: “[...] no desea expedición grande, ni barco de aquí, ni cree que le acompañen,—ni lo de-

* El texto que presento es una versión abreviada sobre el tema, en el cual trabajo actualmente. Me he visto precisado a suprimir interesante información sobre las dos visitas de José Martí a Costa Rica, así como de las condiciones afrontadas por Maceo en este país. En las notas incluyo las referencias a obras donde pueden encontrarse valiosos datos y observaciones. [N. del A.]

sea,—más que unos cuantos jefes y oficiales escogidos”.² La Delegación debía apoyarlo mediante el adelanto de la organización en Oriente. El Maestro consideró necesario poco dinero para llevar adelante este proyecto, y estimó que los cubanos de allí podrían sufragarlo en parte con la entrega de fondos al Partido destinados a esta expedición. Solo dos meses antes, cuando los sucesos de Holguín, aquellos se dispusieron a reunirse \$5 000 destinados a los preparativos de un grupo que se trasladaría a Cuba, intento abandonado ante la frustración del brote insurreccional.³ Esta cantidad, expuso el Delegado a Gómez, “[...] es como una tercera parte menos de los gastos que pensábamos”.⁴

Sobre los recursos disponibles debe tenerse en cuenta la opinión de José Luciano Franco, que señala: “Tanto los Boix y los Pochet, como sus primos Emilio Giró y Odio y Manuel J. de Granda, proveyeron al general Maceo de cuantos auxilios económicos hubo de necesitar para la Revolución cubana”.⁵ Esta afirmación resulta demasiado rotunda, y no está avalada por cifra alguna, ni por indicación de fuentes documentales. Al parecer, no era tan amplia la capacidad material de aquellos generosos patriotas, quienes contribuyeron en correspondencia con sus posibilidades.

Después de las entrevistas con el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Maceo continuó sus gestiones para transformar las obligaciones directas contraídas por el convenio establecido con el gobierno costarricense en compromisos personales de cada colono con las autoridades, de modo que la posible ausencia del

general Antonio no significara la desaparición inmediata de la colonia cubana de Nicoya.⁶ Paralelamente, y con la ansiedad propia de quien esperaba aquella ocasión, el Héroe de Baraguá se entregó a la organización de los hombres que lo acompañarían en la considerada como cercana expedición a Cuba.

Movilización de las fuerzas

El 12 de noviembre de 1893 Gómez dirigió una circular a jefes y oficiales donde llamaba a la movilización de las fuerzas. A Maceo expresó: “Así pues, General, es urgente que enseguida se ponga Ud. en movimiento como pienso ponerme enseguida y recomendándole mucho la más exquisita cautela y prudencia”,⁷ aviso que debía comunicar a sus subalternos en Costa Rica y Cuba. Además, se pondría en contacto con la Delegación, proveedora de los recursos necesarios.

Estas órdenes fueron motivadas por informaciones sobre un levantamiento ocurrido en la isla, en Lajas y Cruces, en la zona central. De modo similar a lo ocurrido en Purnio y Velasco en abril de aquel año, habían recibido órdenes falsas, y sin la necesaria verificación se habían alzado en armas el 4 de noviembre. No obstante, en los momentos iniciales de recibirse la noticia, Martí consideró que debía prestárseles apoyo mediante el envío de expediciones y la orden de alzamiento para Oriente, lo cual comunicó a Gómez en carta del 10 de noviembre. Desde el primer momento contó con el Héroe de Baraguá, como lo expresó a Serafín Sánchez en carta del día 14, en la cual se refirió a “[...] mi aviso simultáneo y en camino a Maceo”.⁸ Pero la endeblez

de la intentona, concluida con el dominio de la zona por las tropas españolas, determinó el aplazamiento de la movilización iniciada con espíritu solidario hacia los patriotas de la isla.⁹

Martí escribió a Maceo explicándole los detalles de lo ocurrido y asegurándole que no debía esperar precipitación alguna de la dirección del Partido, sino la juiciosa valoración de las circunstancias, “e ir antes de que el enemigo nos espere, y caiga sobre la buena gente revolucionaria”, para lo cual “tenemos allegados los medios, modestos y bastantes”. En la última parte de la misiva se refirió a la muerte de Mariana Grajales, madre del combatiente, la anciana heroica a quien “[...] recordaré con amor toda mi vida”.¹⁰ En la respuesta se pusieron de manifiesto el agradecimiento por la mención consoladora a su querida progenitora, la coincidencia de ideales y su reconocimiento a la labor martiana: “Ojalá pueda usted con sus trabajos levantar mi cabeza y quitar de mi rostro la vergüenza de la expatriación de los cubanos y de sumisión al gobierno colonial”.¹¹

Demoras generan inquietudes

El tiempo se convirtió, mucho más que en toda la trayectoria revolucionaria de José Martí, en causa de angustia y tensión. Las cartas cruzadas en esta etapa muestran las demoras existentes en las comunicaciones, con el consiguiente entorpecimiento de las coordinaciones de importantes aspectos de los preparativos insurreccionales. Un ejemplo extremo es el de la misiva de Gómez a Maceo anteriormente citada, escrita en Montecristi, República Dominicana, el 12 de noviembre de 1893, llegada al destinatario el 5 de enero del año siguiente, tras ¡54 días!¹²

Tal lentitud explica el entrecruzamiento de cartas donde se repiten ideas y solicitudes de información. El general Antonio respondió a Gómez el 6 de enero: “Con fecha de ayer recibí su oficio de Nov. 12 del próximo pasado año, de cuyo contenido quedo impuesto lo cual comunicaré a mis compañeros de armas”,¹³ pero observa que no le habían indicado el lugar donde debía tomar los elementos de guerra. Al parecer, creyó conveniente esclarecer lo expuesto, pues solo seis días después volvió a escribir al General en Jefe sobre la necesidad del señalamiento del punto de desembarco de su expedición, y advirtió que le faltaban las armas y las instrucciones para llegar a tiempo.¹⁴ Por su contenido se advierte el desconocimiento de la orden militar enviada por este el 12 de diciembre, “[...] fijando para fines de febrero la época de acción”.¹⁵ Maceo comenzó a cumplir la parte que le correspondía, en respuesta a la comunicación de noviembre, a la espera de los recursos necesarios para la movilización y la ayuda para las familias necesitadas.¹⁶

La situación de los cubanos de la colonia cubana en Nicoya, y en particular del general Antonio, se fue tornando más difícil desde los inicios del año 1894, pues ante su negativa de prestar apoyo al proceso político fraudulento promovido por el gobierno se generalizaron obstáculos entorpecedores del cumplimiento de los compromisos económicos de asignaciones y trámites.¹⁷ No obstante, la ejecución de los acuerdos patrióticos continuó adelante, con la colaboración del Delegado, quien dispuso para la expedición costarricense 50 equipos de oficial, el doble de los señalados en un inicio.¹⁸

Las demoras continuaron. Una carta de Maceo a Gómez del 12 de enero fue contestada 31 días después, el 12 de febrero. El General en Jefe señaló que las instrucciones solicitadas “[...] le serían transmitidas oportunamente, en tanto que va Ud. preparando cautelosamente su expedición,” y a la vez determinaría el punto de desembarco en la región oriental. Se prepararía junto con los expedicionarios, pero sin moverlos hacia la costa, pues hacerlo implicaba gastos innecesarios; y señaló a la Tesorería del Partido como la proveedora del dinero para costear los preparativos.¹⁹ La comunicación mencionada no llegaría con la celeridad requerida para aplacar la impaciencia del general Antonio, quien desde fines de 1893 daba cumplimiento a las orientaciones de estar preparado para fecha próxima, fijada para febrero, mes que transcurría sin recibir órdenes de ningún tipo.²⁰

El 16 de dicho mes, acicateado por las dudas que generaba aquella indefinición, escribió a Martí una breve y lacónica carta. En el primer párrafo expresó: “Los vapores van y vienen sin que me traigan la consoladora noticia de lo que pasa por allá a favor de nuestra causa. ¿Creerá V. que no queremos ser de los primeros invasores? ¿Tendrá V. inconvenientes para ocuparse de mi expedición; en lo que se relaciona con los recursos que debe proporcionarme?”²¹ Estas líneas reflejan el estado de ánimo y las justas preocupaciones del experimentado general. Aunque sus prevenciones estuvieran alejadas de las verdaderas causas de las demoras, las preguntas contienen graves consideraciones, de una parte, con respecto a la apreciación del Delegado sobre la disposición de él y sus hombres para

ocupar el lugar de la vanguardia expedicionaria, y, por otra, con respecto al delicado asunto de los recursos para los preparativos en Costa Rica, pues inquiero sobre la existencia o no de *inconvenientes* para facilitárselos. Se hallaba apremiado por la falta de fondos, pues ocasionaba perjuicios a quienes necesitaba llevar consigo, alejados de sus actividades cotidianas. Y se corría el riesgo de alertar al enemigo vigilante.

El Delegado respondió de inmediato. Dudas e interrogantes como aquellas merecían atención urgente y respuestas precisas: “Jamás, mientras yo tenga mano en nuestras cosas, se pasaría por sobre Vd.,—ni por esos compañeros que amo como Vd. mismo los pueda amar,—ni por una sola de nuestras virtudes se pasaría, por humilde que fuera”. Ante la prevención implícita en el texto precisó: “Nadie ha pretendido, ni pretenderá, pasar por sobre Vd. ni por sus compañeros”. Insistió en consideraciones tanto de orden militar como afectivo que hacían imposible la marginación de un hombre considerado “imprescindible a Cuba”. Consecuente con su posición ética le aseguró: “[...] aborrezco, persigo y ahogo toda injusticia e intriga”, y le ratificó pocas líneas más adelante: “Descanse, que jamás, mientras tenga yo mano, se prescindirá de Vd.”²²

El resto de la misiva abunda en datos y hechos, para concluir:

Explíquese todo por demoras fatales de tiempo, impuestas por la distancia, así como atrasos en los preparativos en Cuba, de donde habían requerido prórrogas. Abordó el delicado asunto de los recursos, pues conocía la reducción de los \$5 000 ofrecidos cuando los sucesos de Purnio a sólo \$500,

por lo que dispuso la asignación a los preparativos costarricenses de cuanto se recaudara en Jamaica y Panamá. Concluyó con la explicación sobre la demora de Gómez, quien esperaba por “la aquiescencia del Camagüey.”²³

El Delegado comprendía la actitud de Maceo, “[...] quejoso y aun airado, porque febrero termina y no le llegan detalles”.²⁴ Por una carta suya –no localizada– se infiere “[...] que se ha preparado para la salida” en respuesta “[...] a la orden fija que recibí para febrero”.²⁵ Las dificultades para lograr la rápida comunicación con Costa Rica determinaban el desconocimiento de la extensión del plazo anterior en respuesta a la solicitud de las principales localidades de la isla. Debía considerarse que cada aviso infructuoso de cercanía de la acción mantenía alejados del trabajo y la vida familiar a los implicados, carentes de información suficiente, fuente generadora de dudas.

El Maestro recibió de Gómez, a mediados de marzo, la esperada misiva, pero su tema central era la convocatoria a una posible entrevista en Nueva York con Maceo y Martí. Este la consideró inconveniente, pues pondría sobre aviso al enemigo,²⁶ como señaló al general santiaguero, al que informó de la situación en Cuba y expuso lo riesgoso del encuentro, como había señalado a Gómez, al cual confiaba ver pronto en República Dominicana. Estas líneas no fueron suficientes para calmar la que denominó “[...] hermosa impaciencia” de Maceo,²⁷ quien continuaba los preparativos revolucionarios.

A pesar de las advertencias del Delegado, Gómez estuvo en Nueva York del 8 al 21 de abril. Compartió

ideas y preocupaciones con Martí, y fueron analizados cada uno de los pormenores de los preparativos bélicos. Al partir, satisfecho de los avances alcanzados, el jefe de la rama militar dejó algunas encomiendas al Apóstol, una de las principales era transmitir a Maceo los acuerdos y precisiones tomados, y en cuanto a recursos le dijo a este: “[...] a eso va Martí, después que ya aquí lo hemos calculado todo”.²⁸

El general Antonio necesitaba apoyo material para llevar adelante el proyecto, pues cada vez era más difícil su situación política y económica en Costa Rica.²⁹ Para asegurar sus propiedades en aquel país se dispuso a organizar una compañía anónima con un gerente, y dividir el capital en acciones, de las cuales le corresponderían \$60 000, aunque no en dinero físico, sino por el valor total de sus bienes en Costa Rica. A un amigo le aclaró, con cierta ironía: “Con todo lo que le digo de negocios, si no logro vender algunas acciones de las mías, saldré más arrancado que una piñuela”.³⁰

Segunda visita de Martí. ctividades inmediatas

El 5 de junio de 1894 arribaron a Puerto Limón Martí y Francisco Gómez Toro, hijo del General en Jefe, quienes dos días después se encontraron en San José. Visita llena de emociones, como el encuentro de *Panchito* con Maceo, y la entrevista del Delegado con José y Flor Crombet, en Puntarenas; y de trascendentales acuerdos entre el Héroe de Baraguá y el Delegado.

Entre los múltiples asuntos de imprescindible atención, uno requirió ser tratado con delicadeza política y rigor táctico: el “[...] plan demasiado vasto y lento,—con la ayuda hoy, in-

quieta e insegura, de Eloy Alfaro”, que ofreció a Maceo desviar hacia Cuba un contingente de nicaragüenses y colombianos; noble proyecto de espíritu latinoamericanista, como todos los del bravo ecuatoriano, pero contra el cual se alzaban el tiempo, la prudencia, las probabilidades de realización y “[...] los costos y lances de la preparación de tan dudosa empresa”.³¹ El general Antonio quedó convencido de la imposible incorporación de aquella propuesta a los planes ya concebidos.

Martí solicitó la colaboración material de algunos patriotas a los cuales consideraba con posibilidades económicas para aligerar la situación afrontada. Por todas partes encontró la voluntad de ayudar, y obtuvo más de lo previsto, tanto en Costa Rica como en Panamá y Jamaica, “[...] sin súplica excesiva, sin dolor de la dignidad, con gozo de los contribuyentes”.³² Como ya había prometido, estos recursos serían destinados a la expedición preparada por el Titán de Bronce, pues de ellos dependían la movilización de los combatientes, la ayuda para sus familiares, el envío de comisionados a Cuba, los gastos calculados y hasta los imprevistos de última hora. Para tales atenciones, de acuerdo con el plan acordado, recibiría una primera parte, destinada a los que desearan enviar sus familias a Jamaica, y la segunda mitad le llegaría en los días de la movilización hacia la costa.³³ El dinero era imprescindible, y al parecer en Costa Rica se carecía de las fuentes seguras para alcanzar el monto calculado. El viaje del Delegado a Jamaica y Panamá se proponía obtener colaboraciones.³⁴

En comunicación a Maceo, Martí le dio a conocer sugerencias que le hicie-

ra Crombet durante sus conversaciones, pero todos los detalles “[...] quedaban enteramente en manos de Vd.”, afirmó.³⁵ A Flor le había explicado el plan, “[...] diciéndole que a Vd. quedaba la dirección total y absoluta de lo que hubiera de hacerse aquí”; y sus ideas las “[...] he dejado para que Vd. las converse y decida”.³⁶ Sobre las propuestas de utilizar el puerto de Tortuguero y construir allí una embarcación, “[...] a Vd. toca decir si le parece bien o no”.³⁷ Nada había aceptado ni arreglado con el brigadier, “[...] a quien digo que converse de todo esto con Vd. y que yo le escribiría a Vd. sobre su proposición, como lo hago. Vd. verá”.³⁸ Incluso una sugerencia personal de Flor a Loynaz, en tanto implicaba la salida de este de San José, debía ser consultada con el Héroe de Baraguá, como le señaló al joven patriota: “Si conviene o no,—véalo con el General”; y a este le dijo: “[...] en eso Vd. le aconsejará lo conveniente”.³⁹

No quedaba duda alguna: el jefe con quien quedaban comprometidas todas las decisiones era el general Antonio Maceo. Así lo comunicó a Gómez,⁴⁰ y ratificó al Héroe de Baraguá el envío de un vapor seguro y armamento para 200 hombres, a la vez que expresaba: “[...] no le permitirá a la fortuna atentados ni abandonos ni desdenes contra Vd. ni abusos de su nombre, ni más peligros para Vd., que el que todos a la vez corramos”.⁴¹ Poco después insistió en este punto: “La embarcación llenará sus deseos [...] nadie irá poco seguro, ni irá nadie más seguro que Vd.”.⁴²

La decisión para comenzar las operaciones militares dependía de Gómez. No obstante la demora del máximo jefe, el 7 de julio el Delegado comunicó

a Costa Rica que los hombres debían estar listos, pues creía muy cercano el momento de la acción: “[...] no parece que [...] pueda durar en terminarse más de un mes desde la fecha”.⁴³ Maceo, por su parte, había activado sus fuentes de información en la región oriental, donde los comisionados se desplegaban desde meses antes, llevando a cabo las tareas encomendadas por quien conocía a la perfección la disposición de los hombres del territorio.⁴⁴

Pero no fue hasta la primera semana de septiembre cuando Martí recibió las esperadas cartas de Gómez, “[...] demoradas por *mes y medio sin vapor directo de Santo Domingo*”.⁴⁵ Le contestó extensamente, informándole sobre la situación en Cuba, y en cuanto a Costa Rica le incluyó una carta de Maceo, quien junto con Flor “[...] sólo por la orden de marchar aguardan”. A estos les había contestado “[...] en consecuencia, para que continúen dispuestos”.⁴⁶ El mismo día, 8 de septiembre, ratificó al general Antonio los acuerdos concertados, y como los gastos se duplicaban por todas partes le pidió hiciera “economía milagrosas”, sin temor a que en su momento “[...] lo suyo irá como desea”.⁴⁷ El sábado siguiente, día 15, le explicó las dificultades afrontadas para enviarle los fondos solicitados, pues durante cuatro días buscó quien pusiera dinero en aquel país, por cable o carta, hasta finalmente remitirle “[...] \$1000, moneda de Costa Rica girados a Eduardo Pochet”,⁴⁸ cuyo equivalente en dólares era de \$434.75.

Estas comunicaciones debieron cruzarse con la de Maceo a Gómez donde le exponía una duda de gran trascendencia que podía influir en la marcha

futura de los acontecimientos: “[...] abrigo el temor de que se obedezca entre Ud. y Martí a las intrigas de mala ley que han de estar elaborando nuestros enemigos con ayuda de gente floja del país”.⁴⁹ Por el tono de la comunicación, se aprecia su estado de ánimo en medio de las tensiones provocadas por la ausencia de una decisión largamente esperada y la carencia de información razonada sobre las causas de la demora. El General en Jefe contestó, el 30 de septiembre, no sin antes señalar que la misiva había llegado a su poder con notable atraso —más de un mes—. Para disipar toda interpretación errónea, expuso con mesura que ni él ni Martí “[...] podemos nunca obedecer a sugerencias antipatrióticas de dentro; ya todo eso es demasiado conocido para que nos dejemos embaucar”.⁵⁰

Nuevas órdenes. Nuevos aplazamientos

Una de las causas del evidente disgusto del Héroe de Baraguá era la reiterada posposición de la fecha de inicio de las operaciones. Cada vez que avisaba a sus subordinados se veía precisado a realizar gastos de diversa índole, en ocasiones con urgencia, como se deduce de la solicitud por cable de entregar \$200 a Francisco Mendiola Boza, con el envío por esa cantidad de un giro contra la Tesorería, que finalmente efectuó el pago el 25 de septiembre.⁵¹

Muchas interrogantes debieron surgir, en medio del aislamiento y la ausencia de amplia información sobre los aplazamientos, plenamente justificados, pero cuyas causas, de entramado complejo y de características a veces turbias eran desconocidas en sus interioridades por el jefe de la expedición de Costa Rica. Al referirle

a Gómez los apremios de Maceo, el Maestro dio muestras de comprensión hacia su impaciencia, “[...] por no haberle yo revelado los detalles de Vd. y la Delegación, más que lo que en justicia se requería para su confianza y movimiento”.⁵² No se trataba de dudas con respecto a la discreción del experimentado general, sino la aplicación consecuente de la compartimentación rigurosa de la información sobre los trabajos realizados, hasta entonces tan necesaria frente al espionaje sutil y la vigilancia constante del enemigo, como puede apreciarse en las comunicaciones de las autoridades españolas donde se refieren a confidencias y delaciones.⁵³

El 22 de septiembre de 1894, Martí informó al jefe de la expedición en Costa Rica que “[...] para [mediados de octubre] esté absolutamente listo, porque parece imposible que deje de ser para entonces”.⁵⁴ Sin embargo, en comunicación al general Gómez dos días más tarde, al parecer se había concertado un pequeño cambio, pues expresó que el veterano santiaguero estaría listo para la fecha fijada “[...] que a sus instancias repetidas y en vista de la unánime situación presente, señalo para fines del mes de octubre”.⁵⁵ Esta fecha fue comunicada a Camagüey, La Habana, Las Villas y las demás comarcas, y el Delegado señaló que las expediciones podían “[...] caer en fin de octubre”.⁵⁶

Pero el General en Jefe introdujo un nuevo cambio, esta vez por un tiempo más dilatado: “[...] del 15 de Noviembre en lo adelante y a la mayor prisa todos nos debemos mover”. A Maceo, en particular, le precisó: “[...] esta carta, que puede muy bien ser la última desde aquí, constituye la orden

de moverse que Ud. desea”.⁵⁷ Resulta imposible precisar cuándo llegaron a su destinatario esta misiva y otra de contenido similar remitida al Delegado. No debieron recibirlas en breve, pues tres días después de la fecha de su redacción, Martí informó a Maceo haber regresado de la Florida, “[...] de ajustar de nuevo lo de la acción”,⁵⁸ y reiteró su espera por Gómez para echar a andar.

Con el paso del tiempo, aumentaban los compromisos del general Antonio. Según relata José Luciano Franco, trasladó algunos de sus más cercanos colaboradores desde Nicoya a San José, y a otros hombres los urgió a preparar las condiciones personales y familiares, pues la partida se acercaba. La escasez de fondos lo compulsó a solicitar nuevamente fondos a la Delegación.⁵⁹ Martí le contestó el 13 de octubre, y sin referirse directamente a la petición, en breves líneas le explicó la necesidad de atenerse a los gastos previstos, a la vez que comparó lo asignado a Gómez, al parecer alertado por comunicaciones anteriores en las cuales el general Antonio reflejaba preocupación por ir a Cuba en condiciones de inferioridad con respecto a las otras expediciones: “Lo que allá empleó ya Vd. es exactamente lo que, según nota previa, pidió, y ha empleado Gómez por su parte”. Y le recomendó dejar a mano alguna cantidad para las necesidades previsible de la partida: “Déjeme reservas como en el caso de él; lo poco restante para los momentos de Vd. de última hora”.⁶⁰

Pero Maceo insistió en lo apremiante de sus necesidades, como se deduce de la carta del Delegado del 20 de octubre, donde le anunció la remisión

por giro de \$200, y a la vez le advirtió: “[...] reservando lo que queda de su parte pa. la labor a bordo”.⁶¹ Al parecer, Martí se percató de la situación del jefe expedicionario en el país centroamericano, y por primera vez le explicó extensamente algunos detalles de las causas, ajenas a su responsabilidad, de la demora en emitirse la orden de inicio de las operaciones. “Dependo de Gómez, pa. echarlo todo a la vez”, le dijo.⁶² También era la primera ocasión en que el Delegado informaba al General en Jefe, con cifras puntuales, los envíos de recursos al Héroe de Baraguá realizados en los últimos meses, en una extensísima comunicación fechada el mismo día en que escribió a este. Se refirió a lo recaudado en San José, donde obtuvo cerca de \$2 000 oro americano que “[...] no podía yo sin ofensa, *aunque los dejé sujetos a mí* emancipar de la administración de él; que en su expedición y sus hombres los había de emplear”.⁶³ Esta cifra no aparece consignada en las partidas de “Ingresos” del *Libro de Actas* de la Tesorería en el período de junio a octubre de 1894, ni en fecha posterior,⁶⁴ por lo que en correspondencia con las palabras del Delegado, esta suma quedó en manos del jefe expedicionario, quien ante urgencias de fondos solicitó \$450, “[...] a tiempo que llegaba un giro de él por \$200 más”; por último, una nueva demanda por \$200, remitidos por giro.⁶⁵ Las cantidades enviadas totalizaron \$850.

El Delegado consideraba riesgoso continuar las remisiones, pues los fondos del Partido Revolucionario Cubano se hallaban abocados a responder a necesidades inaplazables y urgentes, sin contar con fuentes seguras para

reponer lo utilizado. Era tal la angustia del Maestro a fines de octubre, a solo pocos días de la fecha indicada por el General en Jefe –15 de noviembre–, que dirigió una petición a Eduardo Hidalgo Gato, por “[...] \$5000 que sé de atrás que me habían de faltar, y que me faltan”.⁶⁶ El industrial cubano no hizo esperar al Apóstol más que los días transcurridos en recibir la misiva, y el 2 de noviembre contestó afirmativamente. Solo recriminó al remitente “[...] porque me ha escrito Vd. con demasiados argumentos”.⁶⁷

Atentado. Consecuencias. Plan de alzamiento

No parece casual, dada la red de espionaje tendida en Costa Rica por los enemigos de Cuba, que el 10 de noviembre ocurriera el atentado contra Maceo. Siete días antes, Martí le había explicado los motivos de las demoras, “[...] las prórrogas que sin mi voluntad han venido causándose”,⁶⁸ solicitadas por los complotados de la isla. Informó al general Antonio los intentos de determinados sectores de Camagüey y Oriente para demorar la guerra, aplazarla con fechas imprecisas, trama que había ido desenredando hasta develar las intenciones de quienes pudieran responder solo a intereses propios, pero también ser espías, conscientes del daño ocasionado. Faltaban pocos días para la fecha indicada, pero en modo alguno debía haber precipitación mientras existieran aquellos fenómenos disociadores: “Todo a la vez, y ni Vd. ni nadie sacrificado antes, o de vanguardia riesgosa. Esa es la única espera”.⁶⁹

Quizás unas horas antes del atentado a Maceo, Martí contestó un cablegrama de este, quien había solicitado \$1 500,

no disponibles cuando se hallaban abocados a los grandes gastos comprometidos por el ya cercano envío de las expediciones y el alzamiento armado en Cuba. Le indicó que, como había sido concebido, en la embarcación a Costa Rica serían remitidos fondos con los cuales se cubrirían los gastos, y le cablegrafió: “[...] *cierre negocio seguridad absoluta pago momento realización*”,⁷⁰ pues no se debía adelantar dinero por servicios acaso innecesarios en la partida.

Para alarma de todos, llegó de Costa Rica la noticia sobre la agresión perpetrada por una turba de españoles extremistas, que habían herido al general Antonio por la espalda.⁷¹ La indignación se generalizó en las emigraciones y la isla. El Apóstol le remitió un cablegrama, y ante la ausencia de respuesta y las posibles necesidades del herido, decidió girarle \$200.⁷²

Sin cumplirse aún el mes del criminal proceder del enemigo, el 8 de diciembre de 1894 fue firmado el *Plan de Alzamiento*, enviado a los comprometidos en la isla por intermedio de Juan Gualberto Gómez. Siguiendo las reglas de la compartimentación, en el trascendental documento no se mencionan las expediciones, aunque se afirma: “[...] toda la colaboración [*de afuera está en marcha*]”.⁷³ Solo los conocedores del proyecto en su conjunto tenían la certeza de la existencia de los tres grupos preparados para desembarcar. A estos hizo referencia el Delegado en carta al general Gómez, a quien manifestó la necesidad de tener una alternativa en el caso de la expedición de Costa Rica, la cual “[...] quedó *sin intriga alguna*, de tal modo trabado que naturalmente ha venido, e inevitable-

mente, a caer en Flor *por si Maceo, por la herida o la persecución*, no pudiese ir”.⁷⁴ La concepción militar de Martí se manifestó en la previsión de contar con un sustituto, que ocuparía la posición del jefe en caso de necesidad imperiosa. Los otros dos grupos de hecho lo poseían, aunque no figuraban como tales, pues Carlos Roloff podía ocupar el puesto de Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez el del general Gómez. En el texto martiano se precisa que Crombet asumiría la responsabilidad en caso de surgir una situación comprometedor. Considero que entre estas se hallaba la posibilidad de que el general santiaguero afrontara complicaciones en su salud, después del reciente atentado, o la necesidad de ocultarse ante el riesgo de hacer fracasar todo lo alcanzado, por la efectividad del espionaje y la vigilancia constantes,⁷⁵ sin descartar la posible actuación del gobierno de aquel país ante presiones diplomáticas de España.

La tan esperada orden de alzamiento había llegado cuando la situación económica para el jefe expedicionario se hacía cada vez más tensa. En los primeros días de diciembre, en medio de los apremios por la supuesta cercana partida, expuso al Presidente de la República las razones por las que había acudido a los tribunales de justicia, ya que hacía más de un año reclamaba el cumplimiento del convenio firmado.⁷⁶ Pero estos y otros muchos asuntos quedaron aplazados. De inmediato ordenó a los futuros expedicionarios el alistamiento final de sus preparativos para el traslado al punto que se les indicara. Algunos abandonaron totalmente sus labores habituales, y el general Antonio atendió sus necesidades con los fondos

del Partido y las contribuciones de varios cubanos radicados en el territorio. Al grupo de Crombet, en Matina, y a los destacados en Moin les envió los recursos imprescindibles.⁷⁷ Además, dispuso la entrega de una parte del dinero a los familiares de quienes sin esta ayuda quedarían totalmente desamparados.

El Delegado se comunicó con el Titán de Bronce a mediados de diciembre para informarle sobre la remisión del *Plan de Alzamiento* a la isla, con una aclaración pertinente: “[...] no revela el de las expediciones, y se ajusta en plazo y lugares a él”. Le anunció el viaje de Alejandro González a Costa Rica junto con Patricio Corona, recién llegado de este país con la finalidad de servir de práctico de la embarcación, el *Amadís* –asignado en aquellos momentos para transportar al grupo–, y que llevaría consigo “[...] alrededor de \$1000 en oro, para encarar,–que no lo creo necesario–cualquier dificultad”.⁷⁸ A este dinero se sumarían \$2 000 en moneda costarricense que giraría días antes de la partida, dedicados al desplazamiento de los hombres al punto escogido. En el barco iría todo lo requerido para el traslado de los expedicionarios y las armas hasta el lugar escogido de la costa oriental cubana, una vez llegados a su cercanía.⁷⁹

Poco después escribió de nuevo a Maceo, lleno de optimismo porque el barco destinado a su expedición saldría ese día, 25 de diciembre. Las demoras había afectado un tanto los fondos, por lo cual Corona llevaría solo “\$500 en moneda de oro americano”, cantidad igual a la suya para el viaje a emprender junto con el General en Jefe y *Mayía* Rodríguez. El giro por

los \$2000 en moneda costarricense seguramente le llegaría con anterioridad a “esta última carta”.⁸⁰ El mismo día expuso a Crombet, de modo más sintético que al jefe del grupo de Costa Rica, el plan a ejecutar y le pidió: “[...] salve la expedición o le ayude a Maceo a salvarla” manteniendo ante el capitán y la tripulación del barco la ficción de que iban a recoger varios trabajadores para trasladarlos a las minas de Mantell –seudónimo adoptado por Martí para encubrirse– en Cuba y a algunos amigos del supuesto propietario de origen inglés. Previsor, con la mente puesta en los posible contratiempos, propuso una alternativa para preservar las armas “[...] si no pudiese el *yacht* salir de ahí”;⁸¹ en tal caso, con el dinero en manos de Alejandro González debía llevarse la expedición en una goleta. Con similar recomendación para el hipotético caso previsto escribió al jefe de la expedición el 4 de enero de 1895: si no pudiera salir la embarcación, las armas y provisiones podrían trasladarse “en una goleta que pueden fletar con el oro que para ese objeto [...] lleva a mano... [Alejandro]”. La misiva concluía con una manifestación de la coincidencia de objetivos patrióticos y de sentimientos fraternales: “Siempre estaremos en la misma parte en la pelea por levantar a los cubanos al decoro de la libertad”.⁸²

Fracaso del plan. Ajustes angustiosos

Pero el 10 de febrero, luego de recibir una delación, las autoridades yanquis desarticulaban todas las combinaciones.⁸³ El fracaso afloraba por doquier. Martí temió por las consecuencias tanto para quienes se hallaban comprometidos en el hecho, como para el inicio de

la guerra. Y un temor mayor: la posible pérdida de credibilidad del Partido Revolucionario Cubano ante los conspiradores de la isla y las emigraciones, así como de los amplios sectores confiados en la política previsor de los dirigentes patrióticos.

Sin embargo, el efecto resultó diametralmente opuesto al esperado. El estupor inicial fue seguido de manifestaciones de entusiasmo ante la capacidad organizativa y el potencial en barcos y equipamiento bélico ocupado, según reportaba la prensa de la época. En la generalidad de los revolucionarios creció la convicción de las posibilidades de llevar a cabo el levantamiento insurreccional. Al abatimiento causado por la enorme pérdida material siguió un nuevo período de actuación del Delegado y sus más cercanos colaboradores. Juan Gualberto Gómez comunicó la disposición favorable de la isla, y el Maestro trazó nuevos planes inmediatos. Nunca como entonces la personalidad histórica de José Martí creció sobre sí misma, superando sus enormes contribuciones al movimiento revolucionario. Trazó con mano de estrategia político-militar los nuevos pasos a emprender, y agilizó las comunicaciones con Cuba. Fueron dedicados \$2 600 del Tesoro del Partido a los inaplazables trámites judiciales para intentar el rescate del material bélico incautado por las autoridades estadounidenses.⁸⁴

Una vez concluidos los nuevos ajustes con la isla para las acciones a emprender, mediante cartas, telegramas y emisarios, avisó al general Gómez su próximo traslado a República Dominicana. A Maceo le dirigió un extenso informe de lo ocurrido, y de los considerables perjuicios, aunque con

optimismo renovado precisó: “no se ha perdido, por fortuna, el respeto cubano”. Este servía de sustentación para reiniciar esfuerzos y trazar las acciones inmediatas. Si el Héroe de Baraguá coincidía con este propósito, le enviaría los \$2 000 prometidos para que “[...] se busquen, propio, porque se puede,—un [velero] que los lleve:—y [armas] Vd. me dirá—porque para 25 ó 30 podían ir”,⁸⁵ consignadas como mercancías, según habían previsto con anterioridad.

Mariano Corona fue enviado por el Delegado a Costa Rica, pues era peligrosa su presencia en Nueva York ante las reclamaciones iniciadas por el Ministro español en Washington, además de resultar innecesario como práctico en esos momentos. Llevó consigo la carta citada a Maceo, de la cual Martí confiaba obtener pronta y afirmativa respuesta. Pero nuevamente los contratiempos en las comunicaciones dilataron la recepción del mensaje, llegado al destinatario el 6 de febrero, 18 días después de haber sido entregado al emisor. El Delegado se hallaba entonces en República Dominicana.

Mientras, el general Antonio, sin información suficiente para decidir la desmovilización de los hombres alistados para la expedición, pendiente un día y otro de la orden de partir, afrontaba una situación comprometida, pues debía garantizar el favorable estado de ánimo de los combatientes y su manutención. Los recursos se agotaban, y solo contaba con el apoyo de patriotas como Pochet y los Boix para cubrir los gastos. Desde Matina, el día 21, Crombet le solicitó \$150, ya que tenía siete hombres esperando por los acontecimientos, carentes de recursos; el 29 le informó sobre el aumento del número

de expedicionarios y, por tanto, de las necesidades.⁸⁶

Hasta ese momento, en las comunicaciones de Flor se manifestaba la actitud de un eficiente colaborador, presto a coordinar las actividades del plan encabezado por Maceo. Pero el 31 de enero, dando muestra de conocer lo ocurrido en Nueva York por la prensa, escribió a Martí, a quien dio ánimos para continuar hacia el logro del objetivo independentista mediante la modificación de los planes, y le sugirió el envío inmediato de la expedición hacia Oriente, donde causaría un efecto positivo en la región y en las emigraciones. Con olvido de su carácter de subordinado a un proyecto cuya jefatura ostentaba el Titán de Bronce, aludiendo a este expresó: “Si no quisiera en esa forma la persona que Vd. sabe, yo con únicamente cinco rifles iría—los tengo a mi disposición a la hora que Vd. mande”.⁸⁷

Ocho días después, en otra misiva al Delegado le informó el resultado de una entrevista con el general: “[...] dije a Maceo le hiciese la siguiente proposición: Remitirnos por conducto seguro cuarenta Winchesters cada uno con una dotación de 150 tiros. Más mil seiscientos pesos oro que faltan para redondear la adquisición de un vapor que es segurísimo”. Más adelante precisó: “Maceo aceptó mi plan con ligeras modificaciones, del cual ha dado parte a Vd. por cable y correo”. Por tanto, a inicios de febrero lo considera aún la persona capaz de encabezar el nuevo proyecto, a pesar de lo expuesto en la misiva anterior. No obstante, introdujo una línea en la que aflora el elemento discordante: “[...] me parece mucha la suma que Maceo le pide”.⁸⁸

El jefe expedicionario contestó al Delegado tres días después de recibir la carta entregada por Corona. Debe prestarse especial atención a las palabras de quien era parco en los elogios: “Yo alabo en V. la abnegación y perseverancia que deseo imitar a favor de nuestra causa”.⁸⁹ Desde el primer párrafo, luego de valorar la situación negativa creada por lo ocurrido, sin emitir duda alguna en cuanto a su cercano colaborador expresó: “[...] me ha puesto en apuros que venceremos Flor y yo con ayuda de decididos compañeros”. Sin intención de atribuirse la totalidad de las nuevas disposiciones adoptadas en Costa Rica, manifestó: “Flor me sugiere medios para llegar al fin, que yo creo aceptaré como buenos después de apurar otros que en nada afectan nuestra causa y decoro personal”.⁹⁰ Sin hacer referencia a opiniones diferentes sobre la suma necesaria para acometer la empresa señaló la necesidad de \$5 000, así como armas y parque para 50 hombres.

Muy diferente fue el proceder de Crombet, quien hizo una abierta declaración contra el general Antonio, acusándolo de ser incapaz de administrar adecuadamente los fondos recaudados, ascendentes según sus palabras a \$10 000: “[...] si se hubiesen manejado con talento tendríamos hoy suficientes recursos para llevar nuestro contingente” sin solicitar nada a la Delegación. Expresó su disposición a estar en Cuba siete días después de recibir las armas y los \$1 600 indicados en la carta anterior, suficientes “[...] si no se hace mal uso de esa cantidad”. Y a continuación expuso un plan alternativo, con desconocimiento de Maceo, al solicitar al Maestro la remisión “[...] siquiera

[de] seiscientos por si no sale el otro salir yo. Conozco el plan puesto que es mío y nadie mejor que su autor puede realizarlo”.⁹¹

Las cartas de ambos patriotas seguramente llegaron a Nueva York después de la partida de Martí, si tenemos en cuenta la demora en el trayecto. El Maestro debió recibir la copia del cablegrama enviado por el general Antonio el día 11, o información de su contenido, pues desde Santiago de los Caballeros orientó a Gonzalo de Quesada, secretario de la Delegación: “Lo de Maceo, sólo por cartas [...] lo podré atender. Lo que el cable dice, es imposible e innecesario”.⁹²

A este cable debe referirse Maceo en su carta del 22 de febrero, donde menciona dos misivas de Martí carentes de fechas. En la primera mencionó la solicitud de aprobación del nuevo plan propuesto, por tanto supongo que se trata de la escrita por el Delegado en Nueva York el 19 de enero, pues el manuscrito original está inconcluso, y cabe la posibilidad de la presencia en el fragmento no localizado de la clave *DECIDIDO* referida por el general, quien expresó haber contestado afirmativamente por el cablegrama ya citado, lo que implicaba la anuencia con el resto del plan, no así con la suma ofrecida, pues insistió en la solicitud de \$5 000, como había escrito el 9 de febrero y ratificado en el citado cable del 11, cantidad variada por primera y única vez en la misiva del 22: “[...] es probable que pueda hacerlo con \$3500 oro”.⁹³ Ni anterior ni posteriormente aparece consignada esta cifra.

La segunda carta aludida por el Títán de Bronce debe ser la escrita por

el Maestro el 30 del mes anterior, ya que se refiere a la palabra *remito*, cuyo significado era “ha aceptado mi pensamiento”, según expresó el remitente, de modo que si enviaba un cablegrama donde apareciera dicha clave “entenderán aquí que deben enviar a Vd. [...] los \$2 000 que estimo posible para la empresa”.⁹⁴ Reparemos en la insistencia por parte del Delegado en la cifra prometida desde el inicio, recusada por Maceo, quien a su vez insistió en la necesidad de \$5 000. Esta posición, luego del fracaso del Plan de Fernandina y de todas las explicaciones ofrecidas por el Apóstol solo puede catalogarse de *inflexible*, pues eran evidentes las enormes dificultades económicas generadas por aquel desastre.

Inflexible, porque considero que la precipitación de los acontecimientos impidió a ambas partes un intercambio de opiniones y puntos de vista desde posiciones menos apremiantes. Debemos tener en cuenta el posible razonamiento del experimentado general, como argumenta el historiador Israel Escalona Chádez en su enjundioso estudio de las relaciones entre Martí y Maceo, al considerar que existió una sobrevaloración por este de las posibilidades económicas del Partido Revolucionario Cubano, manifestada en las reiteradas peticiones de fondos y la cantidad solicitada después de ser informado sobre la magnitud del material bélico ocupado por las autoridades yanquis, sin tener en cuenta que en su compra y en el alquiler de las embarcaciones se había invertido casi la totalidad de los fondos de Tesorería.⁹⁵

No obstante, la insistencia de Maceo en una cifra superior a la ofrecida tiene

una explicación comprensible, pues en los momentos iniciales los \$2 000 hubieran sido dedicados casi en su totalidad a los gastos de movilización; pero luego del fracaso del plan se le pedía dedicar la misma cantidad para organizar la expedición en todos sus aspectos, excepto la compra de las armas, cuyo envío haría la Delegación. El más elemental de los cálculos indicaba lo precario de los resultados a obtener.⁹⁶

Cuba en guerra

La situación llegó a un punto crítico tras divulgarse en República Dominicana la noticia del alzamiento bélico en Cuba el 24 de febrero de 1895. En tales circunstancias, dilatar la presencia en la manigua insurrecta de jefes y oficiales de alto arraigo en las zonas fundamentales del país era un modo indirecto de favorecer la reacción del mando enemigo, cuando las fuerzas patrióticas carecían del impulso inicial que hubiera significado el arribo de la alta dirección revolucionaria. Por otra parte, los comprometidos en Camagüey habían declarado previamente que solo se incorporarían a la contienda luego de la llegada del general Máximo Gómez al territorio agramontino. El tiempo conspiraba contra las posibilidades de obtener ventajas iniciales en la lucha independentista. Debían tomarse decisiones urgentes, inaplazables.

Apremiado por aquellas circunstancias, Martí escribió a Maceo, “Al General [...] aún más que al amigo”, para decirle que había recibido de Nueva York recientemente sus últimas solicitudes, a las cuales era imposible atender en toda su magnitud, como le había comunicado antes de su salida hacia Montecristi, cuando le ratificó el posible envío de \$2 000, única canti-

dad disponible en medio de los gastos crecientes; pero entonces y ahora la respuesta por cable insistía en la necesidad de \$5 000. Convencido del patriotismo del Héroe, vencedor de las balas y la pobreza, y ante la necesidad de una resolución que no podía aplazarse, pues “[...] la ida de Vd. y de sus compañeros es indispensable”, había decidido “[...] que Vd. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí la expedición, dentro de los recursos posibles”.⁹⁷

Los términos de esta misiva constituyen un ejemplo de la capacidad del Apóstol para argumentar sus decisiones incluso en los momentos más difíciles, muy alejado de todo autoritarismo y de invocaciones irracionales. En palabra alguna podría hallar el Titán de Bronce la más mínima sospecha de pérdida de confianza en su capacidad militar, su valentía personal, sus virtudes, su entrega a la causa independentista, sus dotes de mando. No le retiraba la jefatura de la expedición, sino disponía que Flor organizara la partida y “[...] pondrá a las órdenes de Vd. la labor que Vd. me reitera que no puede hacer en su San José, sino por suma hoy imposible”; y reiteró: “[...] la pondrá hecha en manos de Vd.”.⁹⁸ Esta idea preside las indicaciones a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra, encargados de la Delegación en ausencia de Martí, a quienes señaló que en lo de Costa Rica, como había previsto —sin duda, por la insistencia en la cifra solicitada— se veía precisado a entregar a Flor la tarea de organizar cuanto faltara de la expedición, “[...] y lo dé hecho a Maceo”.⁹⁹

Por el cotejo de las fechas de las misivas citadas, así como por la ex-

presión “Aquí van las cartas p^a Flor y Maceo”, se deduce su envío a la Delegación con el encargo de darles curso y garantizar la recepción solamente por Crombet de las remitida a este.¹⁰⁰ Aunque Martí no menciona la carta de Gómez al general Antonio, fechada el 27, creo muy probable la remisión junto con la suya, pues constituía una ratificación de la decisión tomada y el apoyo a la misma de la más alta instancia militar, como expresó el General en Jefe: “[...] todo lo que ha ordenado y dirigido el Delegado del Partido, ha estado en lo racional, justo y perentorio. Pero lo que avisa y comunica en estos momentos, verdaderamente supremos, reviste carácter de preciso y urgente”. Después del fracaso de Fernandina, y luego del inicio de la guerra en Cuba, el deber imponía “[...] salir por donde se pueda y como quiera”; las palabras, en aquellos momentos de acción, se volvían inútiles: “Así, pues, nosotros por acá nos encontramos a camino; y es todo cuanto tengo que decirle”. Era suficiente argumentación, además de la expuesta por el Delegado. En la última línea se imbrican la orden militar con el sentimiento fraternal: “Su General y amigo, M. Gómez”.¹⁰¹

Ambos expusieron sus criterios al hermano de ideales de modo directo, diáfano, sin ocultamientos ni dobleces, sustentados por principios éticos, su experiencia en el tratamiento de los seres humanos, con todas sus grandezas y miserias, y convencidos de la enorme importancia militar y política de la presencia del Héroe de Baraguá en los campos insurrectos. *Lo sucedido con posterioridad al envío de estas comunicaciones se alejó de los métodos*

de dirección martianos, y de las características de las relaciones mantenidas hasta entonces con Maceo. No puedo concebir a Martí, como tampoco a Gómez, inmerso en intrigas, habladurías tendenciosas y procedimiento que en gran medida provocaron el ahondamiento de las diferencias existentes entre algunos de los revolucionarios radicados en Costa Rica y pusieron en riesgo la participación del general Antonio y sus más cercanos colaboradores en la expedición.

Actuaciones controvertidas. Decisión final

Aunque en las cartas de Martí no se menciona nombre alguno del comisionado que llevaría el dinero a Flor Crombet, ni orientación de conferirle atribuciones para organizar la expedición junto con este, José Luciano Franco afirma que Guerra y Quesada *siguieron las instrucciones del Delegado* al nombrar a Frank Agramonte para llevar a cabo ambas tareas.¹⁰² Fue este quien hizo tales afirmaciones en el documento conocido como su diario, donde expresó que el Tesorero del Partido lo comisionó para el traslado y entrega de los fondos mencionados y lo nombró “[...] Comisionado para organizar la *Expedition* en unión del mismo General [se refería a Crombet] y otras personas”.¹⁰³

Agramonte emprendió su viaje hacia Costa Rica el 28 de febrero, pero tuvo una demora en Colón, Panamá, y arribó a su destino el 12 de marzo.¹⁰⁴ Según su versión de los hechos, el 14 entregó los \$2 000 a Crombet. Al siguiente día, este le habló sobre Maceo, a quien acusó de haber recibido de los cubanos radicados en aquel país \$12 000 para la causa independentista, y si bien decía

haberlos empleado en asuntos patrióticos, esto era falso; “no había prueba ninguna de su robo” porque le fueron confiados sin pedir recibo.¹⁰⁵ Puede considerarse verosímil la conversación, aunque no así los términos atribuidos a Flor por el autor, pues carecemos de otra u otras fuentes que permitan verificarlo.

La última cifra mencionada aparece asimismo en un acta del club General Maceo, pero considero que el libro donde se halla debe ser estudiado de conjunto con más detenimiento, pues sin negar la posibilidad de que tal suma pudiera reunirse en el plazo de junio de 1894 a febrero de 1895, hasta ahora no hemos localizado ninguna constancia de las donaciones realizadas ni recibo alguno de las cantidades entregadas. No obstante, en espera de búsquedas posteriores, reproduzco un fragmento de dicho texto:

El Tesorero manifestó que cuando estuvo en esta el Delegado Sr. Martí, puso a disposición del Gral Maceo los fondos de este Club, así mismo dio cuenta de haberse recolectado en los diez meses de existencia del Club [fundado el 10 de junio de 1894, según acta no. 1, folio 1], la suma de doce mil pesos próximamente (\$12.000) los cuales según se recolectaban se ponían a la disposición de dicho Gral Maceo, para ser usados en pro de la causa a que dedicamos nuestros esfuerzos.¹⁰⁶

Otro tema abordado en la reunión entre Agramonte y Flor fue la de las armas que debía traer el vapor *Adirondack*, de las cuales aquel no tenía información alguna. El brigadier cablegrafió a Guerra, pidiéndole explicación y

la repuesta, el día 15, fue negativa: no habían sido enviadas. Este era un incumplimiento gravísimo de las orientaciones impartidas por Martí, quien les había escrito al Tesorero y al Secretario sobre el necesario envío de “[...] 25 equipos iguales a los pedidos pa. por acá”,¹⁰⁷ es decir, Montecristi; y además les señaló a Julio Lassús, cubano empleado en la Aduana de Puerto Limón, como la persona a la que remitir tres cajas con el cargamento. Sobre este punto había insistido particularmente en una nota de igual fecha: “Pulan bien todos los detalles de lo de su armamento”.¹⁰⁸ Pero no se le prestó debida atención a tan importante aspecto de los mensajes martianos. Posteriormente, Agramonte escribió en sus apuntes haber sostenido una conversación con el capitán del vapor, quien le explicó que la persona encargada del embarque de las armas habló con el contador del barco, desconocedor del asunto, y no con él,¹⁰⁹ y al parecer no fueron hechas más gestiones, sino sencillamente se omitió el envío. El Maestro, cuando conoció el hecho, en plena manigua, expresó a Quesada y Guerra, con tono lleno de inquietud y tristeza, las penalidades y pérdidas de Maceo y los expedicionarios, y “[...] sufro al oír decir que fue porque no llegaron, como dicen que pudieron, las armas pedidas a Vd. por vía segura: ¿qué fue hermano?”.¹¹⁰ Estas palabras indican que a fines de abril los encargados de los trabajos del Partido en Nueva York no habían informado todavía al Delegado sobre su comprometedor falta, cometida casi dos meses antes.

Hechos como este dan la medida de las grandes diferencias con respecto a los métodos de dirección y la atención

a los compromisos, característicos del Maestro, y que fueron ganando espacio desde poco tiempo después de haberse ausentado de Nueva York.¹¹¹ Deben tenerse presentes estas características, además de las limitaciones y predisposición de Crombet y del comisionado al analizar lo ocurrido en Costa Rica desde la llegada de este último hasta la partida de la expedición.

El propio día del inicio del viaje de Agramonte hacia Centroamérica, Benjamín Guerra escribió a Maceo una misiva, seguramente llevada por el viajero para su entrega al destinatario, donde explicaba las dificultades para comunicarse con el Delegado, quien posiblemente le telegrafiaría instrucciones “[...] quizás antes de la llegada de esta carta”.¹¹² No poseo certeza documental de que el general la recibiera, como tampoco otras comunicaciones. Por su parte, José Luciano Franco afirma: “Muy pocos días después de la llegada” del emisario “[...] recibió Maceo dos cartas. Una de Martí –26 de febrero– y otra de Gómez”.¹¹³ El biógrafo no precisa fecha alguna, pero el 20 de marzo se recibió en la Delegación un cablegrama del general Antonio en el cual expresaba: “Únicamente gíreme por cable cinco mil pesos oro”.¹¹⁴ Deduzco que, a pesar de haber transcurrido seis días desde la entrega del dinero por el comisionado a Crombet, no habían informado al Héroe de Baraguá en sentido alguno. Es obvio, además, su desconocimiento de las misivas del Delegado y el General en Jefe.

Fue precisamente el 20 de marzo cuando Flor, desde Limón, remitió a Maceo una nota donde le expresaba: “[Martí] ha escrito a Ud. una carta y

que la vea y me ponga de acuerdo con Ud. en un plan que me apunta en la misma aludida carta”.¹¹⁵ Le pedía se entrevistaran en aquel puerto o en San José, aunque a esta ciudad solo podría trasladarse el sábado 23. Franco, sin señalar las fuentes de su información, sitúa el encuentro el 22, en la capital, donde conversaron sin presencia de testigos. Luego, Maceo solicitó fondos a Eduardo Pochet, de los cuales una parte fue entregada a Crombet para la compra de armas y otra se dedicó al auxilio de los hombres que debían regresar a Nicoya, pues no irían a Cuba, así como a los familiares de los expedicionarios más pobres.¹¹⁶

En esa reseña de la entrevista entre ambos patriotas queda implícita la aceptación por el general Antonio de las propuestas, si bien no se había contado con él previamente, sino todo lo contrario, se le ocultó toda la información, e inclusive Agramonte y Combet lo eludieron durante más de seis días. En los apuntes de aquel, el día 23 hubo una conferencia en Limón entre Flor, Pedro Pérez, Julio Lassús y otros cubanos “[...] para decidir si llevaría a el *General Antonio Maceo a Cuba*”.¹¹⁷ Del autor atenerse a la verdad, el objetivo de esta reunión contradecía las indicaciones de Martí. Según el comisionado, Pérez se opuso a la inclusión del general Antonio –opinión que compartía–, aunque prevalecieron las opiniones de Flor y Lassús, por lo cual se envió un aviso a Maceo, informándole sobre la salida el día 25, cuando podría incorporarse si quería, en compañía de su hermano José.

El día antes de la partida, sin previo aviso, arribaron a Puerto Limón Antonio y José Maceo, así como la esposa

de este, Elena González, y Agustín Cebreo, Silverio Sánchez Figueras, Arcid Duverger, Manuel J. de Granda, Alberto Boix, y los colombianos Adolfo Peña e Isidoro Noriega.¹¹⁸ Si alguien pensó dejarlos en el último momento, tal propósito quedaba anulado por la decisión de adelantarse a los posibles acontecimientos negativos.

Existen versiones contradictorias sobre la posible alerta de los representantes de la Corona ibérica y la actuación de las autoridades costarricenses. Una carta del general Antonio a su esposa ofrece elementos confirmatorios, pues señala las consecuencias de algunos disparates cometidos por Flor que dieron publicidad a todo y provocaron la intervención del Gobierno “[...] en nuestros asuntos, mandando vigilarnos, con instrucción de impedir el viaje”,¹¹⁹ aunque las gestiones de amigos influyentes impidieron la consumación de esta medida. No obstante, carecemos de documentos probatorios de la intervención española en el asunto.

A pesar de todos los contratiempos, el 25 de marzo de 1895 partió el *Adirondack* de Puerto Limón, con los 23 expedicionarios a bordo, y solo nueve armas largas, depositadas en un baúl introducido en el barco sin contratiempos gracia a la anuencia de un funcionario aduanero.¹²⁰ Luego de una breve escala en Jamaica, desembarcaron la noche del 29 en Isla Fortuna, donde pudieron adquirir otros dos fusiles. Partieron el 30 en la goleta *Honor*, supuestamente hacia Inagua, pero cuyo destino final sería Cuba, contra cuyas costas orientales se vieron precisados a encallar la embarcación, ante la imposibilidad de maniobrar bien por lo embravecido del mar. Pisaron

tierra en la desembocadura del río Duaba, cerca de Baracoa. Era el 1º de abril de 1895.¹²¹

Algunas consideraciones finales

Quedan sin dilucidar algunos aspectos del tema, por la falta de precisión de las fuentes bibliográficas y documentales. Constituye un elemento importante para el estudio de las relaciones de Martí, Gómez y Maceo en esta etapa el conocimiento de la fecha de recibo de la carta del Delegado donde le comunicaba la designación de Flor para organizar la expedición, la reacción inicial del Héroe de Baraguá, así como la actitud personal asumida con respecto a Flor y Agramonte en aquellos momentos.

Debe tenerse en cuenta que el general Antonio se había dedicado durante más de un año a la preparación expedicionaria, para la cual había movilizado hombres y recursos cuando se le había indicado la cercanía de la acción, aplazada en varias ocasiones. Estas ocupaciones incidieron de manera negativa en sus relaciones con el Gobierno costarricense, y por tanto se vio afectado en su economía personal.

Por otra parte, la distancia y las dificultades con las comunicaciones no lo habían mantenido bien informado, y sí a destiempo, de los acontecimientos afrontados por la dirección revolucionaria en el exterior y en Cuba, por lo que la decisión de subordinarse, aunque fuera durante un breve lapso, a un oficial de menor graduación, con quien había tenido diferencias y disputas hasta el límite de haberse concertado un duelo entre ambos, así como el cuestionamiento por Crombet, en 1893, de su dirección de la Colonia cubana, debió constituir uno de los momentos

más difíciles de su vida de militar revolucionario entregado a la causa de la liberación cubana.¹²² Sin embargo, prevaleció su patriotismo ante cualquier consideración personal, aceptó las órdenes recibidas y se incorporó a las huestes expedicionarias. “La patria ante todo”.¹²³

Notas

¹ Ver: Martí, José. “Al general Antonio Maceo, New York, mayo 25 de 1893”, En *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. 3, pp. 360-361.

En adelante, esta edición será citada como *Epistolario*.

² _____, “Al General Máximo Gómez, New York, 29 [30] de agosto de 1893”, *Ibidem*, p. 394.

³ Ver Franco, José Luciano. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 2, p. 25; Escalona Chádez, Israel: *José Martí y Antonio Maceo: la pelea por la libertad*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004, p. 149; [Maceo, Antonio]. *Antonio Maceo. Ideología política. Cartas y otros documentos*, Edición Nacional del Centenario de su Nacimiento 1845-14 de junio-1945, Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, La Habana, 1950-1952, Vol. 1, p. 407.

⁴ Martí, J. “Al General Máximo Gómez...”. *Op. cit.* (2). p. 394.

⁵ Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.* (3). p. 57.

Sobre este primer encuentro en tierra costarricense, consultar:

Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo... Op. cit.* (3). pp. 146-156; Vargas Araya, Armando. *Las dos visitas de José Martí a Costa Rica, 1893 y 1894*, Costa Rica, 2004, pp. 18-44, ejemplar en impresión digital; y Oliva Medina, Mario. *José Martí en la historia y la cultura costarricenses*,

San José, Editorial Universidad Nacional Heredia (EUNA), Campus Omar Dengo, Costa Rica, 2001, pp. 37-42.

⁶ *Ibidem*, p. 31.

Consultar: [Maceo, Antonio]. *Antonio Maceo. Ideología...*, *Op. cit.* (3). t. 1, p. 407.

⁷ Cabrales Nicolarde, Gonzalo. *Epistolario de héroes. Cartas y documentos históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p. 97.

Se respeta la redacción de todos los documentos citados literalmente.

⁸ Martí, J. “Carta a Serafín Sánchez, New York, 14 de noviembre de 1893”, *Epistolario*, t. 3, p. 450.

⁹ Ver Hidalgo Paz, Ibrahim. *El Partido Revolucionario Cubano en la Isla*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992, pp. 90-95.

¹⁰ Martí, J. “A Antonio Maceo, Key West, 15 Dbre/1893”, *Epistolario*, t. 3, p. 482.

Ver “Mariana Maceo”, *Patria*, 12 de diciembre de 1893”, En *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t. 5, pp. 25-26.

Mariana Grajales falleció en Jamaica el 27 de noviembre de aquel año.

¹¹ “Antonio Maceo: A José Martí, San José, Costa Rica, 12 de enero de 1894”, En [Maceo, Antonio]. *Antonio Maceo. Ideología [...]. Op. cit.* (3). t. 1, p. 411.

¹² Ver Martí, J. “Al general Antonio Maceo, De tránsito en Key West, 15 de diciembre de 1893”, *Epistolario*, t. 3, p. 483.

¹³ “Antonio Maceo: Carta al Mayor Gral. Dn. Máximo Gómez, Puntarenas, Enero 6 de 1894”. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Archivo Máximo Gómez, Leg. 5, No. 148.

En lo adelante, para citar esta institución utilizaré las siglas ANC; y para este fondo, AMG. Se respetan las abreviaturas y la redacción de los originales.

¹⁴ “A. Maceo. Carta al Sr. Mor. Gen. Máximo Gómez, S. José, 12 Enero 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Epistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 294.

¹⁵ Martí, J. “Al general Antonio Maceo [Enero 8 de 1894]”, *Epistolario*, t. 14, p. 15.

La frase citada está antecedida por estas palabras: “[el general Gómez] envió a Cuba con fecha 12 de diciembre nuevas órdenes militares [...]”.

¹⁶ _____. “Carta al Sr. Mayor general Máximo Gómez, New York, 1^a de febrero, 1894”, *Epistolario*, t. 4, pp. 39 y 40.

¹⁷ Ver Crombet Bravo, Hugo. *La expedición de honor*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2003, pp. 24-25.

Expedición Crombet-Maceo, Duaba, Baracoa, 1 de abril de 1895, Premio Razón de Ser 1998,

¹⁸ Ver Martí, J. “Al general Antonio Maceo [New York] 1^a febrero 1893 [1894]”, En *Epistolario*, t. 4, p. 35.

¹⁹ “El General en Jefe, M. Gómez: Al Señor Mayor General A. Maceo, Monte Cristo, 12 de febrero 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Epistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 98. Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.* (3). t. 2, pp. 42-43.

²⁰ Ver Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo [...]*, *Op. cit.* (3). pp. 165-166.

²¹ “Antonio Maceo: Al Sor. Dn. José Martí, San José, C.R., febrero 16, 1894”, En *Destinatario José Martí*, compilación, ordenación cronológica y notas Luis García Pascual, La Habana, Casa Editora Abril, 2da. ed., corregida y ampliada, 2005, p. 395.

²² Martí, J. “Carta al general Antonio Maceo, New York, Febr. 20 de 1894”, en *Epistolario*, t. 4, pp. 53 y 54.

²³ *Ibidem*, p. 54.

²⁴ _____. “A Serafín Sánchez, 20 Feb^a [1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 60.

²⁵ _____. “Al general Máximo Gómez, New York, 3 de marzo de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 67.

²⁶ _____. “Al general Máximo Gómez, New York, 24 de marzo de 1894”, *Ibidem*, t. 4, pp. 77-81.

²⁷ *Ibidem*, p. 82; ver pp. 82-84.

²⁸ “M. Gómez: Al Mayor General A. Maceo, Central Valley, Abril 12 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Epistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 99.

²⁹ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.* (3). t. 2, pp. 41-42; Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo [...]*, *Op. cit.* (3). p. 174.

³⁰ “Antonio Maceo: A Alejandro González, San José, Costa Rica, 15 de marzo de 1894”, En [Maceo, Antonio]. *Antonio Maceo. Ideología [...]*. *Op. cit.* (3). t. 1, p. 413.

³¹ Martí, J. Al general Máximo Gómez, Kingston, Jamaica, 25 de junio de 1894, *Epistolario*, t. 4, p. 197.

³² _____. “A José Dolores Poyo, New York, 7 de julio de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 213.

Para mayor información sobre la estancia en esta ocasión, ver: *Papeles de Panchito*, selección, prólogo y notas Bladimir Zamora, Editora Abril, La Habana, 1988, p. 101-106; Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo [...]*, *Op. cit.* (3). pp. 170-175; y Vargas Araya, Armando. *Las dos visitas de... Op. cit.* (5). pp. 49-93.

³³ Martí, J. “Al general Máximo Gómez, *Op. cit.* (2). 25/junio/1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 197.

³⁴ _____. *Ibidem*, p. 188.

³⁵ _____. “Al general Antonio Maceo, Puntarenas, 18 de mayo [junio], 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 188.

³⁶ *Ibidem*, p. 189.

³⁷ *Ídem*.

³⁸ *Ídem*.

³⁹ La primera cita pertenece a Martí, J. “A Enrique Loynaz, Panamá, 22 junio 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 193, y la segunda, “Al general Antonio Maceo, Panamá, 22 de junio 1894”, también es del mismo libro, p. 195.

⁴⁰ Martí, J. “Al general Máximo Gómez, Kingston, Jamaica, 25 de junio de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 197.

⁴¹ _____. “Al general Antonio Maceo, Kingston, Jamaica, 25 de junio de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 202.

⁴² _____. “Al general Antonio Maceo, N.Y. julio 7 de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 217.

⁴³ *Ibidem*, p. 218.

⁴⁴ Ver Rodríguez, J. M. “Al Gral. A. Maceo, Santo Domingo, 7 de mayo de 1894”, En

Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 296.

⁴⁵ Martí, J. “Al general Antonio Maceo [Nueva York, 8 de septiembre de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 248.

⁴⁶ _____. “Al general Máximo Gómez, Central Valley, 8 de septiembre, 1894”, *Ibidem*, t. 4, pp. 244 y 245.

⁴⁷ _____. “Al general Antonio Maceo [Nueva York, 8 de septiembre de 1894]”, *Ibidem*, t. 4, p. 249.

⁴⁸ Ver Estrade, Paul. “Cien cartas inéditas [...]”. *Op. cit.* p. 155 y 185-186; Martí, J. “Al general Antonio Maceo [fragmento] [Nueva York, 15 de septiembre de 1894]”, *Ibidem*, t. 4, p. 258.

En el [*Libro de*] *Tesorería del Partido Revolucionario Cubano* [Archivo Nacional de Cuba. Fondo Delegación del Partido Revolucionario Cubano. Libros. Tesorería. Legajo no. 61. Ingresos y egresos. (En lo sucesivo será citado como *Libro de Tesorería.*)], se consigna la cifra de \$450.53, desglosada de este modo: “Un mil pesos moneda de Costa Rica / 434.78 / girados a Eduardo Pochet, costo de / 7.50 / telegrama agregado al giro costo 8.25 / de telegrama a María. Costa Rica”. (Las líneas transversales indican el paso al siguiente renglón).

⁴⁹ “A. Maceo. A Máximo Gómez, 26 de agosto de 1894, en ANC, Fondo AMG, leg. 5, no. 783”, carta citada por Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo [...]*, *Op. cit.* (3). p. 180. (Ver nota 400, en p. 318).

⁵⁰ “M. Gómez, General en Jefe: Al Mayor General A. Maceo, Monte Cristo, 30 de septiembre, 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 99.

⁵¹ Ver Estrade, P. “Cien cartas inéditas [...]”, *Op. cit.* (48). pp. 156 y 187.

⁵² Martí, J. “Al general Máximo Gómez, New York, 20 de octubre, 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 288.

⁵³ Ver: Copia de las comunicaciones y telegramas que han mediado entre distintas autoridades con motivo de la última alarma [14 de septiembre al 11 de octubre de 1894], en ANC, Fondo Donativos y remisiones, leg. 418, No. 46.

⁵⁴ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York, Setbre. 22, 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 263.

Las palabras en cursiva, entre corchetes, están escritas en clave en el manuscrito.

⁵⁵ Martí, J. “Al general Máximo Gómez, New York, 24 de septiembre, 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 266.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 268.

⁵⁷ “M. Gómez, General en Jefe: Al Mayor Gral. A. Maceo, Monte Cristo, 30 de Septiembre, 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 100.

⁵⁸ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York, 13 de octubre [de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 279.

⁵⁹ Ver: Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.* (3). t. 2, pp. 60-61.

⁶⁰ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York, 13 de octubre [de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 280.

⁶¹ Dos días antes, el Delegado había indicado al Tesorero “sacar giro por doscientos pesos, de Fondos de Guerra”, para enviar a Costa Rica. Benjamín Guerra remitió \$480 en moneda de este país, cobrado de inmediato. Ver Estrade, P. “Cien cartas inéditas [...]”. *Op. cit.* (48). pp. 158 y 188.

⁶² Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York, 20 de octubre 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 283; ver pp. 282-283.

⁶³ _____. “Al general Máximo Gómez, New York, 20 de octubre, 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 288.

El destaque es de Ibrahim Hidalgo.

⁶⁴ Ver *Libro de caja del Partido Revolucionario Cubano (1893-1895)*, en Archivo Nacional de Cuba: *El Archivo Nacional en la conmemoración del Centenario del Natalicio de José Martí y Pérez 1853-1953*, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1953, pp. 349-354.

⁶⁵ Ídem.

⁶⁶ Martí, J. “A Eduardo Hidalgo Gato, New York, octubre 27 [de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 296.

⁶⁷ “Eduardo Hidalgo-Gato: Al Sr. D. José Martí, Key West, Fla., noviembre 2 de 1894”, En *Destinatario...*, *Op. cit.* (21). p. 424.

⁶⁸ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, N. York, 3 de Nov. 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 305.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 307; ver pp. 306-307.

⁷⁰ _____. “Al general Antonio Maceo, New York, Nov. 10 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 321.

Las palabras destacadas están en clave en el original.

⁷¹ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo...* *Op. cit.* (3). t. 2, pp. 65, 67.

El texto del cablegrama de Maceo a Martí se encuentra en *Destinatario...* *Op. cit.* (21). p. 425.

⁷² Martí, J. “Al general Antonio Maceo [Nueva York] Nov. 17/94”, *Epistolario*, t. 4, p. 343.

El giro, por \$400 en moneda costarricense, fue dirigido a Eduardo Pochet. Esta cifra equivalía a \$175.46 dólares. Ver: Estrade, P. “Cien cartas inéditas...”. *Op. cit.* (48). pp. 161-162 y 190.

⁷³ “[José María Rodríguez. —José Martí.— Enrique Collazo] Plan de Alzamiento, N.Y. 8 de Dbre [de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 362.

Las palabras destacadas y entre corchetes aparecen en clave en el original.

⁷⁴ Martí, J. “Al general Máximo Gómez, New York, diciembre 8 de 1894”, *Ibidem*, t. 4, p. 365.

Los destaques son de Ibrahim Hidalgo.

⁷⁵ Cfr. Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo...* *Op. cit.* (3). p. 198.

⁷⁶ Ver “A. Maceo: Al Sr. Presidente de la República, Dn. Rafael Iglesias, San José, Diciembre 13 de 1894”, En Cabrales Nicolarde, G. *Epistolario de héroes...* *Op. cit.* (7). p. 305.

⁷⁷ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo...* *Op. cit.* (3). t. 2, p. 73.

⁷⁸ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York [16 de diciembre de] 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 381.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 382.

Ver Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo...* *Op. cit.* (3). pp. 197-199.

⁸⁰ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, N. York, diciembre 25 de 1894”, *Epistolario*, t. 4, p. 357.

El Delegado pidió al Tesorero la entrega de \$700 en oro americano, para Corona y “un comisionado que debe acompañar” a este —sería Manuel Mantilla o Alejandro González—. (Estrade, P. “Cien cartas inéditas [...]”. *Op. cit.* (48). pp. 165 y 193).

⁸¹ Martí, J. “Al general Flor Crombet [Nueva York, 25 de diciembre de 1894]”, *Epistolario*, t. 4, p. 401.

⁸² _____. “Al general Antonio Maceo [Nueva York, 4 de enero de 1895]”, *Ibidem*, t. 5, p. 7.

⁸³ Sobre el tema, consultar: Moreno Pla, Enrique H. “El Plan de Fernandina”, *Universidad de La Habana*, No. 174, La Habana, jul.-ag. 1965, pp. 125-151.

⁸⁴ Estrade, P. “Cien cartas inéditas...”. *Op. cit.* (48). p. 169.

El autor reproduce la nota del Delegado donde solicita esta cantidad, cuyos términos aparecen en la anotación de las páginas 21-22 del *Libro de Tesorería*: “Orden del Delegado de esta fecha para atenciones de guerra urgentes 2600.00”.

Horatio S. Rubens, en *Libertad. Cuba y su Apóstol*, versión castellana de Adolfo G. Castellanos, La Rosa Blanca, La Habana, 1956, pp. 39-41, se refiere a \$2 500.00.

⁸⁵ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, Nueva York, enero 19 de 1895”, *Epistolario*, t. 5, p. 26. Ver también pp. 24-25.

En esta fecha, la totalidad de los fondos con que contaba la Tesorería era de solo \$356.96. Los ingresos habían sido hasta entonces de \$58 470.43 y los egresos sumaban \$58 113.47. (Ver *Libro de Tesorería*, páginas 18 y 21.) Si Maceo aceptaba la proposición, la Delegación tendría que recaudar \$1 643.04 para cubrir el compromiso.

⁸⁶ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo...* *Op. cit.* (3). t. 2, pp. 81-82; Crombet, F. “Al Sr. Gral. Dn. José A. Maceo, Matina y Limón,

21 y 29 de enero de 1895, respectivamente”, En Cbrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 103.

⁸⁷ Crombet, F. “Al Sr. Dn. José Martí, Matina, 31 de enero de 1895”, En *Destinatario... Op. cit.* (21). p. 433.

⁸⁸ _____. Al Sr. Dn. José Martí, Matina, 8 febrero de 1895, *Ibidem*, p. 436.

⁸⁹ A. Maceo: Al Sr. Dr. José Martí, Matina, febrero 9/895, *Ibidem*, p. 437.

⁹⁰ *Ídem*.

⁹¹ “Flor: Al Sr. Don José Martí, Matina, 10 de febrero 1895”, *Ibidem*, p. 439.

⁹² Martí, J. “A Gonzalo de Quesada, Santiago de los Caballeros, 19 Febro. 1895”, *Epistolario*, t. 5, p. 69.

⁹³ “A. Maceo. Al Sr. Dr. José Martí, San José, febrero 22 de 1895”, En *Destinatario... Op. cit.* (21). p. 447.

Ver: [Cablegrama] San José, Febrero 11, 1895, En Ramírez García, Rafael. *Martí-Maceo. Cartas cruzadas*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, pp. 121-122, y la nota 105 de la p. 124.

Cfr. H. Crombet: *La expedición del honor. Op. cit.* (17). p. 38.

⁹⁴ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, New York, 31 [30] de enero, de 1895”, *Epistolario*, t. 5, p. 54.

⁹⁵ Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo... Op. cit.* (3). p. 205.

⁹⁶ *Ibidem*, pp. 205-206.

⁹⁷ Martí, J. “Al general Antonio Maceo, Montecristi, 26 de febrero 1895”, *Epistolario*, t. 5, p. 79.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 78 y 79.

Los destaques son de Ibrahim Hidalgo.

⁹⁹ Martí, J. “A Gonzalo de Quesada y Benjamín J. Guerra [Montecristi] 26 de febrero [de 1895]”, *Ibidem*, t. 5, p. 80.

El destaque es de Ibrahim Hidalgo.

¹⁰⁰ _____. “A Benjamín J. Guerra y Gonzalo de Quesada [Montecristi, 26 de febrero de 1895]”, *Ibidem*, t. 5, p. 84.

¹⁰¹ Esta carta, cotejada por el original, localizada en el ANC, Fondo AMG, caja 18, fue publicada de forma parcial en Martí,

José. *El general Gómez*, pp. 178-179, y en su totalidad es reproducida, sin indicación de fuente, en Souza, Benigno. *Máximo Gómez, el Generalísimo*, p. 127-128.

¹⁰² Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.* (3). t. 2, pp. 91-92.

Destaque de Ibrahim Hidalgo.

¹⁰³ Este documento es citado por Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo... Op. cit.* (3). p. 333, como *Diario de Frank Agramonte*, con la referencia ANC, Donativos y remisiones, Leg. 270, No. 6. En este trabajo utilizo los datos tomados por Manuel Sanguily del original, y que tituló *La expedición Crombet-Maceo en 1895*, del cual Rafael Cepeda me facilitó una copia de su archivo personal. En lo sucesivo será citado como Agramonte. *Expedición* (sin consignar la paginación, pues carece de ella).

¹⁰⁴ Ver Crombet, H. *La expedición del honor. Op. cit.* (17). pp. 62-63.

¹⁰⁵ Las palabras atribuidas a Crombet son tomadas de Agramonte: *Expedición. Op. cit.* (103).

¹⁰⁶ “Gregorio Santiesteban, Secretario: Acta de la sesión del día 1^a de abril [1895]”, *Libro de Actas del Club General Maceo*, Costa Rica, en Archivo Nacional de Cuba, Fondo Delegación del Partido Revolucionario Cubano, Legajo 43, No. A.1.

¹⁰⁷ Martí, J. “A Benjamín J. Guerra y Gonzalo de Quesada [Montecristi, 26 de febrero de 1895]”, *Epistolario*, t. 5, p. 84.

¹⁰⁸ *Ídem*.

¹⁰⁹ Ver Crombet, H. *La expedición del honor. Op. cit.* (17). pp. 65-66.

¹¹⁰ Martí, J. “A Gonzalo de Quesada y Benjamín J. Guerra [Cerca de Guantánamo] 26 de abril [de 1895]”, *Epistolario*, t. 5, p. 180.

¹¹¹ Después de la muerte del Maestro, las transformaciones en el Partido fueron notables. Ver, al respecto, mi libro *Cuba 1895-1898. Contradicciones y disoluciones*, Centro de Estudios Martianos y Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 1999.

La editorial del Centro de Estudios Martianos publicó la segunda edición en 2004.

¹¹² Ver “B. Guerra: Al Mayor General Antonio Maceo, New York, febrero 28- 1895”, En Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 313.

¹¹³ Franco, J. L. *Antonio Maceo [...]. Op. cit.* (3). t. 2, p. 92.

¹¹⁴ “Maceo: Cablegrama a Benjamín J. Guerra, San José, Costa Rica, Marzo 20, 1895”, En R. Ramírez: *Martí-Maceo. Cartas cruzadas [...]. Op. cit.* (93). p. 123.

¹¹⁵ Crombet, F. “Al General Dn. A. Maceo, Limón, 20 de Marzo 1895”, en Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). pp. 103 y 104.

¹¹⁶ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo [...]. Op. cit.* (3). t. 2, pp. 94-95.

Párrafos del propio autor, reproducidos casi literalmente, aparecen en Manuel González Zeledón *Magón: Maceo en Costa Rica*, Comisión de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1972, pp. 12-13.

Ver Escalona Chádez, I. *José Martí y Antonio Maceo... Op. cit.* (3). p. 212, y la nota 492 de la p. 333.

H. Crombet, en *La expedición del honor* señala que esta reunión pudo no haberse realizado. *Op. cit.* (17). pp. 69-70.

¹¹⁷ Las palabras entrecomilladas y la información son tomadas de Agramonte. *Expedición. Op. cit.* (103).

¹¹⁸ Ver Crombet, H. *La expedición del honor. Op. cit.* (17). p. 72.

¹¹⁹ “A. Maceo: A la Sra. María de Maceo, San José [25] marzo de 1895”, en [Maceo, Antonio]. *Antonio Maceo. Ideología... Op. cit.* (3). t. 2, pp. 16-17; también, ver Maceo, A. “Al Sr. Enrique Trujillo, A bordo del *Adirondack*, Alta Mar, marzo 28 de 1895”, *Ibidem*, p. 23.

¹²⁰ Datos sobre estos momentos finales, en Crombet, H. *La expedición del honor. Op. cit.* (17). pp. 78-84.

¹²¹ Ver Franco, J. L. *Antonio Maceo... Op. cit.*, (3). t. 2, pp. 97-100.

Sobre el armamento, en Agramonte (*Expedición*) anotó que finalmente llegaron a tener 12 Winchesters, 15 revólveres y 18 machetes [*Op. cit.* (103)].

¹²² Ver Israel Escalona Chádez: “El crecimiento de un liderazgo: hacia una periodización de la acción y el pensamiento políticos de Antonio Maceo”, En Portuondo Zúñiga, Olga, Israel Escalona Chádez y Manuel Fernández Carcassés, coordinadores. *Aproximaciones a los Maceo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 41-42; y, del mismo autor, *José Martí y Antonio Maceo.... Op. cit.* (3). p. 207, así como las notas no. 483, p. 331; 82, p. 250; 132, p. 258; 201, pp. 272-273; y 293, pp. 292-293.

¹²³ [Maceo, A.]. “Carta inconclusa a Sra. Doña María C. de Maceo, Limón, Marzo 25-1895”, En Cabrales Nicolarde, G. *Espistolario de héroes... Op. cit.* (7). p. 57.

Fuerza de trabajo esclava en la agricultura tabacalera: Vuelta Abajo y el Recôncavo bahiano. Notas para un estudio comparativo

Enrique López Mesa
Investigador y editor

El propósito de este breve artículo es aproximarnos a un tema poco estudiado en los países de nuestro subcontinente: el empleo de fuerza de trabajo esclava en la agricultura tabacalera. Existen serias y documentadas investigaciones acerca del sur de los Estados Unidos, pero escasean sobre los países de la América Latina. En estas páginas nos limitaremos a abordar someramente algunas similitudes y diferencias entre las principales regiones tabacaleras de dos de esos países: Cuba y Brasil.

En Cuba, el cultivo y consumo del tabaco fue transmitido por los aborígenes a los conquistadores españoles y a sus esclavos africanos. Carecemos de información sobre su estructura y volumen durante el siglo *xvi*, pero en el *xvii* ya era un importante renglón económico, extendido por toda la isla. En la primera mitad de dicho siglo la zona productora más famosa era el norte del extremo oriental. El tabaco cosechado en las vegas naturales que se alineaban en ambas riberas del río Mayarí era el más codiciado

en la metrópoli. Sin embargo, sería el extremo occidental del país –la región conocida por Vuelta Abajo– el destinado a convertirse en el centro productor paradigmático de Cuba y en parte del mundo. El cultivo del tabaco se fomentó allí a lo largo de los siglos *xvii* y *xviii*; pero fue a finales de este último –y gracias al declive de la región de Güines, que hasta entonces había liderado la producción en el occidente cubano– que el tabaco vueltabajero pasó a los primeros planos de la demanda interna y externa.

En todas las regiones tabacaleras de Cuba era permanente la presencia negra, tanto en forma de esclavos como de vegeros negros libres. En el caso específico de Vuelta Abajo, ya en 1811 Antonio del Valle Hernández calculaba que el 14% de sus pobladores eran negros esclavos y el 23,5% eran negros libres. En el bienio 1819-1820 el 46,5% (508) de las vegas de Vuelta Abajo utilizaba mano de obra esclava. Por un padrón levantado alrededor de esa fecha, sabemos que el 66% de los operarios eran negros y mulatos, aunque

no se precisa su condición jurídica. El 41,3% de los propietarios o arrendatarios de vegas eran negros y mulatos libres, mayoritarios en los partidos de Guane y Pinar del Río. Según el censo de 1862, la jurisdicción de Nueva Filipina –la verdadera Vuelta Abajo, pues la vecina jurisdicción de San Cristóbal era la región conocida por Semi Vuelta– agrupaba el 68,87% (12 174) de los esclavos radicados en vegas en toda la isla, así como el mayor número de negros libres en vegas (9 024) para un 31,6%. En el interior de la jurisdicción, el 21% de los residentes en vegas eran esclavos y el conjunto de la población negra –o sea, esclavos, emancipados y libres– componía el 36,7%.¹

Según Stuart Schwartz, el cultivo del tabaco lo comenzaron en Brasil los pequeños cosecheros en la segunda década del siglo xvii y cobró importancia en el siglo xviii. A diferencia de Cuba, se concentró en un área específica: la región conocida como el Recôncavo, en la antigua provincia de Bahía, principalmente en los municipios de Cachoeira y Maragogipe, donde constituyó el segundo renglón de la economía local, por ser exportado a Europa, Asia, América del Norte y África, además de abastecer al resto del Brasil.² El tabaco exportado representaba la cuarta parte del comercio exterior de Bahía.³

En el siglo xvii encontramos la primera semejanza en el acontecer tabacalero de ambos países. Durante esa centuria, la región occidental de Cuba fue escenario de una pugna entre el lucrativo cultivo comercial del tabaco y los cultivos de subsistencia, lo que iba en detrimento del abasto de las poblaciones y de las armadas y flotas

de Indias. Esto dio lugar a una serie de prohibiciones de la siembra de tabaco, que a la postre eran violadas por una parte de los mismos que las imponían, interesados en el negocio.

Algo similar ocurrió en Brasil: los cosecheros del Recôncavo también se mostraban reacios al cultivo de la yuca y preferían el del tabaco y la caña de azúcar. Asimismo, esto provocó la correspondiente reacción oficial y en 1639 el Conde de la Torre prohibió el cultivo del tabaco con el fin de asegurar el abastecimiento de harina de yuca.⁴

Pero también hay diferencias. Pierre Verger nos ha legado un valioso estudio acerca del trueque de tabaco brasileño de tercera clase por esclavos, que se desarrolló a lo largo de los siglos xvii, xviii y principios del xix entre Bahía y el Golfo de Benin. Según él, entre 1678 y 1815 zarparon de Salvador no menos de 1 770 barcos cargados de tabaco rumbo a la costa occidental de África, donde era cambiado por esclavos. Los holandeses –que se habían apoderado de San Jorge de Mina desde 1637– autorizaron a los portugueses a practicar este comercio con la condición de no utilizar en él ninguna mercancía traída de Europa, sino solo tabaco, del cual Bahía era el principal productor. Esto privaba de dicho tráfico a las otras regiones de Brasil, que no producían tabaco. Como estaba prohibida de manera legal la introducción en Portugal de tabaco de tercera categoría, este quedaba libre para el consumo local y para el trueque con África. Paradójicamente, el tabaco bahiano de baja calidad se convertía así en algo exitoso. Era capaz de contribuir a la reproducción de su propia fuerza de trabajo esclava, la de la producción azucarera

y la de la producción aurífera de Minas Gerais.⁵

En Cuba no existió este tipo de tráfico. El trueque de tabaco por esclavos solo se hizo en el comercio interior de la isla –sobre todo durante los asientos francés (1701-1713) e inglés (1713-1739)– y en forma de ventas a crédito. Es decir, se vendían esclavos a los vegueros que serían pagados con parte del producto de dos o tres cosechas. Luego, la Real Compañía de Comercio de La Habana, que controló la mayoría de las introducciones legales de esclavos entre 1740 y 1762, continuó este procedimiento. Sobre el trueque de tabaco cubano en las costas de África hemos hallado un dato que corresponde a 1807. El 30 de junio de ese año, la compañía Madan, Sobrinos e Hijo pedía a la Real Factoría le vendiera 200 quintales de tabaco en polvo del tipo cucarachén –que según ellos era la clase más inferior– por ser “uno de los renglones más a propósito” para la adquisición de esclavos en la costa de África, fin para el que estaban habilitando un buque. La Real Factoría aprobó la venta, mas, desconocemos el resto de la historia.⁶

Otra diferencia significativa es que la esclavitud tabacalera cubana se inscribió en el típico patrón plantacionista latinoamericano, tanto por su composición étnica –predominio de africanos y crecimiento natural prácticamente nulo–, como por su alto índice de masculinidad. El caso brasileño –al igual que el norteamericano y el barbadense– fue muy distinto, ya que dependía más del crecimiento natural que de la trata negrera. La composición étnica de los esclavos tabacaleros del Recôncavo bahiano era una anomalia

dentro del propio Brasil, pues en ningún otro cultivo de exportación de cierta importancia los esclavos criollos eran mayoritarios. A fines del siglo XVIII ya alcanzaban el 71% de los esclavos tabacaleros y su índice de masculinidad se aproximaba al equilibrio. En 1835 los africanos eran el 23,6% en la parroquia de Santiago do Iguape y el 19,1% en la de São Gonçalo dos Campos. Para entonces, el índice de masculinidad era de 106, o sea, casi estaba equilibrado.⁷

La analogía cubano-brasileña más importante que podemos abordar es la concerniente a la estructura socioeconómica de la agricultura tabacalera en ambos países y regiones. A mediados del siglo XVII la demanda externa del tabaco cubano aumentó y atrajo el interés de la clase dominante. A partir de ese momento, el cultivo tabacalero dejó de ser patrimonio exclusivo de los blancos pobres y de los negros libres, y algunos miembros de la oligarquía occidental comenzaron a sembrarlo en sus tierras. Esto dio inicio a una estratificación social de la agricultura tabacalera cubana, que reproducía la existente en el resto de la economía colonial. En esencia antiesquemática, en la agricultura tabacalera se daba toda la gama posible de relaciones de producción propias del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas insulares en su momento histórico. Dentro del panorama agrario cubano, constituyó un sector intermedio, que reunía elementos de los otros dos sectores, o sea, del plantacionista y del no plantacionista. En ella encontramos tanto plantaciones esclavistas con dotaciones de hasta 75 esclavos, como vegas medianas y pequeñas –con pocos esclavos unas y con fuerza laboral

mixta otras—, así como explotaciones familiares, que solo contaban con mano de obra libre y que constituían el nivel inferior de la compleja pirámide social del tabaco cubano.

Con posterioridad a la supresión del monopolio estatal sobre el ramo, en 1817, y a la baja del precio del café en el mercado internacional, comenzaron a surgir en el occidente cubano algunas plantaciones tabacaleras esclavistas. En 1839 ya se reportan con dotaciones de hasta 60 esclavos. En los datos de la matrícula predial de 1853 —reproducidos por Esteban Pichardo— podemos comprobar que para entonces existían en la región de Vuelta Abajo no menos de 20 plantaciones con dotaciones mayores de veinte esclavos, y que cuatro de ellas poseían 50 o más esclavos.

Al igual que en Vuelta Abajo, en el Recôncavo bahiano la agricultura tabacalera presentaba una estratificación social, pero en ella la esclavitud era un fenómeno aun más extendido que en Cuba. Según las estadísticas, el 98,5% de los labradores de Cachoeira poseían esclavos; también el 91,3% de los de Maragogipe y Nazaré.⁸ En el Recôncavo existía una élite regional que combinaba la producción de azúcar en Iguape con la siembra de tabaco en Cachoeira, así como la ganadería. Las características del tabaco permitían que se cultivara tanto en plantaciones con dotaciones de 20 a 40 esclavos —e incluso de 60—, como en pequeñas parcelas, de pocas hectáreas de extensión. Sobre estas últimas, Schwartz aclara:

El tabaco era un producto menos prestigioso y menos caro, accesible a cultivadores más humildes; pero no era una “cosecha del hombre pobre”. La agricultura tabacalera

descansaba firmemente en las espaldas de los esclavos. En las parroquias cercanas a Cachoeira, en el siglo XVIII la mitad de la población era esclava, un porcentaje menor que en las parroquias azucareras, pero lo suficientemente alto como para disipar la idea de una agricultura campesina.⁹

Según Schwartz, una plantación tabacalera brasileña de principios del siglo XIX podía tener un promedio de 25 esclavos y en las parcelas pequeñas el promedio era de dos o tres esclavos.¹⁰ En Cachoeira existían cosecheros muy ricos, gracias a los altos precios que alcanzó el tabaco antes de 1815. Al menos uno de ellos, Francisco Machado da Silva, tenía 90 esclavos. Otros casos registran dotaciones de 50, 64 y 79 esclavos. Como que en la región cubana de Vuelta Abajo, algunos de estos plantadores tenían distribuidos sus esclavos en tres fincas.¹¹ También, como en Vuelta Abajo, predominaban las pequeñas parcelas.

En el Recôncavo, los cosecheros de mayores recursos combinaban el cultivo del tabaco con la crianza de ganado. Era un negocio paralelo que, de paso, les garantizaba el abono para sus siembras. De hecho, la unión de tabaco y ganado se convirtió en señal de riqueza. Esta lógica económica funcionó también en Cuba. En 1853, de las 19 principales explotaciones tabacaleras del partido de San Juan y Martínez —el corazón de Vuelta Abajo—, no menos de seis reunían la doble condición de vegas y potreros. Su extensión variaba de cuatro a 34 caballerías de tierra, y sus dotaciones de 15 a 75 esclavos.

Barickman ha sintetizado muy bien el papel del esclavo en la agricultura

tabacalera bahiana, en un párrafo que es válido para los dos países, pues en ambos los esclavos participaban en todas las fases del proceso productivo:

El cultivo del tabaco exigía mucho trabajo; pero se trataba de un trabajo más meticulado que extenuante. Mientras los dueños de ingenios querían fuerza y resistencia en sus cautivos, los labradores de tabaco buscaban destreza, pericia y diligencia. El ejemplo del cultivo tabacalero en Bahía refuta, por tanto, la tesis de que la esclavitud era incompatible con las actividades de “cuidados intensivos” y que solamente se podía emplear la mano de obra cautiva en actividades de “esfuerzo intensivo”.¹²

Como dijimos al principio, este artículo es un somero recuento de algunas similitudes y diferencias, un primer acercamiento a un tema que requiere de una profundización que esclarezca varias interrogantes que la bibliografía que hemos podido consultar sobre Brasil no responde: ¿En las vegas medianas y pequeñas de Brasil coexistieron el trabajo libre y el trabajo esclavo, como en sus iguales cubanas? ¿En cuál de los dos países fue mayor la productividad del esclavo tabacalero? Disponemos de algunos estimados para Cuba, pero desconocemos los de Brasil. ¿Qué papel tuvieron los negros libres en la agricultura tabacalera bahiana durante los siglos XVIII y XIX? ¿Fueron propietarios y arrendatarios de vegas, como en Cuba? ¿Explotaron fuerza de trabajo esclava? ¿Fungieron como mayorales de las plantaciones esclavistas?

Todo parece indicar que José Antonio Saco tiene el mérito histórico de haber

sido el iniciador de los estudios comparativos entre Cuba y Brasil, cuando en 1832 comentó el libro del reverendo Walsh, publicado en Londres dos años antes.¹³ Lamentablemente, el agudo bayamés ha tenido pocos continuadores.

Notas

¹ La información sobre Cuba utilizada en este artículo ha sido extraída de nuestro libro inédito “Tabaco, mito y esclavos”. Consignar todas y cada una de las referencias sería excesivo.

² Schwartz, Stuart B. *Sovereignty and Society in Colonial Brazil. The High Court of Bahia and its Judges, 1609-1751*. University of California Press, Berkeley, [1973], p. 244 y *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1855*, University Press, Cambridge, [1985], p. 85.

³ Barickman, Bert J. *Um contraponto baiano: açúcar, fumo, mandioca e escravidão no Recôncavo, 1780-1860*, Tr. de Maria Luiza X. de A. Borges, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 2003, p. 263.

⁴ Schwartz, S. B. “Free Labor in a Slave Economy: The Lavradores de Cana of Colonial Bahia”. En: Alden, Dauril, ed. *Colonial Roots of Modern Brazil*. University of California Press, Berkeley, 1973, p. 170.

⁵ Verger, Pierre. *Fluxo e refluxo do tráfico de escravos entre o golfo de Benin e a Bahia de Todos os Santos dos séculos XVIII a XIX*, 3ª ed. Tr. Tasso Gadzanis, Editora Corrupto, [São Paulo] [1987], pp. 12-16, 20-31, 651-652.

⁶ Archivo Nacional de Cuba. *Intendencia General de Hacienda*. Leg. 87, No. 3.

⁷ Barickman, B. J. *Op. cit.* (3). pp. 258, 259, 263, 265, 312, 313 y 315.

⁸ *Ibidem*, p. 372.

⁹ Schwartz, S. B. *Sugar Plantations... Op. cit.* (1). p. 86.

¹⁰ *Ibidem*, p. 447.

¹¹ Barickman, B. J. *Op. cit.* (3). pp. 245 y 247.

¹² *Ibidem*, p. 295.

¹³ *Revista Bimestre Cubano*, La Habana, t. II, No. 7, mayo-jun. 1832, pp. 173-231.

“Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño”

**José Miguel Márquez
Fariñas**

*Investigador sobre la política
de los Estados Unidos contra Cuba*

Transcurría el año 1980 en El Salvador. El 24 de marzo, a las seis y media de la tarde, cuando monseñor Oscar Arnulfo Romero oficiaba una misa en la capilla del hospital de cancerosos La Divina Providencia en la colonia Miramonte, en el preciso momento de la eucaristía, su cuerpo se desplomó sin vida al ser alcanzado su corazón por un proyectil de un francotirador, quien oculto entre la multitud allí congregada, cumplía el encargo de segar la vida de aquel que, a pesar de presentir la muerte, no quiso claudicar en su entrega ni abandonar el compromiso con su pueblo.

Pero, ¿qué acontecimientos precedieron y en qué contexto tuvo lugar el asesinato del arzobispo de San Salvador? ¿Cuál había sido su trayectoria y qué factores influyeron para que monseñor Romero, considerado por algunos de posición conservadora, se convirtiera en pastor de los pobres y un importante factor de movilización de las masas humildes y desposeídas salvadoreñas? ¿Quiénes fueron sus enemigos y quiénes fraguaron y ejecu-

taron su eliminación física? ¿Cuál es la vigencia del legado de este hombre que por su profetismo y martirologio por la causa de los pobres ha devenido San Romero de América?

Una mirada retrospectiva sobre el escenario latinoamericano muestra que la hegemonía alcanzada por los Estados Unidos en la década del 50 se había debilitado, y entró en crisis a partir de los años 60, con el despertar de los movimientos de liberación impulsados entre otros factores por el triunfo de la Revolución cubana.

Un conjunto de acontecimientos socio-políticos reflejó el desarrollo de una conciencia y práctica revolucionaria en el continente. En distintas naciones ocurrieron en esta época convulsos hechos que demostraron la decisión de cambiar la injusta realidad predominante, la cual se expresó por una parte en diversas formas de lucha, y por otra en la participación junto a los oprimidos de elementos de la pequeña burguesía e incluso de miembros de los ejércitos nacionales, como consecuencia de un incremento de las desigualdades y la exclusión, que extendía su alcance a otros estratos sociales.

La reacción no se hizo esperar: desde el poder se implantaron, con apoyo de los Estados Unidos, cruentas dictaduras en Chile, Perú, Argentina, Uruguay y Brasil, entre otros países. Así, la década del 70 significó para la generalidad de los países del área un período de represión y cierto retroceso. Miles de familias padecieron luto, dolor y desesperación por los asesinatos, torturas, secuestros y desapariciones de seres queridos a manos de los escuadrones de la muerte, bandas pa-

ramilitares y efectivos de las fuerzas armadas asesoradas y entrenadas por los servicios especiales norteamericanos que, como la tristemente conocida Operación Cóndor, plagaron de terror el continente.

No fueron pocos los casos de sacerdotes, religiosos y religiosas que por defender los derechos humanos y acompañar la lucha de sus pueblos, fueron secuestrados, torturados, asesinados y en el mejor de los casos expulsados de sus países. Otros perdieron la vida en accidentes, bajo condiciones sospechosas o no aclaradas, como les ocurrió en Argentina al exseminarista católico Juan García Elorrio y al obispo de La Rioja, monseñor Enrique Angelelli, muerto el 4 de agosto de 1976, 17 días después del secuestro y asesinato de los sacerdotes de Chamental, Gabriel Longueille y Carlos de Dios Murias, hecho este que monseñor Angelelli había investigado y denunciado.

El Salvador fue tal vez uno de los países más golpeados por esta ola represiva y, sometido a 50 años de dictaduras militares, presentaba un panorama sombrío en los 70:

- El 50% de los habitantes vivía bajo límites de pobreza.
- Solo el 16% de la población económicamente activa tenía trabajo regular durante todo el año.
- El 0,5% de los propietarios poseía del 38% de la tierra cultivable mientras que el 91% era dueño del 23%.
- El 60% de los campesinos y el 40% de los habitantes en las ciudades no sabían leer ni escribir.

- El pueblo, dominado durante medio siglo por tiranías militares, vio acrecentarse la violencia en la medida que se acentuaba la crisis económica. La propia Iglesia calculó que, entre enero y marzo de 1980, más de 900 civiles fueron asesinados por fuerzas de seguridad, unidades armadas o grupos paramilitares, entre ellos sacerdotes, religiosos y miembros de las Comunidades Eclesiales de Base. El gobierno actuaba en estrecha relación con el grupo terrorista Orden y los Escuadrones de la Muerte.

Se evidenció, una vez más, el fracaso de la política de los Estados Unidos hacia América Latina con el surgimiento de procesos nacionalistas en algunas naciones del continente como Perú y Granada; la firma del Tratado Carter-Torrijos sobre el Canal de Panamá, y el triunfo en 1979 en Nicaragua del Frente Sandinista de Liberación Nacional que derrocó la dictadura de Somoza históricamente sostenida por el país norteamericano.

En el Salvador se gestó entonces un movimiento popular organizado en el cual estuvo comprometido un sector de la Iglesia católica que sensibilizado con la situación política y social reinante y alineado a los cambios proclamados por el Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal de Obispos Latinoamericanos celebrada en Medellín, Colombia, en 1968, hacían suyas la “opción preferencial por los pobres y desposeídos”.

No hay que perder de vista que las condiciones existentes en América Latina durante la década del 70, no solo

fueron favorables para el auge de los movimientos de liberación nacional y de diversas y pujantes organizaciones revolucionarias, sino además dieron lugar al surgimiento de nuevas corrientes y movimientos religiosos progresistas.

En este período comenzó a desarrollarse una tendencia renovadora al interior de la Iglesia católica, que cobró mayor fuerza después del referido Concilio Vaticano II y la Conferencia de Obispos de Medellín y sobre la cual también incidió positivamente con posterioridad la Tercera Conferencia de Obispos celebrada en Puebla, México, en 1979.

Surgen así diversos movimientos religiosos de izquierda integrados por católicos y cristianos protestantes progresistas y revolucionarios, sensibilizados con los problemas socio-políticos que afectan al pueblo, tales como Cristianos por el Socialismo en Chile, Movimiento Tercermundista en Argentina, ONIS en Perú, Golconda en Colombia, e Iglesia y Sociedad en Uruguay.

Después de la muerte del sacerdote guerrillero Camilo Torres Restrepo, se organiza el Movimiento Camilista, fundado por el argentino Juan García Elorrio, director y fundador también de la revista católica de izquierda *Cristianismo y Revolución*, que reflejaba las opiniones del catolicismo tercermundista, y surge asimismo el Movimiento Ecuménico de América Latina integrado por los sectores más avanzados de diversas iglesias cristianas.

En este contexto tiene su génesis la Teología de la Liberación que, opuesta a la teología tradicional, se fundamenta en el análisis de la realidad social concreta y aboga por cambios en las

estructuras sociales, encaminados a la verdadera liberación de los oprimidos. El pensamiento de los teólogos de la liberación influyó en los sectores cristianos tanto católicos como protestantes más progresistas y revolucionarios.

Con el triunfo de la revolución sandinista, se originó una experiencia de gran trascendencia para el continente y es que por primera vez los cristianos, dentro de estos clérigos, religiosos y laicos, no solo formaron parte activa de la lucha insurreccional, sino también estuvieron presentes en el proceso de reconstrucción nacional. Se hacía realidad la unidad estratégica proclamada entre cristianos y marxistas verificando que entre cristianismo y revolución no hay contradicción. Este fenómeno se manifestó hacia el interior de El Salvador y como respuesta desde el poder se desató una represión brutal sobre los sectores de la Iglesia católica más avanzados.

En el plano internacional, el triunfo electoral de Ronald Reagan en 1980 significó un regreso al conservadurismo, cuyo paralelismo en el ámbito religioso se halla en la toma de posesión del nuevo pontífice, el polaco Karol Wojtyła –Juan Pablo II– que da inicio a un proceso de derechización y “restauración” al interior de la Iglesia, lo cual significó un retroceso con respecto al Concilio Vaticano II.

La Teología de la Liberación fue condenada por el Papa y por el cardenal alemán Joseph Ratzinger, actual Benedicto XVI. Fueron perseguidos y “descalificados” sus principales exponentes y al mismo tiempo se ejerció presión sobre los obispos, sacerdotes y religiosos progresistas para que abandonaran sus posiciones.

Los principales cargos del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) con sede en Colombia, y de las Conferencias Episcopales nacionales fueron ocupados por jerarcas eclesiásticos comprometidos con las oligarquías locales y alineados a la política de los Estados Unidos. Lo mismo ocurrió con los nombramientos de los nuevos cardenales y obispos y para los cargos de la estructura eclesiástica. Los planes de estudios de los seminarios para la formación de los sacerdotes y religiosos fueron intervenidos y modificada la orientación de los estudios teológicos. El propio arzobispo Oscar Arnulfo Romero, en el período más agudo de la crisis salvadoreña fue objeto de estas presiones.

La ofensiva ideológica ocupó un lugar de especial importancia en la política exterior de la administración de Reagan. Dentro de esta, la religiosa constituyó un elemento clave. Los Estados Unidos valoraron, como lo hacen ahora, el peso que lo religioso tiene para gran parte de América Latina, y se reforzó la manipulación de la fe en respaldo a sus intereses. Reagan le confirió a esta ofensiva religiosa un carácter de política de Estado, y en tal sentido ella contó con la participación personal del presidente de ese país.

En fecha tan temprana como 1969, precisamente un año después de celebrarse en Medellín en 1968 la Segunda Conferencia Episcopal Latinoamericana, la situación religiosa en América Latina fue abordada en un documento presentado al presidente Richard Nixon, conocido como el “Informe Rockefeller”, en donde se afirmaba: “Pese a que no se reconoce ampliamente, los establecimientos militares y la Iglesia Católica se encuentran

hoy también entre las fuerzas en favor del cambio social y político en las otras repúblicas americanas”. Dicho documento reconocía que este era un papel nuevo para la Iglesia, la cual había trabajado, desde el arribo de los conquistadores hacía más de 400 años, hombro con hombro junto a los terratenientes con el objeto de proveer estabilidad, al igual que habían hecho los militares.

También se señalaba: “Poca gente se da cuenta de hasta qué punto ambas instituciones están ahora rompiendo con sus pasados. Están, de hecho, adelantándose rápidamente hacia el frente como fuerzas a favor del cambio social, económico y político. En el caso de la Iglesia, esto es el reconocimiento de la necesidad de responder más a la voluntad popular”.

Con respecto a la Iglesia se manifestaba que ella se había visto impactada por las comunicaciones modernas y el papel de la educación, lo que la convertía en una fuerza dedicada al cambio, que podría llegar a incluir el cambio revolucionario.

Al informe Rockefeller le sucedió posteriormente el documento conocido como “Santa Fe I: Una nueva política interamericana para la década de los ochenta”, que luego de reafirmar que la Doctrina Monroe era la piedra angular histórica de la política de los Estados Unidos hacia América Latina, expresaba: “La manipulación de los medios de información a través de grupos vinculados a las diferentes Iglesias y de otros grupos de presión denominados de defensa de los Derechos Humanos, ha desempeñado un papel cada vez más importante en el derrocamiento de gobiernos autoritarios, pero favorables

a Estados Unidos” y en su propuesta número tres recomendaba que la política exterior de dicho país debía empezar a contrarrestar y no solo a reaccionar en contra de la Teología de la Liberación.

Es así que se produce un consenso dentro de las estructuras dominantes, donde los defensores del sistema capitalista asumen la lucha ideológica política en el espacio religioso y específicamente en el cristiano como una instancia decisiva y convergente con la diplomática y militar, lo cual se reconoce en las publicaciones especializadas de la época.

Constituía la situación de Centroamérica y el Caribe una prueba viva de la trascendencia de esta problemática, y en ese escenario se desplegaron conocidas y complejas operaciones integrales de contrainsurgencia ejercidas sobre los procesos de movilización popular, fundamentalmente en Nicaragua y El Salvador.

La confluencia teórica y política de cristianos y marxistas en los movimientos de liberación latinoamericanos significó un cambio esencial que ponía en riesgo a las formas de dominación existentes, y por su peligrosa potencialidad estratégica las clases dominantes no escatimaron medios de combatirlo. Ello produjo una abierta confrontación al interior de las iglesias de toda América. Las reacciones solidarias u hostiles, que se suscitaron con intensidad inédita, crearon repercusiones que sobrepasaban las instituciones eclesiales mismas.

En este debate, cuya trascendencia histórica se visualiza hoy en sus reales proporciones, estaban involucrados, entre otros, la Iglesia Popular, el CELAM, el neoconservadurismo norteamericano,

además de grupos y partidos políticos de diverso signo de todo el continente, lo cual permite dimensionar su relevancia y su papel teórico-práctico.

Quebrando todo pronóstico y la tradición predominantemente protestante norteamericana, Ronald Reagan estableció relaciones diplomáticas, por primera vez, con el Vaticano. Antes, los vínculos se reducían a la presencia de un “delegado apostólico” en Washington, función que en el período presidencial de Reagan, correspondía al italiano Pio Laghi, luego nombrado cardenal. Pero ante la situación creada se hizo ineludible la intensificación del vínculo entre estos polos de poder.

En esta dirección se acentuó una ingente labor de católicos que figuraban entre los principales ejecutores de la administración norteamericana como William Casey, director de la CIA; William Clark, asesor para la Seguridad Nacional; Vernon Walter, embajador itinerante entre Washington y el Vaticano; Alexander Haig, secretario de Estado; Richard Allen, primer asesor de Reagan para Seguridad Nacional, y William Wilson, el primer embajador de dicho presidente ante la Santa Sede; los cuales consideraban las relaciones entre los Estados Unidos y el Vaticano como una “Santa Alianza”.

Sobre este hecho, un artículo de la revista *Time* señaló que reconocer al Vaticano para convertirlo en un aliado, y el establecimiento de las relaciones diplomáticas con él, tenía en su base una razón mayor: “Reagan y Juan Pablo II se negaban a aceptar un trascendente hecho político de su época: la división de Europa como se había estipulado en Yalta y el dominio comunista en Europa del Este”. Polonia

libre y no comunista, afirma el autor —sería una daga en el corazón del imperio soviético; y si Polonia se tornaba democrática, otros estados europeos la seguirían—, idea que resume la comunidad de intereses que existía entre los Estados Unidos y el Vaticano con respecto a la necesidad de eliminar el sistema socialista.

También se afirmaba: “La conformación y lanzamiento de una ofensiva conservadora pujante por parte de Karol Wojtyla, signada por la ortodoxia doctrinaria, la centralización del gobierno de la Iglesia y el fortalecimiento y revitalización del papado, constituyó una reacción y un avance permeado por formaciones ideológicas antiliberales y antimarxistas, que gestó importantes zonas de contacto con el renacimiento conservador en Estados Unidos”.

Igual convergencia se da en el escenario latinoamericano, considerado por los Estados Unidos como su traspatio natural por una parte, y por otra como un continente de la mayor prioridad para el Vaticano, cuyos habitantes representan más del 60% de los católicos en el mundo.

La estrategia ideológica del imperialismo en este ámbito estaba dirigida a desacreditar a la Iglesia nacida de las luchas populares y a la Teología de la Liberación presentándolas como “instrumentos del comunismo soviético”, y como reconocieron las publicaciones especializadas de la época lo más preocupante era que junto a esa lucha de ideas se realizaban acciones concertadas entre agentes eclesiásticos y personalidades de la administración estadounidenses, en una total coincidencia de objetivos entre la administración Reagan y Juan Pablo II.

Sería entonces justo preguntarse si los ideólogos de esta “Santa Alianza”, considerando el nivel de los nexos y dependencia económica de Cuba con la Unión Soviética y los países socialistas de Europa del este, estimaron, calculando mal la capacidad de resistencia del pueblo cubano, que como un efecto directamente en cadena, más que como un resultado secundario, la Revolución cubana se asfixiaría y los Estados Unidos podrían alcanzar su objetivo de destruirla, después de empeñarse infructuosa y sostenidamente en este propósito.

La trayectoria eclesiástica de monseñor Oscar Arnulfo Romero, quien había nacido el 15 de agosto de 1917, en el Departamento de San Miguel, El Salvador, se inicia en la década del 40. Muy tempranamente ingresó al seminario y después fue enviado a Roma donde continuó sus estudios hasta ser ordenado sacerdote el 4 de abril de 1942, a los 25 años.

Cuando tiene lugar, en 1932, el aplastamiento de la insurrección campesina que encabezara el líder popular Farabundo Martí al costo de la pérdida de 30 mil vidas, Arnulfo Romero era un adolescente y hay quien le atribuye a estos hechos sangrientos, junto a otros acaecidos en la sociedad salvadoreña de su época, un peso importante en la formación de su carácter retraído y callado, de honda espiritualidad, lo cual hizo que no pocos lo tomaran por conservador, sin comprender su individualidad, construida alrededor de la fe y un amor al prójimo entendido como un anhelo de justicia y dignidad humana.

Regresa al país en 1943 y es nombrado párroco de la ciudad de Anamoros

y posteriormente fue nombrado secretario de la Conferencia Episcopal de El Salvador. En 1970 es designado obispo auxiliar de San Salvador y en 1974 obispo de la diócesis de Santiago de María, en el Departamento de Usulután, en donde permaneció tres años, hasta que el 23 de febrero de 1977 es promovido a arzobispo de San Salvador por el Papa Pablo VI.

Cuando monseñor Romero asume la archidiócesis de San Salvador, el país presentaba una clara situación de represión y persecución hacia los sectores más comprometidos de la Iglesia salvadoreña, y el general Carlos Humberto Romero había sido proclamado a través del fraude vencedor de las elecciones presidenciales de 1977.

De manera que, de primer momento, su nombramiento no fue acogido con satisfacción por los sectores progresistas y renovadores de la Iglesia y por el contrario agradó a las esferas del gobierno y los grupos de poder que, equívocamente, consideraban a monseñor Romero como la figura idónea para poner freno a las actividades que estaban llevando a cabo elementos de la Iglesia vinculados a la archidiócesis, de compromiso y apoyo a los más pobres y desfavorecidos de la sociedad, y que desarrollaría una pastoral espiritual y desentendida a los problemas de injusticia y opresión que sufría el pueblo.

Pero la oligarquía ultraconservadora y los militares se equivocaron. La continua represión y crímenes contra la población y en particular el asesinato perpetrado el 12 de marzo de 1977 del sacerdote Rutilio Grande provocaron una reacción en monseñor Romero, quien a partir de esta fecha comenzó a hacer públicas sus denuncias, las cuales

lo enfrentaron cada vez más a los poderes militares, mediáticos y políticos y se hizo cada vez más ostensible la ausencia de la Iglesia a los actos oficiales.

El recién electo arzobispo instó al presidente a que investigara el crimen del padre Rutilio y ante la pasividad del gobierno y el silencio de la prensa censurada, dispuso el cierre de las escuelas y colegios católicos por varios días, y canceló además todos los servicios religiosos del domingo 20 de marzo, reduciéndolos a una sola misa que fue celebrada por él delante de la Catedral de San Salvador, a la que asistieron unas cien mil personas, oportunidad en que monseñor Romero pidió el fin de la violencia.

Los ataques contra la Iglesia continuaron, una bomba estalló en los locales del periódico católico *Orientación*, vocero de la arquidiócesis. A la muerte de Rutilio Grande, le siguieron los asesinatos de los sacerdotes Rafael Palacios, Octavio Ortiz Luna y Alfonso Navarro Oviedo, entre otros, y nuevos secuestros, detenciones y expulsiones del país.

El propio monseñor Romero, encontrándose participando de la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana celebrada en Puebla, había autorizado la realización de una marcha el 30 de enero de 1979 por el centro de San Salvador, en donde tomaron parte 380 sacerdotes y 600 religiosos, encabezada por una pancarta que decía: "Basta Ya". La Iglesia salvadoreña a finales de 1980 había contabilizado el asesinato de unos 28 religiosos, incluyendo el del arzobispo, 21 detenidos, además de acciones terroristas como 14 bombas, 41 ataques con ráfagas de ametralladoras, 15 robos y 33 asaltos y tomas de iglesias.

La actitud asumida en defensa de los derechos humanos en El Salvador por monseñor Romero alcanzó notoriedad internacional. Le fueron conferidos varios honores, entre ellos, el de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Lovaina, Bélgica; así como por parte de las universidades Harvard y Georgetown de los Estados Unidos; el Premio por la Paz de la organización Acción Ecueménica Sueca y fue nominado al Premio Nobel de la Paz. De regreso de su viaje a Bélgica, visitó Roma donde fue recibido por Juan Pablo II, a quien le transmite su inquietud ante la terrible situación en su país.

A su regreso de Europa, monseñor Romero envía una carta al presidente de los Estados Unidos, James Carter, en la cual señala su oposición a la ayuda que el gobierno norteamericano brinda al gobierno salvadoreño, planteando que solo sirve para reprimir al pueblo. La misiva expresa:

Me preocupa bastante la noticia de que el Gobierno de EE.UU. esté estudiando la forma de favorecer la carrera armamentista de El Salvador enviando equipos militares y asesores para entrenar a tres batallones salvadoreños en logística, comunicaciones e inteligencia. En caso de ser cierta esta información periodística, la contribución de su Gobierno en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudizará sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado que muchas veces ha estado luchando por que se respeten sus derechos humanos más fundamentales.

Por tanto, dado que como salvadoreño y Arzobispo de la

Archidiócesis de San Salvador, tengo la obligación de velar porque reine la fe y la justicia en mi País, le pido que si en verdad quiere defender los derechos humanos,

Prohíba se dé esta ayuda militar al Gobierno salvadoreño.

Garantice que su gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc., en determinar el destino del pueblo salvadoreño.

Sería injusto y deplorable que por la intromisión de potencias extranjeras se frustrara al pueblo salvadoreño, se le reprimiera e impidiera decidir con autonomía sobre la trayectoria económica y política que debe seguir nuestra Patria.

En respuesta, Carter solicitó al Vaticano que llamara al orden al arzobispo Romero, mientras se acrecentaba el reconocimiento internacional a su persona.

La represión trabaja aceleradamente. En febrero de 1980 recibe varias amenazas de muerte, a comienzos de marzo vuelan una cabina de la emisora La Voz Panamericana, que transmitía sus homilias dominicales. Los días 22 y 23 de marzo, las religiosas que atienden el Hospital de la Divina Providencia, donde residía el arzobispo, reciben llamadas telefónicas anónimas con amenazas de muerte. El 24 se producía su asesinato.

Un día antes de su muerte hizo un enérgico llamamiento al ejército salvadoreño:

Yo quisiera hacer un llamamiento, de manera especial, a los hombres del ejército. Y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la Policía, de los cuarteles...

Hermanos, son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus mismos hermanos campesinos. Y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: No matar. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: Cese la represión.

Los funerales del que fue considerado “La Voz de los sin Voz”, se llevaron a cabo en la Catedral de San Salvador, ante una multitud de unas 50 mil personas que inundaban la plaza y luego de sentirse explosiones de francotiradores apostados en el Palacio Nacional y edificios aledaños, entre la muchedumbre aterrorizada se contaban unos 40 muertos y decenas de heridos, al punto de que los funerales fueron suspendidos, mientras que los cadáveres junto al féretro de monseñor Romero eran introducidos en la Catedral, llenando más de luto al pueblo salvadoreño.

Placido Erdozain, sacerdote español muy próximo a monseñor Romero refirió sobre sus últimos días y su muerte:

Hubieran querido que fuera de otra manera. Mandaron a muchos embajadores norteamericanos a hablar con él, a prometerle que se harían cosas, que había soluciones: Todman, Devine, Vaky, Bowdler... embajadores de EE.UU. fueron pasando por los pasillos del arzobispado. Habían recurrido a Roma. Y llegaron los “visitadores apostólicos” y los servicios oficiosos de nuncios vecinos. Monseñor seguía señalando que era más obligatorio obedecer a Dios antes que a los hombres. El domingo, víspera del asesinato, el embajador norteamericano fue visto en la misa de Monseñor. Y al día siguiente, el mismo embajador daba, como si fuera noticia oficial, que el asesinato había sido obra de un experto, que podía ser de extrema derecha o de extrema izquierda. Y él en el centro, lavándose las manos.

Las comunidades cristianas y el pueblo denunciaron públicamente a los asesinos de monseñor: el imperialismo, los ricos y sus instrumentos de dominación, el gobierno de la Junta democristiana y la tiranía, así como la complicidad de altos jerarcas de la Iglesia que habían abandonado y combatido a monseñor por lo que no fueron admitidos en sus funerales. Una gran pancarta a la puerta de la Catedral prohibía entrar al nuncio, y a los obispos Pedro Aparicio y Quintanilla, José Álvarez Ramírez y Mario Revelo Contreras. Nunca se había visto un compromiso tan activo de los feligreses nacido de la comunión con monseñor Romero y su defensa ineludible y valiente de los intereses del pueblo.

Erdozaín agrega: “Solo Monseñor Arturo Rivera y Damas, obispo de Santiago de María, estaría presente de los jerarcas de la Iglesia de El Salvador. Y los obispos venidos del extranjero, pero solidarios con nuestro pueblo y con nuestra Iglesia en medio de él”. Y añade: “Todas las organizaciones populares se manifestaron repudiando el vil asesinato de Monseñor Romero y se comprometieron a redoblar su accionar para lograr la liberación definitiva anunciada por el Obispo asesinado”.

Después de este trágico suceso, continuó la represión sobre elementos del clero comprometidos con el pueblo. El 2 de diciembre de 1980, fueron violadas y asesinadas por miembros de la Guardia Nacional las religiosas norteamericanas Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel y la misionera laica Jean Donovan. Perteneían a las congregaciones de las Hermanas Maryknoll y de las Hermanas Ursulinas de Nueva York. Estas después de haber sufrido violación, fueron asesinadas por disparos de arma de fuego.

Por este crimen, en 1984 fueron condenados a 30 años de cárcel los cinco agentes de la Guardia Nacional, tres de ellos dejados en libertad cuatro años después. Este hecho, que trascendió a la opinión pública estadounidense, provocó que el gobierno norteamericano suspendiera la ayuda militar al régimen salvadoreño... “por un mes”. El Comité de Abogados para los Derechos Humanos de Nueva York, inició en el año 2000, una demanda penal por homicidio contra los generales salvadoreños, residentes en la Florida, Eugenio Baldes Casanova y José Guillermo García, jefe de la Guardia Nacional y ministro de Defensa respectivamente, a

quienes acusaron de ordenar la muerte de las religiosas, aunque la Corte Federal de la Florida los declaró inocentes de cualquier responsabilidad en el secuestro, violación y asesinato.

El crimen denunciado por *The New York Times*, en su momento indujo a que la embajadora en Naciones Unidas Jean Kirkpatrick acusase a las religiosas de actividades subversivas. Ella y su sucesor, Vernon Walters, el homicida subdirector de la CIA que organizó los grupos de “carniceros” de la Operación Cóndor, negaron la veracidad de estos hechos.

Como si lo anterior no resultara suficiente, en la madrugada del 16 de noviembre de 1989, una unidad del Ejército invadió la Universidad Centroamericana “José Simeon Cañas” y asesinó a seis sacerdotes jesuitas vinculados a la Teología de la Liberación, nombrados Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Joaquín López y López, Amado López, Juan Ramón Moreno y dos de sus colaboradoras, Elba y Celina Ramos.

Finalmente, el 16 de enero de 1992 se firman los Acuerdos de Paz en el Castillo de Chapultepec, México, donde se pone término a 12 años de conflictos internos. Al concluirse la guerra, un cálculo conservador estimaba la muerte de más de 75 000 civiles salvadoreños y alrededor de 9 000 desaparecidos.

En 1993, la Comisión de la Verdad, organismo creado por los Acuerdos de Paz de Chapultepec para investigar los crímenes mas graves cometidos en la guerra civil salvadoreña, concluyó que el asesinato de monseñor Romero había sido ejecutado por un escuadrón de la muerte integrado por civiles y militares

de ultraderecha y dirigidos por el mayor Roberto d'Aubuisson, fundador del ultraconservador Partido Arena.

Pero revelaciones más recientes apuntan que uno de los implicados directos del asesinato, el capitán salvadoreño Álvaro Saravia, disfruta de la hospitalidad de los Estados Unidos, al igual que el terrorista y agente de la CIA de origen cubano Carlos Alberto Montaner Suris, prófugo de la justicia cubana, denunciado también recientemente por sus vínculos y complicidad con el terror desatado por elementos del Partido Arena, autores de los asesinatos de religiosos en El Salvador, entre los que figuran los de monseñor Romero, y el padre jesuita Ignacio Ellacuría, y muchos otros sacerdotes, religiosos, monjas y laicos que por estar comprometidos con su pueblo han ingresado en el martirologio latinoamericano.

El capitán Saravia y otros involucrados directos en tantos secuestros y asesinatos en El Salvador, hallaron acogida en los Estados Unidos, sobre todo en la Florida, a donde mismo habían ido a parar los sicarios de las dictaduras derrocadas de Batista, Trujillo, Somoza, Pérez Jiménez, Strossner, Pinochet, Duvalier, Bancero, Videla y el resto de una lista casi interminable, territorio convertido en la capital y refugio de criminales, torturadores, secuestradores, terroristas y asesinos, desde donde sirviendo a los intereses hegemónicos de sus amos y con vínculos fuertes con la contrarrevolución de origen cubano, no se resignan y apoyan los golpes de Estado como el de Honduras, y conspiran contra los gobiernos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, convirtiendo a Miami en obligada referencia y estado

mayor de la contrarrevolución con una vasta base de operaciones que articulan los servicios especiales norteamericanos y la CIA.

Lógicamente, estos criminales salvadoreños siguen siendo aliados de la contrarrevolución, la oligarquía y los sectores representativos de la derecha para frenar y hacer fracasar el proceso democrático que representaría una esperanza para el pueblo salvadoreño.

El papel desempeñado por monseñor Romero en la crisis política salvadoreña y el alcance y repercusión internacional de sus denuncias, atrajo la atención y el reconocimiento de diversos medios internacionales y la solidaridad hacia la lucha de su país y el proceso revolucionario nicaragüense, que abarcó, y no con poca fuerza, a los sectores religiosos y ecuménicos estadounidenses.

Devino un obstáculo visible, creciente, que más que incomodar irritó a la oligarquía nacional, a las cúpulas del Ejército, y a la política hegemónica de los Estados Unidos, soporte de este régimen.

En el plano religioso no se sometió a las presiones de sus superiores de Roma, en circunstancias en que la lucha ideológica de la derecha eclesial necesitaba a ultranza contrarrestar las tendencias progresistas al interior de la Iglesia: la Teología de la Liberación, la iglesia popular, la participación del clero en los procesos políticos liberadores y la defensa de los derechos humanos.

Monseñor Oscar Arnulfo Romero hizo historia e ingresó para siempre en la lista de los mártires latinoamericanos por su valor y entrega a la causa de los pobres y desposeídos del continente,

y está vivo en la labor de la red de comités nacionales del “Secretariado Cristiano de Solidaridad Monseñor Oscar Arnulfo Romero”, con sede en México, a cuya labor estuvo consagrado hasta su muerte el obispo monseñor Sergio Méndez Arceo.

Su eliminación física agiganta su figura, la cual está presente en la lucha de nuestros pueblos por sus reivindicaciones y los cambios sociales, y en la victoria del pueblo salvadoreño que hizo posible el triunfo electoral del 15 de marzo de 2009 del candidato presidencial Mauricio Funes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Una nueva época de esperanza se abre en este pequeño país centroamericano. Monseñor Romero estaría presente una vez más en la conciencia de su pueblo si nuevamente tuviera que luchar para defender la conquista alcanzada.

Bibliografía

ALLARD, JEAN-GUY. “¿Cuándo se hará el inventario de los terroristas que radican en EE .UU.?” , *Granma*, La Habana, 22 en. 2010.

_____. “Montaner hace campaña en la prensa derechista para intentar limpiar su pasado terrorista”, *Ibidem*, 11 en. 2010.

BERNSTEIN, CARL. “La Santa Alianza”, *Time*, New York, Vol. 139, No. 8, 24 feb. 24 1992.

BOUCHEY, FRANCIS ROGER W. FONTAINE, DAVID C. JORDAN, GORDON SUMMER, y LEWIS TAMBS. *Documento Santa Fe I: las relaciones interamericanas, escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos*, In-

roducción Ronald F Ducsaí. Fuente Internet.

ERDOZAIN, PBRO. PLÁCIDO. *Monseñor Romero, mártir de la Iglesia Popular*, del Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica, 1980. (Colección Centroamérica)

EZCURRA, ANA MARÍA. *El Vaticano y la administración Reagan*, Ediciones Nuevomar, México, 1984.

Informe Rockefeller. Informe presentado al Presidente Richard Nixon por la Misión Presidencial de Estados Unidos a América Latina, que encabezó Nelson A Rockefeller, el día 30 de agosto de 1969.

MÉNDEZ ARCEO, MONSEÑOR SERGIO. “Testimonios sobre Monseñor Oscar Arnulfo Romero”, En Secretariado Cristiano de Solidaridad Monseñor Romero. *Documental San Romero de América*, México, 1985.

Monseñor Oscar Arnulfo Romero, a 25 años de su muerte, En Hunnapuh-Comentarios, 24 de marzo de 2005, hunnapuh.blogcindario.com/2005/03/00051/monsenor/oscar/arnulfo/romero/a/25/anos/de/su/muerte

Monseñor Romero: Problemas internacionales, IEPALA (Editorial), Madrid, España, 1989.

SECRETARIADO INTERNACIONAL DE SOLIDARIDAD OSCAR A. ROMERO. *Iglesia y liberación de los Pueblos*. Ediciones Nuevomar, S.A. de C.V., México D.F., 1984. (Colección Religión y Política)

Dos hallazgos recientes sobre las primeras imprentas en La Habana

Kenneth C. Ward, MLIS

Curador de libros Latino-Americanos de la Biblioteca John Carter Brown

Este artículo se inició con el modesto objetivo de presentar una transcripción de cuatro documentos que tratan de Francisco José de Paula, el segundo impresor en La Habana.¹ Sin embargo, al revisar la literatura secundaria, las bibliografías y los catálogos de bibliotecas, de improviso encontré un impreso de La Habana no registrado, ahora considerado la primera obra conocida producida en la isla. Como Ambrosio Fornet ha señalado, el hallazgo cambia lo poco que sabemos acerca de Juan Carlos Habré, primer impresor de La Habana.² Gracias a los documentos aquí presentados, lo que sabemos de los inicios de la imprenta en la Cuba cambia sustancialmente.

Huib Billiet Adriaansen se refiere a Habré como un “inmigrante sin fortuna” a la luz de sus pocos impresos sobrevivientes.³ Sin duda, él produjo otras obras efímeras, que no han llegado hasta nuestros días, y recién Emilio Cueto nos ha dado cuenta de una.⁴ Los impresos de Francisco José de Paula son también muy limitados, y las pruebas documentales, hasta ahora, también escasas. Con buena razón, Ambrosio Fornet ha denominado a este período como la “prehistoria” de la imprenta en La Habana.⁵

Este trabajo analiza el hace poco identificado impreso de La Habana y documentos localizados para argumentar que Habré y Paula no fueron impresores “sin fortuna”, al contrario, fueron empresarios que participaron en una variedad de actividades comerciales, dejando la labor de la impresión de libros en segundo lugar. Esta conclusión no disminuye la importancia de estos dos hombres ante Juan Pablos, Antonio Ricardo y José de Pineda Ibarra, los primeros impresores de México (1539), Perú (1584) y Guatemala (1660). De hecho, en mi opinión, los modestos comienzos de Habré y Paula en La Habana se asemejan mucho a los de Juan Pablos en México.

Juan Carlos Habré

Lo poco que conocemos de Juan Carlos Habré proviene sobre todo de la partida de matrimonio de su segunda boda, acontecida el 15 de enero de 1720.⁶ Nacido en Gante, Flandes, fue el hijo de Carlos Havrey Vito y Doña María Ma[...]. A pesar de que su edad no se especifica en el documento, es probable que años antes hubiera entrado en su mayoría de edad. No está claro cuándo llegó a La Habana, ni cómo ni dónde aprendió el arte de la imprenta. Su nombre no aparece en el Archivo

General de las Indias como pasajero a las Indias ni, como señala Billiet, en los registros de aprendizaje de la empresa de Cristóbal Plantin, impresor de Amberes. Su primera esposa, María Ralfe, había muerto algún tiempo antes, y el 15 de enero 1720 Habré se casó con María Teresa Hamble de Saint Malo, Francia, hija de Jorge Hamble y Margarita Bren. María Teresa también era viuda de su primer esposo, Juan Carlos Duet. Habré no se describe en este documento con el oficio de “impresor”, “mercader de libros”, o “librero”, y aunque esto puede haber sido un simple descuido del notario, en un momento en que los oficios fueron casi partes integrales de los propios nombres, la ausencia sugiere que Habré aún no se había involucrado en el comercio de libros.⁷

Si bien hay avisos de libros impresos en 1707 y 1720, no se ha podido encontrar ninguno hoy en día y pueden ser, en realidad, fantasmas bibliográficos.⁸ Hasta hace muy poco, solo tres impresos podrían estar fechados y vinculados con Habré, y todos ellos han sido muy discutidos en la literatura: *Tarifa general de precios de medicinas* de 1723, en poder de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, el ahora perdido *Meritos que ha justificado el licenciado Antonio de Sossa* de 1724, y las *Rúbricas general del Breviario Romano* 1727, custodiado por la Biblioteca Nacional de Chile. La Biblioteca Nacional de España acaba de catalogar lo que hoy es considerada la primera obra existente impresa por Habré: *La Novena en Devoción, y gloria de N. P. San Agustín*, reimpresso en La Habana en 1722, y este hallazgo cambia de manera significativa lo

que sabíamos de los primeros años de Habré. Desde las *Rúbricas...* de 1727, sabemos que en ese momento residía en frente de un tal Melchor Rodríguez, cerca de la iglesia del Espíritu Santo, y que su casa fue también una librería, sin embargo, la *Novena...* de 1722 lo ubica en la calle San Agustín (hoy Amargura).

Habré dedica la obra a su mecenas, el obispo de La Habana don Gerónimo de Valdés, y por ello podemos precisar más la fecha del impreso: 13 de enero de 1722.⁹ No sería exagerado sugerir que se trata de la obra inaugural de Habré, a la luz de su ubicación en la calle San Agustín, el propio impreso, una novena a San Agustín, y el hecho de que San Agustín de Hipona es el santo patrón de los impresores.¹⁰ En otras palabras, también puede ser vista como un acto simbólico de entrega al patrón espiritual de su oficio.

Billiet pronto publicará un artículo acerca de la *Novena...*, con especial atención a la tipografía, así que voy a hacer solo observaciones preliminares aquí. Además, no he tenido ocasión de examinar la *Novena...* en persona, a pesar de que la Biblioteca Nacional de España, con gran generosidad, me proporcionó imágenes digitales de la obra. Por tanto, las siguientes reflexiones deben tomarse como observaciones generales y reflexiones preliminares.

En la portada deja claro que la *Novena...* está “Reimpreso en La Habana”, “Con Las Aprobaciones Que Constan de dicha novena original”. Lamentablemente, parece que o Habré no incluyó esas aprobaciones cuando reimprimió la obra, o la copia existente es incompleta, pues en ninguna parte se encuentran. Mientras que la *Novena...*

se inicia en la página tres, con la primera hoja firmada con B, es probable que aparecieran, al menos, en la edición original de la obra, con la firma A. Dichas autorizaciones ayudarían a determinar si el ejemplar que se utilizó para producir la reedición fue impreso en México, Perú, España o en otro país. En lugar de la aprobaciones, Habré incluye una dedicatoria al obispo, su protector, Gerónimo de Valdés, y firma estas dos hojas con un calderón (¶).

La mención específica de “Con Las Aprobaciones Que Constan de dicha Novena Original” en la portada es importante. Las licencias para la impresión de libros se encontraba bajo los auspicios de las autoridades seculares. Sin embargo, cuando se refiere a los asuntos de la fe, los textos debían ser avalados por los censores eclesiásticos, llamados *calificadores*, nombrados por el Santo Oficio de la Inquisición. Además, si el autor era un clérigo secular o miembro de una de las órdenes religiosas, ya fuera un ordinario diocesano o un ordinario de la orden, necesitaba esa aprobación también.

El manuscrito debía ser entregado a las autoridades seculares, que a su vez lo distribuían a los clérigos y los calificadores de la Inquisición para su evaluación. Una vez aceptado, debía ser devuelto al virrey y se le permitía al autor entonces la impresión con el mandato de que los primeros ejemplares se enviaran para la comparación con el original. Cada página del manuscrito lleva la rúbrica de un notario para garantizar que se había presentado para el cotejo con la versión impresa. Si ambos textos coincidían, el virrey concedía su licencia, y junto a las otras se imprimían al igual que la portada

como los “preliminares” del libro. La anuencia de las autoridades religiosas y la censura de la Inquisición aseguraban que no había nada en el texto “Que deviene Nuestra Santa Fe Católica ni se oponga a las buenas costumbres”, y la licencia del virrey era como un sustituto para el Consejo de las Indias.¹¹

¿Cuáles son las implicaciones de este procedimiento de autorización para la impresión en La Habana? En Cuba había comisarios del Santo Oficio, pero no un tribunal. El más cercano era el de México, aunque la isla se decidió por el de Cartagena. Además, si bien en México existía imprenta desde 1539, en Cartagena no la hubo hasta 1809, y no es claro si los calificadores de esta ciudad estuvieran tan capacitados como para determinar los manuscritos que se imprimirían. Así, cualquier trabajo original de temas religiosos, como los sermones, por ejemplo, tendría que pasar por el proceso demorado, costoso y poco práctico de ser enviado a México o Cartagena, regresar a La Habana para su impresión, y luego ser enviado de nuevo a una de esas ciudades para verificarse que el texto impreso no se hubiera desviado del original. La *Novena...* de Habré, por el contrario, se imprimió a partir de un ejemplar ya aprobado, por lo tanto todo lo que se necesitaba era comparar el trabajo reimpreso con este, lo que podía haber sido realizado por una autoridad secular de la corona. En virtud de este régimen de licencias, tendría más sentido enviar obras originales para su impresión a México que a La Habana.¹²

Billiet ha discutido la acentuación extraña que aparece en la *Tarifa general de precios de medicinas*, impreso

por Habré en 1723, encontrando que extrañamente, las últimas páginas de esta obra no presentan vocales acentuadas con la misma frecuencia que aparecen en las páginas anteriores. Él sugiere que el autor pudo haber intervenido para corregir lo que podría haber asumido como la ortografía correcta.¹³ La *Novena...* de 1722 no presenta la extraña acentuación de la *Tarifa*, impresa a partir de un manuscrito original, mientras que la *Novena* se compuso como una copia directa de un impreso existente. En otras palabras, Habré tenía una guía para la correcta ortografía y acentuación de la *Novena...*, aunque no para la *Tarifa...*, razón por la cual la primera tiene menos errores.

La *Tarifa...* y la *Novena...* se encuentran impresas en formato “en cuarto”. Normalmente, con este formato, un impresor imprimía cuatro páginas a cada lado de una hoja, doblaba cada hoja dos veces y abría los tornillos doblados después de que el libro estaba acabado. Sabemos, sin embargo, que la *Tarifa...* se imprimió página por página, en otras palabras, un cuarto de una hoja a la vez, en lugar de la típica impresión a toda hoja. Los impresores con prensas pequeñas, insuficientes para aceptar una hoja de impresión completa, podían emplear media hoja, pero la impresión de la cuarta hoja, página por página fue poco común. La *Novena...* tiene una serie de pistas que sugieren que fue impresa de esta misma forma. El indicio más revelador sobre este respecto es la aparición de la cursiva “e” en casi la totalidad de los versos, pero no en los rectos. Esto indica que Habré tenía una caja de tipos muy limitada y que compuso el recto y el verso de cada página, las

imprimió, distribuyó el tipo, y luego repitió lo mismo en la siguiente página.

También en la *Novena...* uno encuentra la “ñ”, lo cual ha sido muy discutido por los bibliófilos. La impresión de páginas por secuencia, junto con una caja limitada de tipos, sugiere que Habré no tenía una prensa de libros, sino una simple prensa de encuadernar o de rodillo, utilizada para la producción de imágenes devocionales, naipes, etcétera. Siguiendo este argumento, la producción de libros por Habré sería la excepción y no la norma, y parece probable que si se produjeron otros artículos, fueron obras efímeras como invitaciones, avisos de muerte y similares que solo en raras ocasiones sobrevivían más allá de su utilidad momentánea.

Francisco José de Paula

Hasta ahora, se sabe poco acerca del segundo impresor en La Habana, Francisco José de Paula. Gracias a su partida de matrimonio, sabemos que nació en La Habana y sus padres fueron Juan Martín González y Doña Lorenza de Matos, y que casi con seguridad aprendió el arte de la impresión con Habré. El 1º de marzo de 1734 se casó con Rosa María de Lemos, también natural de La Habana, y el 3 de junio de 1735 pidió permiso del cabildo para abrir una prensa, que fue concedido el mismo día. La licencia del gobernador le fue entregada al día siguiente. Después le fue concedido el privilegio de impresión para el Tribunal de la Santa Cruzada, como lo evidencia su pie de impreso en el *Ordo recitandi officium divinum* por Martín de Ortega.¹⁴ Paula fue enterrado en la parroquia de San Cristóbal el 1º de septiembre de 1740.¹⁵

Solo tres de las obras de Paula han sobrevivido, dos de ellas son tesis universitarias. La más antigua, de Juan Bautista Solloso y Urrea, apareció en 1736 y Medina la encontró en el Archivo General de Indias. Medina data las dos obras restantes en 1741, a pesar de que claramente no podrían haber sido producidas más allá de agosto de 1740. Según Fornet, Paula vendió su imprenta a Manuel Azpeitia y abandonó el negocio. Este último parece haber impreso poco y vendió la prensa 30 años después a Esteban José Boloña. Si bien hay obras que aparecen en 1753 y 1756, estas no lleven pie de imprenta y, por tanto, no pueden ser asignadas a Azpeitia o a Blas de Olivos, aunque al parecer en 1757 este se había establecido ya definitivamente.¹⁶

Los cuatro documentos presentados en el apéndice arrojan mucha luz sobre la relativa escasez de impresos que se ven saliendo de la prensa de Paula. Los documentos son: un *poder de cobrar* concedido por José Bernardo de Hogal de México a Francisco José de Paula; una *obligación* de Paula a Hogal para la compra de la prensa, los tipos y otros artículos, y otros dos *poderes de cobrar* concedidos por Hogal a unos comerciantes en camino hacia, o residentes en La Habana.

José Bernardo de Hogal fue un impresor establecido en México desde 1721. En los primeros documentos donde aparece su nombre, al igual que Habré, en ningún momento se hace referencia a él como impresor o mercader de libros, ni siquiera como librero, lo cual sugiere que no había ejercido tal oficio en España o en el momento de su llegada a la Nueva España. Sin embargo, en 1728, tres de sus empleados

atestiguan que Hogal había producido los tipos necesarios para la impresión en griego y de música.¹⁷

En el primer documento del apéndice, del 16 noviembre de 1734, nos enteramos de que Francisco José de Paula es vecino de San Cristóbal de La Habana, y ya se le conoce como impresor y mercader de libros en esa ciudad. El poder que subvenciona a Paula una amplia gama de responsabilidades, aunque en gran medida las frases son fórmulas comparables con otros documentos, hace mención a la amplia gama de mercancías que Paula estaba manejando en nombre de Hogal, como “pesos de oro, plata, joyas, esclavos, mercaderías, semillas, ganados, libros y demás géneros y cosas”. La clientela de Paula, también siguiendo la fórmula, se mostró muy diversa, incluyendo a “[...] todas y cualesquiera personajes del estado, calidad, condición y que sean, conventos, comunidades, cofradías, hermandades, albaceas, herederos, depositarios, consignatarios, administradores, cajas Reales de bienes de difuntos, y de mas quien con derecho, pueda y deba [...]”.

Hogal también le da a Paula la facultad de perseguir medios legales para garantizar la colección: “Haga pedimentos, requerimientos, citaciones, protestas, súplicas, alegaciones, exhibiciones, prisiones, embargos, desembargos, venta, tronca, y remate de bienes de por tiempos, años, amparo y lanzamiento presente escritos y a de despachos gane señores saque recibe testimonios, de jure, y se aparto [...]”.

En otras palabras, se trata de un poder amplio que permite a Paula actuar como si fuera el mismo Hogal, es decir, “como actor personalmente

interesado”. Este contrato establece a Francisco José de Paula como agente en La Habana de José Bernardo de Hogal, y parece ser la formalización de una relación que había existido de manera informal desde hacía algún tiempo.

La obligación para la venta de la imprenta, Documento 2, tiene la fecha de 27 de enero de 1735, y en el texto Paula se compromete a pagar la suma de 4 310 pesos por “una porción de letra de imprenta, escudos, moldes, y demás a ella anexo como de diferentes libros, rezos, estampas, novenas, y otros papeles”. Aunque no se desprende de este pasaje que una imprenta estuviera en la compra, la hipoteca utilizada por Paula como garantía de las obligaciones contiene una referencia directa a ella. Junto con el precio de venta, podemos asegurar que la imprenta se incluyó. Dicho esto, sin embargo, la suma final de 4 310 pesos abarcaba elementos adicionales que Paula “tiene percibido en otras ocasiones”, y el documento no deja claro cuáles podrían ser. Por eso, sería inexacto decir que la imprenta, los tipos y ejemplares juntos alcanzarían tal cifra. En comparación, por ejemplo, la imprenta venerable de los descendientes de Juan de Ribera, con exclusión de los libros, se evaluó en 1719 en 1 552 pesos y consistió en dos imprentas valoradas en 150 pesos cada una, siete cajas de tipos por 1 050 pesos, escudos y otros elementos, más los materiales para la preparación de tinta, con un valor de 202 pesos.¹⁸

No sería razonable suponer que Paula compró en 4 310 pesos solo una tienda de dos prensas y amplios tipos de letra a la luz de sus pocos impresos sobrevivientes, y sí es mucho más pro-

bable que la gran parte de la suma se refiera a la mercancía previamente entregada y los “libros, rezos, estampas, novenas, y otros papeles” que serían utilizados como modelos para la reimpresión en La Habana.¹⁹ El pago inicial de la prensa se haría “para las primeras banderas que salgan de la puerto de dicha ciudad de La Habana para los reinos de Castilla”, es decir, cuando la flota de Indias regresara a España. Las condiciones de pago se especifican: una primera cuota de 500 pesos “de plata doble” y 1 000 pesos de azúcar u corambres, junto con el producto de los otros artículos vendidos entre 1734 y la salida de la flota. La cantidad restante se pagaría a plazos más tarde, según lo decidiera Hogal.

El apéndice del tercer documento es un poder de cobrar con fecha 9 de abril de 1735, correspondiente a la partida de la flota para España. De acuerdo con las condiciones de venta, el primer pago de Paula se debía. En el documento, Hogal da su poder primero al capitán don Manuel Méndez Hidalgo y después a don José Salvador Delgado,²⁰ comerciantes en camino a España, para recoger los 500 pesos en plata y los 1 000 pesos de azúcar o de corambres, junto con el producto adicional de las ventas de mercancías. Hogal especifica que la especie y los bienes deben ser entregados en Cádiz a don Pedro José [ilegible], o, si está muerto o incapacitado de otra manera, a don Martín de Castellanos,²¹ o a don Nicolás de Robles en Sevilla.

Parece, sin embargo, que la obligación no se pagó; el 2 de junio de 1736, Hogal concede otro poder de cobrar a don Francisco Antonio Barabe y a don Félix Francisco Ruiz de la Rosa, ambos residentes en La Habana (Documento

4). El poder es de carácter general, al igual que el inicial expedido a Francisco José de Paula y, tal vez concedido para superar este documento, aunque el de Paula no está explícitamente revocado. Pero además del poder general, Hogal manda al escribano a insertar la cláusula “y también confiere este dicho poder especial para que cobren de Don Francisco José de Paula impresor y vecino de la dicha Ciudad de San Cristóbal de La Habana”, y el texto incluye un traslado del documento de venta (Documento 2). Los términos del poder son bastante contundentes: “Y si para descubrir bienes y papeles fuere necesario ocurran a los Juzgados Eclesiásticos y pidan se les despachen censuras hasta la de Anatema”. El largo tiempo transcurrido en la producción de Paula, desde 1737 hasta 1740, de hecho puede ser el resultado de este poder, pues permite a Barabe y a Ruiz de la Rosa el poder de embargar la imprenta y/o encarcelar a Paula por no pagar sus deudas.

Conclusiones

Aunque sin duda es importante establecer una cronología, y renovar por un año los orígenes de la imprenta en La Habana resulta también significativo, en mi opinión, que sería mejor plantearse una cuestión más interesante: ¿por qué había, de algún modo, una imprenta en La Habana? Para confirmar lo expresado tanto por Fornet como por Billiet, es curioso que un extranjero como Habré intentara manejar su comercio como un impresor en una colonia lejana y aislada con materiales tan limitados. Para mí lo más probable es que tanto Habré como Paula estuvieron involucrados en muchas otras facetas comerciales, siendo quizás la impresión la menos significativa.

El primer impresor en México, Juan Pablos, fue enviado a allá por la empresa de los Crombergers no solo para actuar como un impresor, sino, como Clive Griffin ha argumentado, para ser su agente y administrar sus múltiples intereses. Después de un delegado anterior, quien no había llevado a ese país una imprenta y que había partido a las Filipinas, fue necesario el envío de una prensa a México junto con otro agente, Juan Pablos, para así establecerlos en la ciudad con raíces firmes.²² Francisco José de Paula estaba actuando así como representante de José Bernardo de Hogal, y Habré fue probablemente el de un comerciante también, tal vez el mismo Hogal. Había por lo menos alguna relación torcida entre Hogal y Habré. Ambos comenzaron a imprimir en 1722, por ejemplo, y en 1729 Hogal publicó un *Sermón panegyrico* de Antonio Sosa; Habré había impreso los *Meritos* de Sosa en La Habana cinco años antes. Billiet sugiere que la existencia del sermón impreso en México indica que la imprenta de Habré quizás había dejado de funcionar. Sin embargo, dado el régimen de aprobación arriba reseñada parece más probable que, como el *Sermón* fue una obra original sobre cuestiones de la fe, era más económico y más práctico tenerlo impreso en México en lugar de en La Habana.²³

Medina propone que la presencia de Habré en La Habana podría haberse debido al cambio de la dinastía española de los Austrias a los Borbones.²⁴ Pero no es necesario recurrir al cambio dinástico para dar cuenta de un comerciante flamenco en La Habana. Comerciantes flamencos, franceses, alemanes y hasta japoneses, ya circu-

laban y se establecieron en diversas partes del imperio español a principios del siglo xvii, y los comerciantes de Sevilla tenían amplias redes en toda Europa.²⁵ Por ejemplo, en su testamento, el librero Juan López Ramón que, en asociación con su suegro Antonio de Toro, fue uno de los más importantes exportadores de libros en Sevilla de la época, enumera sus deudas a libreros de Madrid y Barcelona, España; Lyon y París, Francia; así como de Amberes, en los Países Bajos.²⁶

Por otra parte, puede haber una explicación mucho más simple para la presencia de Habré en La Habana. Como André Lespagnol señala, los comerciantes de San Malo, Francia, lugar de nacimiento de la segunda esposa de Habré, participaron ampliamente en el comercio con Cádiz desde el siglo xvii, y John McNeill añade que en 1711 comerciantes de San Malo ofrecieron su asistencia para ayudar a mantener a los británicos fuera de México y Perú.²⁷ Es del todo razonable pensar que el matrimonio de Habré con María Teresa Hamble lo conectó (si no lo estaba ya) a una red de comerciantes que iba desde La Habana a Cádiz y a San Malo. Investigaciones en los archivos notariales de estas ciudades en documentos sobre Habré y Juan Carlos Duet, el primer marido de María Teresa de Hamble, podrían justificar esta conjetura.

Habré fue un extranjero, viviendo y trabajando en una colonia aislada, al igual que Juan Pablos, natural de Brescia en el norte de Italia, quien trabajaba para un impresor alemán en Sevilla, antes de establecerse en México. Pero en lugar de estar bajo contrato con un impresor metropolitano, como Pablos,

Habré parece haber actuado de una manera empresarial, con una prensa y caja de tipo poco adecuados, para tratar en negocios independientes y de este modo se convirtió en el primer impresor en La Habana.

Notas

¹ Agradezco a Ambrosio Fonet y a Huib Billiet Adriaansen por sus impulsos para la elaboración de este artículo; Karen Graubart, Elise Bartosik-Velez, y Elena Schneider por sus comentarios sobre versiones anteriores; Christina Soriano por su ayuda en la traducción; y Richard Nobel y Julian Martin Abad por las consultas bibliográficas. Los documentos se encuentran en los registros de escribano Toribio Fernández de Cosgaya en el Archivo Histórico de la Ciudad de México de Notarías, Escribano No. 137, Vol. 845 y 846; y Escribano No. 235, Vol. 1466.

² Fonet, Ambrosio. “Una renovada antigüedad”, *Granma*, La Habana, 28 en. 2010, p. 6.

Para un ensayo muy agudo sobre la historia del libro en Cuba, ver:

Sánchez Baena, Juan José. “Noticias sobre el mundo del libro en Cuba antes del desarrollo de la imprenta (1525-1763)”, *Contrastes. Revista de Historia*, Murcia, Universidad de Murcia, No. 9-10, 1994-1997, pp. 181-205.

³ Por lo que es, sin duda, la discusión más completa de Habré hasta la fecha, vea:

Billiet Adriaansen, Huib. “Carlos Habré: Un impresor de Gante en La Habana”, *Opus Habana*, N° 35, 5 dic. 2008, pp. 28-37.

⁴ Cueto, Emilio. “¿Los primeros versos impresos en Cuba?”, *Palabra Nueva*, La Habana, No. 197, jun. 2010, En <http://palabranueva.net/contens/1006/0001012-2.htm>. Visto 12 septiembre 2010.

⁵ Fonet, Ambrosio. *El libro en Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2002, p. 12.

⁶ Reeditado en: Trelles, Carlos Manuel. *Bibliografía cubana de los siglos xvii y xviii*, Habana, Imprenta del Ejército, 1927, p. 359.

⁷ Oficios se incluyeron con frecuencia tanto en los documentos civiles y religiosos relacionados con el matrimonio. Véase, por ejemplo, Hyde Egan de Warren, Patricia S. *Matrimonio en la Ciudad de México, 1568-1577. El Primer Libro de Matrimonios de la Catedral de México*, Morelia (México), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2007. p. 168, No. 837 y México. Archivo General de la Nación. Matrimonios, Vol. 33, Exp. 37, Fol. 155-157.

⁸ Aunque José Mariano Beristáin y Sousa afirma en su *Biblioteca Hispano Americana*. (Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883, t. 1, p. 31) que el tratado de Francisco González del Álamo sobre la salubridad de las carnes de cerdo de Cuba fue impreso en La Habana; un autor anterior, José Martín Félix de Arrate, afirmó que fue impreso en México. Ver: Arrate, Félix de. *Llave del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 14.

Véase también: Delgado García, Gregorio. “Dr. Francisco González del Álamo y Martínez de Figueroa, primer profesor universitario de medicina en Cuba”, *Educación Médica Superior*, La Habana, Vol. 14, No. 1, 2000, p. 88.

Del mismo modo, Bachiller afirmó haber localizado la *Carta de Esclavitud a la Santísima Virgen del Rosario* supuestamente impresa en La Habana en 1720, aunque indica que el “cero es un poco confuso”. Ver Trelles. *Bibliografía Cubana...*, t. 1, p. 120.

⁹ F.J.S.B. *Novena en Devoción, gloria y de N.P. San Agustín*, La Habana, Carlos Habré, 1722, pp. [1-4].

¹⁰ La librería y la imprenta del impresor mexicano Bernardo Calderón y sus descendientes se encuentra también en la calle San Agustín desde 1628 hasta 1747, por ejemplo.

¹¹ México. Archivo General de la Nación. Real Cédulas Duplicadas, Vol. 14, Exp. 805, Fol. 511v.

Sobre el procedimiento de concesión de licencias en México, véase Zúñiga Saldaña, Marcela. “Licencias para imprimir libros en la Nueva España, 1748-1770”, En Castañeda, Carmen y Myrna Cortés. *Del*

autor al lector, México, CIESAS, 2002, pp. 163-178.

Las leyes pertinentes se encuentran en la *Novísima recopilación de las leyes de España*, Madrid, 1805, Vol. 4, Libro VIII, Título XVI, pp. 122-148.

¹² Para la *Tarifa...* y los *Meritos...* impresos por Habré, y las tesis universitarias impresas por Paula, como obras puramente seculares, solo sería necesario el permiso de una autoridad secular de la corona, ya que no se ocupan de cuestiones de la fe. Las *Rubricas del Breviario Romano* por Habré y el *Ordo recitandi* por Paula son un poco más difícil de explicar, aunque es posible que, como en México antes de la llegada del Tribunal del Santo Oficio, los miembros del clero diocesano asumieran la función de calificadoros.

¹³ Billiet Adriaansen, H. “Carlos Habré...”. *Op. cit.* (3). p. 33.

¹⁴ Medina, José Toribio. *La imprenta en la Habana*, N. Israel, Ámsterdam, 1964. p. 11, No. 7.

¹⁵ Trelles, C. M. *Op. cit.* (6). pp. 359-360.

¹⁶ Fonet, A. *Op. cit.* (5). pp. 13-15.

¹⁷ Véase, por ejemplo, el poder concedido por Hogal a su esposa Rosa Teresa de Poveda en España. Archivo General de Indias. Contratación, 5473, N.2, R.5.

El testimonio del empleado se puede encontrar en Medina, José Toribio. *La Imprenta en México*, Israel Nico, Ámsterdam, 1965. t. 8, pp. 394-406.

¹⁸ México. Archivo General de la Nación. Civil, Vol. 2046, Exp. 5, Fol. 45v-46r.

¹⁹ Forneciendo Paula con varios ejemplares, ya aprobado por las autoridades seculares y religiosos, refleja el régimen de la licencia arriba reseñada.

²⁰ En una declaración en nombre del Hogal con fecha de 13 septiembre 1728, Delgado se describe como “[...] don Joseph Salvador Delgado, que es español, natural de los reinos de Castilla en la ciudad de Sevilla y vecino de esta Ciudad, soltero, Que asiste en la tienda de libros que tiene en esta ciudad [...]”. Medina *La Imprenta en México*, Vol. VIII. p. 401.

²¹ España. Archivo General de Indias. Contratación, 5469, N.3, R.18 y Contratación, 5470, N.2, R.90.

Ambas indican que él es un comerciante y agente que viajó a la Nueva España en 1717 y 1720.

²² Griffin, Clive. *The Crombergers of Seville: the history of a printing and merchant dynasty*. Oxford University Press, Oxford, 1988. pp. 92-95.

²³ Billiet Adriaansen, H. "Carlos Habré...". *Op. cit.* (3). pp. 31-32.

²⁴ Medina, J. T. *Op. cit.* (14). pp. XII-XIII.

²⁵ Pedro Ocharte, un francés de Rouen, se instaló en México donde se casó con la hija de Juan Pablos, haciéndose cargo de la imprenta de este último. En el Archivo Histórico de Notarías de la Ciudad de México, encontramos, por ejemplo, a un comerciante de Hamburgo haciendo la recaudación de deudas en la Ciudad de México (Escribano José Veedor, No. 685, vol. 4592, no foliada, 03 enero 1654) y a dos comerciantes japoneses establecidos en el barrio de San Juan (Esc. Hernando Araúz, No. 4, Vol. 9, Fol. 182v-184r).

²⁶ Archivo Municipal Histórico de Sevilla, oficio 19, Alonso Alarcón, Vol. 12914, Fol. 565r-569r.

²⁷ Lespagnol, André. *Señores de Saint-Malo: Une temps au élite négociante de Luis XIV*. Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 1997, pp. 403-494.

McNeill, Robert John. *Atlantic empires of France and Spain: Louisbourg and Havana, 1700-1763*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1985. p. 68.

Archivos

Archivo Histórico de Notarías (México)

Archivo General de la Nación (México)

Archivo General de las Indias (Spain)

Archivo Municipal Histórico de Sevilla (Spain)

Apéndices

Todos los documentos proceden del Archivo Histórico de Notarías de la Ciudad de México. Para las transcripciones, he modernizado en algo la ortografía y ampliado abreviaturas, aunque he respetado el texto del documento. [N. del A.]

Documento 1: Toribio Fernández de Cosgaya, Escribano (Esc.) 137, volumen (Vol.) 845, folio (Fol.) 395v.

Poder fecho: En la ciudad de México en diez y seis de noviembre de mil setecientos y treinta y cuatro años ante mi el escribano y testigos, Don Joseph Bernardo de Hogal, Impresor mayor del Reino y del Apostólico y Real Tribunal de la Santa Cruzada de el, vecino de esta ciudad que doy fe conozco, otorga que da su poder cumplido tan bastante quanto por derecho se requiera y sea necesario a don Francisco Joseph de Paula, vecino de la ciudad de San Cristóbal de Habana, impresor y mercader de libros en ella, generalmente para que en su nombre y representando su persona, derechos y acciones aya, reciba, demande, y cobre, judicial y extrajudicialmente, de todas y cualesquiera personas del estado, calidad, y condición que sean, conventos, comunidades, cofradías, hermandades, albaceas, herederos, depositarios, consignatarios, administradores, cajas Reales de bienes de difuntos, y de quien mas con derecho pueda y deba, todas las cantidades de pesos de oro, plata, joyas, esclavos, mercaderías, semillas, ganados, libros y demás genero y cosas que le deban y debieren por escrituras, vales, conocimientos, cuentas de libro, memorias, facturas, consignaciones, cartas misivas, o por otra cualquiera

razón, voz, o recurso, pidiendo quanta a quien las deban dar haciéndoles cargos, recibiendo su descargo, cobrando los alcances que resultaren dando de todo lo que recibiere y cobrarse los recibos, cartas de pago, finiquitos, lastos y cancelaciones que se le pidan con renunciación de leyes de la entrega, no siendo por ante escribano que de fe que aprueba y ratifica como si personalmente las otorgaran así mismo para en todos sus pleitos causas y negocios civiles y criminales que tenga o tuviere con cualesquiera persona del estado calidad y condición que sean contratando o negando, demandando y defendiendo como actor personalmente interesado a reo compareciendo en razón de todo lo referido ante todos lo jueces y justicias de su Majestad de ambos fueros y que con derecho deba y haga pedimento requerimientos, citaciones, protestas, suplicas, alegaciones, exhibiciones, prisiones embargos desembargos, venta tronca y remate de bienes de por tiempos, años, amparo y lanzamiento, presente escritos y a de despachos gane señores saque testimonios recibe, jure, y se aparto tache, y ... testigos en derechos y personas, suplique y apelo para donde y como le convenga y haga los demás autos y diligencias que judicial y extrajudicialmente importen que para todo en su anexo y dependiente le otorga este poder con libre y general administración y facultad le sustituirlo revocar sustitutos y nombrar otros de nuevo con la obligación y real...en derecho necesaria y lo firmo siendo testigos Joseph de la Cueva, Miguel Buitron y Antonio de Recuetos, vecinos de esta ciudad. Joseph Bernardo de Hogal. Ante mi=Toribio Fernández de Cosgaya, escribano Real y Publico

Documento 2: Toribio Fernández de Cosgaya, Esc. 137, Vol. 846, Fol. 34v-35v.

En la ciudad de México en veinte y siete de enero de mil setecientos y treinta y cinco años ante mi el escribano y testigos, don Francisco Joseph de Paula, vecino de la ciudad de la Habana, impresor en ella y residente en esta, que doy fe conozco otorga que debe y se obliga de dar y pagar a don Joseph Bernardo de Hogal así mismo impresor y vecino de esta ciudad y a quien su poder hubiere y derecho representare en cualquiera manera la cantidad de cuatro mil trescientos y diez pesos de oro común en reales procedida de una porción de letra de imprenta, escudos, moldes, y demás a ella anexo como de diferentes libros, rezos, estampas, novenas, y otros papeles que el dicho don Francisco ha recibido de presente y tiene percibido en otras ocasiones todo ello a precios corrientes de dar y recibir y de toda su satisfacción que le ha comprado hasta hoy día de la fecha en que han ajustado y liquidado las cuentas que han tenido y de ellas resulta en contra de otorgante la dicha cantidad de la cual y de lo que procede se dio por contento y entregado a su voluntad sobre que renuncia la excepción de pecunia leyes de la entrega su prueba y demás del caso y se obliga de darlos y pagarlos en esta manera: quinientos pesos en plata doble, un mil pesos en azúcar o colambre a precios corrientes de dar y recibir a el tiempo de feria y bien acondicionado todo ello en dicha ciudad de la Habana donde lo a de entregar a la persona o personas que el dicho don Joseph Bernardo de Hogal le ordenare por sus cartas, entendiéndose el que dicha entrega y paga ha de ser

para las primera Banderas que salgan de la puerto de dicha ciudad de la Habana para los reinos de Castilla con mas todo lo que el otorgante hubiere vendido y juntado desde el año próximo pasado de mil setecientos y treinta y cuatro hasta las dicha primeras Banderas de los dicho efectos que así se le han fiado y la restante cantidad cumplimiento a todos los dichos cuatro mil trecientos y diez pesos lo a de dar y pagar según fuere vendiendo dando todo lo que juntare para cada y cuando que el dicho don Joseph le ordenare el que entregue alguna o algunas cantidades sea en tiempo a Banderas o no lo sea y en caso de que por dicho don Joseph o por quien su derecho representare se le pida todo el resto por entero entonces ha de ser visto que de no tener los reales de su importe a de entregar su monto de lo que así fuere en los mismos efectos de que dimanen esta dependencia según y en la manera que los ha recibido por ser pacto que así tienen celebrado todo lo cual hará bien y llanamente sin pleito alguno con las costas y salarios de su cobranza en la forma acostumbrada por que también se le pueda ejecutar; y para mayor seguridad y firmeza de esta escritura y sin que la especial derogue a la general ni por el contrario hipoteca por especial y expresa hipoteca la dicha imprenta, escudos, moldes, y demás efectos que ha recibido para que todo este ligado y sujeto a la cantidad contenida en esta escritura, a cuya guarda, firmeza, y cumplimiento obligo u persona y todos los demás sus bienes habidos y por haber y con ellos se someto a el fuero y jurisdicción de las justicias de S. M. de cuales quier partes que sean en especial a las de esta ciudad, corte, y Real Audiencia,

de ella renunciando el suyo domicilio y vecindad, ley si convenerit las demás de su favor y defensa con la general del derecho para que le compelan y apremien como por sentencia pasada en cosa juzgada y estando presente el dicho don Joseph Bernardo de Hogal a quien así mismo doy fe conozco otorga que acepta esta escritura según y como se contiene para usar con ella de su derecho donde como y cuando le convenga y así la otorgaron y firmaron siendo testigos Joseph de la Fuente, Miguel Buitron, y Antonio de Recuentos, vecinos de esta ciudad= Francisco Joseph de Paula, Joseph Bernardo de Hogal, Ante mi=Toribio Fernández de Cosgaya, escribano Real y Publico.

Documento 3: Toribio Fernández de Cosgaya, Esc. 137, Vol. 846, Fol. 127r-128r.

Poder fecho: En la ciudad de México en nueve de abril de mil setecientos y treinta y cinco años ante mi el escribano y testigos, Don Joseph Bernardo de Hogal impresor del Apostólico y Real Tribunal de la Santa Cruzada en este Reino de Nueva España, vecino de esta ciudad que doy fe conozco otorga que da todo su poder cumplido bastante en derecho el que se requiera sea necesaria en primer lugar a el Capitán Don Manuel Méndez Hidalgo, y por su muerte ausencia u otro legitimo impedimento a Don Joseph Salvador Delgado, mercaderes ambos en esta corte y de próximo a viaje a los Reinos de Castilla en las presentes naos que están para salir a ellos para que en su nombre y representando su persona derechos y acciones hayan demanden reciban y cobren judicial y extrajudicialmente de Don Francisco Joseph de Paula vecino de la ciudad de San Cristóbal de la Habana

y de sus bienes albaceas y herederos y de quien mas en cualquier manera con derecho lugar aya a cantidad de un mil y quinientos pesos por los mismos que el suso dicho se obligo de dar y pagar a el otorgante en otra manera quinientos pesos en plata doble y los un mil restantes en azucares o colambres a precios corrientes y de su satisfacción y todo de dar y de recibir con mas todo lo ... vendido de los efectos que paran en su poder pertenecientes a el otorgante lo que quedo a pagar a primera Banderas que saliesen de la puerto de dicha ciudad de la Habana para dichos reinos de castilla como todo mas individualmente se percibe de la escritura que de mayor cantidad en su razón otorgo a los veinte y siete de enero pasado de este dicho año por ante mi de que doy fe cuya copia queda en poder del otorgante para en guarda de su derecho y cobra la demás cantidad que por ella consta quedársele debiendo de que otorgaron los recibos cartas de pago y demás instrumentos que se le pidan con renunciaciones de leyes de la entrega no siendo por ante escribano que de fe que aprueba y ratifica como si presente fuese a sus otorgamientos; y sabe y en razón de lo que dicho es puedan parecer ante cuales quier jueces y justicias de S. M. que con derecho deban y hagan pedimentos requerimientos protestaciones juramentos exhibiciones citaciones prisiones embargos desembargos venta ... y remata de vienes y toman posesión y amparo de ellos y con efecto hagan los demás autos y diligencias que judicial y extrajudicialmente importen; y contando que hayan dichos reales y efectos los llevaran con sus personas por cuenta y riesgo del otorgante a dichos Reinos

de Castilla y los entregan en la ciudad de Cádiz a Don Pedro Joseph ... y por su muerte u otro impedimento harán entrega de todo ello en la de Sevilla a Don Martín de Castellanos y por la de este a Don Nicolás de Robles, vecinos de dicha ciudad tomando recibo autentico del que los recibiera; que para lo mencionado y su dependiente le otorga este poder con libre y general administración facultad que lo puedan sustituir para todo o en parte revocan sustitutos y nombrar otros de nuevo y con la obligación y ... por derecho necesario y así lo otorgo y firmo siendo testigos Joseph de la Fuente, Miguel Buitrón, y Joseph de Quintana, vecinos de esta ciudad=entre renglones y de satisfacción: Vecino= Joseph Bernardo de Hogal. Ante mi=Toribio Fernández de Cosgaya, escribano Real y Publico. *Documento 4: Toribio Fernández de Cosgaya, Esc. 235, Vol. 1466, Fol. 117r-118v.*

Poder fecho: En la ciudad de México en dos de junio de mil setecientos y treinta y seis años ante mi el escribano y testigos Don Joseph Bernardo de Hogal impresor y mercader de libros en esta ciudad y vecino de ella que doy fe conozco otorga que da todo su poder cumplido tan bastante cuanto por derecho se requiera y sea necesario en primero lugar a Don Francisco Antonio Barabe, y por su muerte ausencia o otro legitimo impedimento a Don Félix Francisco Ruiz de la Rosa vecinos ambos de la ciudad de San Cristóbal de la Habana general para que en su nombre y representando su persona derechos y acciones puedan cada uno de los suso dichos en su lugar y grado nominados pedir y demandar recibir y cobrar judicial o extrajudicialmente de

todas y cuales quiera personas y de sus bienes, albaceas, herederos, depositarios, consignatarios, y de quien mas en cual quier manera con derecho lugar aya, todas las cantidades de pesos de oro, plata joyas; esclavos, mercaderías, cargazones, frutos de la tierra, ultramarinos y demás géneros y cosas que le deben y debieren por escrituras, vales, libranzas, encomiendas, confianzas, facturas, conocimientos, cuentas de libro, cartas misivas, y en otra manera y por otros recaudos, o sin ellos aunque ... no se declare, y de ello se deba hacer expresa mención por que debajo ... generalidad deja comprendida cualquier especialidad.= y también confiere este dicho poder especial para q cobren de Don Francisco Joseph de Paula impresor y vecino de la dicha Ciudad de San Cristóbal de la Habana y de sus bienes y de quien y con derecho puedan y deban la cantidad de cuatro mil treientos y diez pesos los mismos que se obligo a pagarle por la razón y causa y a los plazos que son cumplidos, y según consta de la escritura de obligación que en su favor otorgo a los veinte y siete de enero de el año próximo pasado de mil setecientos y treinta y cinco por Ante mi, que copiada a la letra de su original es como se sigue _____

[al margen] Obligación / En la ciudad de México en veinte y siete de enero de mil setecientos y treinta y cinco años ante mi el escribano y testigos, don Francisco Joseph de Paula, vecino de la ciudad de la Habana, impresor en ella y residente en esta, que doy fe conozco otorga que debe y se obliga de dar y pagar a don Joseph Bernardo de Hogal así mismo impresor y vecino de esta ciudad y a quien su poder hubiere

y derecho representare en cualquier manera la cantidad de cuatro mil treientos y diez pesos de oro común en reales procedida de una porción de letra de imprenta, escudos, moldes, y demás a ella anexo como de diferentes libros, rezos, estampas, novenas, y otros papeles que el dicho don Francisco ha recibido de presente y tiene percibido en otras ocasiones todo ello a precios corrientes de dar y recibir y de toda su satisfacción que le ha comprado hasta hoy día de la fecha en que han ajustado y liquidado las cuentas que han tenido y de ellas resulta en contra de otorgante la dicha cantidad de la cual y de lo que procede se dio por contento y entregado a su voluntad sobre que renuncia la excepción de pecunia leyes de la entrega su prueba y demás del caso y se obliga de darlos y pagarlos en esta manera: quinientos pesos en plata doble, un mil pesos en azúcar o colambre a precios corrientes de dar y recibir a el tiempo de feria y bien acondicionado todo ello en dicha ciudad de la Habana donde lo a de entregar a la persona o personas que el dicho don Joseph Bernardo de Hogal le ordenare por sus cartas, entendiéndose el que dicha entrega y paga ha de ser para las primera Banderas que salgan de la puerto de dicha ciudad de la Habana para los reinos de Castilla con mas todo lo que el otorgante hubiere vendido y juntado desde el año próximo pasado de mil setecientos y treinta y cuatro hasta las dicha primeras Banderas de los dicho efectos que así se le han fiado y la restante cantidad cumplimiento a todos los dichos cuatro mil treientos y diez pesos lo a de dar y pagar según fuere vendiendo dando todo lo que juntare para cada y cuando

que el dicho don Joseph le ordenare el que entregue alguna o algunas cantidades sea en tiempo a Banderas o no lo sea y en caso de que por dicho don Joseph o por quien su derecho representare se le pida todo el resto por entero entonces ha de ser visto que de no tener los reales de su importe a de entregar su monto de lo que así fuere en los mismos efectos de que dimanen esta dependencia según y en la manera que los ha recibido por ser pacto que así tienen celebrado todo lo cual hará bien y llanamente sin pleito alguno con las costas y salarios de su cobranza en la forma acostumbrada por que también se le pueda ejecutar; y para mayor seguridad y firmeza de esta escritura y sin que la especial derogue a la general ni por el contrario hipoteca por especial y expresa hipoteca la dicha imprenta, escudos, moldes, y demás efectos que ha recibido para que todo este ligado y sujeto a la cantidad contenida en esta escritura, a cuya guarda, firmeza, y cumplimiento obligo u persona y todos los demás sus bienes habidos y por haber y con ellos se someto a el fuero y jurisdicción de las justicias de S. M. de cuales quier partes que sean en especial a las de esta ciudad, corte, y Real Audiencia, de ella renunciando el suyo domicilio y vecindad, ley si convenerit las demás de su favor y defensa con la general del derecho para que le compelan y apremien como por sentencia pasada en cosa juzgada y estando presente el dicho don Joseph Bernardo de Hogal a quien así mismo doy fe conozco otorga que acepta esta escritura según y como se contiene para usar con ella de su derecho donde como y cuando le convenga y así la otorgaron y firmaron siendo testigos Joseph de

la Fuente, Miguel Buitron, y Antonio de Recuentos, vecinos de esta ciudad= Francisco Joseph de Paula, Joseph Bernardo de Hogal, Ante mi= Toribio Fernández de Cosgaya, escribano Real y Publico. _____

[al margin:] Prosigue = el poder
Concuerta con la escritura original de adonde se saco que queda en su registro e que me remito; y usando de ella los dichos apoderados, puedan ejecutar o ha cobranza tomando cuentas, así a el dicho Don Francisco Joseph de Paula, como a las demás personas, que en cualquier manera se las deban dar, haciéndolas cargos, recibiendo su descargos, justos, y competentes y a derecho conformes, nombramientos contadores y terceros en caso de discordia, haciendo que las otras partes los nombren, y en su rebeldía la Real Justicia de Oficio tachando y adicionando partidas y cantidades y abonando otras de nuevo, cobrando los alcances que resultaren, dando de todo cuanto en virtud de este poder recibieren, y cobraren, los recibos, cartas de pago, finiquitos, lastos, y cancelaciones, y los demás instrumentos que se les pidan, renunciando en lo necesario ... excepción y leyes de pecunia y otras que se deban repunción; y sobre y en razón de lo que dicho es y demás que se ofreciere cobrar, hacer, pedir, y conseguir pueden parecer ante cuales quier jueces y justicias de S. M. de ambos fueros y q con derecho deban, y hagan pedimentos, requerimientos, protestas, juramentos ejecuciones, citaciones, prisiones, embargos, y desembargos de vienes, tomar posesione, y amparos, sacar escrituras y otros instrumentos hacer informaciones y probanzas. Presentar testigos, escritos, y otro genero

de prueba, pedir y renunciar términos, tachar y contradecir lo en contrario presentado, dicho y alegado concluir pedir y oír autos y sentencias interlocutorios y definitivas apelar y suplicar y seguir la apelación y suplicación para adonde con derecho debieren. y si para descubrir bienes y papeles fuere necesario ocurran a los Juzgados Eclesiásticos y pidan se les despachen censuras hasta la de Anatema que hagan leer publicar e intimar sacar los testimonios de sus revelaciones que presenten en parte de pruebo, y con efecto hagan todos los demás actos, autos, agencias y diligencias que judicial y extrajudicialmente importen, que para lo mencionado y su de pendiente les da este poder con libre fianza y general administración y facultad que lo puedan substituir para todo o en parte revocar substitutos y nombrar otros de nuevo, y que los tales substitutos lo puedan substituto lo puedan substituir en otros. y con le relevación y obligación por derecho necesarias; y cobrado que dichos apoderados hayan así los referidos cuatro mil treientos y diez pesos de el dicho Don Francisco Joseph de Paula, como las demás cantidades que el otorgante les diere orden ejecuten con ellas lo que por sus cartas misivas e instrucciones les avisare y lo firmo siendo testigos Don Joseph Leonardo Rodríguez Don Joseph de Quintana y Bernardo Zambrano, vecinos de esta Ciudad= Joseph Bernardo De Hogal [rubrica] Ante mi= Toribio Fernández de Cosgaya [rubrica] escribano Real.

RaRO & ValiosOS

colección · facsimilar

Esta colección pretende rescatar a partir de ediciones facsimilares la colección de Raros y Valiosos perteneciente a la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí.



*El Año 2440, el sueño de los sueños, ¿lapsus o cambio intencional en *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier?*

Rafael Rodríguez Beltrán

Investigador de la Fundación Alejo Carpentier

"Se daba cada cual a leer lo que le pareciera: periódicos de otros días, almanaques, guías de viajeros, o bien una Historia Natural, alguna tragedia clásica o una novela nueva que se robaban a ratos, cuya acción ocurría en el año 2240 [...]".

ALEJO CARPENTIER

El siglo de las luces. Capítulo III

I

¿Hacia dónde se dirige la mirada de nuestro narrador? O, acaso más importante: ¿hacia dónde quiere que volvamos nuestra mirada? La respuesta a esas preguntas es siempre crucial cuando nos enfrentamos a la lectura de una novela de Alejo Carpentier. Una alusión como la del epígrafe bajo el cual se escribe este artículo ni es fortuita ni pretende simplemente contribuir a la ambientación de la novela, si bien ese efecto no carece de importancia. Pero finaliza el siglo XVIII, estamos leyendo una obra cuyo título nos remite, entre otras muchas cosas, a un mundo poblado de verdaderas obras maestras del pensamiento universal, por lo que la novela que se disputan los jóvenes muy bien pudo ser alguna de las creaciones monumentales de los grandes del iluminismo francés. Pudo serlo en efecto: ahí están las deliciosas

Cartas persas de Montesquieu, la sórdida *Religiosa* de Diderot, el simpático *Cándido* de Voltaire, la lacrimógena *Julie* de Rousseau y, en un plano menos filosófico, pero igual de valioso, la equívoca *Historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut* del abate Prévost, o las terribles *Amistades peligrosas* de Laclos y, ¿por qué no?, los moralizantes *Pablo y Virginia* contrapuestos a algunos de los más inmorales personajes del marqués de Sade. Así pudo ser pero no lo fue. Esteban, Carlos y Sofía están leyendo una novela de anticipación que no puede ser otra que aquella que tantos elogios, pero también denuestos, trajo a su autor, Louis Sebastien Mercier: *El año 2440, el sueño de los sueños*. ¿Es realmente así? ¿Por qué?

II

Detengámonos brevemente en algunos datos sobre este autor poco conocido

que nace en París en el año 1740. Si el padre logra cierto capital bruñendo metales en su modesto comercio del Quai des Écoles, el hijo, que ha podido acceder a una correcta educación, contribuirá, en cierta medida a dar brillo con su pluma al teatro francés. En 1760 es profesor de Retórica en Burdeos. Ha escrito algunos poemas y ensayos recibidos con general beneplácito, por lo que pronto abandona las ocupaciones académicas para dedicarse por entero a la literatura: su primera novela *El salvaje* (1767) y su primera obra teatral *Jenneval o el Barnevelt francés* obtienen algún éxito. En los años siguientes su producción dramática se enriquece. Por esta época inicia una duradera amistad con Juan Jacobo Rousseau. Aunque el teatro es su modo de expresión primordial, no abandona la narrativa, de manera que en 1771 publica su novela de anticipación *L'an 2440, rêve s'il en fut jamais* (*El año 2440, el sueño de los sueños*). Las críticas favorables y desfavorables no se hacen esperar. Más adelante abundaremos en las causas. Por el momento, prosigue con su carrera de escritor dramático, pero en sus ensayos deviene también teórico de este género. En 1775 publica y estrena, no sin alguna dificultad, una obra que le asegurará un espacio en la posteridad: *La brouette du vinaigrier* (*La carretilla del vinagrero*). Mercier, que junto a Sedaine es heredero directo de los postulados teóricos relativos al teatro concebidos por Diderot, pero más exitoso que este último en las tablas, gracias a la mencionada obra comparte con Sedaine y su *Filósofo sin saberlo*, el mérito de triunfar en el espinoso terreno del recién estrenado “drama burgués”.

Entre 1881 y 1888 publica los 12 volúmenes del *Tableau de Paris* (*Retrato de París*), documento obligado para todo el que quiera estudiar la vida de esa capital en las últimas décadas del siglo XVIII; esta obra acrecienta su popularidad, aunque no dejó de traerle serios problemas con las autoridades que lo obligaron a refugiarse en Suiza. No obstante, desde 1882 disfruta de una pensión que le ha concedido la reina María Antonieta, pero no hay que extrañarse: la inquilina del Pequeño Trianón manifestaba, como es sabido, una personalidad indócil y transgresora, así como una notoria inclinación por los autores más contestatarios.

Durante la revolución, Mercier se afilia a los jacobinos, si bien pronto rompe sus vínculos con estos. Sigue publicando en revistas y produciendo para el teatro. Es diputado a la Convención en 1792. Vota por la cadena perpetua para Luis XVI (no hay que olvidar que, consecuente con las ideas de Beccaria, se opone, en principio, a la pena capital). El 31 de mayo de 1793 es detenido junto a otros 72 diputados y el 9 de termidor le devuelve la libertad. Durante el directorio será miembro del Consejo de los Quinientos.

En 1797 se publica una nueva edición aumentada del Año 2440 y en 1800 verán la luz los seis volúmenes de su Historia de Francia. Cuando se proclama el Imperio, Mercier se mantendrá fiel a sus posiciones republicanas; la declaración pública de sus convicciones le vale una amenaza de arresto. Mercier, que ha llevado una vida de verdadero intelectual comprometido *avant la lettre*, muere en 1814, cercano a los 74 años, pocos días después de la primera restauración.

¿Qué lo distingue de aquellos otros, mucho más reconocidos? Justamente su itinerario político y revolucionario, que los grandes no siempre llevaron a cabo de manera tan intensa por razones perfectamente explicables en cada caso (la mayor parte de ellos fallece antes de 1789). Tal vez la selección de este autor por parte de Alejo Carpentier se deba en cierta medida a esta implicación de Mercier en el torbellino revolucionario que lo acerca en cierta medida a algunos de los personajes que atraviesan las páginas de *El siglo de las luces*.

III

Hablemos ahora de la obra que tanto interés despertó entre los jóvenes criollos. La novela *El año 2440, el sueño de los sueños*, heredera de la tradición utópica de More, Campanella, Morrelly y Restif de la Bretonne, y cuyo autor, varias décadas más tarde trató de presentar como una profecía de la Revolución Francesa, muestra la imagen racionalizada de una construcción futura del progreso y del movimiento iluminista al que este autor se asocia en cuerpo y alma. El narrador, luego de tener una sombría conversación con un anciano inglés, se queda dormido para despertar en un mundo onírico que lo traslada a París 672 años después. Obsérvese que si el narrador se sitúa en 1768 —la novela se terminó de escribir en 1770—, esa cantidad de años nos remite, entonces, sin duda alguna al año 2440. La mudanza que se ha producido es trascendental y se ha alcanzado al fin la felicidad. París, ciudad higiénica y majestuosa, ha logrado librarse del desorden y de la oscuridad que la caracterizaban durante el anti-

guo régimen; sus habitantes disfrutaban ahora de una urbanización racional (Mercier no puede saberlo, pero aquí la profecía va mucho más lejos, ya que nos sitúa en el París de Haussmann, durante el segundo imperio, casi un siglo más tarde). Sus habitantes viven de acuerdo con los principios expuestos en el Emilio de Rousseau. Triunfan la igualdad y la libertad (más realista que los patriotas de 1789, Louis Sebastien prefiere no abordar el tema de la fraternidad). No elimina la religión, pero se propone una versión muy simplificada de esta. Los escritores considerados poco provechosos son reducidos a un mínimo de informaciones contenidas en un pequeño volumen; sin embargo, se difunden las obras de Fenelón, Rousseau, Beccaria, Shakespeare... (Al exaltar la importancia del bardo inglés, Mercier, sin dudas se adelanta también al redescubrimiento de este autor que reivindicarán los románticos casi medio siglo después de publicada su novela). El soberano (pues Mercier no lo elimina) es una suerte de sabio que está sometido a leyes de carácter democrático. La actividad económica fundamental es la agricultura, que logra satisfacer las necesidades de la población. El lujo ha desaparecido. No hay esclavitud. No hay guerras. Queda claro, pues, en la polémica acerca de esta novela, quiénes la elogian y quiénes la execran en el marco de una sociedad que va camino del estallido revolucionario de 1789. Y volviendo a las lecturas de aquellos jóvenes de la casona habanera, se puede presuponer que la de esta novela, por ser mucho más directa, abona un terreno que será muy favorable para la germinación de las ideas que van a trastornar la vida de

los protagonistas cubanos, una vez que respondan a los simbólicos aldabonazos del capítulo siguiente.

IV

En los archivos de la Fundación Alejo Carpentier y en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí pueden consultarse numerosos documentos que permiten trazar la génesis de *El siglo de las luces*, lo que nos hace posible hurgar en la alusión indirecta a Louis Sebastien Mercier y a su novela de anticipación 2440, el sueño de los sueños. Entre los documentos preparatorios se encuentra un sobre que contiene cierto número de tarjetas con observaciones relativas al contexto socio-cultural de fines del siglo XVIII, una de las cuales indica determinadas referencias que obviamente indican diversos textos que el escritor se propone revisar. En relación con el tema que nos ocupa, esa tarjeta contiene la siguiente nota manuscrita: “Pág. 16 Resumen del año 2440 de Mercier”.

Por otra parte, en “La bibliografía de *El siglo de las luces*” de Araceli García Carranza, en la sección I. Bibliografía Complementaria, encontramos en el asiento correspondiente a Mercier, la información siguiente:

MERCIER, LOUIS SEBASTIAN (sic). L’an deux mille quatre cent quarante. Rêve s’il en fut jamais... Londres, 1771, 416 p.

Y le sigue una breve reseña sobre el autor. De tal manera podemos constatar que en la preparación de la obra, Carpentier mantiene el título de Mercier, con el añadido de que, si las ediciones francesas presentan el título con cifras, como lo escribe de su puño y letra nuestro novelista, la edición que al parecer consultó, lo presenta con letras,

lo que aleja la posibilidad del *lapsus calami* al menos en esta primera etapa en la que Carpentier, en pos de la exactitud histórica busca, refresca, precisa, actualiza información sobre acontecimientos históricos, artísticos, literarios y datos acerca de la vida cotidiana de ese período histórico. Con relación a esto último, es interesante señalar que otros documentos (notas y fichas) preparatorios revelan que Carpentier consulta también un texto ya clásico para los estudiosos de la época. Se trata de *La vie quotidienne sous Louis XVI (La vida cotidiana en Francia durante el reinado de Luis XVI)* de Charles Kunstler. Este libro, conservado en la biblioteca personal de Carpentier, es la vigésima edición, de 1950, y fue muy consultado por el escritor, como lo evidencian las innumerables marcas que dejó entre sus páginas. Un estudio de la preparación del novelista para *El siglo de las luces* no puede obviar la lectura de esta obra en la cual el autor de *El Año 2440* es citado profusamente. No en balde el propio Kunstler, al presentar la bibliografía consultada declara: “[...] en lo que respecta a París, una obra se impone antes que cualquier otra a la curiosidad del historiador; se trata del famoso *Retrato de París* de Sebastien Mercier”.

V

Con relación a la construcción del pasaje que nos ocupa, debe señalarse en primer lugar que, de acuerdo con los documentos revisados, en un principio la novela de Mercier no era mencionada. Las lecturas de los tres jóvenes eran otras:

En los caminos y mesetas, escondrijos y puentes, se hojeaban viejas

colecciones de periódicos, o se miraban reproducciones de cuadros al nuevo estilo, estampas de viajes que llevaban de los castillos de la Loire al Kremlin, de los monjes de Monte Athos a los caníbales de la Polinesia, cuando Esteban, subido en alguna cumbre, no remedaba impíamente las monsergas de algún predicador conocido, glosando un encendido versículo del Cantar de los Cantares para divertirse con el enojo de Sofía, que se tapaba los oídos y gritaba que todos los hombres eran unos cochinos.

Entonces, en algún momento, se produce una modificación: Carpentier, tacha todo el pasaje donde se precisan las lecturas, añade a mano en el margen derecho de la página una variante y señala, con una flecha, que debe incluirse después de “escondrijos y puentes”, en lugar de lo tachado. La variante es la siguiente: “Se daba cada cual a leer lo que le pareciera: periódicos de otros días, almanaques, guías de viajeros, o bien una Historia Natural, alguna tragedia clásica o una novela nueva que se robaban a ratos, cuya acción ocurría en el año 2240, —cuando...”.

No podemos saber si en ese momento Carpentier tenía ante sí las notas relativas a la novela de Mercier o estaba refiriéndose a ella de memoria. Lo que sí me parece evidente es que, si el primer 2 se escribe con letra muy firme, hay cierta vacilación en el trazado del segundo 2 (¿vaciló la mano o decidió hacer un cambio o no recordó el número exacto?) para luego continuar con caligrafía muy regular al añadir el número 40. Si es un error, sería muy comprensible, ya que, por una parte, en el título original una de las dos cifras se

repite, pero es el 4, no el 2; y por otra, y sobre todo, porque una vez situados en el siglo XVIII (e incluso a mediados del XX) el hecho de ambientar la novela en una fecha posterior al año 2000 asegura una considerable anticipación; luego, que sea el siglo XXIII o el siglo XXV, puede resultar un tanto inmaterial. Pero acaso esto sea pura especulación. Veamos el manuscrito siguiente. En él ya se recoge el segmento añadido, tal y como será publicado en la primera edición de 1963. Este documento refleja un cuidadoso trabajo de revisión en el cual se han corregido errores mecanográficos, se han modificado palabras y otras variantes. No obstante, la fecha que nos ocupa no fue modificada, y ello justifica la interrogante que da título a este artículo y cuya respuesta, si la hay, es de difícil fundamentación. Lo cierto es que en toda la novela, donde abundan las alusiones a un sinnúmero de acontecimientos históricos, títulos de obras literarias y musicales y tantos otros datos correspondientes a la época donde se desarrolla, no es fácil detectar cambios o imprecisiones semejantes a la que se aborda en estas páginas, todo lo cual nos inclinaría a pensar en un lapsus y no en un cambio.

VI

Pasemos ahora, con relación al aspecto que nos ocupa, a la historia de las ediciones de *El siglo de las luces*. Al parecer, para la primera edición se trabajó con la última variante mencionada, que conserva la Biblioteca Nacional de Cuba (CM Carpentier N° 18), puesto que se puede apreciar que se han tenido en cuenta los arreglos manuscritos. Por lo tanto, desde la primera edición cubana hasta la actua-

lidad la lección válida ha sido 2240. Esto explica que las ediciones en castellano realizadas en otros países hayan mantenido esa fecha (aunque a priori pareciera un tanto ocioso, se revisaron más de 20 ediciones); consecuentemente, las ediciones realizadas en otros idiomas han conservado también la fecha de 2240 (se revisaron ediciones en francés, inglés, ruso, alemán, italiano...). De todas estas diferentes publicaciones, es pertinente que nos refiramos a la edición de *El siglo de las luces* que publicara AKAL (Madrid) en el año 2008. Esta edición, crítica, estuvo a cargo del especialista Luis Martul Tobío y en su página 206 aparece el pasaje objeto de nuestra indagación; el editor declara textualmente al pie de página en su nota N° 14 lo siguiente: “El narrador se refiere a la novela de Louis Sebastien Mercier, de 1777, An 2240, rêve s’il en fut jamais”. No es fácil explicarse esta nota: el crítico, que tanto en su introducción como en el resto de las más de 300 notas revela un prolijo trabajo, ha decidido mantener un título erróneo, respetando así a ultranza la lección carpenteriana o ha incurrido en igual lapsus de forma involuntaria. Acaso no sea error inicial del crítico, y la equivocación se situaría entonces en el proceso tipográfico, que posteriormente, al menos en esta página, no fue objeto de una revisión acuciosa. Por otra parte, si es cierto que la novela de Mercier disfruta de numerosas reediciones, la primera es de 1771. La que consulta Carpentier es de este año, según la bibliografía elaborada por García Carranza. Una edición muy interesante es la que se publica en 1797, después de la tormenta revo-

lucionaria, pues en ella Mercier, según los comentaristas, introdujo algunas modificaciones de importancia. Por lo tanto, la fecha de 1777 que brinda este editor es un tanto discutible: ¿se refiere a la de 1771 o a la de 1797?

VII

Este recorrido ha resultado interesante y enriquecedor, pero acaso no tanto por el descubrimiento de la modificación o el lapsus, que ya de por sí puede resultar significativo, sino por el hecho incuestionable de que Carpentier, como solía hacer, ha querido que el lector dirigiera su mirada hacia una obra considerablemente transgresora para su época, que en manos de estos jóvenes criollos prepara en cierta medida el decurso de los acontecimientos en los cuales se verán implicados. Y nos remite asimismo a su autor, Louis Sebastien Mercier, escritor de modestos laureles, aunque de temperamento dinámico; periodista, dramaturgo y novelista, personalidad contestataria, hombre de firmes principios republicanos, de vida azarosa, de ejecutoria comprometida y consecuente con la vida política de su tiempo, inserto de lleno en la vorágine revolucionaria como algunos de los personajes que van a poblar las páginas de *El siglo de las luces*. La influencia del hombre sobre todo a través de su obra es algo que sin dudas Alejo Carpentier quiso sugerirnos. ¿Quién sabe si ese “algo” que Sofía se imponía hacer no guardara relación con la imagen del París utópico que Mercier había previsto para un futuro que situó en el año de 2440, pero que nuestro novelista consciente o inconscientemente trasladó para el de 2240?

Bibliografía

BEAUMARCHAIS, JEAN PIERRE DE, DANIEL

COUÏY Y REY ALAIN. *Dictionnaire des écrivains de langue française*, Larousse, Paris, 2001.

CARPENTIER, ALEJO. *El siglo de las luces*, Edición de Luis Martul Tobío, AKAL, Madrid, 2008.

_____. *El siglo de las luces*, Ediciones R, La Habana, 1963.

GARCÍA CARRANZA, ARACELI. “Bibliografía de *El siglo de las luces*”, *Imán*, La Habana, Año I, 1983.

KUNSTLER, CHARLES. *La vie quotidienne sous Louis XVI*, Hachette, Paris, 1950.

MERCIER, LOUIS SEBASTIEN. *L’an deux mille quatre cent quarante. Rêve s’il en fut jamais*, Londres, 1771.

_____. *La brouette du vinaigrier*, Larousse, Paris, 1972.



El generalísimo Máximo Gómez y su lucha contra la injerencia del imperialismo de los Estados Unidos en Cuba

Carmen Gómez García
Historiadora

La genialidad de Máximo Gómez como estrategia militar ha sido reiteradamente reconocida por amigos y enemigos desde el siglo XIX hasta nuestros días. Por lo tanto, no es necesario insistir en lo que ya está ampliamente probado.

Me propongo en esta ocasión indagar en otras facetas de sus actividades revolucionarias en las cuales la historiografía no ha penetrado con suficiente profundidad y tratar de demostrar, haciendo uso de la documentación existente, todo el empeño que siempre puso en evitar que los Estados Unidos intervinieran en los asuntos internos de Cuba, porque no confiaba, al igual que José Martí y Antonio Maceo, en que la “ayuda” que prometían fuera en verdad desinteresada.

Ningún estudioso de la historia de Cuba desconoce que desde comienzos del siglo XIX los Estados Unidos trataron por diversos medios, entre ellos la compra y la anexión, de apoderarse de Cuba sin lograrlo, y ante el fracaso de sus gestiones se dispusieron a esperar la ocasión propicia y se esforzaron en crear las condiciones para alcanzar sus objetivos.

En enero de 1897 planificaron una de ellas. En las Actas del Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas que se conservan en el Archivo Nacional de Cuba, en la sesión celebrada el día 5 del mismo mes y año, se recoge la preocupación de sus miembros al conocer del mensaje que el presidente Cleveland dirige al Congreso de los Estados Unidos donde manifiesta su inquietud por la situación existente en Cuba en el campo insurrecto pues “[...] se supone que el gobierno de Cuba ha renunciado al ejercicio de sus funciones propias del mismo a instancias del General en Jefe”.¹

Como es evidente, esta declaración tiene un carácter eminentemente injerencista pues deja entrever que en el campo insurrecto cubano tal hecho provocaría una situación de anarquía e indisciplina y ello podría justificar la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Cuba. Por tal motivo, el Consejo de Gobierno demanda de Máximo Gómez que “[...] haciendo honor a la verdad y a la justicia haga manifestaciones públicas de la inexactitud del párrafo del mensaje [...]”.²

A Máximo Gómez no se le escapa la gravedad del asunto y pese a que en esos momentos sus relaciones con el Consejo de Gobierno son bastante tensas, se apresura a darle respuesta a ese infundio en un manifiesto suscrito en El Saltadero, Sancti Spiritus, con fecha 15 de enero de 1897. En él, entre otras cosas, expone:

Este Consejo de Gobierno podrá merecer del presidente Cleveland la consideración que él le otorgue, pero será y es para todos los cubanos en armas la autoridad supremamente constituida, a los fines que ellos mismos, libres y espontáneamente, definieron y proclamaron. No es cierto que el “Comandante en Jefe del Ejército Insurrecto” haya instado al Gobierno cubano, para que renuncie a ejercer sus funciones que como privativamente suyas le fija nuestra Constitución, ni que el Consejo de Gobierno haya abandonado de hecho sus funciones.³

Este manifiesto fue enviado de inmediato al Consejo de Gobierno que lo aprobó sin discusiones y ordenó su más amplia circulación. Se había frustrado así, al menos por el momento, la posibilidad de que el gobierno de los Estados Unidos interviniera en los asuntos de la guerra de Cuba contra España.

Poco más de un año después, el 15 de febrero de 1898, intentan de nuevo intervenir en los asuntos de Cuba y en esta ocasión alcanzan su objetivo. Ese día hacen explotar en la bahía de La Habana el acorazado *Maine* de la Marina de Guerra de los Estados Unidos y el gobierno de ese país responsabiliza al gobierno español del hecho, lo que

le sirve de pretexto para declararle la guerra a España y desembarcar sus tropas en la provincia de Oriente. Es así como intervienen en la guerra que Cuba sostenía contra España por su independencia.

Claro está que el gobierno de los Estados Unidos se cuidó muy bien de no permitir que se pudiera demostrar que el hundimiento del *Maine* había sido obra suya, por ello no solo se negó a la petición hecha por el gobierno español de revisar al barco, sino que tan pronto concluyó la guerra lo sacó de la bahía habanera y lo hundió en el medio del mar. Sin embargo, hay cuestiones que permiten suponer, con muchos visos de verosimilitud, que fueron ellos los autores del hecho.

En primer lugar, el gobierno español no contaba con fuerzas militares para enfrentarse al imperialismo estadounidense y no iba a cometer un acto como ese en nada beneficioso para sus intereses. Hubiera sido de hecho un acto suicida. Por otra parte en el momento de la explosión no se encontraba a bordo ni un oficial, solo había marines, en su mayoría negros.

Ni el Consejo de Gobierno de la República en Armas, ni el general en jefe del Ejército Libertador recibieron comunicación oficial por parte del gobierno de los Estados Unidos de que le habían declarado la guerra a España. Por el contrario, el reclamo de colaboración de las fuerzas cubanas a las tropas estadounidenses no se les hizo ni al Consejo de Gobierno de la República de Cuba en Armas ni al general en jefe del Ejército Libertador, sino al general Calixto García, quien después de la muerte de Maceo había ocupado el cargo que este dejara vacante de lugar-

teniente general del Ejército Libertador y era el jefe de la División de Oriente.

La noticia de la intervención de los Estados Unidos en la guerra no fue del agrado de Gómez, aunque comprendía que ello aceleraba su fin. Él había tratado de evitar esta intervención mediante un tratado de paz con los españoles sobre la base de la independencia, pero ellos no aceptaron.

En una carta que le dirigiera con ese propósito al capitán general de la isla en esos momentos, el general Ramón Blanco, le decía: “España no debe permitir que Cuba deba su independencia a favores extraños. Las deudas mejores y las que mejor se pagan son las impuestas por la gratitud; aparte de la honra que más cabe a la mano que se extiende para dar el beneficio, que a la mano que lo recibe”.⁴

Blanco nunca accedió a prometer la independencia, por ello Gómez no aceptó que las tropas cubanas se unieran a las españolas para enfrentar a las tropas yanquis cuando estas desembarcaron por Oriente, como Blanco poco después le solicitó; además a estas alturas ya Gómez había empezado a considerar al ejército estadounidense como un aliado.

Sin embargo, pronto los cubanos tuvieron oportunidad de convencerse de que las tropas yanquis no venían como aliadas. Una vez firmado el armisticio con España en la que Cuba no tuvo participación alguna, a pesar de que llevaba más de 30 años luchando por su independencia, el tratamiento de las tropas yanquis hacia el Ejército Libertador fue humillante. No solo no lo dejaron entrar en la ciudad de Santiago de Cuba a cuya rendición habían contribuido, sino que le prohibieron entrar

en ninguna otra población, bajo el pretexto de evitar actitudes revanchistas contra los españoles, y los obligaron a permanecer en las afueras de ellas, a pesar de que la mayor parte de las veces no contaban ni con qué alimentarse.

Tampoco se les dio participación a los cubanos en la firma del Tratado de París que ponía fin a la dominación española y dejaba el destino futuro de la isla en manos de los Estados Unidos.

Máximo Gómez observaba estos acontecimientos con honda preocupación y en las últimas páginas de su *Diario de Campaña* expone el criterio que estos le merecen:

Los americanos están cobrando demasiado caro con la ocupación militar del país su espontánea intervención en la guerra que con España hemos sostenido por la libertad y la independencia [...] la actitud del gobierno americano con el heroico pueblo cubano, en estos momentos históricos no revela a mi juicio más que un gran negocio [...].

De todas estas consideraciones se me antoja creer que no puede haber en Cuba verdadera paz moral que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura, mientras dure el gobierno transitorio impuesto por la fuerza dimanante de un poder extranjero y por tanto ilegítimo e incompatible con los principios que el País entero ha venido sostenido tanto tiempo y en defensa de los cuales ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas.⁵

Los meses pasan y las tropas yanquis no abandonan el país, por el contrario, nombran un Gobierno Militar Interventor que hace presumir su permanencia.

Gómez no se decide a desmovilizar sus tropas, permanece acampado en el central Narcisa en Yaguajay y piensa que es hora ya de que el gobierno de la isla pase a manos del pueblo cubano y el 29 de diciembre de 1898 lanza un manifiesto en el cual expone:

El ejército enemigo abandona el país y entrará a ejercer la soberanía de la Isla, ni libre ni independiente todavía, el gobierno de la gran nación, en virtud de lo estipulado en el protocolo de paz...

Guardaré en situación de espera, en el punto que crea más conveniente, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a la que he consagrado mi vida.⁶

Estas líneas ponen en evidencia la desconfianza de Gómez hacia el gobierno de los Estados Unidos que no acaba de cumplir la promesa de darle al país un gobierno estable que garantice su soberanía. Para él, lo dice claramente, el país: no es libre ni independiente todavía, por ello hay que mantener al ejército organizado a pesar de las difíciles condiciones en que se encuentra. A través de Orestes Ferrara, oficial del Ejército Libertador, ordena a todos los jefes de Cuerpo de Ejército que no se desmovilicen pues “[...] mientras no estemos seguros de la Independencia nuestra misión no ha terminado”.⁷

El propio Ferrara en su libro *Mis relaciones con Máximo Gómez*, recoge las inquietudes al respecto del General en Jefe quien le dice: “Vinimos al campo a hacer la independencia. ¿Dónde está la independencia? No la veo. ¿Vendrá?, Sí vendrá, pero ¿cuándo y cómo? No basta una afirmación del Congreso americano, se necesita que el pueblo cubano organizado, o sea, el

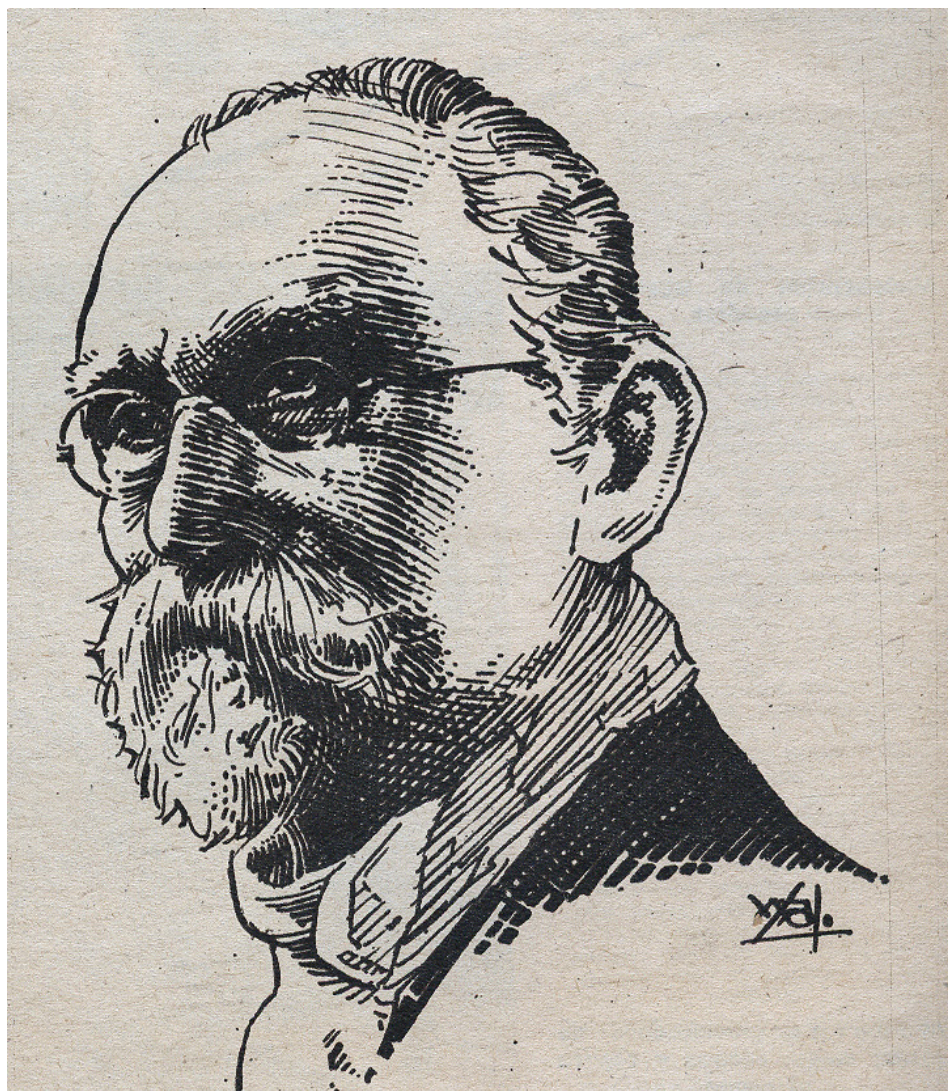
Ejército Libertador, esté en pie reclamando la promesa”.⁸

Siente además el temor de que los Estados Unidos pretendan darle al pueblo cubano la independencia como una dádiva del gobierno yanqui cuando en realidad los cubanos se la han ganado a través de más de 30 años de luchas y sacrificios, por ello estima: “El Ejército Libertador no puede disolverse sin que yo reciba la seguridad honorablemente prometida de que la Independencia será dada a Cuba como premio a sus esfuerzos, a sus sufrimientos y constancia, a su sangre [...]”.⁹

Entre tanto se ha elegido una Asamblea de Representantes bajo la presidencia de Domingo Méndez Capote que comienza a funcionar el 24 de octubre de 1898. Sus objetivos son: 1) licenciar al Ejército Libertador 2) lograr que el gobierno de los Estados Unidos la reconozca.

Para agilizar sus tareas, se crea una Comisión Ejecutiva que inicia sus labores el día 11 de noviembre. Gómez no demora en presentar sus preocupaciones ante la Comisión Ejecutiva que las considera exageradas y faltas de argumentación, por ello le recomienda: “Lo que hay es que estamos firmemente persuadidos de que la mejor manera de abreviar el paso del poder interventor por nuestra tierra y de asegurar el triunfo definitivo de nuestros ideales consiste en no pronunciar palabras ni realizar actos que den lugar a nuestros enemigos para tacharnos de impacientes o de díscolos y a nuestros aliados de jactanciosos o de pérfidos”.¹⁰

El primero de los objetivos de la Asamblea: licenciar al Ejército Libertador, es opuesto a los criterios de Gómez, pero conviene a los intereses yanquis.



Sin embargo, el país carece de recursos para gratificar a los soldados que en la guerra han perdido todos sus bienes, y la Asamblea acuerda solicitar un préstamo de 10 millones de dólares al gobierno de los Estados Unidos para el licenciamiento del ejército. En realidad, detrás de la solicitud de préstamo hay un interés oculto. Si el gobierno estadounidense otorga el préstamo de hecho estaría reconociendo la legiti-

dad de la Asamblea de Representantes y con ello asegurarían el cumplimiento del segundo de sus objetivos.

Para gestionar el préstamo envían a Washington una Comisión presidida por el mayor general Calixto García que no obtiene los resultados esperados. En el informe que la Comisión por él presidida rinde a la Asamblea se exponen los argumentos esgrimidos por los yanquis para negarse: “Abonar

siguiera parcialmente los suyos a los soldados cubanos implicaría reconocer la validez de actos realizados por el gobierno revolucionario, lo cual resulta en contradicción con la política que hasta entonces había seguido el gobierno americano de no reconocer al nuestro”.¹¹

De la gestión solo se obtuvo un donativo de tres millones de dólares hecho por el presidente Mc Kinley para el licenciamiento del Ejército Libertador que la Asamblea no está dispuesta a aceptar. Por el contrario, se dispone a concertar un empréstito de 20 millones de dólares con Mc Cohen, un banquero judío-estadounidense, un empréstito realmente leonino, pues de esa cantidad solo se recibirían en efectivo 12 400 000 dólares. Este empréstito requería también de la aprobación del gobierno de los Estados Unidos que, por supuesto, no lo autorizó.

Hasta este momento Gómez había sido totalmente ignorado por el gobierno estadounidense, pero pronto estos se percatan de su intransigencia y del prestigio que el viejo mambí tiene entre las masas y deciden atraerlo hacia sus posiciones. El presidente Mc Kinley cambia su actitud y decide enviarle un delegado personal suyo, Mr. Porter, acompañado de Gonzalo de Quesada, el discípulo de Martí, para ganarse su confianza. La entrevista entre Gómez y Porter se realiza en un hotel de Remedios y dura aproximadamente una hora y media. En el Archivo Nacional no se conserva ningún documento que recoja lo que se trató en esa reunión.

Sí se recoge, sin embargo, el llamado Informe Porter que se encuentra en el Fondo Máximo Gómez del mencionado Archivo, donde se relata el acto cele-

brado en Remedios con posterioridad a la entrevista. Citaré un fragmento de este documento: “La oración del señor Quesada fue elocuente y fue dirigida a hacer la explicación de los verdaderos sentimientos de los Estados Unidos para Cuba. Él desilusionó completamente al auditorio de la idea de que los Estados Unidos deseaban anexarse a Cuba contra la voluntad del pueblo y les aseguró de la amistad del presidente Mc Kinley y de sus Consejeros”.¹²

De este fragmento se infiere que Porter le haya dado a Gómez garantías de que las tropas de los Estados Unidos abandonarían el país y entregarían al pueblo cubano el gobierno de la isla. Solo así se puede entender lo que sucede después.

Gómez decide aceptar el donativo de los tres millones de dólares hecho por Mc Kinley y se dispone a licenciar el Ejército Libertador. Decide luego regresar a La Habana a donde llega el 24 de febrero de 1899. En su camino hacia la capital es aclamado a su paso por el pueblo que lo recibe con grandes muestras de júbilo y alegría.

La Asamblea de Representantes se dispone a recibirlo, pero cuando se entera de que Gómez ha aceptado el dinero ofrecido por Mc Kinley para licenciar el Ejército se encoleriza y reclama de Gómez que se le someta, lo cual este no acepta.

Antes de que entre en La Habana le envían una Comisión para que se entreviste con él. La Comisión la integran: Salvador Cisneros Betancourt, Manuel Sanguily, Aurelio Hevia, Carlos Manuel de Céspedes (hijo) y Rafael Portuondo. La entrevista resulta tormentosa. Salen a relucir viejos rencores y discrepancias y al enterarse Gómez

de que la Asamblea intenta hipotecar al país con un empréstito se indigna y el acuerdo no cuaja.

Las relaciones se hacen cada vez más tirantes y los asambleístas deciden actuar a la tremenda y acuerdan destituir a Gómez de su cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, el 12 de mayo de 1899.

Al día siguiente, Gómez se dirige al pueblo cubano en un manifiesto en donde expone las que estima causas de su deposición: el no haber apoyado las gestiones de la Asamblea “[...] encaminadas a obtener empréstitos que puede comprometer la soberanía y el honor nacional”.¹³

La noticia de la destitución de Gómez es recibida por el pueblo con estupor e indignación; espontáneamente se lanza a las calles en solidaridad con el viejo mambí y desfila ante su residencia de la Quinta de los Molinos.

Al parecer la Asamblea no había previsto la reacción popular; al producirse esta pierde en la práctica su representación y no le queda otra opción que disolverse.

Es esta una situación que no resulta fácil analizar –al igual que otras del período histórico que va entre el final de la guerra y la instauración de la República. Algunos historiadores le atribuyen a Máximo Gómez, a su indisciplina y prepotencia, la responsabilidad por lo ocurrido y no faltan quienes atribuyan su actuación a sus limitaciones políticas. Gómez no tenía, es cierto, la genialidad política de José Martí, pero durante la guerra en más de una ocasión había actuado con gran cordura y acierto político, siempre tratando de salvaguardar la unidad del

campo revolucionario y los intereses de Cuba, como cuando estuvo dispuesto a entregar la jefatura del Ejército al mayor general Antonio Maceo ante las discrepancias existentes entre él y el Consejo de Gobierno. La muerte de Maceo en combate impidió que se llevara a cabo ese traspaso y ello lo llevó a modificar su decisión y continuar al frente del Ejército Libertador hasta el final de la guerra.

En mi criterio, en estos hechos la mayor responsabilidad le cabe a los asambleístas que no se atrevieron a demandar del gobierno de los Estados Unidos, con la fuerza de la razón y el derecho que les asistían, el cumplimiento de sus obligaciones, como exigía el General en Jefe, sino que acudieron a inútiles artimañas –la solicitud de empréstitos para lograr su reconocimiento por parte del Gobierno estadounidense– que no podían surtir efecto ante un gobierno tan experimentado como el de ese país, que sabía muy bien lo que se proponía y cómo lograrlo.

Sin dudas, el resultado de este enfrentamiento fue negativo para el pueblo cubano, pues rompió la unidad del campo revolucionario y eliminó la posibilidad de enfrentar unidos al imperialismo y obligarlo a cumplir los compromisos internacionales que habían contraído con la Joint Resolution.

A partir de aquí, Gómez se aleja de la política, considera erróneamente que por ser dominicano no debe inmiscuirse en los asuntos políticos del país, y a pesar de que en la Constitución de 1901 se dispone que aquellos extranjeros que hubieran participado en las tres guerras –la del 68 o de los 10 años, la llamada guerra chiquita y la del 95

o de independencia— podían aspirar a la presidencia de la República, nunca aceptó que lo postularan. Sin embargo, jamás dejó de preocuparse por las relaciones de Cuba con los Estados Unidos, consciente de la amenaza que estos representaban para el país.

El 8 de mayo de 1901 le escribe una carta a su amigo portorriqueño Sotero Figueroa en la cual llama de nuevo la atención sobre el peligro yanqui y le dice: “Nunca, ni cuando combatíamos a Weyler con sus doscientos mil soldados corrió mayores peligros la patria cubana, como en estos momentos. Tenemos al extranjero metido en casa”.¹⁴

Se lamenta también en la carta de que muchos de los que militaban en el bando de los enemigos de la revolución, como los autonomistas, se han unido a los extranjeros en busca de prebendas al igual que muchos viejos combatientes, quienes se han dejado deslumbrar por el poderío yanqui. En su criterio eso explica por qué el gobierno de los Estados Unidos se ha atrevido a proponer en el Congreso medidas como la Enmienda Platt.

En esos momentos está consciente de que el mal está hecho y no procede lamentarse: “[...] la república vendrá pero no con la absoluta independencia con que habíamos soñado”.¹⁵

Solo en esa situación procede tratar de alcanzar la mayor cantidad de independencia posible y para ello el pueblo no debe plegarse a los designios yanquis, por el contrario, debe procurar la unión y la concordia de los elementos populares en el partido de los separatistas que tendrán que enfrentarse en dura lid al de los conservadores en donde se alinean los que le hacen el juego al imperialismo.

En esa misma carta demanda:

Es preciso aprovechar el tiempo pues quizá más tarde no haya ocasión de promover una fusión de todas las agrupaciones políticas en que más por cuestión de forma y un poco de personalismo —que no por desacuerdo en el fondo— se encuentra desgraciadamente la opinión. De esa ofuscación o pueril desavenencia (no olvidarlo nunca) puede sacar muchas ventajas el partido opuesto, el reaccionario, ensanchando sus filas con los descontentos y despechados.¹⁶

Obsérvese que contra el peligro imperialista el consejo que ofrece Gómez al pueblo cubano es el de la unidad de los sectores populares y revolucionarios. Consejo que en mi criterio tiene absoluta vigencia en nuestros días.

Por desgracia, estos consejos de Gómez no se siguieron y no se logró la unión en un solo partido de las fuerzas realmente revolucionarias e independentistas. El resultado fue que la presidencia de la República pasara a manos de don Tomás Estrada Palma, el sustituto de Martí en la dirección del Partido Revolucionario Cubano, quien al finalizar la guerra lo disolviera y, como la historia ha demostrado, se mantuvo siempre al servicio del imperialismo y apoyó todas las acciones que este realizara para imponer sobre Cuba su dominio económico y político.

Notas

¹ Archivo Nacional de Cuba. Fondo Gobierno de la Revolución de 1895, Expediente 1568.

² *Ibidem*.

³ *Ibidem*.

⁴ Citado por Ramón Infiesta en *Máximo Gómez*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1933, p. 112.

⁵ Gómez, Máximo. *Diario de Campaña*, Instituto del Libro, La Habana, 1968, pp. 270-271.

⁶ Horrego Estuch, Leopoldo. *Máximo Gómez, libertador y ciudadano*, Ministerio de Defensa Nacional, La Habana, s.f., p. 219.

⁷ Ferrara, Orestes. *Mis relaciones con Máximo Gómez*, Molina y Cia, 1943, p.194.

⁸ *Ibidem*, p. 190.

⁹ *Ibidem*, p. 200.

¹⁰ Llaverías, J. y Santovenia, E. *Actas de la Asamblea de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la guerra de independencia*, t. 6, p. 37.

¹¹ *Ibidem*, t. 5, p. 152.

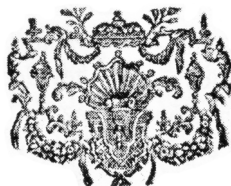
¹² Archivo Nacional. Fondo Máximo Gómez. Informe Porter.

¹³ Citado por Emilio Roig de Leuchshenring. *Ideario Cubano II, Máximo Gómez*, p. 130.

¹⁴ Véase de Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Editorial Montalvo, Ciudad Trujillo, República Dominicana, 1954. p. 394.

¹⁵ *Ibidem*, p. 396.

¹⁶ *Ibidem*, p. 395.



Alejo Carpentier y la música

Rafael Lam

Periodista e investigador

Alejo Carpentier Valmont nació en La Habana el 26 de diciembre de 1904 y falleció en París, Francia, el 24 de abril de 1980. Además de ser un reconocido novelista fue un verdadero musicólogo, su libro *La música en Cuba* de 1946 es una obra esencial en la historia de la música cubana.

Carpentier era hijo de un arquitecto francés con una cubana de origen ruso. “Mi familia era muy musical, mi padre había sido violoncellista y alumno de Pablo Casals, quien le había impartido clases: mi padre tenía de él un recuerdo maravilloso. Mi abuela tocaba muy bien el piano, fue alumna de Cesar Franck. Y mi madre era bastante buena pianista. La música fue mi primera vocación, había aprendido a tocar el piano con sorprendente facilidad; soñaba de niño hacerme compositor”.¹ Esas influencias musicales lo llevaron a interesarse por la música; su casa era visitada por muchos músicos.

Se introdujo en la música de una manera muy natural. Estudió música, armonía y composición. Llegó a componer algunas cosas de interés, al estilo impresionista (al de Debussy). De adolescente ya escribía algunas piezas para piano y orquesta de cámara. Instrumentó algunas partituras para conciertos, música incidental, entre 1934 y 1937:

Consideré que mis composiciones no eran muy buenas, muy pronto –¡por suerte!– entendí que estaba desprovisto de inventiva musical, que mi camino no era el de la composición. En aquel momento, pues, sentí definitivamente mi vocación literaria y así comencé a rescribir. De cualquier manera creo que todo artista debe tener su “violín de Ingres” (un segundo arte). Con ello abre su Ángulo de visión. Aprende a plantearse problemas en un campo paralelo. Por el atajo de la música he encontrado soluciones a mis problemas literarios. La música me ha ayudado a mi formación: me valgo de formas musicales. El músico tiene medios estructurales que el escritor no tiene. El músico no puede concebir una obra que no esté perfectamente equilibrada en todas sus partes. De acuerdo con esto yo escribí mi novela *El acosado*.²

Carpentier no llegó a ser un renombrado compositor, pero la música tiene muchas posibilidades y es así como el escritor también fue investigando sobre de ella música y se convierte en uno de los musicólogos más calificados de Cuba, al lado de Fernando Ortiz. Su inmensa cultura le proporcionó esas posibilidades; no olvidemos que la música es algo más que técnica, es cultura en todos sus aspectos.

Tuvo una intensa labor de promoción musical, tanto en Cuba como en el exterior. En París ayudó en la divulgación de la música popular cubana. Utilizaba esa frase folclórica de Nicolás Guillen: “Hay que tené boluntá, que la salasión no é, pa toa la vida. Bito Manué no sabia inglés, no sabia inglés,... tampoco sabía francés... Pero tenía bo-

luntá... Y con boluntá acabo arrollando por París...”.

“¡Hubo lipidia por implantar la música cubana en París! Hubo polémica, carrera en pelo, esfuerzos fallidos. Pero al final la verdad se impuso. Nadie os negará ya, a orillas del Sena que nuestro folklore es de una riqueza incomparable; que nuestros ritmos hacen palidecer a todos los demás; que nuestros cantos populares rebosan de una poesía recia, honda y varonil”.

“¿Con que usted es cubano? –os preguntan las francesas encantadas de conocer nuestra nacionalidad–. ¿Cubano? ¡Entonces enseñeme a bailar la rumba!...”.

“Tanta lipidia porque nos atrevimos a defender lo que es nuestro!... ¡Vengan a recibir lecciones de cubanismo a la Rue Fontaine!...”³

En 1926 Carpentier organizó con Amadeo Roldan los Conciertos de Música Nueva, en los que dieron a conocer en Cuba las obras de Igor Stravinsky, Ravel, Poulenc, Malipiero, Satié.

De enorme importancia resultó el entendimiento conceptual de Carpentier en sus investigaciones y publicaciones. Hay una enorme cantidad de musicólogos o investigadores que nunca encontraron el concepto de la música cubana, no tuvieron una tesis en sus planteamientos. Desconocieron el camino de la cultura cubana. Cuba no es Europa, Cuba es América. Carpentier no se dejó influir por las tesis eurocentristas.

Carpentier y Fernando Ortiz se integraron al mundo folclórico de la música africana, motivo por el cual fueron estigmatizados por la aristocracia de la vieja república:

La cultura negra del Caribe era despreciada por la burguesía. De don Fernando Ortiz, iniciador de lo que entonces hubo de llamarse estudios afrocubanos, decían la gente del Yacht Club y del Tennis Club de La Habana: “Parece mentira que un hombre de tanto talento pierda su tiempo estudiando semejantes cosas... Los hombres de mi generación: Nicolás Guillen, Amadeo Roldán, Alejandro García Caturla, descubrieron, de pronto, la maravillosa aportación del negro a la cultura cubana. No solamente nos dimos a estudiarla con pasión sino que, al hacerlo, lanzábamos una suerte de desafío a la burguesía cubana. En el fondo asumíamos una actitud pre-revolucionaria. Y esto me obliga a contar un anécdota que muestra cómo andaban los prejuicios en aquella época: Por el año 1924 ó 1925, llegó a La Habana un músico mexicano llamado Ignacio Fernández Esperón, Tata Nacho, que es el autor de canciones que todos conocemos: Adiós chaparrita, Cuatro milpas. Tata me dijo: “Yo quisiera ver una cosa más rough (más brutal)...”. Entonces lo invité a un juramento ñáñigo en Regla. Lo llevé y Tata salió maravillado: “Esto si es folclor, esto es maravilloso”. Eduardo Sánchez de Fuentes se enteró de aquella herejía, lo consideró una tara heredada del coloniaje y que era una vergüenza enseñarla a los extranjeros. Entonces un oficial de la Marina cubana me desafió en duelo.⁴

Carpentier conocía perfectamente los orígenes y el sentido de la música

cubana, no olvidemos que saber no es conocer:

Ante todo, es preciso disipar un equívoco conceptual que tal vez aún esté presente en muchas personas. El de música afrocubana es un término incorrecto que nace del prejuicio racial existente en Cuba antes de la Revolución. Puesto que somos una nación que se vio enriquecida por las contribuciones de la cultura africana ya desde los comienzos del siglo XVI, no se puede hablar de música afrocubana. El negro es profundamente músico, unió su talento musical, principalmente rítmico, al talento melódico de los conquistadores de España (también muy musical) y de los emigrantes europeos que fueron muchos. De esa mezcla de la melodía de origen español, con sus lejanas resonancias árabes, con el ritmo traído de África por los esclavos, surgió la música cubana.⁵

La validez de la música popular cubana fue patentizada por Carpentier en todas las entrevistas que le realizaron sobre el tema:

La música popular cubana es una música viviente, actual (con vida), en continuo proceso de evolución y transformación, surgida del pueblo de las ciudades generalmente, de la cual los más fuertes y legítimos exponentes, en el siglo XX, son el jazz y la música cubana. Una música que se fecunda, en perpetua evolución. De año en año cambia, se enriquece, modifica su instrumentación, perfecciona los instrumentos y su armonía con procedimientos técnicos útiles. La música cubana ES. Cubre el planeta. Se escucha en

Moscú como en México; en París, como en Egipto... Y su evolución perpetua (a través del mambo, el cha cha chá y demás ritmos), del estilo de Benny Moré, de las muchas estrellas cubanas) sirve de guía a conjuntos instrumentales y vocales que actúan en todas partes. La música popular apasiona a nuestro pueblo. No hay fiesta popular, que decimos popular, ni aun las de la burguesía criolla, en la que no forme porción más importante del programa los ritmos cubanos.⁶

El libro *La música en Cuba*, lo escribió Carpentier al regresar de Haití a La Habana en 1944, fue a México de vacaciones, allí el Fondo de Cultura Económica le encargó una historia de la música cubana, destinada a inscribirse en una especie de enciclopedia general de temas latinoamericanos que hizo esa editorial. Era un momento en el cual la música cubana estaba conquistando el mundo, especialmente a través del mambo vertiginoso de Pérez Prado que desde México introducía el poder de su música para todo el mundo:

Se sabía que la música cubana estaba conquistado al mundo, se estaba imponiendo por todas partes, se le oye en todas partes; cómo era posible que esta isleta de Cuba tan pequeñita ha producido una de las más grandes músicas que ha invadido al mundo, y se estaba convirtiendo en una de las músicas más populares del siglo XX y es interesante estudiar sus raíces. Entonces acepté con alegría y satisfacción la tarea, pero sin estar muy seguro de lo que iba a resultar, no pensaba encontrar gran cosa. Vi que existían autores encantadores

de bailes cubanos en la primera mitad del siglo XVIII, originados de la contradanza. [...]. Se decía que antes de 1800 nunca se había compuesto música en la Isla. Ahora bien, me di a mi tarea y comencé a remontarme, a remontarme en el pasado, y encontré, no solamente a compositores extraordinarios en el siglo XVIII en Cuba, que son quizás los primeros, cronológicamente como fecha, en América Latina; sino que me remonté hasta el año del encuentro de España y Cuba (1511), incluso antes, y encontré, por relación con otros países, rastros, trazas de lo que fue la música antes de la llegada de los españoles a Cuba. Investigué en las viejas catedrales cubanas, en las ciudades de provincias, esto me valió un reconocimiento un poco más integral de la América. Es preciso estudiar la música cubana con relación a otras de América. Eso me sirvió mucho para mi obra.⁷

Dejó impresos cientos de crónicas, artículos, ensayos, recopilados en libros editar publicados en Cuba. Entre 1951 y 1961 el periódico caraqueño *El Nacional* publicó unas 300 crónicas en una columna llamada “Letra y Solfa. Temas de la Lira y el Bongó”, aparecidos en *El País*, *El Heraldo*, *La Nación*, *Diario de la Marina*, *Tiempo Nuevo*, *Conservatorio*. Tres tomos de crónicas con el nombre de *Ese músico que llevo dentro. Tientos y diferencias*. Cuatro conferencias transcritas filmadas por el ICAIC, publicadas en 1987. En 1984 un libro de *Ensayos*. En 1985 una recopilación de entrevistas efectuadas al musicólogo cubano. Carpentier también publicó en *Musicalia*, *La Gaceta*

Musical, Social, Revista de Avance, Carteles. Todos estos materiales resultan muy apreciados a los estudiosos de la música, en ellos está la vida cubana, su rica cultura. Como dijo Leonardo Acosta, “Ningún tema relacionado con la música fue ajeno a Carpentier, abarca, desde la música de ascendencia europea hasta los ritmos afrocubanos, el rock and roll y el mambo. Una verdadera obra monumental”.

Carpentier saludó, en su tiempo, todas las músicas innovadoras: el mambo, el jazz, el rock and roll, el pop:

Hay personas que frúen el seño cuando se les habla del entusiasmo suscitado por el jazz en las generaciones jóvenes. Entusiasmo que no se debe a una boga local y pasajera, a un esnobismo de parroquia. Soy de los que creen que los jóvenes suelen equivocarse cuando reniegan de algo; nunca cuando se interesan por algo. El jazz les entusiasma porque es, al fin y al cabo, una de las expresiones musicales más originales y espontáneas de la época.⁸

También había afirmado en un artículo anterior: “Soy partidario del mambo, en cuanto que el género actuará sobre la músicaailable como un revulsivo obligándola a tomar nuevos caminos. El mambo presenta rasgos muy dignos de ser tomados. Todas las audacias de los ejecutantes norteamericanos del jazz han sido dejadas muy atrás por lo que Celibidache llama ‘el más extraordinario género de músicaailable de estos tiempos’”.⁹

Sobre el tema expresó:

Los espíritus austeros denuncian el frenesí del rock and roll como síntoma de desequilibrio en las nuevas

generaciones... Los romanos del Imperio conocieron fiebres parecidas. Y también los españoles del Siglo de Oro, cuando las “diabólicas chaconas”, venidas de América, hizo irrupción en la Península, provocando la ira de los predicadores. La verdad es que no hay motivo para tanta alarma. He escuchado varios discos de rock and roll. Su ritmo es mucho más desquiciado que el mambo. Hay que ser joven para entregarse al rock and roll; lo cual presume agilidad, energía, destreza. El rock and roll se ríe de las censuras y conquista adeptos en todas partes. Está reñido con toda etiqueta, con toda galantería.¹⁰

Poco antes de fallecer, mencionó elogiosamente la música pop y reveló que hubiese querido ser un bailarín como Fred Astaire o John Travolta. Los musicólogos cubanos se horrorizaron, algunos expresaron: “Carpentier está muy raro”; pero en verdad el maestro no quiso quedar, bajo ningún concepto, entre los detractores de la música popular. Así fue Carpentier, revolucionario, vanguardista, las vio venir antes de tiempo.

Notas

¹ Entrevista en Radio Televisión Francesa, 1963.

² Ídem.

³ *Carteles*, La Habana, 9 oct. 1932.

⁴ Ver: Conferencia sobre la música cubana y la entrevista de Ernesto González Bermejo, en Alejo Carpentier, “Para mí terminaron los tiempos de la soledad”, *Crisis*, Buenos Aires, oct. 1975.

_____. “Alejo Carpentier: Para mí terminaron los tiempos de soledad”, Reseña, Madrid, noviembre 1975.

Vicario, Guido “Música y cultura en Cuba”, *Triunfo*, Madrid, 29 jun. 1947.

⁵ Entrevista en Radio Televisión Francesa, 1963

Chao, Ramón. *Palabras en el tiempo de Alejo Carpentier*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1985, p. 133.

⁶ Ídem.

⁷ *Ibidem*, p. 127.

Ver también Castellanos, Orlando. “Alejo Carpentier”, En *Entrevistas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1985, p. 146.

⁸ *El Nacional*, Caracas, 24 ag. 1956.

⁹ *Ibidem*, 24 febr. 1951.

Coincidentemente, por esa fecha Gabriel García Márquez en *El Heraldo* de Barranquilla escribió también palabras muy elogiosas sobre Pérez Prado y el mambo.

¹⁰ *Ibidem*, sin fecha

Memoria en el tiempo a través del archivo personal de Harold Gramatges

Leonel F. Maza

Investigador

En el proyecto investigativo para escribir la biografía del maestro Harold Gramatges Leyte-Vidal ha sido fundamental su archivo personal, donde se encuentra la historia de la música culta en los últimos 70 años en Cuba, Latinoamérica y Europa.

Fue iniciado por su madre, Altigracia Leyte-Vidal, quien recopiló y conservó cada acontecimiento del naciente músico que más tarde se convirtió en pianista concertista, compositor, director de orquesta, pedagogo, combatiente revolucionario y diplomático. Todos los hechos, importantes o no, los podemos hallar en la documentación compuesta por programas de conciertos, la correspondencia con poetas, escritores, compositores, políticos, diplomáticos y familiares, lo cual constituye, sin duda alguna, una fuente de incalculable valor testimonial, cuya iconografía abarca desde su nacimiento hasta la actualidad.

Un ejemplo de la información hallada en dicho archivo son las cartas, casi siempre del ámbito cultural. De cada una, recibida o enviada, conservaba copias. En ellas se pueden observar el ánimo de la persona, la época, el lugar donde se encuentra, los sucesos que lo envuelven a él o su obra, y en otros

casos se le hace pedidos de obras musicales. A continuación transcribimos las siguientes en su totalidad:

La Habana, febrero 25 de 1954

Sr. Fernando Ortiz

Calle 27 no. 160

La Habana.

Mí distinguido amigo:

He recibido el ejemplar de su obra “Los Instrumentos de la Música Afro-cubana” que Ud. gentilmente me ha enviado. Como cubano y como compositor, cada aporte suyo a la cultura de nuestro país me llena de orgullo.

No cuento en mi biblioteca con los volúmenes I y II que anteceden a este recibido. Podría Ud. informarme si ha sido publicado también por la Dirección de Cultura.

Muchas gracias. De Ud. con mayor estimación.

S/c

Calle 13 no. 1205, apto. 12

Vedado, La Habana.

Es curioso cómo en esa época los dos vivían en la misma ciudad, sin embargo usaban esta formalidad de la cual gracias a ella tenemos este testimonio para siempre. El pedido que le hace Gramatges en la misiva anterior tiene

la siguiente respuesta de don Fernando Ortiz:¹

Marzo 2, 1954.

Sr. Harold Gramatges.

Calle 13 No. 1205, apto.12.

Vedado. Habana.

Estimado amigo:

Tengo mucho gusto en enviarle los tomos I y II de mi obra *Los Instrumentos de la Música Afrocubana*.

Le quedo muy agradecido por sus frases generosas respecto a mi obra.

Cordialmente suyo,

Fernando Ortiz.

Otra de estas misivas que transcribimos es la del doctor y coreógrafo Ramiro Guerra:²

Madrid, 11 de marzo de 1953

Mi querido Harold.

Grata sorpresa recibir tu carta y tus líneas. Ya había perdido la esperanza de recibir una y otra, esperé impacientemente [y] a última hora tuve que hacer cambios en el programa que, inclusive estaba en la imprenta, y unas danzas de [Ignacio] Cervantes,³ ritmo del tambor, no fuera tus sustitutas y de [Carlo] Borbolla.⁴

En fin, de todas maneras me encanta haber recibido la música que cuento por seguro que estará en próximos recitales de los cuales te enviaré programa. Por cierto que cometí mi error respecto a la música de Borbolla, pues la que me interesaba es “Orientalita” que confundí con la Rumbita no 2. Te agradecería que trataras de localizármela y enviármela.

De mi trabajo te diré que ha sido intenso para el fin y principio de año. Tres recitales uno en el Real Conservatorio

de Madrid, otro en el Instituto de Cultura Hispánica, y otro en el Círculo de Bellas Artes (este último con motivo de la celebración del centenario de [José] Martí en la semana de Cuba). Y ahora proyecto para una serie en Sevilla, Córdoba, Granada y Málaga, con lo que pienso aprovechar la semana Santa Sevillana y gritar unos cuantos oles a la macarena.

No más, amigo Harold gracias por tu misiva. No olvides mi encargo de Borbolla.

Un abrazo de este amigo

Ramiro

Es interesante conocer que esta carta ha permanecido en el anonimato por más de 50 años en un archivo personal.

Una de las cartas que describe la calidad del músico, en esta oportunidad como pianista, dice:

La Habana, 8 de agosto de 1947.

Sr. Harold Gramatges,

10 N0. 162 E/ 7 y 9,

Vedado.

Querido Harold:

Estas líneas son portadoras de mi agradecimiento más sincero por tu valiosa cooperación en la realización de mi función homenaje, interpretando impecablemente el solo de piano en el Ballet “Concerto”.

Cariñosamente,

Alicia Alonso.

De su relación con Aaron Copland son las siguientes:

July 20, 1956

Dear Harold:

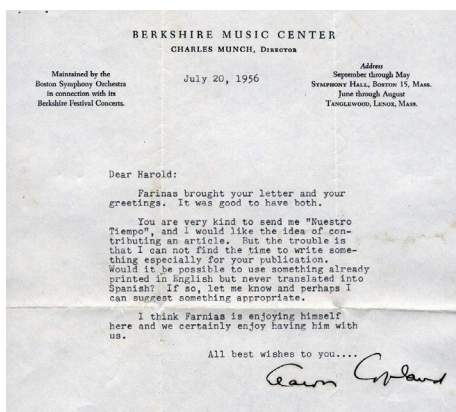
Fariñas⁵ brought your letter and your greetings. It was good to have both.

You are very kind to send me “Nuestro Tiempo”,⁶ and I would like the idea of contributing an article. But the trouble is that I can not find the time to write something especially for your publication. Would it be possible to use something already printed in English but never translated into Spanish? If so, let me know and perhaps I can suggest something appropriate.

I think Fariñas is enjoying himself here and we certainly enjoy having him with us.

All wishes to you...

Aaron Copland⁷



En esta misiva del destacado músico norteamericano Aaron Coplan le comenta sobre Carlos Fariñas, en ese tiempo estudiante, que fue recibido por él en los Estados Unidos, así como la publicación de su posible artículo para la revista que Harold dirigía. Como respuesta le escribe:

La Habana, agosto 10 de 1956.

Sr. Aaron Coplan,
Shady Lane Farm.
New York.

Querido amigo:

Comprendo lo que me dice respecto a su falta de tiempo para escribir el artículo

para “Nuestro Tiempo”. Acepto, por tanto, su proposición de traducir algo que aún no haya sido publicado en español. Como creo que ya está terminando el curso del Berkshire Music Center, le dirijo copia de esta carta a su dirección de New York, para asegurar su destino en uno u otro lugar.

Muchas gracias. Reciba un fuerte abrazo de,
Harold Gramatges.

Por su contenido y encontrarse adjunta a la anterior copia, la siguiente misiva fue hecha el mismo día que la anterior, confirmación realizada por el maestro:

Coplan
Tanglewood, Mass.

Presente.

Mi querido amigo:

Yo también hubiera deseado asistir este año a los festivales de Tanglewood, pero no logré coordinar mi tiempo con la fecha de los mismos. Debo ofrecer dos cursos en la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana que me lo impiden.

Estamos muy satisfechos de que Carlos Fariñas, de la última promoción, se ponga en contacto con usted, que ya viene siendo para los iberoamericanos lo que Nadia [Boulanger]⁸ ha sido para los de su generación.

Deseo una colaboración suya para la revista “Nuestro Tiempo”, de cultura general, que yo dirijo y que supongo habrá recibido regularmente. Usted puede elegir el tema, así como la extensión, con lo cual lo estoy comprometiendo sin remedio.

Un saludo cordial para mis conocidos de allá: y un fuerte abrazo de su amigo y admirador,

Harold Gramatges.

Entre su correspondencia consultamos además la mantenida con el ilustre intelectual cubano Juan Marinello Vidaurreta, cuando Harold Gramatges era embajador de Cuba en Francia (1960-1964). Existió un interés especial por parte de Marinello en que don Pablo Picasso realizara una escultura destinada a nuestro país, pues consideraba que su simpatía con la Revolución cubana y la estancia de Harold en esa etapa en Francia, propiciarían un feliz término de la obra. Fueron años de solicitud y todo quedó en las mejores intenciones por parte de los cubanos que infructuosamente habían anunciado que la paloma de Picasso volaría en los cielos de La Habana. La correspondencia por sí sola ayudará en parte a la explicación de que no fue responsabilidad de las autoridades cubanas el que esa ave, símbolo de la paz, no se colocara y sustituyera al águila imperial en el monumento al *Maine*:

La Habana, Julio 4 de 1961.

Sr. Harold Gramatges.

Embajada de Cuba.

París.

Muy querido Harold:

La prensa de hoy nos ha traído la gratísima sorpresa de saber que Don Pablo acepta hacer la paloma que sustituirá el águila imperialista del monumento al Maine. La nueva ha sido recibida con gran satisfacción por todos y me felicito de haber tomado alguna parte en el afortunado acontecimiento. Sabemos cuanto ha influido en el caso la acción de nuestro excelente embajador.

Los mejores cariños míos y de Pepilla para Manila y un fuerte abrazo de Juan.

La Habana, Agosto 25 de 1961.

“AÑO DE LA EDUCACIÓN”

Sr. Harold Gramatges

París.

Muy queridos Manila y Harold:

Mil gracias por haberle trasladado a nuestro amigo Duclos el recorte enviado para él.

He escrito al Ministerio de obras públicas, para que sean enviadas con toda rapidez a Picasso, las especificaciones para que haga la paloma que debe coronar el Monumento del Maine, tengo la esperanza que atienda una solicitud tan justa.

En la sesión del Congreso de Escritores y Artistas, hemos hablado Pepilla y yo con Flora y Ángela, tan buenas y generosas como siempre. Ahora salen para Camagüey y a su vuelta nos volveremos a ver.

Atiendan la salud que es lo esencial.

Con los mejores saludos para al gente de la embajada y el afecto de Pepilla, quedo con un abrazo,

Juan.

La Habana, Septiembre 22 de 1961.

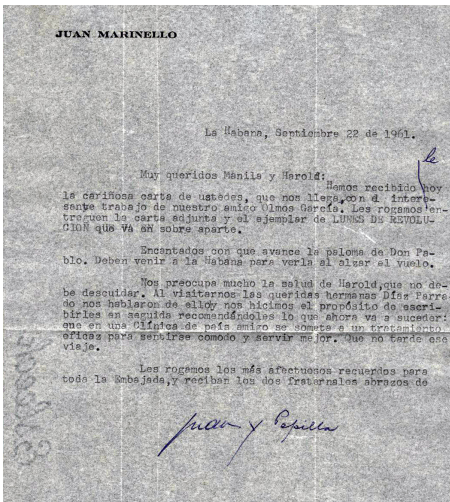
Muy queridos Manila y Harold:

Hemos recibido hoy la cariñosa carta de ustedes, que nos llega con el interesante trabajo de nuestro amigo Olmos García. Les rogamos le entreguen la carta adjunta y el ejemplar de LUNES DE REVOLUCIÓN que va en sobre aparte.

Encantado con que avance la paloma de don Pablo debe venir a la Habana para verla alzar el vuelo.

Nos preocupa mucho la salud de Harold, que no debe descuidar. Al visitarnos las queridas hermanas Díaz Parrado nos hablaron de ello y nos hicimos el propósito de escribirles enseguida recomendándoles lo que ahora va a suceder: que en una Clínica de país amigo se someta a un tratamiento eficaz para sentirse cómodo y servir mejor. Que no tarde ese viaje.

Le rogamos los más afectuosos recuerdos para toda la embajada, y reciban los dos fraternales abrazos de Juan y Pepilla



Como podemos apreciar no solo Juan Marinello se ocupaba de que el gran artista hiciera la paloma, también se preocupaba por la salud del amigo, por una dolencia que lo aquejaba, una hernia discal que concluyó con una intervención quirúrgica en un hospital de Praga.

En el mes de octubre, el embajador Harold Gramatges le escribe una carta

a Marinello donde entre otros asuntos le comenta:

París, 23 de Octubre de 1961.

Sr.: Juan Marinello

La Habana (Cuba)

Mi querido Juan:

Muy contento con tu carta. Más aún con la cuartilla que no llegó a tiempo para “LA NOUVELLE CRITIQUE” será siempre útil. En “EUROPE” tal vez. Nos estamos ocupando.

De todas maneras LA NOUVELLE-CRITIQUE” utilizó, por sugerencia que hicimos al amigo Fournial, el artículo que tu publicaste en BOHEMIA y que me parece recordar que se llama “LA PALOMA DE PICASSO EN EL CIELO DE LA HABANA”. Acabamos de conversar por teléfono con Jacques Arnault, Director de la antes mencionada revista. Nos lo dijo y nos dijo, además, que le pareció muy bueno el artículo porque contiene más allá de la valorización de la obra del genial Don Pablo, una referencia sentimental y humana a su vínculo de sangre con Cuba. Le dimos tu dirección para que mandara uno o dos ejemplares de ese número especial; también mandará ejemplares a la Unión de Escritores y Artistas.

En cuanto a la Soirée del próximo sábado 28 en el Palacio de exposiciones de Niza, nos informó Soria que Alicia y su partenaire vienen para interpretar el Pas de Deux de don Quijote de Prokofieff. Supongo pues que Alicia traerá, tal vez, un mensaje de Fidel, uno de la Unión de Escritores. Yo por mi parte pienso que dada la personalidad del homenajeado y de la universalidad del homenaje si no se ha pensado debe enviarse, aunque tenga que ser por cable,

un Mensaje de Fidel y del Gobierno y del pueblo cubanos. Es de una grandísima importancia.

Habrà además, una Corrida en Vallauris con la presencia de Don Pablo, gran aficionado.

No quiero terminar sin decirte que Arnault, en principio, está invitado a nuestro país. Por conductos oficiales hemos tratado el asunto, pues él quisiera partir entre el 23 y 24 de diciembre para estar de regreso hacia el 10 de enero. Ya en ésa, debe compilar el material necesario para el número especial de “LA NOUVELLE CRITIQUE” sobre Cuba. Iría con su mujer Françoise Calvia, agregada de filosofía y eficaz colaboradora de su marido. El amigo Fournial, invitado también, en principio, desearía partir hacia el 26 ó 27-de diciembre. Marcelle, su compañera a quien conociste también, saldrá hacia el 7 de enero pues sus obligaciones de trabajo le impiden salir antes. Siempre sería bueno que gente amiga que los conoce y estima, pudiera ocuparse de que se les organicen estas invitaciones con tiempo y provecho.

La gente de “EUROPE” reclama también con insistencia que le envíen las colaboraciones que esperan para el número especial de Cuba. Pronto, tal vez, tendremos una entrevista con Gamarra sobre el particular. Escribiremos a la Unión de Artistas sobre el particular que hayamos conversado en detalle con el amigo Gamarra. Se pudiera, no obstante, ver ya cómo va el asunto.

Abrazos míos y de Manila. Muy afectuoso.

Durante casi tres años fueron muchos los intentos por lograr que Pablo Picasso realice la paloma y atravesara

el océano desde Niza hasta la capital de Cuba, todo quedó en un sueño acariciado por muchos y como colofón de esta historia hay otra carta de Juan Marinello donde dice:

La Habana, junio 11 de 1963.

Sr. Harold Gramatges,
Embajada de Cuba.

PARÍS.

Muy querido Harold:

Sé que han andado de exequias papales, cosa de mayor interés y que pocas veces se contemplan. Les envidiamos la experiencia.

Te ruego que me le des un toque a don Pablo sobre la famosa paloma habanera. El puesto que ocupa el águila norteña y rapaz sigue vacío esperando el pacífico animal; y en verdad, ya no tenemos explicaciones que dar. Es posible que si Manila y tú —y mejor si van flanqueados con Flora y Ángela, se lleguen a la mansión campestre del genial creador éste nos hace la paloma. Ojalá. Reciban Manila y tú el fraternal cariño de Pepilla y Juan.

En ese mes de octubre Cuba fue azotada por el ciclón Flora. En París se recibieron donaciones de varios pintores y entre ellos un cuadro de don Pablo Picasso, que fue subastado por 70 mil francos y curiosamente en la envoltura el autor escribió: “Embajada de Cuba 1963” y plasmó su firma, y además pintó una paloma. Durante más de 40 años ese pliego de papel estuvo guardado. Recuerdo que en más de una ocasión, mientras revisaba materiales que fueran de interés para la biografía que por aquel entonces escribía sobre Harold, el fantasmal papel caía una y otra vez a mis pies sin saber qué era, y

una de esas veces, el propio Harold me dijo que echara a la basura lo que considerara sin importancia. Pero un día, por un acto de no sé qué misterio tomé el rollo de papel y lo primero que vi fue el nombre de la embajada y cuando terminé de abrirlo, vi la paloma pintada y el nombre de Picasso. Por esos días, el maestro lo envió para su montaje en un cuadro que luego colgó en el comedor de su casa.

Si no fuera una historia real lo de la paloma en La Habana y posteriormente este donativo del cuadro que es otra historia, que aparece en la biografía, aún inédita del maestro Harold Gramatges, todo quedaría como una fábula cubana del siglo xx.

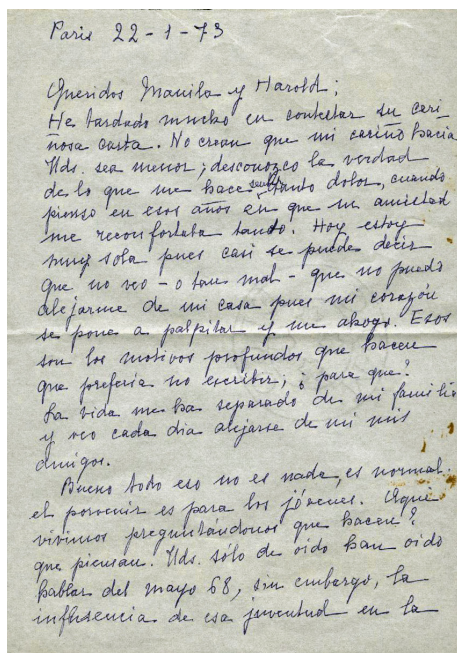
En su correspondencia aparece una mujer, Caridad del Río, cuya vida ha sido objeto de atención por historiadores e investigadores. De ella se ha hablado todo tipo de cosas; algunas pueden ser ciertas o producto de la imaginación de sus adversarios ideológicos. Juzgar a una persona y su actuar y los motivos que de ella hicieron toda una leyenda por haber estado envuelta en todo un suceso de una época, y que formara parte del círculo de amistades del compositor cubano, merece nuestra atención. Caridad fue definida por el maestro Gramatges como toda una heroína consagrada en cuerpo y alma a lo que había entregado sus mejores años de su vida incluyendo a su propio hijo Ramón Mercader, en los sucesos de la muerte de León Trosky en México en 1942. Caridad nació en Cuba en 1892, en la oriental provincial de Santiago de Cuba, aunque su vida de adolescente y adulta la vivió entre España y Francia, ciudad donde murió en 1975. Allí es donde conoce a Harold cuando ejer-

cía como embajador cubano, y luego sostuvo una correspondencia regular con él. En una de estas misivas podemos hacernos un juicio de quién era y cómo pensaba esta mujer de singular historia:

París 22-1-73

Queridos Manila y Harold;

He tardado mucho en contestarle su cariñosa carta. No crean que mi cariño hacia uds. sea menor, desconozco la verdad de lo que me hace sentir tanto dolor, cuando pienso en esos años en que su amistad me reconfortaba tanto. Hoy estoy muy sola pues casi se puede decir que no veo —o tan mal— que no puedo alejarme de mi casa pues mi corazón se pone a palpar y me ahogo. Esos son los motivos profundos que hacen que prefiera no escribir; ¿para qué?



La vida me ha separado de mi familia y veo cada día alejarse de mis amigos. Bueno todo eso no es nada, es normal el porvenir es para los jóvenes. Aquí

vivimos preguntándonos ¿qué hacer? Que piensan Uds. sólo de oído han oído hablar del mayo 68, sin embargo, la influencia de esa juventud en la calle (tontamente) casi sin saber por qué en la calle fue un despertar muy profundo. Yo lo juzgo por mi nieto, por los hijos de mis amigos Kandor que en esas seis semanas de tumultos y de violencias, se volvieron adultos y casi maduraron un poco. Debo decir que cuando se habla de izquierdismo, se mezcla todo. Pues bien el izquierdismo existe en toda la juventud, nosotros también lo éramos entre 17 y 25 años, pero todos los jóvenes son mucho porvenir ahora solo se trata delante de ellos barrer las dificultades que el mercado común, los monopolios internacionales, los escándalos y el dinero han puesto delante del país, delante del disidente. Hoy en Francia las fortunas se hacen en menos meses, como los yankees los han importado; Francia, España, Italia. Así que la tarea será grande y el enemigo muy poderoso. El Viet-Nam nos lo demuestra cada día.

Mientras tanto, yo veo el tiempo pasar, y cambiar. Uno de los ejemplos de este cambio es que a mí no me gustaba la música de Verese, que uds. saben era un amigo que yo quería mucho. El otro día en la televisión dieron un solo de flauta de Verese que me encantó ¿Habré cambiado? Dos personas, Manila se han encargado de buscarme el disco “Les Classiques de Cuba” para oír la música de Harold.

Cuánto os extraño y pienso más en uds. que lo que mis cartas puedan demostrar. Tengo mucha alegría de saber que las cosas van mejorando en Cuba. Cuba es como todos los países, el hacer una

revolución es más sencillo que reconstruir la economía de un país.

Yo nunca he dudado que Fidel llegaría a adelante también la economía y la industria del país. Cuba será próspera pues su riqueza son suyas y yo espero que Chile también llegue a superar sus dificultades. Es más difícil Cuba revolución conservando toda la oposición dentro del país, pero yo creo que será cada día más necesario llegar a hacerlo. Aquí en Europa Occidental, bien se tendrá que buscar la manera de superar esa etapa.

Perdona las faltas pues veo mal lo que escribo.

Cariñosos abrazos y besos de la amiga que nunca les olvidará

Caridad.

La conservación de documentos en los archivos es un tesoro que siempre debemos estar prestos a su conservación y resguardo con las técnicas más avanzadas, y preservarlos es una manera también de hacer la historia como lo demuestran las misivas anteriores.

Notas

¹ Fernando Ortiz (La Habana, 1881-1969), jurista, diplomático, profesor, arqueólogo, lingüista e historiador. Fue editor de importantes revistas y animador de significativos empeños culturales y científicos. En su vastísima obra publicada aparecen los siguientes títulos: *Los negros brujos*, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, *Los instrumentos de la música afrocubana* e *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. Es considerado el tercer descubridor de nuestra nacionalidad.

² Ramiro Guerra Suárez (La Habana, 1923), es fundador de la danza contemporánea en Cuba a partir de la creación del Conjunto Nacional de Danza Moderna en 1959, hoy Danza Contemporánea de Cuba. Realizó

estudios en los Estados Unidos con Martha Graham, Doris Humphrey y Charles Weidman. Bailarín, coreógrafo, promotor y maestro de las primeras generaciones de esta técnica en el país, sentó las bases para el desarrollo del estilo de la actual danza moderna cubana. Es investigador y ensayista. Ha publicado varios libros de referencia en el tema danzario. Posee el título de Doctor Honoris Causa en Danza (1989) y en 1999 se le concedió el Premio Nacional de Danza de Cuba.

³ Ignacio Cervantes Kawanagh (La Habana, 1847-1905) fue pianista y compositor. Es considerado uno de los músicos más importantes del siglo XIX en Cuba. Sus danzas para piano representan su temperamento nacionalista y su cubanidad.

⁴ Carlo Borbolla Téllez (Manzanillo, Cuba, 1902-1990) fue compositor y estudió armonía y composición en París durante tres años. Escribió rumbas, congas, danzas, y melodías para canto y piano. Sus sonos constituyen una parte importante de su obra.

⁵ Carlos Fariñas Cantero (Cienfuegos, Las Villas, 1934-La Habana, 2002) fue una de las figuras más representativas de la música cubana del siglo XX. En La Habana fue discípulo de los maestros José Ardévol, Harold Gramatges y Enrique González Mántici. En 1956 asistió a los cursos impartidos por Aaron Copland en el Centro Musical Berkshire en Tanglewood, Estados Unidos. Compuso obras para prácticamente todos los géneros y formatos de la música contemporánea actual, desde los tradicionales acústicos hasta la música electroacústica y por computadora. Creó en 1989 el Estudio de Música Electroacústica y por Computadora del Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana.

⁶ Publicación de igual nombre de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo, institución fundada por Harold Gramatges en 1951, que permaneció en funciones hasta 1961. En sus salones, los mejores artistas de la plástica pudieron exponer por primera vez sus obras.

⁷ Aaron Copland (Estados Unidos, 1900-1990), compositor, director de orquesta, autor de una abundante obra musical, fue

profesor de Harold Gramatges en los cursos de verano en 1942 y 1947 en Tanglewood.

⁸ Nadia Boulanger (París, 1887-1979), organista y profesora del Conservatorio de París, donde varios cubanos fueron sus alumnos, entre ellos Alejandro García Caturla.

Bibliografía

Archivo personal de Harold Gramatges.

Archivo personal de Leonel Maza.

CARPENTIER, ALEJO. *La música en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2004.

CUBA. INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA. *Diccionario de literatura cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2003, t. 2.

Diccionario Oxford de la música. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1973.

MARINELLO, JUAN. "La paloma de Picaso vuela en los cielos de La Habana", *Bohemia*, La Habana, pp. 55, 58, 83, 1961.

OROVIO, HELIO. *Diccionario de la música cubana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1992.

Regresando a Marinello

**Mario Antonio Padilla
Torres**
Historiador

La investigación en torno al pensamiento filosófico de Juan Marinello Vidaurreta constituye una acción necesaria e impostergable, porque su filosofía representa un fundamento cosmovisivo, en su obra cultural y como revolucionario. Una obra de elevado nivel teórico-práctico y sensibilidad humana.

Es evidente que la reflexión filosófica no puede concebirse como un objeto en sí mismo, sino como una actitud, una visión, un enfoque generalizador y transdisciplinario. La filosofía es primordialmente búsqueda crítica en movimiento, unida a una actitud reflexiva, analítica, de perenne sospecha, cuestionadora.

La filosofía de Marinello, con elam martiano, es sobre todo un pensar y hacer teórico y práctico elaborado sobre el mundo en relación con el ser humano, con la sociedad y la naturaleza, condicionado socioculturalmente, ya que su pensar no adviene ni deviene aislado y al margen de premisas y

contextos. Su pensar se construye en la sociedad y se realiza en ella, por eso su mayor riqueza surge cuando es fruto de la comunicación, del intercambio, del diálogo

La formación de su pensamiento filosófico, tanto en sus inicios, como en su desarrollo y madurez, se fraguó sobre la base de un contexto social de diferentes matices, pero con el sello indeleble de la rica tradición cubana, cuya cima es Martí.

Quienes me han precedido en este empeño no han abordado el pensamiento filosófico de Marinello de una forma sistémica, en toda su complejidad, aunque es justo reconocer que algunos de sus matices se han desarrollado a lo largo de varios años, por ejemplo "Juan Marinello el comunista", de Fabio Grobart; "Un escritor a la altura del combate", de Imeldo Álvarez"; "Marinello en dos libros", de Cintio Vitier; "Martí en Marinello", de Roberto Fernández Retamar; "Martí político en la obra de Juan Marinello", de Pedro Pablo Rodríguez; "Contemporáneos y complementarios", de Mario Benedetti; "Marxismo y tradición nacional en Juan Marinello", de la doctora María Caridad Pacheco. La investigadora Ana Suárez Díaz se ha ocupado de abordar la vida y obra de Marinello y realizó una necesaria compilación de su correspondencia que recorre el período desde 1923 al 1940.

Por otra parte, el doctor en ciencias Rigoberto Pupo Pupo ha abarcado la obra de Marinello en aspectos tales como el papel del hombre en la cultura y la identidad nacional, la axiología martiana en la obra de Marinello, la política en la obra de Marinello, la filosofía en el ensayismo martiano de Juan Ma-

rinello, y la doctora Alina en su tesis doctoral “El pensamiento político de Juan Marinello”; los doctores Carmen Gómez García y Humberto Ramos Valdés, que han abordado su pensamiento político y educativo, y el aporte a la cultura artístico-literaria, la solidaridad y el latinoamericanismo marinelliano; también el escritor venezolano Ramón Lozada Aldana nos presenta su libro *Juan Marinello: Venezuela en el corazón* donde enjuicia momentos literarios, políticos y latinoamericanos.¹ Existen también artículos, comentarios, discursos que nos dan la idea del tratamiento multifacético de la obra de Juan Marinello.

Para ilustrar lo expuesto, cito las palabras pronunciadas por Vicentina Antuña, a propósito de haberle sido otorgado a Marinello, el título de Profesor Emeritus de la Universidad de la Habana el 7 de marzo de 1974, recordando el tiempo y espacio que este le había dedicado a José Martí: “[...] libros, ensayos, artículos, que constituyen un invaluable aporte a la recta interpretación de su obra política y literaria y que han contribuido, de modo principal, a resaltar la vigencia de su luminoso pensamiento para los pueblos americanos que luchan en esta hora contra el imperialismo estadounidense por lograr lo que llamó Martí su segunda independencia”.²

La justa interpretación no es casual, se está refiriendo a un hombre que penetró en la profundidad del pensamiento martiano, que lo valoró de forma transdisciplinaria y que evocó su nombre junto con estudios, culturales, sociológicos, psicológicos, literarios artísticos, incluyendo que ahondó en su personalidad de forma humanística.

La doctora María Caridad Pacheco en un artículo “Marxismo y tradición nacional en Juan Marinello” aparecido en la revista *Cuba Socialista* se refiere a varios elementos del pensamiento filosófico de Marinello. A mi parecer, logra una aproximación al enlace del pensamiento marxista con el martiano, muestra el contexto histórico inicial en que se desarrolla y argumenta con solidez el papel de la década del 20 del siglo xx.

Y puntualiza “La nueva toma de conciencia antimperialista, surgida a nivel nacional en la que Marinello llamara ‘la década crítica’, de 1920 a 1930, con los primeros jóvenes marxistas cubanos –Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Pablo de la Torriente Brau, Raúl Roa y el propio Marinello– desemboca en el primer rescate del pensamiento martiano, que tiene en la obra de Mella, *Glosas al pensamiento de Martí* (1927), la primera clarinada”.³ Dicho ensayo presenta de forma general el profundo pensamiento martiano de Marinello, de su latinoamericanismo, antimperialismo, proyecciones sociales políticas y económicas en Marinello que se quería proyectar desde temprana edad para su patria y el mundo.

El doctor en ciencias Rigoberto Pupo Pupo valora varias aristas del pensamiento filosófico de Juan Marinello: el hombre, la cultura y la identidad nacional, mostrando que estos conceptos son claves metodológicas para llegar a la intención filosófica y señala: “En Marinello como lo fue en Varona, Martí, no solo el arte, sino toda actividad del hombre, en tanto tal debe ser humana, la humanidad es en él lo que sustancializa y cualifica al hombre, su

calidad definitoria por antonomasia. El atributo ético subyace como parámetro valorativo de identidad humana y social, y al mismo tiempo como medio engendradora de calidad humana”.⁴

Ramón Lozada Aldana en su libro *Juan Marinello: Venezuela en el corazón*, describe un amplio recorrido de la vida de Marinello e indaga en el arte, la política, en la solidaridad, en sus utopías, en su influencia mutua con la hermana República Bolivariana de Venezuela y otros temas que conforman el aspecto multifacético de Juan.

El mundo actual, lleno de desequilibrios globales, regionales y nacionales, presenta ante la filosofía y la política interrogantes, donde el ser humano está en el centro, la clave es: ¿Cómo presentar un mundo mejor ante los nuevos desafíos de la humanidad, y revolucionarlo en busca de una verdadera justicia?, clave fundamental de la cultura y elemento esencial en la práctica de la política.

Rigoberto Pupo Pupo sustenta unas tesis tentadoras, cuando expresa:

Más que indagar sobre el concepto socio-filosófico de cultura y su presencia en el discurso de Marinello, se impone, a mi criterio, determinar la especificidad cualitativa de su abordaje cosmovisivo, en los marcos de la concepción del hombre. La intención no se dirige a la búsqueda de una teoría sustentadora de fundamentos raigales —que existe, pero que requeriría de una investigación más abarcadora de la obra de Marinello.⁵

Nuestro estimado académico sustenta el abordaje cosmovisivo, frase que para el autor de este artículo sí le clarifica su fuerza filosófica, primero por tener al

hombre como centro del que se hace, cómo lo hace, quién lo hace y para quién lo hace; segundo, el principio integrador sobre una base holística; y tercero, la definición del hombre como parte de ese cosmos.

La cultura vista por Marinello, donde los momentos ético, estético y político forman parte de sus mediaciones esenciales, son elementos que podrían revelar la verdadera concepción del hombre. En la aserción del doctor Pupo, hay una búsqueda intencional, a mi modo de ver, por lograr una integración transdisciplinaria que brota desde una concepción cultural que integra una plataforma ética, política y estética, en su síntesis.

Benedetti nos acerca al Marinello, para quien el hombre es el centro de la cultura. Nos revela un pensador y hacedor de política con numen cultural: “Una de las características fundamentales de la obra de Marinello, es junto con la del magisterio del estilo, la información de la actualidad política y literaria mezclada a la erudición más depurada, cernida ambas en una forma sugestiva y elegante. Una simple alusión marca una vasta extensión cultural, y el concepto de cultura, en él, no excluye jamás la veta inagotable de lo popular”.⁶

Es a mi criterio esta frase un acercamiento profundo al pensamiento de Marinello, y abre cauces para otros discernimientos en torno a la identidad nacional, a la imbricación natural de varias partes que componen nuestro comportamiento cultural.

También, las palabras de Hart, nos recuerdan la maestría de un intelectual que fue capaz de buscar el punto común de nuestra vasta tradición cultural y las ideas del socialismo marxista,

nos presenta un Marinello creativo que de múltiples métodos logró elegir el que correspondía: “[...] Juan Marinello –señala Hart– expresó como pocos los vínculos entre el ideario de José Martí y la ideología del proletariado. Fue martiano profundo y fue marxista profundo. Fue uno de nuestros mejores martianos y uno de nuestros mejores marxistas”.⁷

Al despedir el duelo del gran intelectual cubano, el compañero Raúl Castro Ruz, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros y segundo secretario del Partido Comunista de Cuba (PCC) enfatizó:

Con Juan Marinello el Partido pierde a uno de los más tenaces y pacientes forjadores de su unidad, a un esclarecido intérprete de su ideología, a un infatigable y certero cumplidor de su política en todos los terrenos, nuestro Estado socialista se ve privado de una personalidad de relieve mundial, que de modo ejemplar sabía armonizar la reflexión científica con la pasión revolucionaria en la defensa del socialismo y de la paz, la cultura cubana, latinoamericana y universal [...].⁸

Las anteriores palabras del segundo secretario del PCC, nos muestran la visión de un Marinello en plena revolución de pensamiento y acción, y de un legado multifacético intelectual que nos permite seguir profundizando en su obra y abrazar la idea de una visión filosófica de la realidad del mundo, al considerar la filosofía un saber más que una simple ciencia.

Martí, al referirse a la interrelación cultura, política e identidad nacional manifestó: “Es el efecto de la cultura

en la mente humana mirar a lo real como fenómeno, y no como sustancia: lo real, accidente y efecto: y el espíritu de indispensable existencia”.⁹ También expresó: “Por política no se ha de entender solamente los asuntos de mero gobierno, sino el estudio y la administración de los intereses del país [...]”.¹⁰ En otra de sus frases afirma: “[...] injétese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.¹¹

Muy difícil es separar el pensamiento creador de Marinello de la obra de José Martí. Al referirse al papel del Apóstol señalaba: “Recordemos las oportunidades en que el dirigente del 95 fija a la república democrática, libre y cordial porque trabaja un destino equilibrador, es decir salvador del desequilibrio que trae a la convivencia continental el desbordamiento opresor del capitalismo imperialista de los Estados Unidos”.¹²

El renacer de las ideas martianas en los años 20 del siglo pasado permitió que jóvenes intelectuales regresaran a un pensamiento al parecer olvidado, que vieran el problema de la identidad nacional como un proceso en pleno desarrollo muy apegado a la cultura y a la política.

Marinello fue uno de aquellos jóvenes que marcharon junto a la historia verdadera con una ética martiana y un fervor revolucionario, junto a la clarinada de las ideas socialistas.

A mi criterio, Juan Marinello, prestigioso intelectual de la cultura y la praxis política no conceptualizó académicamente las categorías mencionadas con anterioridad, sin embargo las vio en plena congruencia y en el centro el hombre como sujeto cambiante móvil entre ellas.

El pensamiento de este gran intelectual logra una unidad revolucionaria de ideas martianas y socialistas. En su aprendizaje del Maestro sintió la responsabilidad y la necesidad de revelar virtudes necesarias, para el trabajo con las masas populares y el papel que le corresponde al que dirige, es decir, es una política determinada por una cultura autóctona con el hombre natural, como lo llamó el Apóstol.

Pienso que Marinello es un paradigma actual por su proyección, que siempre supo lo que quiso, encontró a través de un estudio concienzudo de la realidad y no descansó un minuto en ser un humanista revolucionario, creador y visionario del futuro.

Quizás definir qué fue primero, su práctica revolucionaria, o el desarrollo de su pensamiento, no sería acertado, porque ambos aspectos se complementaron, a medida que vivió y actuó. Por ser un gran martiano, supo imbricar la idea, junto a su práctica política.

El análisis del pensamiento de Marinello sobre la cultura, política e identidad nacional y su interconexión dialéctica, además de sus ideas sobre la necesidad de una verdadera cultura de hacer política en nuestros tiempos, da continuidad al pensamiento de generaciones de intelectuales que han abordado este tema con un sentido revolucionario, así como nos trae a Martí a este siglo y lo hace vigente en momentos históricos concretos.

Notas

¹ He escogido a algunos autores, personalidades, escritores, políticos intelectuales que se han referido a la obra de Juan Marinello desde sus mediaciones político-culturales como una contribución a conformar el pensamiento filosófico de este

intelectual orgánico, viendo la filosofía como un gran saber del múltiples mediaciones, profundidad en la transdisciplinariedad de las ciencias, valoración de la teoría y la práctica de este revolucionario y el aporte transformador en la política y la cultura.

Es significativo que a pesar de los enfoques presentados, existe una esencia común en las valoraciones en cuanto al aporte indiscutible que le dio a la cultura y la política, coincidiendo además con que es un intelectual que trasciende en el tiempo al tener un pensamiento de necesaria reflexión en cada etapa que se valora su obra, lo cual incluye nuestro siglo.

² Antuña, Vicentina. “Juan Marinello: maestro emérito de la cultura”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, Año 65, No. 3, sept.-dic. 1974, p. 19.

³ Artículo de la doctora María Caridad Pacheco González, investigadora del Centro de Estudios Martianos, “Marxismo y tradición nacional en Juan Marinello (1923-1925) publicado en la revista *Cuba Socialista*.

⁴ Pupo Pupo, Rigoberto. *Cultura, identidad nacional, y aprehensión martiana en Juan Marinello*, Instituto de Filosofía, Academia de Ciencias de Cuba, Ciudad de La Habana, 1994, p. 2.

⁵ _____: “La cultura en Marinello”.

⁶ Augier, Ángel. *Recopilación de textos de Juan Marinello*, Casa de las Américas, La Habana, 1979, p. 620. (Serie Valoración Múltiple)

⁷ Hart, Armando. *Ibidem*, p. 639.

⁸ Castro Ruz, Raúl. “Palabras pronunciadas en el sepelio de Juan Marinello, el 28 de marzo de 1977”. *Ibidem*, p. 95.

Evocación y nostalgia por la tierra del Mayor*

Enrique Cirules

Escritor y ensayista

Estimados escritores y poetas del Camagüey:

Antes de comenzar quiero agradecer a los organizadores de este evento la gentileza por haberme invitado y darme la oportunidad de leer un texto donde voy a hablar de la cultura del Camagüey: de literatura, del oficio de escritor, y en especial del poeta, ensayista, periodista y organizador de la cultura, Luis Suardíaz.

Para este Encuentro de Escritores camagüeyanos no he resistido la tentación de expresar un conjunto de ideas, como modesto homenaje a los escritores y artistas del Camagüey de todos los tiempos.

En primer lugar, debo decir que me siento muy honrado y heredero de la fascinante tradición que forjaron los poetas y escritores del Camagüey a lo largo de varios siglos. Esto es y ha sido para mí una enorme dicha: Haber nacido y estar vinculado durante toda mi vida a esta comarca de una enorme riqueza espiritual, cultural, histórica, y revolucionaria.

Creo haber dicho en alguna otra ocasión que nací en un paraje indisolublemente unido a los orígenes iniciales de la fabulosa Santa María del Puerto del Príncipe. Unidad que a partir de

mediados del siglo XIX se hizo más estrecha, a consecuencia del ferrocarril que comunicaba esta ciudad con la ensenada del Guincho, un embarcadero acordonado de verdecidas colinas, a sotavento de la bahía.

Para el salto cualitativo de la cultura del Camagüey en la segunda mitad del siglo XIX, el ferrocarril trajo grandes consecuencias para la economía, la vida social, intelectual y revolucionaria de nuestra comarca.

La ensenada del Guincho, con su embarcadero, fue el paraje de tránsito por excelencia de todas las culturas que en el proceso de conformación de la cultura camagüeyana (tal y como la conocemos hoy), estableció las premisas esenciales de asentamiento de un rico y muy diverso entramado humano en nuestra llanura de pastores y sombreros.

Por el embarcadero del Guincho entraron al Camagüey todas las culturas existentes en la península: castellanos, vascos, gallegos, aragoneses, andaluces, isleños, catalanes...; y entraron casi todas las culturas del África subsahariana: congos, bantúes, mandingas, carabalíes..., así como una cantidad imprecisa de miles de chinos que nutrieron de mano de obra

* Texto presentado en el encuentro de escritores de Camagüey, convocado por la biblioteca Julio Antonio Mella, el 2 de febrero de 2011.

semiesclava a las zonas centrales de la isla. Recordemos que el mayor Ignacio Agramonte traía en su tropa a numerosos chinos.

Este conjunto de culturas, primero las provenientes de la península Ibérica (después que desapareció la población aborigen) propició el tráfico negrero que, con las cruentas luchas por la independencia de Cuba, forjaría la cultura del Camagüey. Este conjunto de diversas etnias creó en Puerto Príncipe la poderosa cultura cubana del Camagüey tal y como la conocemos hoy.

Después, también por el embarcadero del Guincho, entraron al Camagüey miles de norteamericanos y europeos, en un proyecto de corte anexionista, que dio origen a la fundación de las desaparecidas 10 pequeñas ciudades o villas o conglomerados de colonos en el valle de Cubitas, además de la perdida ciudad de los franceses, en el este de cayo Romano, conocida como Versalles, y el arribo de cientos de familias alemanas fundadoras de lo que se conoce hasta hoy como Palm City o Palma City.

Digo todo esto, porque durante los siglos XVII, XVIII y XIX, además de conformarse la poderosa cultura del Camagüey con la llegada de todas esas culturas a las que he hecho referencia, se fue creando una fuerte corriente de la memoria histórica, con sus múltiples leyendas, mitos y realidades, forjándose en nuestra región una fabulosa potencialidad para la actividad artística y literaria.

Uno de esos rasgos esenciales de esta cultura, desde sus tempranos inicios, fueron las expresiones del arte poético, a través del cual nuestra comarca pudo alcanzar cimas cada vez más altas.

Luego, a partir de 1898, vendrían las infames intervenciones militares norteamericanas, pero ese es otro tema.

Desde el siglo XIX hasta hoy, Camagüey cuenta con decenas de afamados poetas, narradores, músicos, compositores, filósofos, economistas, pintores y arquitectos, científicos de fama internacional; artistas de gran relieve: cantantes, trovadores, bailarines, patriotas y guerreros, que han alcanzado enorme prestigio y universalidad. El listado sería interminable, porque la inteligencia y capacidad del pueblo camagüeyano y, sobre todo su fabulosa cultura histórica, ha sido aumentada y enriquecida extraordinariamente después del triunfo de la Revolución.

Es así que al abordar este tema de la cultura artística y literaria del Camagüey, me viene a la memoria un pasado no tan lejano. Es por eso que hoy deseo hablar del poeta Luis Suardíaz.

Queridos amigos:

Conocí a Luis hace casi 50 años. Lo conocí en una pequeña oficina del segundo piso de este mismo edificio, cuando ya no era El Liceo de Camagüey, pero tampoco había abierto sus puertas como Biblioteca Julio Antonio Mella.

Esa mañana, en esa oficina, se encontraban Magdalena de Varona, tan sencilla y amable; el doctor Joaquín Torres, refinado y gentil; el pintor y poeta Giordano Rodríguez, y el joven poeta Luis Suardíaz. Una especie de estado mayor –dirigido por Luis– que comenzaba a dar los primeros pasos para fundar (para organizar) lo que sería el Consejo Provincial de Cultura en la provincia del Camagüey.

En mi caso, venía enviado por el Sindicato Marítimo Portuario

“Fernández Gutiérrez” de Nuevitas, organización que aglutinaba a más de 1 500 trabajadores de Puerto Tarafa y Pastelillo. Habíamos concluido con la Campaña de Alfabetización, y como responsable de Educación, Cultura y Deporte de ese sindicato se me encomendó la misión de organizar una Casa de la Cultura en lo que había sido la Colonia Española de Nuevitas.

Conocer a Luis fue para mí una experiencia inolvidable; yo traía los ariques puestos (en ocasiones creo llevarlos todavía), pero Luis no, Luis ya era un joven culto.

Esa mañana estuvimos conversando muy largamente; y después continuamos hablando sentados en el parque Agramonte, recorrimos varias calles y almorzamos en una cafetería no lejos de la Plaza de los Trabajadores.

Luis poseía una profunda visión histórica del Camagüey, de sus poetas, de sus escritores, de sus pensadores, de su pintura y su música; un dominio y comprensión muy amplio acerca de una comarca como esta, de célebres poetas y afamados guerreros.

Pero lo que más me sorprendió en este joven de apenas 25 años fue el profundo conocimiento que tenía de la cultura de España, adquirido a través de intensas lecturas de los más afamados intelectuales españoles, cuando se desempeñaba como empleado en la recepción del hotel Plaza, frente a la estación ferroviaria del mítico Camagüey.

Luis podía estar hablando horas enteras acerca de poetas y escritores, teatristas y pintores españoles, y de sus relaciones con la cultura cubana, y en particular con la cultura del Camagüey. Algo que resulta asombroso hasta hoy,

a pesar del profundo conocimiento que ha alcanzado la intelectualidad cubana contemporánea.

Así, continuamos nuestra amistad durante toda la década del 60, cuando él se trasladó a La Habana para asumir la Dirección de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional de Cultura (CNC). Una época de desafíos, de enormes transformaciones, en medio de las más diversas agresiones del imperialismo norteamericano. Nos encontramos muchas veces, y fueron incontables las ocasiones en que disfruté de sus conocimientos, de ese talento innato que poseía, entregado siempre a una actividad de servicio hacia el otro, a lo que él consideraba un deber: ayudar y transmitir su experiencia, su cultura, sin reservas, eso era para él parte esencial de su existencia. Una manera muy suya de contribuir al desarrollo de la cultura cubana y a la consolidación de la magna obra que la Revolución había emprendido en las esferas social, económica, política y cultural de la nación cubana, a pesar de la política de asedio de los gobernantes norteamericanos.

Y digo que nos comenzamos a encontrar casi a diario durante 1963, porque para esa fecha yo estudiaba en la Escuela del Consejo Nacional de Cultura, y sin descuidar su trabajo en el CNC, y sin descuidar su actividad creativa, intelectual, poética, Luis era también profesor en esa escuela. Nos impartía clases de Economía Política, Socialismo Científico y Materialismo Dialéctico, en ese palacete de la calle 2 y calle 11 (donde se encuentra hoy el Ministerio de Cultura), antigua residencia del señor Sarrá, uno de los mayores casa tenientes de la capital cubana.

En esa escuela del CNC estudiábamos de manera acelerada, generalmente en tres sesiones: mañana, tarde y noche, apoyados por un grupo de inolvidables profesores, entre los que se encontraban su director, Manuel (Manolo) Fernández Retamar; la extraordinaria Marta Vesa, y la maravillosa María Antonieta Henríquez. Y por supuesto, estuvo Luis, allí, durante largos meses, lidiando con una tropa de coordinadores regionales de Cultura de todas las provincias, en aquel palacete del zar de las droguerías habaneras, donde las llaves de su baño personal eran de oro, y su enorme biblioteca unos lomos numerados sin contenido alguno, vacíos. Así de simple.

Pero Luis, como siempre, iba más allá de su tarea de profesor, era para nosotros el amigo, el compañero en las actividades deportivas, en las excursiones programadas hacia sitios históricos, artísticos o culturales, y en la muy diversa programación que cumplía la escuela en actividades culturales nocturnas: teatrales, musicales, de artes plásticas, de danza y de ballet, en una Habana de los años 60, cuando la Revolución se dio a la tarea de democratizar la cultura cubana, como parte de las primeras grandes transformaciones de la época.

En ocasiones, los fines de semana, Luis solía invitarme a alguna que otra actividad en que se desenvolvía, atento siempre a mis tempranas inquietudes, vinculadas a la creación literaria.

Esta relación de amistad y de vínculos culturales se estrechó aún más cuando comencé a trabajar en el Consejo Provincial de Cultura de Camagüey, en la Avenida de la Libertad 176. Por esa época tuve la dicha de ini-

ciar el desafío mayor de mi existencia: fue cuando en verdad entré en contacto con la poderosa cultura del Camagüey, preámbulo para lo que sería mi lento, continuado, enriquecedor tránsito a través del cual, comencé a dar los primeros pasos, movido por un afán irrenunciable de convertirme en un escritor, de conformar un oficio, de perfilar una manera de mirar, de observar, de crear realidades narrativas a partir del extraordinario entorno que envolvía a lo cubano; y en particular, de la prodigiosa comarca del Camagüey, tan diversa y pródiga en su cultura, en sus realidades y ensueños.

Luis Suardíaz visitaba casi todos los meses la ciudad de Camagüey, y yo tenía la suerte de compartir responsabilidades en el Departamento de Literatura y Divulgación del Consejo Provincial de Cultura con una personalidad toda bondad, capaz, inteligente, toda entrega, como era (y es) el poeta Ramírez Peyerano.

No hay que olvidar que yo procedía de un paraje marino donde cada año recalaban cientos de barcos que venían a cargar azúcar. No era extraño que al principio Camagüey me pareciera un espacio misterioso, con sus calles estrechas, laberínticas, sus plazas y parques, sus iglesias y conventos, y esas diminutas aceras sin aleros que no conducían a ninguna parte o que, después de haber recorrido un extenso trecho, podían concluir en el mismo sitio de la partida. Por lo menos, en mi imaginación, perdiéndome y encontrándome con aquella vieja ciudad tan cargada de historia.

Las imágenes que yo resguardaba eran las relacionadas con mis actividades en Puerto Tarafa, que era el mayor

enclave exportador azucarero del mundo, y San Fernando de Nuevitas una pequeña villa costera, plagada de tabernas, de hospedajes, de embarcaderos, de antiguos hostales. Una comarca rica, eso sí, en cuanto a su cultura marina, a esa presencia de pescadores, tortugeros, cazadores y navegantes, que poseían una relación muy profunda con su entorno. Un paraje donde se encontraban lo diverso y lo foráneo, que incluían a viajeros de todas las latitudes: personajes errantes, mujeres de rumbo, aventureros, contrabandistas o navegantes solitarios; y también estaba ese laborioso pueblo de Nuevitas, pobladores amables, portadores de la virtud y el encanto, que resguardaban entre sus tradiciones las más hermosas cualidades, entre los que se encontraban los experimentados pescadores y tortugeros de la cayería de Romano; y mis queridos compañeros, los braceros y estibadores de Puerto Tarafa y Pastelillo.

Cuántos amigos, todo tesón: el negro Walfrido Valladares y Benedito, Edgardo La Rosa y Papachín, el fabulador Nicoliche, y Benito Porro Adán, admirados y queridos por razones que el escritor conoce, en una pequeña comunidad marítima, cuyas calles adoquinadas ascendían por una baja colina hacia el centro de la villa, donde se encontraba el parque, una vieja iglesia de dos torres amarillas, y un recio edificio colonial, edificado con piedras calizas, sede del Gobierno Municipal; y la muy afamada y estrepitosa barriada del puente, con la barbería de mi maestro Felo Centellas.

Esa mítica realidad, con esas continuas navegaciones del viejo Antonio, para cazar o pescar, entre tiburones,

alecrines y caimanes, caballos salvajes, perros jíbaros, rocales, lagunas y pantanos, en el mismo borde de la impetuosa corriente, fue quizás, sin saberlo –después de haber vivido en Camagüey, y convivido durante casi 10 años con los inolvidables camagüeyanos–, lo que incitó para siempre mi vocación literaria.

De la costanera yo traía muy variadas historias, enraizadas en sitios de mares, conservadas en la memoria colectiva; temas que parecían como olvidados, que el tiempo amenazaba con borrar, pero que estaban allí, y se revelaban a través de conversaciones, de rumores, de encuentros furtivos y tertulias espontáneas en el antiguo muelle de los Carrera, donde era usual que se hablara de tal o cual aventura, mezcladas a veces con hazañas y mezquindades de corsarios y piratas, de barcos hundidos, de imprevisibles navegaciones; de relatos de embrujos, de tesoros escondidos, de muertos y aparecidos, del vuelo de las brujas de la Gran Canaria en los alrededores del fondeadero de las Antillas. De esos viejos emigrantes españoles que, perseguidos por el franquismo (por el fascismo), no tuvieron otra suerte que empotrarse en los bosques de cayo Sabinal, y cada dos o tres meses solían carenar en el Hotel de Prada –castellanos, gallegos, catalanes, aragoneses, salamanquinos y asturianos–, y algún que otro personaje que anduviera de paso, cargando ilusiones frustradas y amargos recuerdos.

También era usual que en las tabernas del embarcadero los pescadores y navegantes se refirieran a lo acontecido en aquella comarca durante la segunda guerra mundial, con un Hemingway

dedicado a perseguir submarinos alemanes; y se hablara de la época en que imperaban las cañoneras españolas, y de un destacamento de la caballería mambisa que, a una legua de la colina del cementerio, entró en reñido combate con un batallón de San Quintín; y en los días claros y azules, desde esa misma colina, se podía observar una buena parte de la bahía; y en tierra adentro, las zonas boscosas; sitios de tránsito, de operaciones militares, de incendios, de batallas campales que dejaron huellas de fusilazos en las ruinas de aquellos parajes; y lo que había ocurrido en Pueblo Viejo, pequeño y escondido refugio, arrasado a fines del siglo XVIII por la furia de un pirata inglés; y a sotavento de las colinas, el embarcadero del Bagá, con una línea férrea que yacía enterrada entre la hojarasca y la maleza, línea férrea que abrió esa vasta comarca a los rigores del comercio, con sus extensos potreros de abundante ganado, ingenios y esclavos; comarca incendiada y saqueada en las guerras anticoloniales, pero sobre todo, sitios que sirvieron al tráfico negrero, y al cruce de emigrantes que, procedentes de Nueva York, encaminaban sus pasos hacia el valle de Cubitas para fundar las desaparecidas villas de campesinos norteamericanos y europeos.

En esa costanera, en esa corriente impetuosa, el perenne cruce de goletas, bergantines, veleros y yates, cargueros y mercantes, buques de travesía y navíos de guerra que, desde los confines del arco antillano solían reordenar rumbo a la altura de faro Maternillo, antes de dirigirse a los puertos del Golfo, desgranando relatos en noches de tormenta: rumores de naufragios, anclas y jarcias, odios y rencores, persecuciones

y asesinatos; y delirantes rumbantelas, con tambores, trompetas, boleros y canciones, que hacían de los festines en el embarcadero del Guincho algo poco menos que interminable.

Sin embargo, en Nuevitás no existían librerías, ni bibliotecas, ni escritores, ni movimiento cultural alguno, y mucho menos una tradición literaria. Ni siquiera era del conocimiento público que Emilia Bernal había nacido en aquel paraje del que se marchó cuando tenía seis años para jamás volver.

Era todo lo contrario en el antiguo Puerto Príncipe, en ese Camagüey de una profunda tradición literaria. A mi llegada, la ciudad ofrecía un numeroso grupo de jóvenes intelectuales, alentados por un poderoso afán creativo, entre los que se encontraban poetas, narradores, teatristas, pintores, arqueólogos, periodistas, trovadores y músicos.

Fue entonces cuando realmente comencé a descubrir al Camagüey, sus plazas y parques, sus dos grandes avenidas, la espléndida vía de República con la inevitable esquina del Gallo. La prodigiosa calle Maceo, hacia su plaza, hacia el Parque del Mayor, hacia un puente que, después de cruzar el río, se abría hacia grandes espacios.

Era casi una fiesta del espíritu descubrir el caserón colonial donde nació la Avellaneda. La emoción de encontrar y recorrer los parajes de Ignacio y Amalia, los sitios de Guillén, de Ballagas, de Ponce, de Mariano Brull; el museo en el antiguo Cuartel de Caballería. Los sueños de Vicentina de la Torre de conformar un ballet.

En Camagüey me comenzó a asediar la nostálgica imagen de Gilda Zaldívar, en amores con un viejo alemán conocido como herr Charles Shrimpf, sabio

políglota, uno de los fundadores de La Gloria City, preterido, calumniado y perseguido por el cónsul estadounidense en esta comarca; y nos asediaba el recuerdo de un Julio Antonio Mella casado con una hermana de Gilda; su paso por Camagüey era una leyenda, y nos asediaban las actividades que había realizado el autor de *Generales y doctores*; y la música de Marín Varona; la obra de Enrique José Varona, Pichardo Moya, de Rolando Escardó, y toda esa búsqueda y rescate de los creadores camagüeyanos que rastreaban su pasado para edificar un presente, con ansias de reinventar realidades y sueños.

Se me hace muy difícil en unas simples líneas apresar los nombres de toda la intelectualidad camagüeyana que aprecié en aquel momento, por lo numerosa que era, y es. Pero deseo, al menos, hacer mención a Cascorro, enfrascado en reconstruir hechos, acontecimientos, situaciones. Pablo Verbisky en el Conjunto Dramático de Camagüey; y Manuel Villabella, tan acucioso, tan sumido en diversos proyectos, forjando en el teatro Tasendi un grupo que marcaría época.

De inicio, me instalé en la casa colonial de la Plaza Méndez, y me di a recorrer la ciudad casi de manera furiosa, casi todos los días, dejando por detrás la Avenida de los Mártires, la estación ferroviaria, la calle República, internándome con cualquier pretexto en aquel laberinto que excitaba mi imaginación.

El Camagüey: ciudad de mis amores y nostalgias; de mis gratos recuerdos; de emociones, estancias y placeres; de ese diario andar. La ciudad que se me deslizó del misterio al encanto, del asombro a la fascinación, en la medida

en que descubríamos nuevas revelaciones en sus viejas piedras, en un entorno ciudadano cada vez más grato.

Por entonces eran muy frecuentes las tertulias que nos convocaban, que nos agrupaban, en la salita del antiguo Círculo de Intelectuales, en la misma esquina de la socorrida pizzería de la Plaza del Gallo.

Numerosos eran los intelectuales y artistas que visitaban la ciudad: Guillén, Onelio, Virgilio, Lisandro, José Soler Puig, Eguren, Mariano Rodríguez y Carmelo González, Noel Navarro, Santiago Álvarez, y la maravillosa Alicia Alonso, entre muchos otros.

Todo, sin que haga mención de las incontables personalidades extranjeras del arte y la literatura que visitaron el Camagüey.

En cuanto a mí, se convertía en un gran desafío escribir mis primeras notas y entrevistas con destino al periódico *Adelante*.

Época, dije, prodigiosa, en la que se habían derrumbado para siempre las antiguas estructuras sociales del Camagüey, y hasta la comunidad haitiana de Caidijes mostraba sus rituales vodú en el teatro Principal, asombrando a todos con lo no conocido, con lo temido, que dejaba de ser oculto para convertirse en un magnífico espectáculo, sin perder la profunda y genuina imagen de una cultura marginada, explotada, reprimida, enterrada hasta entonces en cañaverales y bosques.

También, en el fondo de la edificación de lo que había sido el Círculo de Intelectuales, existía un restaurante donde el piano de González Allué nos deleitaba cada noche.

Eran los meses, los años, en que comenzaron a publicarse los más

importantes autores universales. Se publicaba por primera vez en formato de libro a Hemingway, que llevaba más de 30 años en contacto con la cultura cubana. ¡Se publicaba a Guillén, a Cervantes, a Thomas Mann, a Carpentier y a Lezama, Flaubert, Stendhal...! Era el tiempo de las lecturas interminables: de *Cien años de soledad*. Del encuentro con *Cecilia [Valdés]*, esa gran novela de don Cirilo: el autor cubano capaz de crear un personaje que se convirtió en un gran mito: la mulata cubana, la cubana por excelencia, que ha iluminado nuestra literatura para todos los tiempos, y la música, la pintura y el teatro.

La fascinación por las ideas y la prosa de Martí, de Carlos Marx, y la obra revolucionaria y cultural de Fidel Castro.

Recuerdo que en dos o tres meses leí y releí en cuatro o cinco ocasiones *El siglo de las luces*, echado en una litera, a las horas más insólitas, con un diccionario al alcance de la mano. Fue la época en que curé de espanto a mi clásica timidez, cuando en público le pregunté a un afamado, casi de manera ingenua, cuál era el significado de la palabra pleca, motivo de risas.

Era la época en que comencé a leer el *Ulises* de James Joyce, y tuve que abandonarlo en la página 100.

La época en que me cautivó *El Gran Gatsby*. Las lecturas de Poe, Mark Twain, Melville, Steibeck, Dos Passos y Faulkner, entre otros.

Todavía no había comenzado a estudiar a los escritores franceses ni a los rusos, ni a los latinoamericanos.

En el contexto del Camagüey y su inquieta intelectualidad, no era extraño que Negro Bueno estuviera al tanto de lo más novedoso que estuviera aconte-

ciendo en cualquier parte del mundo. Podía ser el último libro de Neruda, o la última novela mexicana: *José Trigo*. Podía traer, sin ningún asombro, recientes textos de Michel Butor o Sartre, o los cuentos de Updike; y Desiderio rastrearía hasta el tema del teatro Kabuki; y Nikitin y Pedro Castro jubilosos se enfrascaban en montajes teatrales que resultaron estrenos del teatro cubano.

Se renovaban los carnavales en medio de los rigores de las tareas más impostergables. Las noches en la casa colonial se convertían en noches de encuentros, en reuniones de consulta, de trovadores y guitarras, de visitantes de toda la cultura; con Betancourt tratando de organizar la sinfónica; los cantores de Cortina, la persistencia de Mirta Atienza, el coro de los portuarios, los pintores Santo Serpa y Juan Vázquez Martín; “Papito” y su guitarra en noches de trova; la bella Estercita con su piano; las expediciones de Guash y Payarés hacia las cavernas de la Sierra de Cubitas; el inolvidable Rómulo Loredó, y algunos preciados amigos: Justo, Regino Avilés, Omar Jiménez, Merodio y Pendone.

Eran los años de la solidaridad con Viet Nam; y de las navegaciones que propiciaba mi querido amigo Najarro, hacia el golfo de Guacanayabo, Boca Rica y Cachiboca, que me incitaron a escribir más tarde 30 relatos reunidos en un libro de mi aprecio: *Los guardafronteras*.

Desde Camagüey publiqué mis primeros cuentos en *El Caimán Barbudo* y en la antología *Pluma en ristre*.

Lo demás pertenece al empeño, a los delirios de la imaginación. Al desafío de marcharme hacia el valle de

Cubitas, gracias a mi amigo Giordano Rodríguez; y a Navas, el de Minas, pude encontrarme con William Stokes, el último de los norteamericanos de La Gloria City. En aquel paraje permanecí tres años enteramente dedicado a la literatura, a la investigación histórica, a la actividad de la creación narrativa. En el rescate de fabulosas historias originadas por las expediciones que organizó la Cuban Land and Steamship Company en el norte de Camagüey con objetivos anexionistas, en conciliábulo con las ambiciones de las empresas ferrocarrileras y monopolios azucareros.

En Camagüey también aprendí que era posible hacer realidad cualquier sueño. Que lo que uno se propusiera podía conseguirlo, que todo dependía del tesón, de la terquedad y el rigor con que se emprenda una tarea.

Aquí me inicié en el aprendizaje literario, que aún no he concluido. Aquí recibí el aliento y la fuerza y la ayuda de decenas de queridos compañeros.

Es cierto que algunos de mis libros han recorrido un camino fructífero. Es un proceso en el cual todavía estoy enfrascado. De esa forma, siento que ahora es que estoy empezando, que estoy aprendiendo en verdad el oficio de escritor, y me acerco cada vez más a los desafíos de la literatura de una manera casi mística. Entonces, qué puede haber de extraño que en cualquier lugar que me encuentre o pueda encontrarme, mis más preciados proyectos, mis pensamientos, ilusiones y nostalgias, se encuentren aquí, en la comarca del Camagüey. ¡En esta ciudad donde fui tan feliz!

No quiero terminar sin referirme a la estafa a que han sido sometidos dos de mis libros en los Estados Unidos:

El imperio de La Habana y La vida secreta de Meyer Lansky.

Estos dos libros más que plagiados, han sido canibaleados con el fin de manipular la presencia de la mafia norteamericana en Cuba. Incluso se proponen filmar una película. He advertido internacionalmente que la manipulación de mis libros para la filmación de una película, es un proyecto que nacerá herido de muerte. Es algo que tendrá su oportuna respuesta.

¿Qué otra cosa se puede esperar de un imperio que condena a cinco héroes y protege a Posada Carriles?

A partir de 2012 irán saliendo dos nuevos libros míos. Un segundo texto sobre Hemingway, con el título de: *Hemingway ese desconocido*; y un tercer texto sobre el tema de las comunidades en el valle de Cubitas: *Misterio y fascinación en La Gloria City*.

Por último, decir a mis queridos camagüeyanos que todos permanecen en mi memoria. Que todo permanece de manera imborrable, para todos los tiempos.

Muchas gracias.

El vuelo del gato. Reflejo de la cultura cubana: mestizaje e idiosincrasia

Denisse Delgado Vázquez

Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas

*“El gato copulando con la marta no pare un gato de piel shakesperiana y estrellada,
ni una marta de ojos fosforescentes. Engendran el gato volante”.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Con estas palabras de Lezama Lima en “Universidad del Roce” comienza *El vuelo del gato* haciendo alusión a la diversidad y el mestizaje en su indagación sobre “lo cubano”. No pudo Abel Prieto, autor de esta novela, realizar mejor selección para constatar la esencia e intencionalidad que pretende dibujar a través de todo el texto.

Este novelista cubano ha escrito varias colecciones de relatos, entre los que destacan *Los bitongos y los guapos* (1980) y *Noche de sábado* (1989), en los cuales plasma, en particular, ese espíritu de ironía, burla y choteo característico de nuestra idiosincrasia; al mismo tiempo perfila, con matiz florido, los trazos del paisaje cubano, descrito como un profundo mestizaje de culturas. Pero es en *El vuelo del gato* donde logra que varias generaciones se sientan identificadas con la realidad social de la isla.

Sin lugar a dudas, el contexto socio-histórico en el cual fue escrita la novela, condicionó fuertemente las ideas que en ella se expresan, así como

la forma como estas fueron concebidas y transmitidas al público. Durante la década del 90 del siglo xx, como consecuencia de la crisis económica y social que experimentó el país, se produjo una apertura en la literatura cubana en cuanto a temáticas y estilos de escribir. En este escenario, ante la necesidad de expresar los nuevos cambios, se publicó un conjunto de obras literarias con matices diferentes que conectaban más el sentir popular con su cotidianidad.

Inmerso en este contexto de cambios, Abel Prieto, como autor-emisor, presenta un conjunto de mensajes, ideas y códigos antes no abordados, que hacen conectar a los lectores con temáticas sociales que conducen a la reflexión, lo cual logra a partir de una ingeniosa utilización de dimensiones literarias y estéticas como la intertextualidad, la metaficción y la parodia, entre otras. Pudiera resaltarse, en este sentido, su análisis social y cultural sobre lo que significa “ser cubano/a”; reflejado, claramente, en los diálogos

de los personajes, en las evaluaciones explícitas que realizan de sí mismos, así como en el trasfondo de sus conversaciones.

Juventud y generaciones, familia, religión, economía, política, desigualdad social, escuela, trabajo, percepciones y roles de género, estereotipos, música, moda y filosofías de vida, son algunas de las temáticas alrededor de las cuales gira la amistad como eje central, y donde el componente humorístico resulta ser hilo conductor que engarza las distintas historias de la novela.

De este modo, la obra literaria hace un recuento sobre la historia de un grupo de amistades, “la Piña” o –como también podría llamarse– “la Piña mestiza”, porque su interior está compuesto por cuatro jóvenes, cada uno con características físicas distintas y concepciones acerca del mundo diferentes, que se mezclan y complementan, conformando un buen equipo.

Espacio y tiempo son elementos abordados con creatividad. Abel Prieto juega con ellos para narrar el pasado del grupo ubicándose fuera de la historia narrada –en función de autor de la novela–, para después colocarse en un presente en el cual forma parte de “la Piña” –encarnando a un personaje–, y luego colocarse de nuevo en el papel del autor para analizar cómo han cambiado los miembros del grupo –incluyéndose él– en el transcurso de 30 años, por lo que utiliza este desdoblamiento como mecanismo para brindar a los lectores la sensación de un viaje en el tiempo.

Y en este sentido, otro elemento interesante es el trabajo minucioso en la construcción y representación de las subjetividades de los personajes.

Las formas de captar los mensajes y maneras tan distintas de analizar sus significados, presentan la variedad de miradas e interpretaciones que pueden existir alrededor de un hecho social –fenómeno único y objetivo–, condicionado por el contexto cubano de la época.

Ya en este punto del camino cabría preguntarse ¿por qué se habrá bautizado la obra bajo el título *El vuelo del gato* y no otro? ¿Qué significa esta metáfora? Ante todo, revela una concepción antropológica que emerge ante la condición de lo cambiante, de lo que no permanece estático, sino que está constantemente incorporando nuevos elementos. El símbolo del gato volante hace referencia a los procesos de transculturación del mestizaje cubano.

Esto el autor lo confirma en una entrevista ofrecida al periódico cubano *Juventud Rebelde* en su versión digital, haciendo referencia a las palabras de Lezama Lima que dan inicio a la obra:

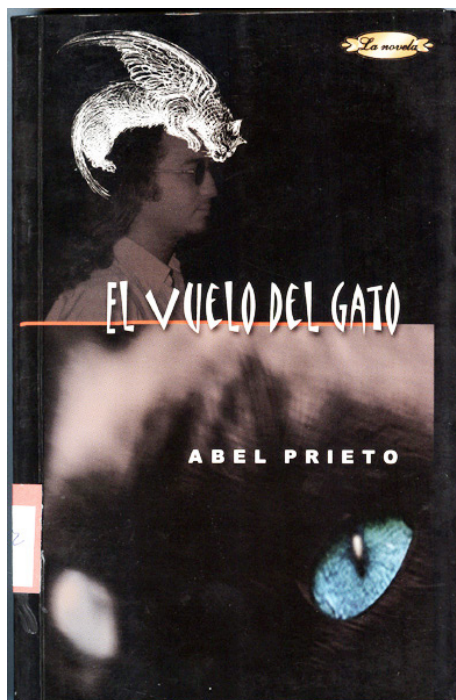
Lo que me interesa subrayar a mí en ese poema de Lezama, es la idea de que el mestizo no es la suma simple de las cualidades de los padres, sino algo que trae una condición nueva, la condición “volante”, que le permite llegar a lugares desconocidos e inaccesibles para sus padres, más conservadores, más tradicionales, más “puros”, más ortodoxos y esquemáticos, no porque sean malas personas (malos gatos o malas martas) sino porque fueron formados así. Se supone que ese mestizo esté mejor preparado para enfrentar los desafíos cada vez más complejos de la realidad y que no se conforme con respuestas simples.

Y ese mestizaje es cultural, étnico, moral, de todo tipo.¹

Tal mestizaje tiene sus orígenes en la inmigración que ha existido en distintas épocas hacia la isla, cuyo encuentro de culturas ha influido, precisamente, en la conformación de la identidad de los/as cubanos. De hecho, el autor considera que la historia de Cuba es testigo de esta mezcla y la voracidad del cubano por la universalidad: “Desde 1492 fue España. En 1898 llegaron los americanos, con mucha agresividad en su influencia cultural. Después, el ateísmo científico de los soviéticos. Sin embargo, Cuba ha resistido sin chovinismo [...]. Nuestro pueblo es como una esponja. Asumimos cualquier fetiche y lo hacemos nuestro. Y lo hacemos sin que se vea deteriorado ningún elemento nacional”²

De pies a cabeza esta obra refleja el mestizaje en la isla. Como dijera el célebre antropólogo cubano Fernando Ortiz: “Cuba es un ajiaco, ante todo, una cazuela abierta. Eso es Cuba, la isla, la olla puesta al fuego de los trópicos... cazuela singular la de nuestra tierra, que ha de ser de barro, muy abierta [...]”³

En la obra, el gato volante y, por consiguiente, el concepto de mestizaje que ofrece el autor, están presentes tanto en una persona, en un grupo de personas, como en la cultura nacional. Se pudiera afirmar, por tanto, que se encuentra latente una concepción sobre cultura abarcadora de la relación intrínseca entre lo microsociedad y lo macrosociedad, pues comprende el espacio individual de lo propio y lo ajeno, así como el espacio colectivo donde se le otorga especial importancia a lo nacional y en el cual nos desenvolvemos



como seres sociales, ese espacio común para todos.

Cada uno de los personajes evidencia la fusión de valores, ideas y características que van conformado identidades y construyendo, paralelamente, nuestra idiosincrasia. Ellos convergen y contribuyen a cocinar, en esa gran cazuela, el ajiaco de la cultura cubana.

Sin lugar a dudas, esta obra es especial; aunque hace ya más de una década de su primera edición, aún los lectores —estudiantes, trabajadores, jubilados; hombres y mujeres, en fin, públicos diversos— encuentran vigencia y sintonizan con la historia que desarrolla, a la vez que disfrutan del carácter humorístico que presenta. Habría que agradecer al autor por este regalo, por la sabiduría de saber captar la esencia de lo que significa ser cubano, y compartir sus reflexiones sobre importantes

elementos de la cultura e historia de nuestro país.

Notas

¹ Entrevista realizada a Abel Prieto el 14 de octubre de 2007, En <http://www.juventudrebelde.cu/cultura/2007-10-14/mitad-de-cien-caminos-la-voz-breve/>

² Salmon, Alex. “La esquizofrenia de Cabrera Infante le impide volver a Cuba. El ministro de Cultura cubano, Abel Prieto, presenta en España su primera novela”, En www.elmundo.es/2000/11/15/cultura/15N0129.html

³ Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, La Habana, 1963.

Bibliografía

ALFONSO LÓPEZ, FÉLIX JULIO. “El festín de Clío y Calíope. Literatura, historia y novela histórica”, *El Caimán Barbudo*, Núm. 341, En <http://www.ciudadseva.com/obra/2007/07/00jul07b/00jul07b.htm>

BOURDIEU, PIERRE. “La metamorfosis de los gustos”, En *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1994.

CAIRO, ANA. “Estoicos y hedonistas en frisos romanos del Mariano”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, En <http://www.bnjm.cu/sitios/revista/2000/03-04/ana.html>

ORTEGA GONZÁLEZ-RUBIO, MERCEDES. “La Sociología de la Literatura: Estudio de las letras desde la perspectiva de la Cultura”. Magister en Literatura Hispanoamericana, Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Colombia, Formato Digital, Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana.

PRIETO, ABEL. *El vuelo del gato*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1999, 315 p.

RODRÍGUEZ, JAIME ALEJANDRO. *Posmodernidad, literatura y otras yerbas*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2000, En http://comunicaciones.udea.edu.co/literatura/estudios_literatura/resenas/resena3_8.htm

TRUJILLO LEMES, MAXIMILIANO FRANCISCO. "Aspectos censurables del carácter cubano" e "Indagación del Choteo". Dos definiciones de identidad de lo criollo. Un enjuiciamiento filosófico tras un siglo de salir a la luz. *Revista Cubana de Filosofía*, No. 12. mayo-sept. 2008, En <http://revista.filosofia.cu/debate.php?id=120>

Doctora Mercedes Santos Moray: pérdida irreparable para la cultura cubana

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

Escribir es el bastón de mi vida [...], vivo para escribir.

MERCEDES SANTOS MORAY

En enero de 2011, Tanatos (la muerte en el lenguaje psicoanalítico ortodoxo), privó a la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* y a la cultura caribeña de una de sus más emblemáticas figuras: la poetisa, escritora, historiadora y periodista, Mercedes Santos Moray (1944-2011), entrañable compañera y amiga del equipo de redacción y de los asiduos colaboradores de nuestra Revista.

Hace algunos años, conocí a la también columnista de *CubaLiteraria* por mediación de la doctora Araceli García Carranza Bassetti, quien tuvo la gentileza de presentarnos, ya que ambos colaborábamos sistemáticamente con la enciclopedia de la cultura cubana e iberoamericana que es la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

Desde ese preciso momento, se estableció entre nosotros una corriente espiritual, que solo su abrupto fallecimiento pudo interrumpir..., como único puede hacerlo el huracán, que

—al decir martiano— empuja, arrebatada, sacude.

Hacia unos días, la había llamado por teléfono para felicitarla por el nuevo año, y entre otras cosas, me contó que estaba muy deprimida como consecuencia del accidente sufrido meses atrás, y que le había dejado como secuela graves dificultades para la locomoción.

Como profesional de la salud mental que fui hasta hace apenas un lustro, traté de infundirle fe y esperanza y utilicé para ello los recursos psicoterapéuticos que todavía quedan archivados en el “baúl de los recuerdos”.

Para sustituir esas frases interiores negativas que invadían su mente y su alma, le hablé de la crónica que le había dedicado al poeta, escritor, periodista e investigador del folklore rural caribeño, Samuel Feijóo,¹ y le comenté que en ese material periodístico había citado la descripción magistral que ella hiciera de la multifacética personalidad del exdirector de las revistas



Mercedes Santos Moray

Islas y Signos, y que con el título de “Evocación del zarapico”² publicara en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*.

Al final, nos despedimos..., sin imaginar siquiera que sería la última vez que escucharía su cálida voz, que al menos para mí tenía la suavidad de la seda y el sabor de la miel.

En el 2006, la ilustre narradora, crítica y ensayista me invitó especialmente a la presentación de su poemario *Sin esperanza y sin miedo*,³ prologado y presentado en los jardines de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), por el poeta y crítico Luis Marré, Premio Nacional de Literatura. Esa desgarradora, pero tierna obra lírica, escapada del alma de la autora,

y dedicada a la memoria de su señora madre, doña Rosa María Moray, por los 33 meses de agonía que padeciera, lo reseñé para la sección “Incitaciones” del portal de *CubaLiteraria*.⁴

Ese mismo año, en el contexto del XX Festival Internacional de Ballet de La Habana, se presentó mi libro *La danza vista por un crítico teatral* (La Habana, Ediciones Vivarium, 2006), que ella tuvo la incommensurable amabilidad de reseñar para la página web de la emisora nacional CMBF-Radio Musical Nacional.⁵ De esa reseña, fruto de su fino olfato crítico y exquisita sensibilidad estético-artística, hubo una frase que quedó registrada en mi memoria poética, así como en el componente espiritual de mi inconsciente

freudiano: “[...] la crónica es su medio de expresión por excelencia”.⁶

Nuestra relación profesional, afectiva y espiritual continuó fortaleciéndose, y nos encontrábamos muy a menudo en las presentaciones de la publicación insignia de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. A propósito, en la edición de lujo que se le dedicara al centenario del doctor Raúl Roa García, Canciller de la Dignidad, la entonces editora del boletín electrónico *Librinsula*, me sugirió entrevistarla⁷ para publicar ese diálogo –único e irrepetible– en las páginas digitales de dicho órgano de prensa, con el que también colaboramos habitualmente.

Después del lamentable accidente que la dejara muy limitada para desplazarse, solo nos vimos un par de veces más, y entonces optamos por comunicarnos por correo electrónico o por teléfono cuando deseaba escuchar su voz o ella la mía.

La doctora en Ciencias Históricas Mercedes Santos Moray ejerció el periodismo durante varias décadas en el semanario *Trabajadores*, así como en otros medios nacionales de prensa; era miembro activo de la Sección de Crítica e Investigación de la Asociación de Medios Audiovisuales y Radio de la UNEAC; ostentaba la Distinción por la Cultura Nacional; y recibió en vida los premios Razón de Ser, la Rosa Blanca, el Premio Memoria, el Chamán, y el Premio Abril.

Era la autora de los libros *Martí, amigo y compañero* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983); *Nadie está hecho de su propia compañía* (La Habana, Extramuros, 1985); *Martí a la luz del sol* (México, D.F., Universidad

Nacional Autónoma de México, 1996; La Habana, Editora Política, 1998), y *Como el zunzún era su corazón* (La Habana, Editorial Gente Nueva, 1999).

También de *El rosario mágico de la Nova* (La Habana, Editorial Memoria, 2000); *El Monte de Venus* (La Habana, Editorial Extramuros, 2001); *El pez volador* (La Habana, Editora de la Mujer, 2001); *Donde habita el olvido* (La Habana, Ediciones Unicornio, 2004); *Aqueos y troyanos* (Camagüey, Editorial Ácana, 2004), y *Sin esperanza y sin miedo* (La Habana, Ediciones Unión, 2006).

Me despido, por ahora, de mi querida colega y amiga con una frase antológica del escritor europeo Bernard LeBovier Fontanelle: “[...] la sencillez y la humildad devienen el complemento indispensable de la sabiduría”.⁸ No creo que, en el idioma cervantino, haya una frase que refleje mejor la esencia íntima de la carismática personalidad de Mercedes Santos Moray, cuya alma se fundiera en amantísimo abrazo con el espíritu universal, leitmotiv en la obra poético-literaria y periodística del Apóstol, referente ético ineludible en su infatigable quehacer intelectual, y al mismo tiempo, se encontrará –después de casi una década de espera– con su idolatrada progenitora.

Notas

¹ Dueñas Becerra, Jesús. “Samuel Feijóo: el eterno caminante”, En www.uneac.org.cu (Columna de Autor).

² Santos Moray, Mercedes. “Evocación del Zarapico”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, Año 98, No. 3-4, jul.-dic., 2007. pp. 194-195.

³ _____. *Sin esperanza y sin miedo*. Ediciones Unión, La Habana, 2006, 51 p. (Colección Sur).

⁴ Dueñas Becerra, Jesús. “Sin esperanza y sin miedo”, En www.cubaliteraria.cu (Incitaciones).

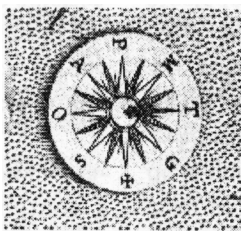
⁵ Santos Moray, Mercedes. “La danza y el periodismo en el lenguaje de la crónica”, En www.cmbfjazz.cu (Literatura)

⁶ Ídem.

⁷ Dueñas Becerra, Jesús. “El espíritu de Roa en la Biblioteca Nacional José Martí”, *Librinsula*, La Habana, Año 4, No. 199, 26 oct. 2007, En www.librinsula.bnjm.cu

Entrevista a la doctora Mercedes Santos Moray.

⁸ LeBovier Fontanelle, Bernard. Citado en Castro Medel, Osviel. “Esos ríos profundos”, *Juventud Rebelde*, La Habana, 11 oct. 2009, p. 3, (Opinión)



Dos descubridores de Cuba unidos en un libro raro y valioso

Olga Vega García

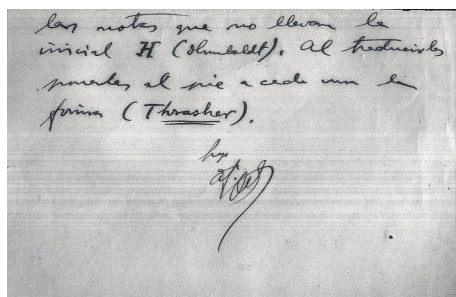
Investigadora

Muy raras son las bibliotecas nacionales que no se enorgullecen de los fondos raros y valiosos que atesoran, los cataloguen, los organicen y los preserven. Sin embargo, no siempre se los dan a conocer al lector interesado, ya sea natural del país o extranjero. Durante décadas y hasta siglos permanecen muchas veces colocados en una estantería, sin que nadie los solicite. Por desgracia, en ello incidieron métodos de trabajo ya obsoletos, que conllevaban descripciones bibliográficas en las cuales se consignaban los elementos esenciales: autor, título, edición, pie de imprenta, tamaño, entre otros datos. Si se determinaban las materias se hacía tratando de ajustarla a las más representativas, limitándose el uso de los llamados epígrafes, y por lo general se podía llegar hasta a resaltar un prologuista, un traductor o un ilustrador, no mucho más, trayendo como consecuencia que ni los propios

bibliotecarios eran capaces de identificar una “rareza” dentro de un conjunto de volúmenes aparentemente similares por la época de su ejecución o el tema abordado en ellos.

Una verdadera investigación del ejemplar que incluyera un estudio de la edición, presencia de anotaciones de personalidades relevantes, dedicatorias, existencia de exlibris o superexlibris que identificaran las manos por donde fue pasando, o una valoración cualitativa de su material ilustrativo era difícil de encontrar en las fichas de los catálogos manuales. Por suerte, desde hace unos cuantos años un cambio de mentalidad al trabajar en el procesamiento de colecciones de libros antiguos ha revertido esa situación, a lo que ayudó mucho el empleo de las computadoras, que permitieron recoger hasta los más mínimos detalles que pudieran ser utilizados después por el especialista o por un potencial lector necesitado del libro.

No es objetivo de este trabajo desplegar las ventajas de mencionar en estos momentos los incalculables recursos con que cuenta un catalogador en la red de redes para llevar a cabo las pesquisas necesarias en busca de datos



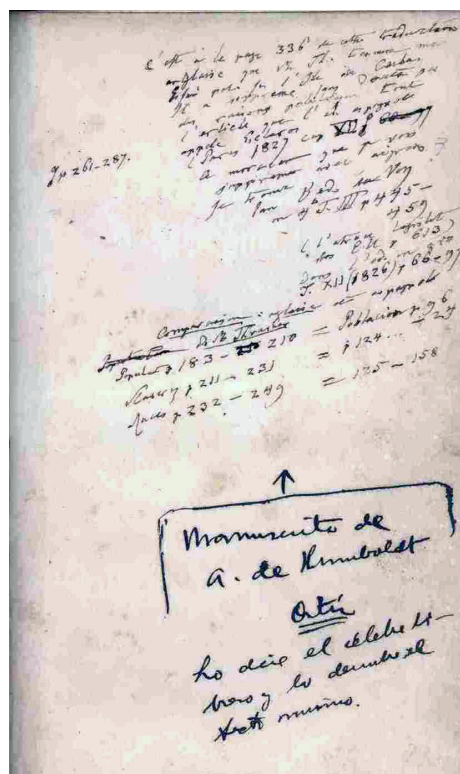
imprescindibles para lograr una fiel descripción de una edición, sino solo brindar un antecedente de lo que constituye un antes y un después, y cómo un libro impreso del siglo XIX del cual existían otras ediciones se convirtió en una pieza “única” dada la presencia en él de apuntes manuscritos debidos a la plumas de dos grandes vinculados a la historia de Cuba: el barón Alejandro de Humboldt y Colomb (1769-1859) y Fernando Ortiz Fernández (1881-1869), denominados respectivamente el segundo y el tercer descubridor de la isla por el papel que jugaron desde el punto de vista científico al profundizar en cuestiones nunca antes abordadas, y darlas a conocer al mundo entero, en siglos diferentes, pero con todo un rigor que los hicieron acreedores del respeto de la intelectualidad de su tiempo.

Al primero lo llamó así por vez primera el filósofo y educador don José de la Luz y Caballero (1800-1882) y al segundo el destacado intelectual Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977). Léase sobre esas denominaciones el artículo incluido en el catálogo ilustrado de la exposición presentada en la Casa de Humboldt, ubicada en el llamado casco histórico de la Habana Vieja, con motivo de su reapertura (octubre 1997-enero 1998).¹

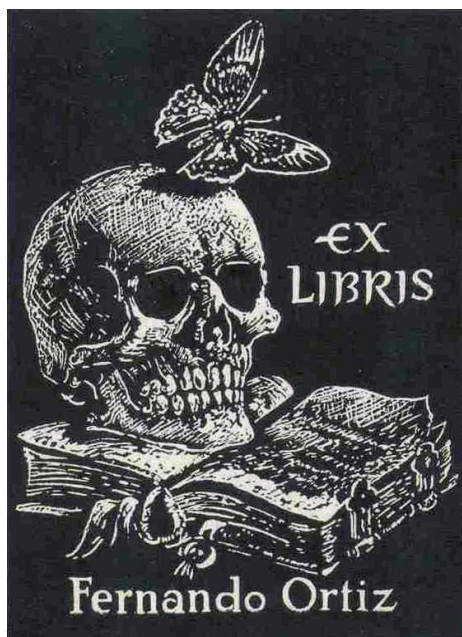
Acerca de la vida y obra de ambos, Humboldt y Ortiz, de por sí ya muy famosos, y sobre las estancias del alemán en Cuba (la primera desde el 19 de diciembre de 1800 al 15 de marzo de 1801 y la segunda entre abril y mayo de 1804) existe una amplísima bibliografía en todo tipo de soporte, que puede ser consultada, por lo tanto en el artículo se brindarán informaciones

muy concretas que aludan en alguna medida al tema a tratar. En el catálogo antes citado² se plasma una iconografía producto de la búsqueda de imágenes en todo tipo de instituciones y se brinda al interesado en la materia trabajos de investigadores cubanos y extranjeros en los que se hace referencia a disímiles aspectos, y por si fuera poco a la existencia del volumen objeto del presente artículo.

La edición que se caracteriza en esta oportunidad es la traducción al inglés del *Ensayo político de la Isla de Cuba: The Island of Cuba* / by Alexander Humboldt; translated from the Spanish, with notes and a preliminary essay by J. S. Thrasher, Derby & Jackson, New York, 1856, 397 p., il.



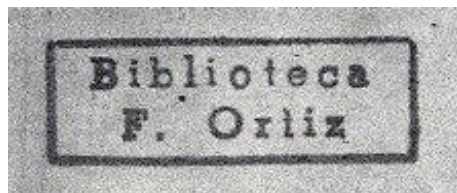
Joseph Sabin hace constar en su *Dictionary of books relating to America* que resulta notable por haber omitido los puntos de vista de Humboldt sobre la esclavitud, de lo cual el autor se quejó pública y merecidamente.³ Se trata pues de una primera edición inglesa hecha en Norteamérica que, como se verá más adelante, presenta una serie de irregularidades que la diferencian de las versiones realizadas en otros idiomas.



Exlibris

Sin lugar a dudas, el libro procede de la colección particular de Fernando Ortiz porque ostenta su inconfundible exlibris y el cuño de su biblioteca, considerada por muchos de sus contemporáneos como una de las más importantes de la época por el volumen considerable del fondo y el valor de los ejemplares que atesoraba, y además porque a su casa de L y 27 acudían

intelectuales cubanos y extranjeros a nutrirse de los tesoros recopilados por este verdadero bibliófilo. Baste saber que en la *Revista Bimestre Cubana* expresó: "Nuestro amor, por los libros, especialmente por los raros y viejos, en cuyas páginas podemos atisbar las siluetas del pasado esfumadas por el olvido, nos lleva a iniciar un esfuerzo que desde hace tiempo nos atraía como atrajo a otros cubanos muchos años atrás".⁴



Cuño

Una hoja de papel gaceta colocada al azar dentro del volumen brinda más información al respecto, y aunque no tiene fecha, hace presuponer que Ortiz lo utilizó al prepararse la edición de 1930 del *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* para que formara parte de la Colección de Libros Cubanos dirigida por él.⁵ Ese tipo de ficha era de uso común en el caso del autor cubano, quien solía dejar sus instrucciones a sus secretarios utilizando esas notas breves, según manifiesta la licenciada María del Rosario Díaz, bibliotecóloga del Departamento de Colección Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, que investiga sobre la vida y obra de don Fernando. De hecho, constituye un testimonio de una forma de trabajo particular de un escritor, y estará ya vinculada de manera permanente al ejemplar en el cual se insertó circunstancialmente, brindándole un valor agregado a este.

En la página 212 de la edición antes mencionada, Ortiz dice que posee, por “[...] haberlo adquirido casualmente de un librero de Leipzig, el ejemplar de la traducción inglesa de Humboldt que fue propiedad de este eximio autor, y en una de sus páginas constan unas líneas manuscritas en francés por el propio Alejandro de Humboldt, en las cuales, con su letra ya temblona a sus 87 años, señala las variaciones que Trasher hace del texto castellano de J. B. de V. y M. que el mismo traductor en su prefacio dijo haber seguido, con manifiesta mentira”.

Don Fernando continúa pormenorizando los detalles al respecto expresando que Humboldt en su breve autógrafo dice que el “infiel traductor” debió hacer las supresiones “sin dudas por razones políticas”. Además, que en la página 336 de la edición neoyorkina, Trasher termina el *Ensayo político...* suprimiendo todo el artículo que la edición española llama “Esclavos” (Ed. de París, 1827, cap. VII, pp. 261-287). Y el sabio autor hace, también de su mano, algunas breves comparaciones entre las dos ediciones, relacionando las páginas de una y otra donde hay variantes.

En resumen, John Sydney Trasher (1817-1879) fue un norteamericano residente en Cuba, esclavista y anexionista, que al traducirla al inglés hizo variaciones sustanciales aduciendo que trataba de reflejar en ellos los cambios ocurridos en la isla desde la aparición de las primeras ediciones a la fecha y de preparar al lector norteamericano interesado en lo que estaba sucediendo, brindándole su versión personal, por ello cambió el título de la obra, le añadió al libro un ensayo preliminar y así adulteró el texto original

sin autorización del autor, motivando la lógica reacción del sabio alemán, y dando lugar a una de las tantas historias curiosas que se presentan a diario al investigador de libros raros para quien por lo general no hay un impreso de una obra idéntico a otro, pues siempre hay rasgos escondidos que le otorgan una impronta especial a alguno de ellos. El descubrirla es un reto y a la vez un triunfo, motivando que el trabajo aparentemente rutinario de catalogarlos se convierta en algo muy estimulante para investigarlos a profundidad.

El mapa plegable titulado *The Island of Cuba from the latest spanish authorities* fue producido por Derby & Jackson en la Lyth. of Sarony & Co., New York, y está fechado en 1856, lo cual sugiere que fue realizado en especial para la dicha edición. El hecho se ha verificado revisando ediciones anteriores en otros idiomas conservadas en el Departamento de Colección Cubana en las cuales se inserta un material cartográfico diferente que se corresponde con la fecha en que fue escrita la obra.

La forma como ese volumen de la edición de *Island of Cuba* llegó a la Biblioteca Nacional de Cuba ha sido ya divulgada, aunque muchos la desconozcan. Según versión transmitida por colegas que aún laboran en la institución, como la doctora Araceli García Carranza Bassetti, la colección de don Fernando fue vendida a ella por su esposa cuando este, ya anciano, se encontraba muy enfermo y se dice que cuando fueron a buscar los libros a su casa le causó una emoción tal que hizo que la directora, doctora María Teresa Freyre de Andrade (1896-1975)



le solicitara al presidente cubano Osvaldo Dorticós Torrado (1919-1983) que no se retiraran de su residencia hasta su muerte. Una vez fallecido Ortiz en 1969, los impresos se llevaron a la Biblioteca y se clasificaron de acuerdo con su valor y tema, pasando a engrosar las colecciones de diversos departamentos: Colección Cubana (dejándose allí los libros más antiguos, que hoy reciben un tratamiento diferenciado en Fondos Raros y Valiosos), Referencia, Arte, Música y Fondo Bibliográfico de carácter general.

Hoy la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí cuenta entre sus tesoros más apreciados con esta joya bibliográfica y decide darla a conocer con un mayor número de detalles en la sección “Documentos Raros” de la revista que lleva su nombre, puesto que no tiene igual significación leer comentarios sobre la existencia de un volumen anotado por el sabio alemán, que saber con certeza que está en Cuba, y que se conservará celosamente como patrimonio bibliográfico que es, no solo de la isla, sino de toda la humanidad.

Notas

¹ Barnet, Miguel y Alberto Quesada. “Alejandro de Humboldt (1769-1859) y don Fernando Ortiz (1881-1869): dos sabios descubridores de Cuba”. En: *Alejandro de Humboldt en Cuba*: [catálogo para la exposición de la Casa de Humboldt, Habana Vieja, Octubre 1997-enero 1998], Wissner, Ausburg, 1997, pp. 75-82.

² *Alejandro de Humboldt en Cuba*: [catálogo para la exposición de la Casa de Humboldt, Habana Vieja, Octubre 1997-enero 1998] / [Oficina Del Historiador de la Ciudad de La Habana...] Eusebio Leal Spengler... [Ed. Frank Holl. Cuidado de la edición de los textos: Lidia Pedreira, Trad. Claudia Cabrera...], Wissner, Ausburg, 1997, 132 p.

³ Sabin, Joseph. *Dictionary of books relating to America from its Discovery to the present time*, J. Sabin & Sons, New York, 1877, v. 8, p. 539.

⁴ Barnet, Miguel. “La casa templo”, En: *Miscelánea II de estudios dedicados de Fernando Ortiz. (1881-1969)*, Sociedad de Artes y Letras de Las Américas, New York, 1998, p. 43.

⁵ *Ensayo político de la Isla de Cuba* / por Alejandro de Humboldt con un mapa de Cuba; introducción por Fernando Ortiz y correcciones, notas y apéndices por Francisco Arango y Parreño, J. S. Trasher y otros, Cultural, Habana, 1930, 2 t., il. (Colección de Libros Cubanos; v. XVI-XVII)

Otra bibliografía consultada

- HOLL, FRANK. "Introducción", En: *Alejandro de Humboldt en Cuba: [catálogo para la exposición de la Casa de Humboldt, Habana Vieja, Octubre 1997-enero 1998]*, Wissner, Ausburg, 1997, pp. 15-26.
- ORTIZ FERNÁNDEZ, FERNANDO. "El traductor de Humboldt en la Historia de Cuba". En: *Ensayo político de la Isla de Cuba / por Alejandro de Humboldt con un mapa de Cuba; introducción por Fernando Ortiz y correcciones, notas y apéndices por Francisco Arango y Parreño, J. S. Trasher y otros*, Cultural, Habana, 1930, t. 2, pp. [183]-222.
- LEAL SPENGLER, EUSEBIO. "Prefacio". En: *Alejandro de Humboldt en Cuba: [catálogo para la exposición de la Casa de Humboldt, Habana Vieja, Octubre 1997-enero 1998]*, Wissner, Ausburg, 1997, pp. 11-14.
- LEITNER, ULRIQUE. "Las obras de Alejandro de Humboldt sobre Cuba". En: *Alejandro de Humboldt en Cuba: [catálogo para la exposición de la Casa de Humboldt, Habana Vieja, Octubre 1997-enero 1998]*, Wissner, Ausburg, 1997, pp. 51-60.
- MAILLO LANZ, MARTHA ELENA Y ALIETT MARTÍNEZ CASTILLO. *Bibliófilos cubanos en el período republicano*, Tesis. Universidad de La Habana. Facultad de Comunicación. Bibliotecología y Ciencia de la Información, 2005. Tutoras Olga Vega García y Zoia Rivera.
- Nota: El acápite acerca de don Fernando aparece en las hojas 84-86.
- PALAU DULCET, ANTONIO. *Manual del librero hispanoamericano / 2. ed. corregida, y aumentada por el autor*, Librería Palau, Barcelona, 1956, t. 3, p. 672. No. 116 993.
- VEGA GARCÍA, OLGA. "Descubriendo tesoros: nuevas vías de acceso al estudio de la Bibliología". En CD ROM: *Memorias de los Coloquios Internacionales Biblioarchi 2005 y Biblioarchi 2007*.
_____. "Un gran libro de un bibliófilo destacado: Don Fernando Ortiz". *Librinsula*, Vol.5, No. 235, 18 abr. 2009, En http://librinsula.bnjm.cu/235_tesoros_1.html Consultado 18 abril 2009

Vilma Espín, la flor más universal de la Revolución cubana

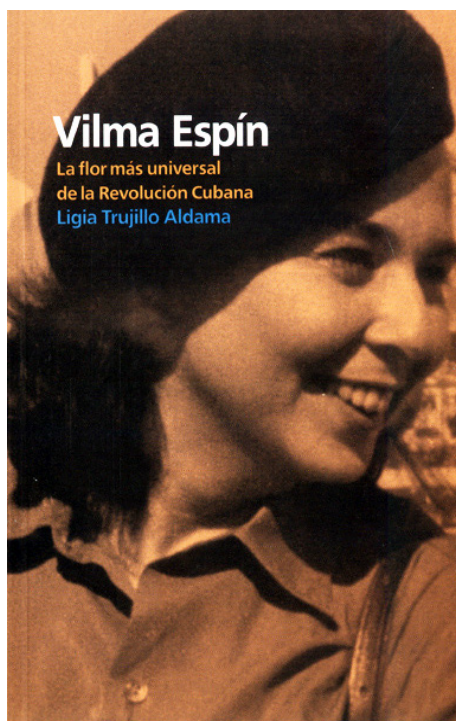
Nydia Sarabia

Investigadora e historiadora

A sí, bajo este epígrafe de Armando Hart, escribió Ligia Trujillo Aldama en 96 páginas, un pequeño texto donde hace un recuento biográfico de la heroína cubana, combatiente de la clandestinidad y del Segundo Frente Oriental Frank País, y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas.

La autora hace el relato desde los ancestros de Vilma Espín Guillois, que estaba muy orgullosa de tener un tatarabuelo mambí, el médico Rafael Espín Almanza, quien sufrió y encontró la muerte a manos de sicarios españoles al caer prisionero en Santiago de Cuba junto a otros patriotas, y fue enviado a la finca Los Marañoses en Jiguaní, en una marcha interminable. Entre los que le acompañaron en aquel calvario estaban Ascencio de Asencio y Exuperancio Álvarez, el primero, padrino de bautismo de Antonio Maceo y Grajales.

El libro abarca: “Palabras preliminares”, “Santiago, cuna y cimiento. Ciudad heroica”, “Una familia muy cubana”, “La estudiante”, “Buscando su propio camino: la Revolución”, “Alicia, Mónica y Déborah. La lucha clandestina”, “Mariela en la guerrilla. Segundo Frente Oriental Frank País”, “La Federación de Mujeres Cubanas”,

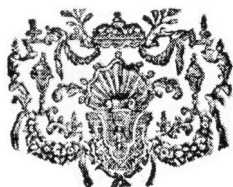


“La vocación científica”, “La mejor representación de la mujer cubana”, “Un ejemplo vivo”, “A modo de epílogo. Mensaje de amor a destiempo”, por Celia María Hart Santamaría, y un “Anexo” que contiene las condecoraciones recibidas por Vilma Espín y una cronología.

Para los estudiosos e investigadores de género, tienen en este importante

trabajo una buena fuente de datos sobre la vida y presencia de Vilma Espín en el contexto de la Revolución cubana.

El libro contiene además 32 fotografías, y fue editado por Ocean Sur, una editorial latinoamericana, en el 2010.



Marta Valdés, entre la literatura y la guitarra

Mercedes Santos Moray

Escritora y poetisa

Marta Valdés recibió el Premio Nacional de Música, en el 2007, como reconocimiento no solo a la obra de toda una vida, desde su condición de intérprete y de compositora, sino también, y no en menor medida, desde la capacidad singular de aunar, en una misma persona, las virtudes creativas de la emoción y la sensibilidad, con la capacidad analítica, la reflexión y el análisis, como ella lo ha demostrado, desde hace décadas, con sus críticas en publicaciones periódicas y también con algunos libros.

Sé, que entre los propósitos de Marta, se encuentra la escritura de muchas ideas, pensamientos y meditaciones, de ese caudal de conocimientos y vivencias acumulados por esta habanera, nacida en 1934, que recibió el legítimo homenaje que se ha merecido por su arte, desde la composición de boleros y canciones, como lo demuestra su profusa discografía, sus premios como intérprete, y en no menor grado porque, al tiempo que ha sido uno de los pilares fundacionales del “filin”, ha sabido prolongarse en la poética de la Nueva Trova.

El Instituto Cubano de la Música, y el jurado que concedió el Premio en el 2007 a Marta Valdés, presidido por Juan Formell, e integrado por Harold Gramatges y Digna Guerra, hizo justicia a esta artista, cuya huella queda

para siempre en el pentagrama, no solo desde la cancionística, sino en la propia producción que ha realizado para el teatro cubano, y en cuadernos como este que hoy comento, en los que se resumen sus vivencias y criterios.

Porque hay obras que nos sorprenden como una revelación cuando las descubrimos, y gracias a la lectura, nos apropiamos de ella, sobre todo cuando el tema de este discurso lo es la música, la reflexión y el análisis de esta, la mayor y más universal de las manifestaciones de la cultura cubana, y es que, lamentablemente también, no suele ser muy abundante, en el panorama editorial cubano, la publicación de libros sobre la música, aunque sea esta la expresión artística de mayor relevancia, profusión y popularidad dentro y fuera de nuestra geografía.

Por eso, la publicación del cuaderno de la compositora e intérprete Marta Valdés, *Donde vive la música*, por las Ediciones UNIÓN, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en cuyo financiamiento colaboraron amigos dominicanos como Pedro Delgado Malagón, Manuel García y Franklin Báez, así como la solidaridad de Freddy Ginebra, es un hecho en verdad relevante que subraya su vigencia y significación en estos momentos, cuando a su autora se le rinde tributo, por su pueblo y también por sus colegas de la profesión.



En esta obra, y con el aval de su propia condición de creadora musical, en la doble faceta de compositora e intérprete, Marta Valdés, una de esas imprescindibles personalidades del movimiento llamado “filin”, dentro de la cancionística cubana nos entrega el ejercicio de la crítica y de la reseña, realizadas además con la buena escritura, como se evidencia en la limpieza de estos textos, comentarios, entrevistas, reflexiones, ponencias y notas para ediciones discográficas que resumen, también, más de cuatro décadas en la que se ha destacado no solo desde su propia producción musical sino como promotora y difusora de lo mejor de la música cubana.

Desde las páginas de *Lunes de Revolución* se produjo el “despegue” de Marta Valdés, en 1959, virtualmente sin experiencia periodística, al asumir la columna “Discos/ Shows/ Éxitos”

que entonces firmase con el seudónimo de M. Elevé, y que luego también se ampliaría a numerosas publicaciones de la década del 60, para introducirse desde esa categoría de comentarista musical, en *La Gaceta de Cuba*, también como columnista de “Variedades”, textos estos últimos que se presentan en esta edición, en la sección dedicada a las “Reseñas”, y en donde la crítica, porque ella lo es desde su talento, formación y sensibilidad, valoraba las expresiones musicales no sometidas a las modas y a las circunstancias, sino desde el reconocimiento de los verdaderos valores, como los de la Nueva Trova, o de intérpretes del calibre de una Miriam Ramos y de una Teresita Fernández desde sus momentos iniciales.

Presencia muy especial y notable alcanza en este libro de Marta Valdés la obra y personalidad de uno de los grandes de la música cubana del siglo xx: el desaparecido José Antonio Méndez, el King, así como su majestad Elena Burke, a quienes se une César Portillo de la Luz como referente obligado y de justicia, y otras notables figuras de la canción cubana como Enriqueta Almanza, Isolina Carrillo y Doris de la Torre.

En la sección dedicada a las entrevistas también aparecen Rosendo Ruiz, Mario Hernández, Graciano Gómez, Antonio Arcaño, el Niño Rivera, Felito y Eloy Molina y Silvio Rodríguez, espacio contextual que también da nota de testimonio vivo para quienes lean el cuaderno y quieran conocer el espíritu y la historia de nuestra música, desde las voces de sus intérpretes.

Al mundo más subjetivo de Marta Valdés, aquel que descubre el sujeto

lirico de la artista, nos acercamos cuando nos topamos con las semblanzas, los elogios y los homenajes que dedica al maestro y musicólogo Odilio Urfé, al compositor Adolfo Guzmán, al gran Bola de Nieve, al dúo de las Hermanas Martí, entre otros.

Como desde sus notas para las ediciones discográficas, se enriquece el volumen con la presencia del mexicano Vicente Garrido, la juventud de Sergio Vitier, el emblemático trío de las Hermanas Lago, la música de Frank Domínguez, la obra de Guapachá junto a Chucho Valdés, Níco Rojas, los más noveles Pavel y Gema, así como cobra protagonismo absoluto el bolero desde el cubano Juan Pablo Miranda y el do-

minicano Manuel Troncoso, al tiempo que en los tributos necesarios y entre los amigos entrañables, algunos de los cuales ya hemos mencionado, sobresale Giraldo Piloto.

Cuaderno reflexivo que no desdice la emotividad de su autora, es también un acercamiento personal, y válido, a la música cubana del siglo xx, a los que la forjaron y la hacen desde el corazón y las entrañas, sin concesiones ni mentiras, obra que une a sus méritos conceptuales, el acento personal, casi testimonial de quien ha sido, y es, una de las más prestigiosas figuras de la música cubana contemporánea.



La mirada de Hans-Otto Hill

Yuri Rodríguez

*Especialista de la Fundación
Alejo Carpentier*

De gratificante puede calificarse la aparición de *Lecturas criollas*, con sello de la Editorial Arte y Literatura, libro que reúne un conjunto de estudios sobre la literatura cubana del ensayista y profesor alemán Hans-Otto Dill, y que prueba la atención y persistencia investigativa que ha sostenido este intelectual durante décadas por el quehacer literario de la mayor de las Antillas.

Hans-Otto Dill, autor de varios títulos de crítica e historia literaria, muchos acerca de las letras en Cuba, ha organizado en su país varios congresos sobre escritores cubanos mientras que como editor y traductor ha llevado al idioma alemán obras de José Martí, Nicolás Guillén y Eliseo Diego, entre otros, actuando como un puente cultural entre la isla y Alemania, rango que confirma ahora la edición de *Lecturas criollas*.

Tras un prólogo a cargo del crítico, ensayista y poeta Virgilio López Lemus, Hans-Otto Dill inicia el libro con un grupo de observaciones sobre la génesis de la historiografía literaria nacional de Cuba, ahondando en categorías identificatorias de la cubanía como el paisaje, la naturaleza o los rasgos de la personalidad del cubano, operando este texto de introducción

al resto de los temas tratados en el volumen.

Pero es en el capítulo siguiente donde aflora plenamente la estatura intelectual de Dill, cuando se extiende y profundiza en los conocimientos que atesora de la obra martiana y formula la condición del Apóstol como teórico del buen gobierno y teórico de la cultura y la literatura o, más adelante, al mostrar un atrayente paralelo entre la vida y producción literaria de Charles Baudelaire y José Martí, verdadera exposición del andar de estos transeúntes, respectivamente, por París y Nueva York, ciudades pioneras en el proceso de transformación hacia la modernidad y además, centros del arte moderno mundial, una circunstancia que reflejaron ambos en sus obras.

Igual brío investigativo trasluce Dill en una serie de ensayos sobre Alejo Carpentier, que constituyen, por la diversidad de temas tratados desde aristas poco comunes, un enriquecimiento a los estudios acerca de la creación de nuestro primer Premio Cervantes.

En el libro, Dill analiza conceptualmente la teoría de lo real maravilloso y su nexa con otros movimientos literarios paradigmáticos del siglo xx; reflexiona sobre el lugar central de la enajenación y el carácter de la utopía que propone Carpentier en su novela *Los pasos perdidos*; efectúa un rastreo acerca de la teoría e historia del arte que emergen de los ensayos y narraciones de este escritor; estudia y coteja la intertextualidad existente entre la obra de Alexander de Humboldt y piezas narrativas paradigmáticas del escritor cubano como *Los pasos perdidos* y *El siglo de las luces*, e indaga en la interrelación existente entre la concepción

de civilización y barbarie del *Facundo*, de Sarmiento, el legado literario martiano y las novelas *El recurso del método*, de Alejo Carpentier y *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez.

Termina esta sección carpenteriana, con un ensayo en que se registra y reseña los trabajos de investigadores interesados en el Carpentier escritor intercultural y creador intermedial, así como otros referentes a peculiaridades de su propia escritura. Este texto actualiza al lector cubano con lo más reciente que se escribe sobre el autor de *El reino de este mundo* y demuestra cómo su obra —de la que Dill se erige en estudioso devoto— mantiene una vigencia semejante a la que obtuvo en la pasada centuria.

Por otra parte, en el más osado, polémico y perturbador ensayo del volumen, Dill establece una especie de enfrentamiento entre Nicolás Guillén y José Lezama Lima, situando la proyección de sus discursos líricos en posiciones extremas, antípodas. Controversial hasta la médula, el interés en su lectura no decae como tampoco en las siguientes piezas ensayísticas que se destinan a las etapas de la evolución poética del autor de *Motivos de son*; al afrocubano como lenguaje literario o el que hurga el modo en que la literatura ha reflejado las señales de la identidad en manifestaciones artísticas como la arquitectura y la música.

Otras páginas dedica Dill a Eliseo Diego, en donde señala los puntos de contacto que sostiene su obra narrativa con los cuentos de hadas europeos, y asimismo repasa temas recurrentes en su poética como la niñez, la familia y el barrio, el recuerdo y el olvido, la arquitectura y las formas de vida, en

un análisis que relaciona con diferentes estéticas literarias la escritura de este creador que alcanzó en 1993 el premio Juan Rulfo.

Completa el volumen un comentario crítico a la novela *De sombras y apariencias*, de Gustavo Eguren, publicada en el 2002, la cual evidencia el interés que conserva Hans-Otto Dill por la creación de la isla en los últimos lustros y un estudio sobre la recepción de la literatura alemana en Cuba, que según afirma López Lemus en el prólogo “[...] puede inaugurar una línea analítica en las relaciones de la cultura cubana con la Europa no hispana”.

Lecturas criollas, con la multiplicidad de temas tratados desde la perspectiva de Hans-Otto Dill, intelectual formado en otro ámbito geográfico y cultural, aunque ferviente estudioso de lo cubano, pone a disposición del público, empleando un lenguaje sencillo y sin afectaciones académicas, un manojo de ensayos sobre nuestra literatura e identidad, que contribuirá indudablemente a un mejor conocimiento de nuestro país.

Normas de presentación de los artículos

Los interesados en publicar en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, deberán tener en cuenta los siguientes parámetros:

1. Los originales se harán llegar en formato electrónico, consignando en la primera página los siguientes datos:

- Título del trabajo y fecha de presentación

- Resumen del artículo

- Palabras clave

2. Los autores deben precisar los siguientes requisitos aspectos:

- Nombre completo

- Número de carné de identidad

- Dirección particular

- Institución, área y departamento de trabajo

- Cargos, títulos académicos, categorías docentes o científicas

- Número de teléfono y dirección de correo electrónico

3. Especificaciones del texto digital

- Los trabajos serán entregados en Word, Arial 12, interlineado doble.

- Alineación izquierda, sin justificar (sin alinear a la derecha).

- Números de las páginas en el margen inferior, alineados a la derecha.

- No se admitirán textos con párrafos cuyos fines de líneas estén delimitados por retornos manuales (producidos por la tecla *Enter*, según el hábito de la dactilografía mecánica), solo se pondrá fin de párrafo cuando se trate del punto y aparte, los demás fines de línea del

párrafo, el procesador de texto Word los irá haciendo automáticamente a medida que se escribe.

- La bibliografía y notas deben estar al final del documento.

4. Detalles del texto impreso

- Se imprimirán en papel tamaño A4 (21,0 x 29,7 cm).

5. Imágenes digitales

- El soporte, identificado con el nombre del trabajo, contendrá dos archivos: uno con el cuerpo del texto y otro con las imágenes.

- Las tablas pueden ir incorporadas al texto, en el lugar que ocupan dentro de este. De no ser así, tendrán el mismo tratamiento que las imágenes.

- Todas las tablas (estén dentro o fuera del texto) serán confeccionadas en formato Word.

- En el texto debe señalarse (con números) dónde van las imágenes y tablas, e identificarlas con la misma numeración en el archivo que las contenga.

- La resolución de las imágenes debe ser de 300 dpi o mayor, y todas estarán en formato jpg.

- Las imágenes deben estar identificadas por un pie.

Los trabajos se entregarán a la doctora Araceli García Carranza o al Departamento de Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Para cualquier consulta o sugerencia sobre esta convocatoria pueden dirigirse a araceli@bnjm.cu y/o elda@bnjm.cu

Un Consejo Editorial, conformado por especialistas de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, determinará los artículos que se publicarán, en correspondencia con los objetivos e intereses de la institución.

Suscripción de la Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

La *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* es una prestigiosa publicación, fundada en 1909. Tiene una frecuencia bimestral y contiene trabajos teóricos acerca de la historia y la cultura, en particular cubanas.

La suscripción anual tiene un costo de **\$30.00 MN.**

Se puede realizar el pago a través de cheque o en efectivo. Para el pago con cheque debe visitar la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí y contactar con la especialista comercial de la institución, **Daya Trimiño Pérez**, quien le entregará una prefactura para la confección del cheque.

Puede comunicarse con ella en:

Ave. de Independencia y 20 de Mayo. Plaza de la Revolución.

La Habana

Teléfonos: (537) 855 54 42, ext. 163 o (537) 881 7657

E-Mail: promocion@bnjm.cu.

El pago en efectivo debe efectuarse personalmente con la especialista comercial.

Para suscripciones en el extranjero, por favor, dirigirse a:

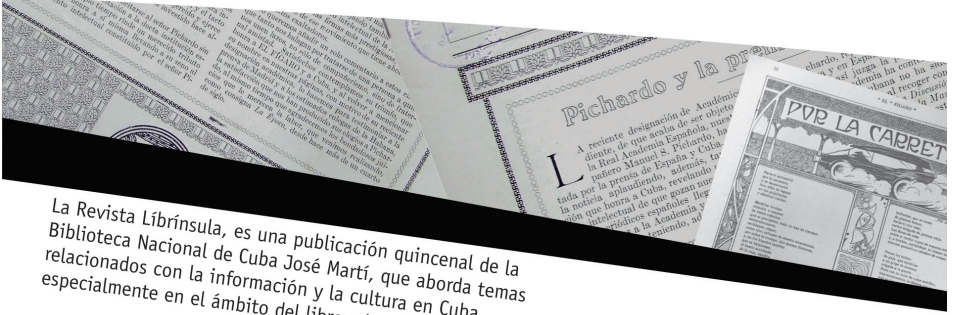
EDICIONES CUBANAS-ARTex

E-Mails: renee@edicuba.artex.cu, negrin@edicuba.artex.cu

Librinsula

...[la isla de los libros]

Lo que os puedo dar os doy,
que es una insula hecha y derecha,



La Revista Librinsula, es una publicación quincenal de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, que aborda temas relacionados con la información y la cultura en Cuba, especialmente en el ámbito del libro y las bibliotecas.

Noticias

Desde Adentro

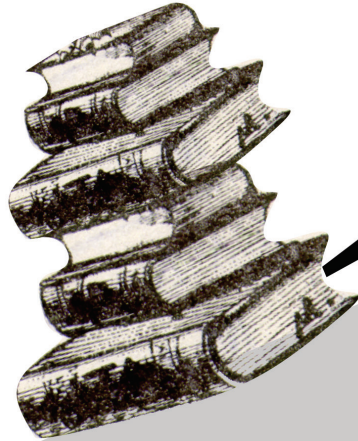
Nombrar las cosas

La puntilla

Entrevistas

Tesoros

<http://librinsuladigital.bnjm.cu>



Don Quijote
de la Mancha.
cap. XLII

redonda y bien proporcionada...

fundada en 1979

Cátedra María Villar Buceta



tercer martes de cada mes
entrada libre

¿Quién fue para la historia bibliotecológica cubana María Villar Buceta?

No creo que haya dudas. Sencilla, modesta, excelente en su profesión, intelectual comprometida y eterna educadora, dejó una huella imborrable en nuestra profesión.

Dos años después de su fallecimiento, en 1979, a iniciativa de Julio Le Riverend, en aquel entonces, director de la Biblioteca Nacional, se crea la Cátedra que lleva su nombre, dirigida por el departamento de investigaciones histórico-culturales. En el discurso de su apertura, publicado en la *Revista de la Biblioteca Nacional*, Lucía Sardiñas hizo énfasis en lo que se pretendía con el aula: "... se aspira con ello a contribuir no sólo a la profundización en materia de interés para el personal vinculado al trabajo bibliotecológico, sino también a viabilizar la reflexión y el intercambio de experiencias y conocimientos entre los responsables de cada conferencia o cursillo y las personas interesadas en las correspondientes temáticas".

La Cátedra se propone hacer eco de su origen y convertirse en el espacio de superación, actualización y debate del profesional de la información en Cuba, por lo que enviamos los primeros encuentros programados haciendo formal invitación a todos.